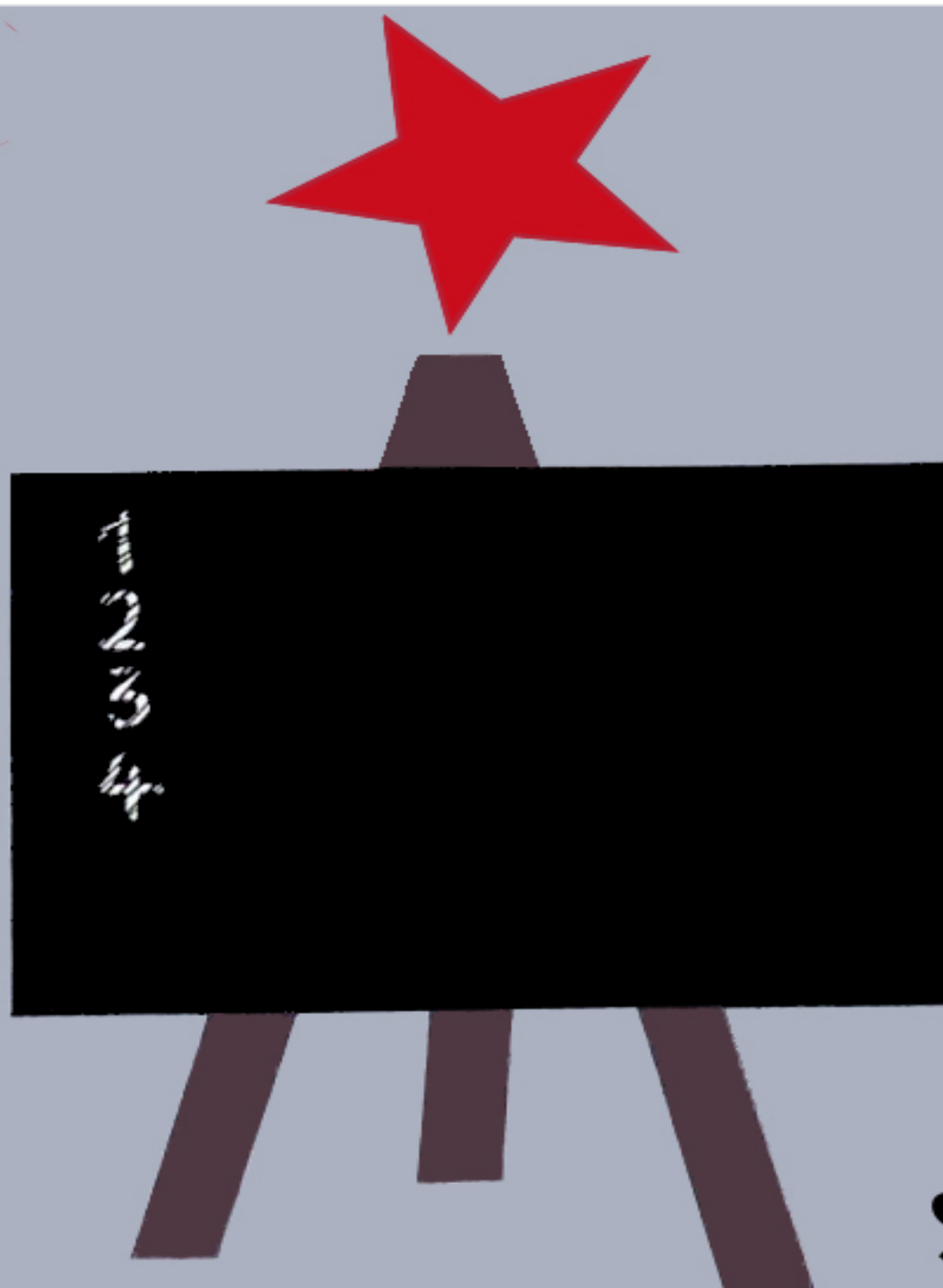


Ettore Vanni



Yo, comunista en Rusia



de

Ettore Vanni tomó parte activa como militante comunista en la guerra civil española, y se refugió después en Rusia donde ha vivido durante ocho años. Sus sucesivas actividades como maestro en las escuelas de niños españoles refugiados, como obrero en las fábricas Gorki, como empleado en las haciendas colectivas agrícolas y en la Radio Moscú, le permitieron ponerse en contacto con los aspectos más íntimos y decisivos del régimen comunista. De regreso a Italia se creyó obligado a relatar todas las trágicas experiencias que le han llevado a la desilusión y al desengaño. Su obra *Yo, comunista en Rusia* a través de una narración viva y llena de color, después de haber evocado las últimas fases dramáticas de la guerra civil española, traza un cuadro impresionante de la Rusia actual. Con absoluta objetividad y terrible elocuencia nos descubre todos los aspectos de la vida social, política y económica de Rusia.

OceanofPDF.com



Ettore Vanni

Yo, comunista en Rusia

Áncora & Delfín - 51

ePub r1.0

Titivillus 01.11.2022

OceanofPDF.com

Título original: *Io, comunista in russia*
Ettore Vanni, 1950
Traducción: Ettore Vanni
Diseñador de la cubierta: Erwin Bechtold

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



OceanofPDF.com

A mi mujer, que sacrificó los mejores años de su vida.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO PRIMERO

ÚLTIMOS DÍAS DE LA ESPAÑA REPUBLICANA^[1]

LEGUÉ a Leningrado el 21 de mayo de 1939. Por primera vez me encontraba en la «tierra prometida». No exagero si digo que éste es el sueño de millares de comunistas. El sueño y una verdadera prueba de fuego.

Es necesario, antes de referirme a Rusia, de donde me fue posible regresar sólo ocho años más tarde —12 de julio de 1947— hablar de los acontecimientos que precedieron y causaron mi viaje. Debo, pues, hablar de los últimos días de la guerra en España.

El 5 de marzo de 1939 señaló el fin de la República española.

Los treinta días que separan la formación de la Junta de Madrid de la definitiva ocupación de la zona centro-sur por las tropas de Franco, están caracterizados por el progresivo colapso de todo lo que durante treinta y cuatro meses había permitido resistir a los republicanos.

En aquella época residía yo en Valencia donde dirigía el diario comunista «Verdad». En los ambientes de la dirección del Partido, el golpe del coronel Casado era previsto. Lo que quiere decir que, de parte nuestra, se habían tomado todas las medidas para hacerle frente, facilitando así una ulterior resistencia durante siete-ocho meses al menos.

Sin embargo, todos sentían, en lo íntimo, la inanidad de una lucha que había costado al pueblo español, de una parte y de otra, innumerables víctimas. Sólo algún tiempo después comprendí que aquella «voluntad de

resistir» que caracterizaba la posición oficial de los comunistas, no era sino la aceptación puramente formal de la tesis rusa: «resistencia hasta el fin».

Después de la caída de Cataluña, el Cuartel general de la intervención soviética en España había vuelto a Valencia, a la Delegación de la Embajada. Al frente de ella estaba un ruso, que contadas personas conocían y que llamábamos Pablo. En realidad, él no tenía nada que ver con el Comisariado del Pueblo para los Asuntos Exteriores de la Unión Soviética. «Pablo» era un alto oficial de los órganos de seguridad del Estado —entonces «N.K.V.D.», hoy «M.G.B.»—. De funcionarios tales —rusos o rusificados— hubo una verdadera invasión del 36 al 39. Años después, en Rusia, supe que Pablo había sido «depurado», como muchísimos otros que habían estado en España.

Caída Cataluña, los rusos sostenían que en la zona centro-sur había fuerzas y armamento suficientes para resistir aún cerca de un año y que, siendo inminente la guerra entre los países del Eje y las potencias democráticas, también la situación de España cambiaría a favor de los republicanos. ¡Otras eran las verdaderas razones!

Siguiendo las instrucciones de los delegados de Moscú, los principales cuadros comunistas del Ejército republicano que habían atravesado la frontera francesa con los restos de sus Divisiones, volvieron secretamente a Valencia. La mañana del 5 de marzo —¡demasiado tarde!—, la *Gaceta Oficial* publicaba los Decretos del Ministro de Defensa ascendiendo a algunos de aquellos oficiales y asignándoles puestos decisivos, de modo tal que el Partido Comunista quedaba como dueño de la situación. Estaba también prevista la entrega de todos los poderes civiles a las autoridades militares.

Mas en la tarde del 4 de marzo, Casado anunció la formación de su Junta, declarando que no reconocía al Gobierno de la República. Durante la noche del 4 al 5, el Gobierno de Negrín, que tenía aún su sede en las cercanías de Alicante, tuvo su última y tempestuosa reunión. Hubo insultos recíprocos y hasta bofetadas.

A la mañana siguiente, los ministros dejaron España en circunstancias verdaderamente dramáticas, a bordo de algunos aviones. El aeropuerto estaba custodiado por hombres fidelísimos del XIV Cuerpo de guerrilleros.

Durante una hora soportaron estoicamente los insultos de todo género de la gente que se había aglomerado alrededor del campo. Tomaron puesto a bordo de los aparatos los ministros, la «Pasionaria» y algunos jefes militares, entre los cuales estaban los famosos Modesto y Líster, ascendidos el día antes a generales.

Cada vez que he examinado los acontecimientos de aquellos días, he llegado a la conclusión de que, a pesar de todas las apariencias, por lo menos en una parte de la dirección del Partido existía el firme propósito de no hacer nada por desviar el curso de los acontecimientos, prolongando una guerra que, ya de tiempo perdida, agudizaba los sufrimientos del país y hacía más irreparable la derrota.

He dicho que el golpe de Casado era esperado y que se habían tomado medidas para afrontarlo. Pero ninguna de las medidas fue ejecutada.

Se sabía, entre otras cosas, que uno de los hilos principales de la trama estaba en el Estado Mayor del Grupo de Ejército que tenía su sede en Torrente, en las proximidades de Valencia. Se habían dispuesto las cosas de modo tal que los soldados enviados aquella noche de guardia fueran todos comunistas, guerrilleros del XIV Cuerpo, cuyas fuerzas estaban acampadas en la periferia de la ciudad. Su Comandante era un viejo comunista; comunistas todos sus oficiales. A una señal determinada, la guardia debía dar acceso a la villa a otras fuerzas comunistas encargadas de impedir toda actividad del Estado Mayor. Ni esto fue puesto en práctica.

A pocos kilómetros de Valencia había un grupo de fuerzas blindadas al mando del comunista Sendín. También el equipo estaba compuesto en su totalidad por comunistas. Los rusos no entregaban un carro armado a nadie que no fuera comunista, y el «consejero» para las fuerzas blindadas había sido hasta poco tiempo antes el actual mariscal ruso Malinovski.

El frente de Levante se encontraba entonces casi a las puertas de la ciudad y las fuerzas armadas con las cuales los comunistas podían contar no eran pocas. Aun así, ninguna de ellas fue utilizada. Hasta la sede del Partido, en la cual estaba preparada la defensa, se dejó ocupar pacíficamente.

En Valencia, en la Embajada soviética —en previsión de los acontecimientos—, se instaló la tarde del 4 de marzo Jesús Hernández, ex Ministro de la República y miembro del Buró político del Partido Comunista. En aquel tiempo él era Comisario General del Grupo de Ejércitos. Tal cargo había sido creado por el Presidente Negrín, algunos meses antes, con lo cual se habían agudizado las disidencias entre los comunistas —de los cuales Negrín era entusiasta sostenedor— y el socialista Indalecio Prieto, Ministro de la Guerra; los soviéticos habían organizado una hábil maniobra al objeto de alejar a Prieto lo más rápidamente posible del Ministerio de la Guerra, como antes habían alejado a Largo Caballero de la dirección del Gobierno.

El incidente fue motivado por el último de una serie de artículos aparecidos en el periódico *La Vanguardia*, de Barcelona —órgano oficioso de Negrín—, titulado «El pesimista» y firmado por Juan Ventura. El artículo era extremadamente violento e injurioso para Indalecio Prieto, al cual, por otra parte, no le fue difícil descubrir que bajo el pseudónimo de *Juan Ventura* se ocultaba el Ministro comunista Hernández. Aquella misma tarde, en Consejo de Ministros, Prieto desenmascaró al autor del artículo y presentó la dimisión. Negrín la aceptó y de acuerdo con el Partido Comunista, hizo dimitir también a Hernández, con objeto de salvar las apariencias y no provocar una ruptura con los socialistas. Algunos días después, Hernández fue nombrado Comisario General de los Ejércitos de la zona centro-sur.

La tarde del 4 de marzo, como ya he dicho, Hernández se trasladó a la Embajada soviética, desde donde, con Pablo, debía haber dirigido la acción establecida.

La delegación de la Embajada soviética se encontraba no muy distante del Partido y próxima a mi casa, en donde estaban reunidos otros dirigentes comunistas. Hacia las ocho de la tarde un miembro del Buró político, al cual me unían vínculos de vieja y buena amistad, y cuyo nombre debo omitir, fue llamado a la Embajada. Antes de marchar me dio algunas instrucciones y me rogó no me moviera de casa. Naturalmente, se había

establecido un servicio de enlace previendo que sería imposible hacer uso del teléfono.

Poco después de medianoche, hora en que la radio anunció la constitución de la Junta Casado-Besteiro, fuerzas de la 46 División de Carabineros pudieron penetrar en el local del Partido, donde arrestaron a cuantos allí se encontraban, secuestrando archivos, documentos secretos y los ficheros completos, de los cuales un mes después se adueñó la policía de Franco.

El ruso Pablo tomó aquella misma noche su avión particular, y el ex ministro Hernández el camino del frente de Levante —donde se sentía más seguro—, acompañado de su elegante amiga y de un buen número de maletas.

En mi ánimo empezó a surgir la duda de que una parte de los dirigentes, aun habiéndose mostrado formalmente de acuerdo con la línea a seguir señalada por los rusos, hubieran obstaculizado conscientemente la ejecución del plan de acción establecido.

La duda debía acentuarse unos días después, cuando Alfredo llegó a Valencia.

Alfredo no era otro que el vicesecretario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, Palmiro Togliatti, que tenía entonces la función de guía y control del Partido Comunista español.

Me duele de veras el no poder presentar para la fantasía de algunos lectores un Togliatti truculento. Conocí entonces a un hombre muy sencillo, taciturno y pensativo.

Los delegados del Komintern, en España como en todas partes, trabajaban en íntimo contacto con la Embajada soviética y con los hombres de la N.K.V.D., colocados y situados por doquiera en modo de poder vigilarlo todo y a todos. Así, por ejemplo, el primer Embajador soviético —llamado después a Moscú y «depurado»— fue Rosenberg. Pero el verdadero *deus ex machina* de la Embajada era el camarada Veláiev, el cual vigilaba no sólo a los funcionarios de la Embajada, sino, a través de sus hombres de confianza, todo el aparato de la Dirección del Partido. Veláiev, entre otras cosas, organizó, «inventando» hasta un copioso material fotográfico, aquella colosal estafa que fue el proceso al trotskismo español

y que se proponía la eliminación de los adversarios del stalinismo. Esto me lo confesó él mismo cuando volví a verle, en Moscú, en el verano de 1940.

Hacia el otoño del 36 había llegado el dueño absoluto de la Embajada, el oscuro capitán Orlóv (o el misterioso «Grisha»), hombre de confianza enviado personalmente por Stalin. Fui de los primeros que le conocieron. Él me encargó que preparara una reunión con algún otro amigo. Nos volvimos a ver, en efecto, aquella misma noche en el Hotel Metropol.

La idea de la inutilidad de la lucha se abría camino, no sólo entre los elementos más tibios de la España republicana, sino también entre muchos comunistas.

Algún tiempo antes, en mi despacho del periódico, un camarada, que creo que ha podido salvar la vida, me habló con franqueza y algunas de sus palabras me impresionaron; más tarde hube de recordarlas a menudo y las comprendí en todo su significado. Algunos años antes había estado en Rusia, donde había seguido uno de los cursos especiales en la Escuela del Komintern. Nunca, a su regreso, dijo una palabra sobre las verdaderas condiciones de Rusia y sobre las impresiones que había recibido. Por otro lado, ¿quién le hubiese creído? Le hubieran tachado inmediatamente de «vendido a la reacción», de «trotskista», etc.

«No podemos vencer», me dijo aquella tarde. «Piensa de mí lo que quieras. Ya el fin está próximo; quizá esté próximo también nuestro fin físico. Esto no me preocupa.»

Cada vez que he querido ver claro y reunir elementos que probaran el secreto desacuerdo entre una parte de la dirección del Partido y los hombres de Moscú, he recordado aquellas palabras. Y he pensado que, seguramente no por casualidad, la tarde del 4 de marzo fue puesto aquel camarada al frente del Partido en Valencia. Su estado de ánimo no era el más indicado para hacer frente con energía a los acontecimientos.

Otros hechos hicieron más aguda mi duda. La defensa de los locales del Partido había sido preparada con todo detalle. En la terraza, en los balcones que daban a la plaza y en los que daban al patio, frente a la entrada, había guerrilleros con ametralladoras. Sin embargo, ninguna instrucción concreta había sido dada a este respecto. A las nueve de la noche enviamos a la Embajada rusa uno de los hombres del servicio de enlace pidiendo

explícitas indicaciones. Al momento de la ocupación aún no se nos había contestado: habían transcurrido casi cuatro horas y el Partido, como ya he dicho, se hallaba a poca distancia de la Embajada.

Dos meses después, en el *Cooperatzia*, barco ruso que nos llevaba a Leningrado, hablando de los acontecimientos de aquella noche, Jesús Hernández afirmó que había sido dada la orden taxativa de «oponerse a la fuerza». Quien hubiera podido confirmarlo estaba ausente...

En Rusia se habló muchas veces de la celebración de un Congreso en donde los comunistas españoles hubiesen podido aclarar los acontecimientos de aquel período. Una voluntad misteriosa logró siempre impedirlo.

En los días que siguieron, la situación pareció mejorar algo. El General Menéndez, Comandante del frente de Levante y a quien la Junta había confiado el mando militar y civil de toda la Zona, no quería precipitar las cosas. Ante todo, él no sabía cuál hubiera sido la conducta de los comunistas, que tenían muchas fuerzas en línea y en las cercanías del frente. Un paso en falso de su parte hubiera podido crear una situación mucho más difícil y conducir, precisamente, a lo que se quería impedir. Fue la suya una inteligente táctica.

Desde el frente, dos días después, el Buró político del Partido restableció el contacto con Valencia.

Nos reunimos una tarde en una casa en las afueras de la ciudad. En aquella reunión empezaron las desavenencias.

Al día siguiente tuve que visitar al ex-ministro de Obras Públicas Julio Just. No había tenido nunca relación con él; sin embargo, me acogió entonces con extrema afabilidad.

Era la primera vez, después de la noche del 5 de marzo, que recorría de día las calles de la ciudad. Valencia estaba inundada de sol. Bajo aquel sol maravilloso, la ciudad vivía su vida, como si todo lo que ocurría le fuese extraño. Era una ciudad que había perdido su natural alegría; una ciudad poblada de gente cansada de la guerra, de los sufrimientos, del hambre, de las diarias peregrinaciones al campo en busca de un puñado de arroz o de un kilo de patatas; de las periódicas incursiones aéreas, una ciudad que, ya

indiferente a todo, esperaba el final de aquel drama, soñando que quizá un día volvieran la vida fácil y las «fallas», las ferias y las corridas. Sencilla y alegre Valencia, donde antaño los extranjeros amaban hacerse un nido, ¡quién te habría reconocido en aquella silenciosa ciudad del mes de marzo de 1939!

A Just le hablé sin ambages. Le enumeré nuestras fuerzas, diciéndole que, si lo que se quería era entregar a los comunistas a sus enemigos, los comunistas lo habrían impedido a toda costa. Estábamos decididos a ocupar la ciudad aquel mismo día, con todas las consecuencias.

Just preguntó qué podía él hacer para resolver la situación; le rogué entonces que comunicara al General Menéndez nuestras peticiones. Eran: inmediata excarcelación del diputado Uribe y de los otros detenidos; abandono de los locales del Partido por parte de las fuerzas de la Junta; autorización para que nuestro periódico apareciese de nuevo y el Partido pudiese hacer su vida normal.

Menéndez nos lo concedió todo. Hizo poner en libertad a Uribe y prometió la de los otros; autorizó la publicación del periódico —con la debida censura—, y aseguró que haría desalojar la casa del Partido. Nos dejó, en fin, respirar un poco; lo suficiente para que nos moviéramos, aunque con la debida cautela.

Recuerdo que Just, durante nuestro coloquio, me dirigió una pregunta que por aquel entonces se hacían muchísimos republicanos y no pocos ingenuos comunistas: «¿Por qué Rusia no provoca la guerra?»

Teniendo en cuenta la persistente propaganda de origen moscovita, según la cual los regímenes fascistas atravesaban una intensa crisis económica y su caída era inevitable e inminente, la pregunta era más que legítima.

Contesté entonces con una de las acostumbradas frases de nuestra jerga; mas, años después, analizando *in loco* el *quid* de la política soviética, acordándome de Just y de su pregunta, no pude por menos de sonreírme.

Espero que el ex-ministro haya dado desde hace tiempo una justa respuesta a sus inquietudes.

En aquellos días llegó una extranjera. Tenía un pasaporte suizo y se llamaba Luisa, Después de haberse alojado en el Hotel Victoria se puso en contacto con la periodista francesa Simone Tery, que hallábase entonces en Valencia. Ésta nos comunicó su llegada. Luisa, procedente de Moscú, era portadora de instrucciones para el delegado del Komintern, Togliatti. Era su legítima esposa, Rita Montagnana. Tuvo que esperar algunos días para ver al marido.

En calidad de Delegado instructor del Komintern, Togliatti desempeñaba sus funciones cerca del Buró político del Partido y el Buró político, naturalmente, seguía al Gobierno en sus peregrinaciones. El 6 de marzo, después que los ministros y algunos miembros del Buró político salieron de España, Togliatti se dirigió a Albacete en compañía del vicesecretario del Partido, Pedro Checa, muerto años después en Méjico. Ciertamente, Togliatti hubiera podido salir con uno de los aviones del Gobierno. Decidió, en cambio, quedarse en España, confiando en que hubiese todavía alguna posibilidad de ejecutar las instrucciones de Moscú.

En Albacete fueron detenidos los dos y consiguieron salvarse gracias a los soldados puestos a su guardia. Alcanzaron el frente de Levante, más exactamente, el mando de una División comunista, y cuando, algunos días después, pareció que el horizonte se aclaraba, volvieron a Valencia.

Apenas llegaron a casa del diputado Uribe, cuya inviolabilidad había sido garantizada por el general Menéndez, tomaron asiento junto con otros de la Dirección, alrededor de la amplia mesa del comedor, y empezó entonces una reunión que iba a ser decisiva.

Las instrucciones de Moscú, como ya he dicho, eran categóricas: resistir a costa de todo. Mas, de un análisis de la situación, los reunidos dedujeron que las posibilidades para aplicar una línea semejante eran bien pocas. No se sabía nada de lo que había ocurrido en Madrid. Se supo después que, durante la noche del miércoles al jueves, los comunistas pudieron liquidar a la Junta y hacerse dueños de la situación. Sin embargo, ¿cuál hubiera sido el resultado práctico de ello? Evidentemente uno solo: acelerar el colapso y anticipar la entrada de las tropas de Franco en Madrid. Pese a lo que los

rusos opinaran, cualquier resistencia en tales condiciones, en Madrid igual que en otro sitio, hubiera sido esporádica y efímera.

Entre los reunidos estaba Jesús Larrañaga. Dejado en España al frente de la lucha, años después fue detenido y fusilado.

Togliatti sugirió la formación de otra Junta en Valencia. De ella hubieran tenido que formar parte, entre otros, Jesús Hernández y Julio Just.

Tampoco esto fue más que un proyecto.

Entretanto, los días pasaban. Los acontecimientos se precipitaban y, ahora ya, el problema más importante era la evacuación. Salvar al mayor número de personas que seguramente iban a ser sacrificadas, y, en primer lugar, la Dirección del Partido y el Delegado del Komintern. En este aspecto, las perspectivas eran realmente oscuras. No contábamos literalmente con nada. No disponíamos de un solo medio. Aquel «gran Partido» que en el papel disponía de 350.000 afiliados, que tenía células en todas partes y enteras formaciones militares, al momento de la prueba no encontraba ni un lugar seguro donde su Dirección pudiese refugiarse, ni un medio para ponerla en salvo. Fue ésta una de las más despectivas observaciones hechas por Togliatti.

Lo que quedaba de la flota republicana había zarpado desde Cartagena en ruta hacia Túnez. Todas las esperanzas se cifraban en la ayuda que... los amigos soviéticos hubieran enviado desde Francia.

En aquel entonces, fundada con capitales rusos hábilmente camuflados, había en Francia una compañía de navegación con numerosos barcos, muy cuerdamente empleados para «ayudar» a la España republicana mientras la ayuda se pagó con oro, a más que con la sangre generosa de los españoles. Pero cuando se trató de salvar la vida a miles de combatientes, la generosidad soviética, calculada fríamente a la milésima, estimó oportuno arriesgar bien poco.

En aquellos días estuve casi siempre cerca de Togliatti. Su mujer venía a menudo a verle y, por medio de ella, Togliatti mantenía contacto telegráfico —en lenguaje convencional— con París. El 12 de marzo envió el siguiente telegrama: «*Envoyez pommes de terre*», lo cual significaba: «Urge enviar barcos».

Sólo el 29 de marzo, es decir, dieciséis días después y veinticuatro horas antes de que las tropas de Franco ocuparan Valencia, llegó uno solo de los barcos que los «amigos» rusos tenían a su disposición en el puerto de Marsella y en otros: el *Lezardrieux*. Y las cosas fueron organizadas desde París de tal manera que sólo 34 comunistas pudieron embarcar.

Cuando Togliatti hubo enviado el telegrama, se pensó en organizar una evacuación en masa, estando convencidos de que llegarían muchos barcos. Se trazó un plan para la ocupación del litoral, desde Valencia hasta Alicante. De tal manera, con dos puertos en nuestras manos, la operación de embarque de miles de republicanos no hubiera sido empresa difícil. A tal fin, Larrañaga, regresado milagrosamente de Madrid, donde todo estaba ya perdido, marchó al frente de Levante para concretar con el Jefe de Estado Mayor, Coronel Ciutat —no comunista, antes bien, ferviente católico, pero buen amigo nuestro—, la acción a desarrollar en el momento oportuno. Quiso *Larra* que fuera con él y salimos en coche.

Era una tarde gris, lloviznosa. A medida que nos acercábamos a la posición del Estado Mayor, la tristeza invadía mi ánimo. El frente estaba calmo, inactivo, silencioso.

No sé por qué recordé de repente el inicio de la guerra, tres años antes. La silueta de un obrero metalúrgico de dieciocho años volvió, imborrable, a mi mente. Era el mes de julio del 36 y yo acababa de acompañar a Madrid a una columna de voluntarios que, formada en Valencia, se había engrosado durante el camino. Madrid vivía horas difíciles. Mi tarea, después de haber instalado a los hombres en el Cuartel de la Montaña, había terminado y hubiera tenido que volverme a Valencia. Sin embargo, quise acompañarles a Cercedilla y después a Tablada. Arriba, en lo alto, se habían improvisado parapetos con sacos terreros y desde allí se intentaba contener a los franquistas que hacían fuego de morteros y ametralladoras. Los nuestros tenían una sola ametralladora. No había fusiles para todos. Estaba, entre otros, tras los sacos terreros, un joven valenciano, Ángel, licenciado en Filosofía. Se le acercó el metalúrgico, en mono azul, temblando de impaciencia: «Camarada, trae que dispare yo.» Y Ángel le dejó el fusil y el sitio. Un minuto después, el obrero se desplomó al suelo con un balazo en la frente...

Ahora los frentes estaban callados. Todo me parecía triste, hasta *Larra*, que nunca lo estaba. De la mirada de los combatientes —braceros, mineros, obreros, estudiantes— había desaparecido la alegría de la lucha. Gravitaba sobre todos la sensación de la catástrofe inminente; había como suspendida una pregunta que nadie se atrevía a pronunciar: «Y entonces, ¿para qué?» Y tras de aquella pregunta callada, la misma resignación, la misma indiferencia, la misma apatía de la ciudad. Los españoles aceptaban su sino. Decían: «¡Mala suerte!» Y basta.

Por aquel tiempo se había celebrado en Moscú el XVIII Congreso del Partido bolchevique. Fue el último, y han pasado diez años. ¡Mal síntoma para una democracia socialista!

Nos interesaba saber qué había dicho Stalin y cada noche yo escuchaba Radio Moscú. Cuando fue transmitido el texto de su discurso, quedé sorprendido por una de las frases. Trazando la línea que los rusos tenían que haber seguido, dijo entonces: «*Ser prudentes y no dejar arrastrar a nuestro país en conflictos por los provocadores de guerras acostumbrados a sacar las castañas del fuego con manos ajenas.*» Togliatti escuchó atentamente el resumen que yo le hice del discurso de Stalin y se mostró sobre todo interesado por lo que a mí mismo me había sorprendido. No hizo comentarios.

Exactamente un mes después, empezaban en Berlín, por iniciativa de los rusos, aquellas negociaciones secretas que culminaron en el acuerdo ruso-alemán de agosto de 1939, largamente deseado por Moscú. Se comprendió entonces por qué Rusia no había querido concluir el proyectado pacto anglo-franco-soviético.

Todo el secreto de la insistencia de Moscú en exigir que los republicanos españoles continuaran resistiendo, era éste: a los rusos les interesaba sobre todo ganar tiempo, aun a costa de la sangre ajena. Sabían que la guerra no estallaría mientras se luchara en España y que habrían logrado llegar a un acuerdo con Hitler. Y desde luego no fue por falta de voluntad de parte de ellos si el pacto Molotov-Ribbentrop no se concluyó antes, mientras «los bravos muchachos españoles y los héroes de las

Brigadas Internacionales» caían orgullosos de servir la *causa del camarada Stalin*.

Togliatti estaba de un humor negro: los barcos no llegaban. Poco tiempo después pude darme cuenta de toda su indignación por el sesgo que habían tomado las cosas.

Fue una tarde, durante uno de los contados momentos de descanso que tuve en aquel período, en el que se comía poco y se dormía menos. Estábamos los dos apoyados en el alféizar de la ventana, en la habitación donde él solía dormir. Estaba taciturno, como casi siempre en aquellos días. De repente empezamos a hablar y nuestra conversación recayó sobre algunos problemas italianos. Circulaban en aquel tiempo muchísimas publicaciones editadas a cargo del Komintern. En España, ya desde antes de la guerra, existía una editorial, la «Europa-América», fundada con capitales soviéticos, al frente de la cual había otro italiano, Del Bono, delegado del Komintern para la propaganda. Las revistas publicadas por esta editorial aparecían siempre llenas de apreciaciones acerca de la situación económica en Italia y en Alemania. Tras el constante martilleo de aquellas afirmaciones, que para nosotros constituían una especie de Corán, no dudábamos que, efectivamente, la situación económica de los dos países fuese catastrófica y la bancarrota inminente. De esta certidumbre se derivaba otra, es decir, que hubiera sido suficiente un empujón desde el exterior para precipitar la caída de los dos regímenes y provocar en Europa una crisis revolucionaria que llevaría al proletariado al poder. El empujón—no había duda— lo hubiera dado la Unión Soviética. Y he aquí por qué se nos hacía incomprensible la nueva política de Stalin.

Cuando expuse a Togliatti mi pensamiento, formulado sobre la base de los textos que el Komintern nos propinaba, atajó:

—Tonterías. Van adelante muy bien.

Francamente, no me atreví entonces a preguntarle por qué, en tal caso, tamañas «tonterías» fueran divulgadas por el Komintern. De haberlo hecho, probablemente me hubiera contestado que una cosa es la necesidad de la propaganda y otra, muy distinta, la realidad.

No fue menos cáustico cuando, hablando de España y queriendo explicar las causas de nuestra capitulación, dijo:

—El poder corrompe.

Aquellas palabras no las olvidé jamás. Togliatti se refería entonces a los ministros de la República, incluidos los comunistas, y, en general, a los dirigentes españoles. Más tarde, durante ocho años, pude comprobar que la afirmación es valedera, sobre todo para Rusia. Es un hecho que el poder revolucionario, surgido del pueblo, y que al principio necesita de la intervención y del control popular para afirmarse, orientará luego su obra hacia la eliminación de toda injerencia que obstaculice e impida su propio desarrollo. Pero el efecto más o menos inmediato de ello es la metamorfosis del poder revolucionario en poder oligárquico que deberá mantenerse por el terror. En tal clima, la corrupción es un hecho inevitable. Cuanto más concentrado el poder, tanto más profunda la corrupción moral y política.

De Madrid empezaron a llegar compañeros huidos de la represión casadista. De uno de ellos, Isidoro Diéguez, miembro del Buró Político, Togliatti quiso saber cómo se habían desarrollado los acontecimientos en la capital.

—En Madrid —dijo Diéguez, fusilado años después, cuando desde Moscú fue enviado a España— los comunistas hubieran podido aplastar a la Junta.

El no haberlo hecho, el no haber obrado con la energía, la prontitud y la audacia que el caso exigía —sobre todo teniendo en cuenta que todo había sido predispuesto para ello— no hizo sino agudizar en mí la impresión a la que ya me he referido.

Los acontecimientos se sucedían con rapidez asombrosa. La Junta de Madrid iba a firmar de un día a otro la capitulación a las condiciones impuestas por Franco. De París, ninguna noticia, ninguna contestación a nuestra petición de medios para ponernos a salvo.

Un día, desde Madrid, obedeciendo sin duda a instrucciones emanadas de Burgos y que evidentemente formaban parte de las condiciones impuestas para la paz, fue cursada por radiograma a las autoridades de Valencia y de otras provincias la orden de detener a los dirigentes comunistas. Dicha orden nos fue confiada antes de que las autoridades

pudieran ejecutarla. Sería pueril decir que esto no nos impresionó. ¿Adónde ir? Nadie lo sabía, mas no había tiempo que perder.

—Pronto, decide —me dijo Checa.

—Estoy pensándolo —contesté—; pero no veo un sitio indicado.

—No hay nada que pensar —insistió Checa—. Hay que salir de aquí. De un momento a otro nos pillan.

—Vamos —dije.

—¿Dónde?

—No sé.

—Estamos en tus manos.

Salimos. Togliatti, el vicesecretario del Partido y otro compañero del Buró Político me siguieron. De lo que yo iba a hacer dependían sus vidas. Ser detenidos significaba ser entregados a los pocos días a Franco, o quizá ser fusilados antes de que los franquistas llegaran. Ninguno de los domicilios de comunistas que conocía me inspiraba confianza. ¿Quién podía garantizar que no nos hubiesen descubierto? En aquel período, el verse cerrar la puerta en la cara por compañeros que no querían comprometerse, era cosa muy frecuente. Otros, en cambio, hubieran dado la vida.

Nos encaminamos por las callejuelas del «barrio chino», rebosantes de prostitutas y carteristas. Renuncio a describir lo que sentí en aquel cuarto de hora. El tiempo urgía, había que desaparecer de la circulación a toda costa, buscar un refugio, pero vagábamos a la ventura sin saber dónde ir. Me acordé de improviso de haber pasado una noche, antes de la guerra, en casa de un muchacho de la Juventud, Juan, un estudiante de dieciocho años, que fue de los primeros que marcharon al frente y de los primeros que cayeron. Su madre era viuda y sin otros hijos. Desde entonces no había vuelto a verla, mas no dudaba que me reconocería. Y hacia aquella casa dirigí mis pasos. Hice esperar a Togliatti y a los otros en el portal, entornado, queriendo antes cerciorarme de que la mujer nos quería acoger. Minutos después entrábamos los cuatro en la misma habitación que un tiempo había sido del hijo. Sobre la mesa había, como siempre, una gran foto de su primer amor, junto a la cual la madre había puesto otra de Juan. La señora nos hizo sentar y nos dejó solos. Al salir de la habitación, murmuró con un

suspiro, delante de mí: «¡Pobre pequeño mío!» Le apreté las manos, frenando a duras penas las lágrimas, mientras ella repetía: «¿Para qué, para qué?»

Pequeño soñador Juan. ¡Tú no habías preguntado «para qué»!

Horas después, ya de noche, salí. Había recordado un nombre. Busqué entre un dédalo de callejuelas, trepé por una escalera húmeda y oscura. Era una humilde y vieja casa de obreros, donde se podría estar más seguro. Media hora después, en coche, llevé allí a Togliatti y a los otros. Yo me fui, aunque me pidieron que me quedara. Sentía que eran los últimos días que podía pasar junto a mi mujer. Y que podían ser los últimos de mi vida. No nos atrevíamos a estar en nuestra casa e íbamos cada noche de aquí para allá, a la de un amigo o de un pariente.

También ella intuía que el destino nos separaría y que nos esperaban las más grandes amarguras. Hacía proyectos, así, sin ton ni son; quizá sencillamente porque era feliz pensando que no llegaríamos a separarnos. Luego, de repente, decía: «Tonterías; si no salimos juntos, no nos encontraremos jamás.»

Yo contestaba invariablemente: «El Partido decidirá.»

En aquellos días se procedió a nombrar, en el más absoluto secreto, otro Comité Central, destinado a quedarse en España para continuar la lucha. Lo mismo se hizo con los Comités Provinciales. Fue un problema encontrar un sitio en donde poderse reunir y organizar las cosas de manera que las personas que tenían que asistir a la reunión, en primer lugar Togliatti, pudieran hacerlo sin peligro.

Aquella misma noche, Togliatti escribió, en un castellano casi perfecto, la última proclama al pueblo español, que al día siguiente se tiró en una imprenta ya preparada para el trabajo clandestino.

No supe explicarme jamás cómo de un cerebro frío y calculador cual el de Togliatti pudo salir un documento tan ardiente y apasionado. Guardé durante muchos años el manuscrito junto con una histórica carta autógrafa del Presidente del Consejo, Negrín, al de la República, Azaña. Al salir de Rusia, la Policía, que registró mis maletas, se quedó con las dos cosas.

Ya no había qué esperar que los «amigos» desde Francia nos ayudaran.

Se hizo entonces la única tentativa posible, siquiera para salvar a los principales dirigentes. En las cercanías de Cartagena había una Escuela de aviación dirigida por un oficial, Comandante de Aeronáutica antes de la guerra civil; ni siquiera pertenecía al Partido Comunista. La Escuela tenía algunos aparatos; pero el problema que había que resolver era hacerlos poner a disposición del Comité Central. Se elaboró un plan de asalto al campo para el caso de que no hubiera sido posible convencer al personal. A tal fin, Togliatti se trasladó, junto con los otros, a las cercanías de Murcia, adonde al día siguiente me encargué de enviar a otros compañeros. Entonces, saturado como estaba de aquella mística por la cual se sacrificaba sencillamente hasta la vida, en todo pensaba menos en salvarme.

Me pesó infinitas veces el no haberme quedado en España. De haberlo hecho, con toda probabilidad habría caído; mas en los años amargos de mi vida en Rusia, muchos, muchísimos de nosotros hubimos de considerar preferible este fin a la pérdida de nuestras mejores ilusiones. Creo no haya nada más triste y más amargo para un hombre.

No fue necesario asaltar el campo de aviación. El director de la Escuela se puso a disposición del Partido, y otros pilotos hicieron lo mismo. Los aparatos despegaron tranquilamente; cuando ya habían tomado altura, un oficial quiso demostrar su aversión a la República disparando contra los aeroplanos tiros de pistola.

Así se salvaron Palmiro y otros.

El Comandante de Aeronáutica, C. Ramos, al llegar a Rusia, quizá en premio a su comportamiento, fue enviado a una fábrica, en Cheliávinski, a las puertas de Siberia. Sufrió hambre y frío y pescó dos pulmonías. Sólo dos años más tarde se logró arrancarle a una muerte segura. Está ahora encargado de la limpieza de las máquinas en un lavadero mecánico en Moscú. Cuatro días de cada semana no cena. De sus peripecias —algunas de las cuales hemos pasado juntos— hablaré más adelante.

El 29 de marzo llegó, al fin, un barco de Marsella, el *Lezardrieux*. Iba en él un diputado francés enviado del Komintern y encargado de dar instrucciones. Calculadores como siempre, los rusos quisieron poner el barco a disposición de las autoridades de la Junta, las cuales, naturalmente,

intentaron impedir a toda costa que un solo comunista embarcase. Y si pocos de ellos pudieron hacerlo, se debe exclusivamente a la enérgica y humana intervención del ex-ministro Just.

Había vuelto a verle algunos días antes. De vuelta de Madrid, donde había intentado conseguir la libertad de los comunistas detenidos, me había telefoneado rogándome fuese a visitarle. Me informó de las promesas de Casado, que luego no fueron cumplidas. Le saludé agradeciéndole todo lo que había hecho y nuestra separación fue cordial y afectuosa.

¿Nos íbamos a salvar? ¿Cuánto tiempo iba a durar la emigración?

Pocos días después, Just salió en un barco inglés, junto con otros.

Hacia las tres de la tarde del 29 fui avisado para que estuviese pronto para marchar. Mi mujer iba a salir conmigo. La llamé y le dije: «Vete a casa, mete en las maletas todo lo que puedas, lo esencial. Quema los papeles.»

—¿Puedes salvarte? —preguntó.

—Tú también. Espérame en casa. Iré a por ti.

Me miró, incrédula, enrojeció y se fue corriendo.

De noche, a las once fuimos al lugar convenido. Era una noche húmeda; lloviznaba; el frío penetraba en los huesos. En la plaza de Castelar, unos grupos escuchaban las últimas noticias. La Radio transmitía la conclusión de las negociaciones con Franco. Sentí más frío y más amargura.

—¿Dónde vamos? —preguntó mi mujer.

—¡Quién sabe! A Francia, o al fondo del mar.

Otras personas esperaban en el mismo local, entre ellas algunas mujeres. Buenas, fieles compañeras que no podían ser abandonadas a una muerte segura.

Pero nosotros habíamos propuesto y los rusos, una vez más, disponían. Llegó una persona anunciando que las mujeres no saldrían. Por vez primera, en tantos años de vida activa y de lucha, oí pedir explicaciones ante una orden del Partido.

—¿Por qué? —alguien preguntó.

—El Partido lo ha dispuesto así —contestó el que había transmitido la orden.

Y no era cierto. Fue la estúpida autoridad del delegado del Komintern quien lo impuso. Sin embargo, él mismo permitió la subida al barco a vulgares prostitutas, a malhechores que se hacían pasar por anarquistas y que la justicia republicana no se había atrevido a castigar, pero que debían responder ciertamente de crímenes y rapiñas desde los primeros meses de la guerra. Crímenes y rapiñas a los que —hay que decirlo— sólo los comunistas tuvieron el valor de poner fin con la fuerza fusilando a no pocos malhechores y aplastando a sus bandas. Yo mismo que, a través de una serie de violentos artículos, había preparado el clima para esta represión, una noche, volviendo a casa, estuve a punto de caer víctima de una de ellas.

Había llegado la hora, esa hora dramática y amarga en que quisieran decirse tantas cosas y no se tienen palabras. Y no se tienen lágrimas porque hay todavía demasiada fuerza en el ánimo.

En la escalera, a oscuras, di el último beso a mi mujer.

—No nos veremos más —dijo.

—El mundo es demasiado pequeño —la alenté—; pierde cuidado, nos encontraremos.

De ella no veía, en la sombra, sino los grandes ojos dolorosos; sentía en mis manos sus pequeñas manos temblorosas. Sin embargo, mi pensamiento estaba lejos, no era para ella. Más exactamente, lo que experimenté en aquel instante fue un amargo sentimiento en el que se fundía una veloz sucesión de recuerdos, de hombres y cosas: el fuerte de Pamplona; el penal de Burgos, donde había pasado dos años; el joven metalúrgico desplomado, frío, en el parapeto; el estudiante Juan y la mirada de pena de su madre; los primeros días de lucha, las palabras dolientes de mi mujer, cuya juventud, en definitiva, yo mismo había sacrificado, y tantas esperanzas y tantos sufrimientos y tanta fe. Por un instante sentí el mordisco de aquella pregunta no pronunciada: «¿Para qué?»

Y apretando las manos de mi mujer dije: «Adiós», mientras pensaba: «¿Es posible que tanta sangre no germine?»

En la puerta estaba el joven filósofo: «¡Hombre...! Yo me quedo —dijo—. Donde han muerto tantos puede morir uno más.»

Cuando subí al coche, mi mujer, con un último tímido gesto de esperanza, me pidió: «Deja que te acompañe.»

Contesté implacable, ya dueño de mí: «No. Vete a casa con mamá.»

Las órdenes tenían que ser cumplidas. Era nuestra ley; una disciplina aceptada con fanatismo que deshumaniza, pero que era nuestra fuerza. La familia, la casa, el yo: todo desaparecía ante la exigencia de la lucha. Para nosotros los comunistas, no había más que el Partido, siempre y en todas partes el Partido.

A pocos metros del barco, minutos antes de subir, el encargado de hacernos embarcar se me acercó diciendo:

—Voy a recoger a tu mujer, ¿quieres?

Contesté duramente:

—No. No sería justo hacer una excepción.

—Pero tú eres extranjero...

—No importa.

Han pasado nueve años. Mi compañera estuvo en la cárcel; la muerte la rozó muchas veces, pero vive todavía. Mas ¡cuántas perecieron! Jóvenes obreras, humildes empleadas, estudiantes, hijas de la pequeña burguesía que antes de la guerra vivían la tranquila vida de familia: una novela, el cine, un sueño, el novio. La guerra había sacudido la quietud, como un vendaval, esparciendo las semillas de un mito: justicia en la tierra.

Zarpó el *Lezardrieux* en la obscuridad, mucho antes del alba, mientras dormíamos en el suelo, abajo, en la estiva.

¡Nadie te dijo adiós, nadie agitó una mano saludándote, ardiente, generosa, implacable España!

En Orán nos dejaron en el barco durante dos semanas. Bajaron de noche, a escondidas, ayudados por los comunistas de la ciudad, la mujer de Togliatti y otro.

Más tarde nos enviaron, bajo escolta, hacia un campo de concentración, a Bogarí, entre Orán y Argel. Guardias senegaleses, noches gélidas, pan amasado con quinina, agua que hacía orinar siete, ocho, diez veces en la noche.

Bajo mi hamaca descubrimos un saco de ajos. Cuatro periodistas los devoramos poco a poco hasta el último, como judíos de toda la vida. Y nos parecieron sabrosísimos.

Desde otro campo me comunicaron que nos veríamos muy pronto en «casa», es decir; en Rusia. Rechacé, por lo tanto, el ofrecimiento que desde París me hicieran unos amigos para marchar a América. Y el 12 de mayo, después de una escrupulosa selección hecha por funcionarios soviéticos, algunos de nosotros partimos.

Muchos, los más, humildes soldados de fila, quedaron para siempre en el campo de concentración. El viento del desierto tronchó hace tiempo las cruces de sus tumbas.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO II

LLEGADA A RUSIA. PRIMERAS SORPRESAS

AQUELLA tarde del 21 de mayo, cuando el *Cooperatzia* atracó en el muelle de Leningrado, quedará para siempre en mi memoria.

Poco antes de entrar en puerto, había desfilado a unos cincuenta metros de nosotros un torpedero. En vano agitamos las boinas en señal de saludo a los marinos del Báltico. Nos miraban inmóviles, indiferentes, mientras el torpedero cruzaba veloz, cortando las olas y el gélido viento del Norte.

Desde el día antes habíamos hecho algunos preparativos. La mayor parte de nosotros ponía pie en la URSS por primera vez y el que no sea comunista difícilmente podrá comprender lo que esto significa. Estábamos inquietos, con el corazón rebosante de emoción y de dicha, como si fuéramos a la primera cita con la novia; convencidos de que nos iba a acoger una muchedumbre entusiasta. Con la ayuda de algunos marinos nos procuramos una tira de papel en el que pintamos palabras de saludo al pueblo soviético y a Stalin. Mucho antes de atracar, fijamos la pancarta en lo alto del puente, de manera que pudiera ser leída por la hipotética muchedumbre.

Viajaba con nosotros, procedente de París, un comunista italiano, llevado hoy a los honores de la tribuna parlamentaria. Sonreía irónicamente observando nuestros preparativos. Discutiendo conmigo sobre los acontecimientos de España, no hacía más que poner en evidencia los errores cometidos por los comunistas españoles, primero entre todos el de haber

depuesto las armas. El cadáver de la República española estaba aún caliente y los burócratas del Komintern, hombres de alma disecada, se lanzaban como cuervos sobre él con sus críticas frías, «científicas» y venenosas.

En el muelle nos esperaba tan sólo un grupo de funcionarios. Un poco más allá, una pareja de jóvenes, pálidos y bien vestidos, en quienes no era difícil reconocer a dos agentes de policía.

En la fachada de la estación marítima un gran retrato de Stalin y una descolorida tela roja en la que estaba pintado uno de los *slogans* que después leí miles de veces en todos los rincones de Rusia: «¡Gloria a nuestro amado Jefe, Padre y Maestro, camarada Stalin!»

Quedamos desilusionados. «¡Qué diablo! ¡Nadie!»

Pasaron dos horas antes que pudiéramos desembarcar. El grupo de funcionarios del Komintern y de los Sindicatos —y desde luego alguno de la N.K.V.D.— subieron a bordo y quedaron mucho tiempo reunidos con un individuo del Comité Central ruso que había estado en España un poco antes de terminarse la guerra y donde, también él, se había hecho llamar Alfredo.

Cuando fueron examinadas las listas de los pasajeros y el *anketa* que cada uno de nosotros había tenido que rellenar —era el primero, pero no el último cuestionario— decidieron hacernos desembarcar. Otras lentas horas pasamos en la sala de espera.

Las intérpretes, bonitas mujeres casi todas, se prodigaron afectuosamente. Contestaban a algunas de nuestras preguntas, pero adoptaron inmediatamente la táctica de agobiarnos ellas mismas con preguntas sobre España. No sabía aún que no hay en Rusia ni un solo intérprete que no sea agente de la N.K.V.D.

La espera era de veras insoportable. Intenté salir con un compañero, pero en la puerta un marino, sonriendo, nos cortó el paso.

—*Nielzà*. Prohibido.

—¡Bah! —dijo mi amigo—. No comprendo por qué no se puede salir.

—*Nielzà, nielzà* —repitió el marino.

Volvimos a la sala de espera. Llamamos aparte a una de las intérpretes y yo mismo le dije:

—Camarada, ¿cómo te llamas?

—Lida.

—Bien, Lida; quisiéramos salir de la estación, ver un poco la ciudad, pero el marino que está de guardia no nos deja.

—Camaradas —contestó Lida—, tened un poco de paciencia. Pronto saldremos todos juntos.

—¡Pero si es eso lo que no queremos! —atajó mi amigo.

—Eso no está bien, camarada. Tendréis que acostumbraros a la disciplina de nuestro país.

No discutimos. La «disciplina» y el «espíritu de colectivismo» nos torturaron después durante largos años. Entretanto, nos había chocado una cosa. Le habíamos hablado de tú a la intérprete; ella nos contestaba hablándonos de usted. Efectivamente, en Rusia los camaradas no se hablan de tú. Lo hacen solamente los obreros y los campesinos y los jefes, al dirigirse a los obreros.

Los miembros de la comisión iban y venían, discutían en voz baja, reunían a los intérpretes, nos llamaban y volvían a llamarnos por lista.

Pasaron dos, tres, cuatro horas.

—Su nombre, camarada.

—P. P.

—¿Y el patronímico?

—¿Qué patronímico? Nosotros no tenemos patronímicos, ni nada que se le parezca...

—¿De veras? Es curioso. Lena, no tienen patronímico...

La intérprete quedó con la boca abierta:

—¡Extraño! Entonces, ¿cómo haremos las listas?

En la sala de espera había otro retrato de Stalin.

Un reloj, en la pared, marcaba las seis menos cuarto.

Las intérpretes hacían alarde de su pintoresco español. Y los españoles asaetándolas:

—¿Cómo te llamas, compañera?

—Dúsia.

—¿Y tú?

—Lena.

—¿Dónde vamos ahora?

—A Moscú.

—¿Está lejos Moscú?

—Bastante.

—¿Cuándo nos vamos?

—Pronto.

—¿Cómo se dice «pronto» en ruso?

—Se dice. *Sichás*.

—¿Cómo?... ¿*Sichás*? ¿Y «gracias»?

—*Spasibo*.

—«*Espasibo*».

Las intérpretes se reían. Los españoles no lograban decir «*spasibo*».

—Camaradas intérpretes —gritó el jefe de la comisión—. Por favor, aquí.

En la sala, las moscas parecían negros fuegos de artificio. Danzaban alrededor de nuestras caras como en torno a cortezas de sandía.

Las siete. Las ocho. Las nueve. Y no se podía dar una vuelta por la ciudad.

—¿Cuándo diablos se sale?

—Camarada Lena, ¿cuándo se sale?

—Pronto, camaradas. *Sichás*.

El reloj marcó las diez. Los de la comisión discutían. Llamaban a los intérpretes, iban y venían.

Un español llamó a Lena «camarada *Sichás*».

Todos estallaron en risas. A Lena la broma le gustó poco, pero se rió igualmente.

—Habías dicho que salíamos pronto: eran las seis. Ahora son las diez.

Finalmente, nos reunieron, asignándonos la plaza que teníamos que ocupar en el tren.

—Camarada X, vagón número dos, puesto número cuatro; camarada Z, vagón número tres, puesto número uno...

—¡C...! —exclamó una voz en una característica jerga madrileña—. ¿Es que uno no puede sentarse donde quiera?

—Compañeros —gritó una de las intérpretes—, hay que ser disciplinados. Cada uno debe ocupar el puesto indicado.

—Pero, ¿por qué G. y yo no podemos viajar en el mismo vagón?

—¿Y por qué queréis hacerlo? —preguntó la rusa a su vez.

—Caramba... —exclamó el otro—; porque sí, porque somos amigos y queremos charlar de nuestras cosas.

—¡Oh! —dijo la rusa, sonriéndose—. Tendréis tiempo para ello.

Los dos no se dieron por vencidos y se instalaron donde les dio la gana, provocando el enojo de los rusos, que empezaron a llamarnos «indisciplinados» y «anarquistas».

A las once y media estábamos en el tren. Un funcionario se sentó junto a tres muchachos españoles; se quitó los zapatos y la chaqueta, sacó las «Cuestiones del leninismo» y se hundió en la lectura.

Los españoles hacían bastante ruido, contaban chistes, gritaban, reían como sabe reírse la juventud.

De Leningrado no vimos nada, y en Moscú tuve la primera contrariedad.

Estábamos en las cercanías de la estación y el tren había disminuido su velocidad, cuando desde la ventanilla observé que, a poca distancia de las vías, viejos vagones sin ruedas eran habitados por familias enteras. No presté mucha atención. En cambio, me chocó el aspecto miserable de la población. Fuera, nos esperaban unos autocares que nos llevaron por la ciudad.

En la pared de la estación, los acostumbrados retratos de Stalin y de los otros dirigentes y los acostumbrados *slogans*. Y en la sala de espera, una turba sucia y andrajosa. Todos los asientos, ocupados. El suelo, literalmente cubierto de personas que dormían o bebían «kipitok» —agua hirviente—, mordiendo de vez en cuando un terrón de azúcar.

Un olor a suciedad, a sudor, mezclado al de los arenques, que constituye —y no siempre— el manjar de dioses de los pobres. La misma escena fuera de la estación, donde la gente espera dos, tres, cuatro días para lograr un billete.

La impresión que me causó aquella humanidad fue pésima. No era lo que había leído en decenas y decenas de folletos y revistas que describen la vida feliz del país socialista. Sin embargo, era todavía demasiado pronto para que estas primeras impresiones me abriesen los ojos.

Horas después volvimos a la estación para proseguir hasta Zanki, pequeña estación a una hora de tren de Jarkov, en Ucrania. Había allí una de las tres «Casas de Reposo» en las que fueron distribuidos los españoles a su llegada.

Esta vez se hallaba en la estación la camarada Blagoieva, vicesecretaria de la «Sección de Cuadros» del Komintern. Desde el inicio de la guerra en España, la Blagoieva se ocupaba de cuestiones españolas. Hacía casi 30 años que había huido de Bulgaria, refugiándose en Rusia, donde, ciudadana soviética y funcionaria de la policía secreta, había llegado a ser en el Komintern un personaje importante, una especie de eminencia gris.

Baja de estatura, el pelo cortado a la *garçon* que le caía tapándole media cara, una colilla entre los grandes dientes amarillos, aquel día daba órdenes al personal de su séquito. La Blagoieva había escogido un grupo de compañeros que debían quedarse en Moscú, y éstos, ahora, abandonaban el tren.

El 1.º de mayo había llegado de Francia otro grupo de españoles y, entre ellos, algunos amigos míos y un pariente. Era, pues, más que natural mi deseo de quedarme en Moscú; entre otras cosas, porque esperaba que alguno de ellos tuviese noticias de mi familia, cuya situación me preocupaba. Me acerqué a la Blagoieva.

—Camarada, quiero quedarme en Moscú —le dije.

—Compañero —contestó en un español pintoresco—, hemos decidido enviarle a Zanki.

—Pero si yo quiero quedarme en Moscú... —Y le expliqué la razón.

No se dejó convencer, ni yo tampoco. Sorprendida e irritada por mi insistencia, replicó enérgicamente:

—Compañero, se encuentra usted en la Unión Soviética; es usted un comunista, tiene que ser disciplinado.

Consideré inútil discutir más y me alejé, visiblemente malhumorado. Aquel disponer de la voluntad y de la vida de los hombres no cabía en el

cuadro de mis concepciones socialistas, ni formaba parte de los manuales de propaganda soviética.

Comprobé más tarde que la camarada Blagoieva no había olvidado ni perdonado mi gesto de arrogante latino.

Pequeña, melancólica estación la de Zanki, entre soberbios bosques de pinos que a un lado y a otro difunden su sombrío verdor por kilómetros y kilómetros. Entre los pinos, un tren de vía estrecha que, en el verano, enlaza la estación con la gran Casa de Reposo donde fueron instalados 800 españoles.

La acogida fue lo más afectuosa posible. Una decena de muchachas ucranianas se desvelaron por acomodarnos. Había un discreto servicio de duchas y lindas y luminosas habitaciones; colectivas, desde luego.

Amplias avenidas, arriates de flores e hileras de pinos flanqueaban los pabellones, y los altavoces, instalados en todas partes, transmitían dulces armonías ucranianas. Un comedor limpio, lleno de luz, nos acogió. A la entrada había unas perchas donde muchos colgaron su boina. Entre las muchachas rusas estaba entonces de moda la boina, que llevaban como una aureola después de haberla vuelto rígida y haber ensanchado la parte superior, adaptando el fieltro a la horma de un plato.

El almuerzo fue bueno: *borsh* ucraniano que, guisado con los indispensables ingredientes, es exquisito de veras; carne con macarrones, jugo de fruta, té, y hasta helado.

Después de la comida, una sorpresa: de las perchas habían desaparecido unas cuantas boinas... Después, sorpresas en cadena.

Primera reunión. Hablaba el director de la Casa de Reposo y el intérprete traducía: «Recomiendo a los camaradas que no dejen en las habitaciones trajes, zapatos y otros objetos de valor.»

Una voz:

—¿Por qué?

Un «cuadro» supercomunista, de los que después martirizaron la existencia de los demás, protestó:

—No hagáis preguntas insidiosas.

El director impuso silencio bondadosamente y contestó:

—Compañeros, acabáis de llegar y no conocéis nuestro país. Entre nosotros hay todavía restos de las clases que hemos destruído y frutos de su educación. Los objetos de valor pueden ser robados.

No hubo comentarios. Si el compañero lo decía, debía ser verdad.

—Recomiendo a los compañeros sean puntuales a las horas de las comidas y observen el reglamento.

Aquel hombre ignoraba que desde que el mundo es mundo no han existido españoles dispuestos a observar un reglamento. El español es el antirreglamento por excelencia, podría decirse. «Si se quiere que un español arregle su propia cama —dijo un día un ruso que se esforzaba por comprender el carácter latino—, hay que decirle que no sabe hacerlo. Y entonces lo hará por espíritu de contradicción. Si se le quiere imponer en nombre del reglamento, será capaz de romper el colchón.»

Por la noche, después de cenar, fuimos invitados a «fraternizar» con las ucranianas empleadas de la Casa. Empezamos entonces a balbucear las primeras palabras rusas, algunas de las cuales se hicieron luego famosas. En Jarkov, el humor español volvió a bautizar una calle llamándola «Niéponimáu», que quiere decir «no comprendo». Y muchos rusos acabaron por llamarla así.

De aquella «fraternización» nacieron luego ternuras, hijos y no pocos líos. Las ucranianas eran dulces, sencillas y, muchas de ellas, buenas; los españoles, expansivos, ruidosos, alegres y, lo que más pesaba, gozaban entonces de algunos privilegios. Esto y la perspectiva de salir algún día de Rusia, hizo que muchas se uniesen a ellos.

Las bodas eran sencillas: empezaban a vivir juntos, y a otra cosa.

Algunas parejas se formaron verdaderamente por amor. Bien pronto la diferencia de carácter, el idioma y las costumbres truncaron los idilios y separaron a muchas de ellas.

Las autoridades no veían con buenos ojos estas uniones. Hacían lo imposible para evitarlas. Una tarde, todas las empleadas y obreras de la Casa fueron amonestadas severamente por el director y por el médico para que no tuvieran relaciones con los extranjeros, puesto que, entre ellos, abundaban las enfermedades venéreas.

Tampoco esto dio resultado. Cada noche, el silencio y la obscuridad de los pinos acogían el tierno homenaje de la juventud.

Un poco de reglamento: a las siete, diana y gimnasia.

Tocaba por la mañana la campana y había que correr a la explanada donde se hacían los ejercicios de cultura física. Muy pocos, contados, los que iban. Desde las ventanas abiertas, con el aire húmedo de rocío, penetraba el aroma de los pinos y un delicioso perfume de flores campestres. Nos desperezábamos en la cama, encendíamos el primer pitillo, algún humorista empezaba a inventar chistes acerca de las costumbres del país; pero el campo de deportes quedaba casi desierto. Esto era intolerable para los rusos. Hay que saber cómo está organizada la vida rusa: en el fondo, a ninguno de los dirigentes de la Casa le importaba que hiciéramos o dejáramos de hacer gimnasia; pero en Rusia no hay ni un solo trabajo para el que no existan un plan y un gráfico. Por este motivo, cada funcionario debe realizar el trabajo que de antemano le ha sido asignado. Y si de 800 españoles tomaban parte en los ejercicios físicos sólo 20 ó 25, «plan nié pólnen», dicen los rusos, el plan no se ha cumplido.

Más reglamento y otros síntomas de «grave indisciplina» y de «incultura» intolerables: por la mañana no arreglábamos la cama, cosa que luego tuve que hacer, más o menos, durante ocho años.

No observábamos el horario de las comidas. Por la noche, a las diez, había que estar en cama y dormir, pero muy pocos volvían a casa a esa hora. Al cabo de algunos días, los rusos adoptaron el sistema de cerrar las puertas de los pabellones; entrábamos por las ventanas. Esto ya fue el acabose. A ningún ruso se le había ocurrido nunca que en un país «culto y disciplinado» se puede entrar o salir de casa por la ventana. Cuando, más tarde, estuve entre los niños españoles —de muchos de los cuales la escuela y la vida soviética han hecho malhechores y prostitutas—, estas escenas, por la natural vivacidad de aquellos chicos, estaban a la orden del día. Los rusos les llamaban «canallas y sinvergüenzas», acusando a nosotros, los maestros y educadores, de ser los responsables de aquello. Como si fuera posible cambiar la naturaleza y hacer de un chico latino un autómatas.

Se formó entonces entre los españoles un comité. Aparecieron los «cuadros» de siempre, que quisieron ser a toda costa más rusos que los rusos. Se levantaban antes del toque de diana e intentaban obligar a los otros a levantarse amenazando con medidas de castigo. En la Unión Soviética no podía ser tolerada la indisciplina. Algunos se dejaron atemorizar; otros, los más, los mandaron al diablo y un día volaron bofetadas y algunas sillas, después de lo cual los «cuadros» dejaron de martirizarnos.

Uno de ellos, cierto Puente, típica figura de servilismo, había formado parte de un comité constituido en el barco en el cual salimos de España. ¡No era posible vivir sin comités! Tenía yo 500 pesetas en plata que un amigo me había entregado al marchar. Entregué a Puente el dinero, que siendo plata tenía valor, para que lo hiciera cambiar y comprar tabaco para todos. El hombre se quedó con él. Cuando, en Rusia, un día quiso obligarme a acudir a la gimnasia, le mandé al infierno, recordándole su miserable conducta de entonces. Lo cual indignó aún más a los otros, que le echaron a patadas de la habitación. Más tarde, fue enviado a una Escuela política del Komintern y es hoy una de las «promesas» revolucionarias para la redención de España.

El comité quiso imponernos el estudio de la «Historia del Partido bolchevique». Nos dividieron en grupos y asignaron a cada grupo un «responsable de estudio», que, durante dos horas al día, tenía que controlar la discusión, capítulo por capítulo. También esto falló. Exceptuados los «cuadros» y otros pocos, los demás ni siquiera abrieron el libro, lo que dio lugar a asambleas y reuniones agitadísimas. Durante una de ellas, J. Galán, hoy coronel del Ejército soviético, se levantó y dijo muy serio:

—Nos habéis traído aquí a descansar. Pues dejadnos descansar.

Tuvo muchísimos aplausos. Pertenecía entonces a uno de aquellos grupos que no tomaban en serio nada, ni la gimnasia, ni el comité, ni el estudio. Odiado por los pequeños jerarcas de la emigración, estuvo a punto de tener serios disgustos. El comité no se cansaba de enviar estúpidos y venenosos informes a Moscú contra él y contra otros.

Una noche, un grupo improvisó una serenata bajo la ventana de una habitación del segundo piso, donde vivían las mujeres. Al son de una

guitarra, los jóvenes cantaban turbando la «solemne quietud de la noche». Una cosa parecida no se había visto jamás en todo el país soviético. Acudieron el médico, el director, los guardianes de noche y a todos se les explicó tratarse de una popularísima costumbre española. Acabaron por reír, contagiándose del buen humor, sobre todo cuando dos de los jóvenes, haciendo uno de toro y otro de torero, simulaban una corrida.

Desde las ventanas, las mujeres aplaudían y jaleaban. La cosa hubiera terminado sin consecuencias, pero los acostumbrados «cuadros» sintieron el deber de presentarse para imponer orden; los acogieron a guitarrazos. Desde las ventanas, las chicas lanzaron algún objeto contra ellos...

Por desgracia, en los años que siguieron, las privaciones, las fatigas y la amargura apagaron todo ardor, toda alegría.

Algún tiempo después, el director y el médico de la Casa de Reposo desaparecieron; supimos por las rusas que habían sido detenidos. No se supo por qué, aunque algunos afirmaron que formaban parte de un grupo trotskista, mientras otros aseguraban que habían malversado algunos fondos...

Cada día, después de la siesta, con un compañero al cual me ligaba vieja amistad, solíamos dar un paseo. Una vez, nos aventuramos por el bosque, bastante lejos, siguiendo el curso del río. De repente, oímos unas voces y dirigimos nuestros pasos hacia el lugar de donde venían. Ante una tienda de campaña estaban sentadas dos jóvenes y una mujer alrededor de los cincuenta, con un pequeño en brazos. Sorprendidas primero, se sometieron después. Las saludamos y nos preguntaron si éramos extranjeros. Habiendo contestado afirmativamente, nos invitaron, con gestos más que con palabras, a sentarnos con ellas.

Sobre el fuego, delante de la tienda, hervía algo.

—¿Comprendéis el ruso? —preguntó una de ellas.

—Nié ponimán —contestamos a dos voces. «No comprendo». Era todo lo que sabíamos decir.

—*Parlez français?*

—*Mais, oui, camarade...*

Y en francés —que las dos jóvenes hablaban, si bien con alguna dificultad— empezaron a abrumarnos a preguntas. Y nosotros satisfacimos su curiosidad.

El recipiente en que hervía el agua no era precisamente una olla, sino una lata a la que le había sido aplicado un mango de alambre. Una de las jóvenes tomó de una bolsita una pizca de té y la echó en ella. Luego se levantó, entró en la tienda y volvió a salir con un periódico que desplegó en el suelo, poniendo encima de él trozos de pan negro, algunos caramelos y un vaso de metal con mantequilla.

—¿Cenáis con nosotros?

—No, gracias.

Pero insistieron y a los requerimientos de las chicas uniéronse los de la madre. Aceptamos un vaso de té.

—Ésta es nuestra cena —dijo una—. Somos pobres...

Tal lenguaje empezaba a ser incomprensible para nosotros que no habíamos oído hablar nunca de pobreza en la Rusia del bolchevismo.

—¿Qué dice usted? —preguntó mi amigo.

Una de ellas, la mayor, que luego dijo llamarse Vera, se sonrió notando nuestra sorpresa.

—Somos pobres, ¿no se lo creen? ¿Es cierto, Liúba?

—Sí —contestó la otra— y no nos avergonzamos de nuestra pobreza.

Tenía poco más de veinte años y el rostro y los ojos llenos de gran energía.

—¿No trabajáis? —pregunté a mi vez.

—¿Cómo no! Estamos aquí de vacaciones.

—¿Y por qué no habéis ido a un Sanatorio?

Se miraron y se echaron a reír.

—¿Sanatorio? ¡Pero si nosotras somos obreras!

Nuestro estupor aumentaba.

—No comprendo —dijo mi amigo.

A este punto las mujeres quizá temieron haber hablado demasiado y quisieron disimular, explicándonos que tenían sus vacaciones, y como el pequeño Petia necesitaba pasar algunos días en el campo y no querían, por otra parte, dejar sola a la madre, habían venido a acamparse aquí en el

bosque, cerca del río, a dos pasos de la ciudad. Se estaba mejor que en cualquier sanatorio.

En aquel momento una especie de caña plantada en la tierra y de cuya extremidad colgaba un hilo, fue sacudida. Liúba, que estaba en traje de baño, se metió en el agua, sacó un grueso pez y fue a depositarlo cerca de la tienda, debajo de un trapo donde había otros cinco o seis.

—Decís que sois pobres teniendo tanta comida —insinué.

—Aquello no se come —dijo Vera.

—¿Y qué hacéis con ello?

—Se cambia. Lo llevamos a la ciudad y lo damos a cambio de pan o lo vendemos.

—¿Y está permitido?

—No está permitido, pero hay que vivir. Hay quien tiene pan de sobra y quiere pescado. Entonces se hace el cambio. A la vuelta llevamos parte del pan a los campesinos y ellos nos dan leche.

—¿A los campesinos?

—¿Os extraña? Los campesinos no tienen pan.

Mi amigo y yo nos miramos. Vera se dio cuenta de ello, comprendió que dudábamos y dijo:

—No es posible explicaros ciertas cosas. No podéis comprenderlas. Las comprenderéis vosotros mismos, luego, poco a poco.

Obscurecía y nos levantamos para marcharnos. Vera y Liúba quisieron acompañarnos. En el cielo se encendían las primeras estrellas y en el bosque eran leves nuestros pasos en la hierba húmeda y oscura.

Nuestras amigas entonaron a dos voces una canción ucraniana triste y nostálgica. Bella y dulce Ucrania, desde siglos no tienes más que el canto para contar tus dichas y tus penas...

Las mujeres nos rogaron que volviéramos al día siguiente. Y una tarde Liúba me reveló tímidamente algo horroroso.

—Hace un año era estudiante —me dijo—. Por eso conozco un poco de francés. Vera no es mi hermana, es la mujer de Vánia, mi hermano. Vivíamos en una habitación, en una casa un tiempo nuestra: una pequeña casa, cuatro piezas en total, que mi padre había levantado con no pocos

sacrificios. Mi padre era jefe de escuadra en una fábrica. Durante la guerra civil fue herido dos veces y antes de la Revolución ya había conocido Siberia. Al terminarse la guerra, volvió a Járkov. Yo era entonces una chiquilla; tenía apenas cuatro años y Vania seis.

Mi padre era uno de los jefes del Partido en la fábrica; tenía mucho trabajo y le veíamos muy poco. Vera era nuestra vecina de casa. Nos conocemos desde pequeñas; fuimos compañeras de escuela y de juegos. También el padre de Vera era obrero; murió durante una de las epidemias de aquellos años. La madre de Vera era empleada del Soviet de la barriada, pero un día tuvo que dejar el empleo, siendo movilizada, como muchas otras, y enviada a las minas del Donbas. Mi padre hizo de todo para que la orden fuera revocada, pero no lo logró. En vano quiso hacer comprender que no se podía mandar a una mujer con una criatura a una zona como el Donbas de entonces. Le contestaron que había casas-cuna o que iba a haberlas. La verdad es que un funcionario del C.C. del Partido, como luego comprendimos, había puesto los ojos sobre la casa de Vera, y como tenía santos protectores, consiguió hacer mandar a la mujer lejos de Járkov, instalándose él en la casa el mismo día.

Esto fue una de las cosas que más indignaron a mi padre, el cual se opuso a que la pequeña Vera acompañara a su madre. Desde aquel día Vera vivió con nosotros y nos educamos juntos. La madre escribió regularmente durante dos años y pudo venir a verla dos veces. Luego, no se supo más de ella y todas las tentativas de mi padre para averiguar qué fin fuese el suyo, resultaron inútiles.

La última vez que la vi era yo aún pequeña, pero está siempre viva en mí la impresión que me produjo. Ya no era la hermosa mujer que recordaba, aunque fuese vagamente, mi memoria infantil. Su fisonomía se había transformado; era una mujer vestida de harapos, envejecida de veinte años.

—¿Cuántos años tienes, Liúba? —pregunté, interrumpiéndola.

—¿Cuántos me das?

—Veintinueve, treinta.

Se sonrió con una amarga sonrisa.

—Las fatigas agotan, amigo mío. Parezco una vieja, lo sé. Hace dos meses he cumplido veintitrés años.

La miré incrédulo.

—No es posible —exclamé.

—¿No me crees? Pues bien...

Sacó del bolsillo el pasaporte para el interior que obligatoriamente ha de tener cada ciudadano ruso, y del cual jamás se desprende, y me hizo leer:

—Mira, es fácil —dijo poniéndome el pasaporte bajo los ojos e indicando con el índice, mientras leía—: «Nacida en Járkov el... mayo 1916.» ¿Estás convencido? No sé si tendrás ocasión de ver una fábrica, pero es seguro que conocerás a obreros. Son jóvenes, la mayor parte, cuando empiezan a trabajar. Después de un año, dos o tres de trabajo, su juventud se acaba. Para un obrero los años pasan como de cuatro y de cinco a la vez. Sin contar las enfermedades, la pérdida de dientes por falta de vitaminas, la amargura y las preocupaciones constantes que hacen envejecer más que nada.

Y así, querido compañero... pasaron los años. Frecuentamos la escuela y nos inscribimos en el Instituto, yo en el de Medicina, Vera y Vánia en el de Ingeniería...

La posición de mi padre en el Partido nos permitía vivir y estudiar. Íbamos vestidos y calzados; no nos faltaba carne, ni azúcar ni mantequilla. Los altos funcionarios siempre han tenido privilegios, aunque no tantos como hoy. Éramos jóvenes, felices como se puede ser en aquella edad, en aquellas condiciones. Mi padre, en cambio, se volvía cada vez más huraño. Hablaba poco también en la mesa, donde el buen humor de nosotros, jóvenes, se apagaba ante su ceño. Estaba siempre lejos con sus pensamientos; siempre sumergido en un mundo que nos era extraño y a veces murmuraba: *Tak nié paidiót*. Esto no marcha. ¿Qué es lo que no marcha?, le preguntábamos, y él contestaba: «No comprendéis, vosotras no podéis comprender.»

Una noche estalló la tormenta. Nos llamó a todos y nos hizo sentar cerca de él. «Queridos —dijo—, no aguanto más. He luchado casi treinta años contra la injusticia, contra los opresores. He luchado contra los privilegios. Yo, obrero, he querido otra vida, otro porvenir para mis camaradas y para mi pueblo. Ha caído la flor de la clase obrera, ¿y para qué? Hemos hecho grandes cosas, es cierto. Hemos levantado fábricas que

pueden ser nuestro orgullo; pero en las fábricas los obreros siguen sufriendo. Vosotros, hijos míos, no sabéis cómo vive nuestro pueblo. Creímos haber salido para siempre de las tinieblas; hemos vuelto de nuevo a ellas. Privilegios de un lado, sufrimientos de otro. Pues bien, no tengo fuerzas para seguir así. Me avergüenza de hablar con mis viejos camaradas. Me niegan el saludo. “Tú también has traicionado”, dicen; “no te falta nada. La Revolución se ha hecho para ti y para otros como tú. Podemos reventar sin tu saludo”. Vánia, Liúba, lo que acabo de hacer quizá trunque vuestra carrera. Pues bien, prefiero esto a la maldición de mi pueblo. Vosotros sois jóvenes, estáis recibiendo una educación perniciosa. Pero, sabedlo, si os apartáis del pueblo, yo, vuestro padre, vivo o muerto, os maldeciré. También a ti, Vera. Acuérdate de tu madre. Ha acabado en una mina o en otro sitio, da lo mismo. ¿Miraste su cara la última vez que vino a verte? ¿Viste sus harapos, su miseria, su dolor? Eran el rostro, los harapos y el dolor del pueblo ruso. No lo olvides.»

—¡Pero si no lo olvido! —dijo Vera.

Entonces intervino mi madre. Ella había intuido desde hacía mucho tiempo el drama de mi padre.

—¿Qué ha ocurrido, Piotr?

—Lo que tenía que ocurrir. Los he mandado a todos al diablo.

—¡Dios mío, Dios mío! —gritó mi madre cubriéndose el rostro con las manos.

—Ya no me importa nada —prosiguió mi padre—; no se puede vivir sin conciencia, como desalmados. Sí, los he mandado al diablo. En la reunión del Comité del Partido, hoy se ha discutido mi «caso». Y he dicho lo que desde hacía tiempo me roía el alma. Alimentamos a nuestros obreros con mondas de patatas y pepinos. No tienen zapatos, ni azúcar, ni carne, ni nada. Les obligamos a trabajar cada vez más y más. Y nosotros, los jefes, los dirigentes, ¿por qué nosotros no nos sacrificamos también? Cada tres horas las camareras nos traen al despacho una bandeja... Los comunistas tienen el deber de dar el ejemplo, puesto que los tiempos lo imponen. Se han echado a reír, palabra. Han dicho que me he vuelto loco... Pues bien, les he llamado con su nombre y mañana me iré a la fábrica. Aún puedo trabajar. No quiero nada más.

—Piotr, Piotr... tú no irás a la fábrica —dijo mi madre.

—Mañana mismo.

—Quiera Dios que me equivoque, pero tendrás disgustos. ¡Pobres de nosotros! ¡Pobres de nosotros!

Mi padre se levantó indignado:

—¿Disgustos a mí? —gritaba, golpeándose el pecho—. ¿A mí, viejo comunista? ¿Disgustos a mí?

Más tarde, aquella misma noche, buscaron a mi padre. Había sido ya expulsado del Partido, declarado enemigo. Tenía que pagar. ¿Dónde le habrán llevado? ¿Vive todavía?

—¡Cómo! —la interrumpí—. ¿No lo sabes?

—No lo sé. No tenemos derecho a saberlo. Es así con todos, con todos los que hacen lo que él. Nuestras amarguras, sin embargo, no debían terminar. Gracias a mi tío, un hermano de mi madre que ocupa un puesto importante en la policía secreta y que nos ayudó como pudo, mi madre, después de algún tiempo, consiguió emplearse. Quería hacernos estudiar a toda costa, pero bien pronto lo de mi padre tuvo consecuencias también para nosotros.

Naturalmente, formábamos parte del Komsomol, la organización de la juventud comunista. Fuimos convocados, Vania y yo, a una reunión donde iba a ser tratado nuestro «caso». Éramos «los hijos de un depurado, de un traidor, de un enemigo». Aquellas palabras fueron otros tantos latigazos; era como si nos azotaran en carne viva. Sin embargo, lo peor vino luego.

Entre los miembros del Comité, en la mesa de la presidencia, estaba Víctor. Le conocía desde hacía muchos años. Víctor era el hombre que había inspirado mis primeros versos y mis primeros sueños. Le amaba y puedo decirte que él también me quería. Habíamos hecho juntos muchos proyectos para el porvenir y hasta nos hubiéramos casado de no haber querido yo antes terminar mis estudios. Estaba segura que Víctor nos habría defendido. Admitiendo que mi padre fuera culpable, ¿por qué nosotros sus hijos, debíamos pagar por su culpa?

Y Víctor se levantó a hablar. Sí, él, el hombre que yo quería y del cual me sentía amada.

—Camaradas —gritó—, hemos de limpiar nuestra casa. Los enemigos se encuentran en todas partes, incluso en nuestras filas; quieren cortarnos el camino, destruir nuestra obra. Barrámoslos sin piedad. Vosotros lo sabéis, yo era el novio y estuve a punto de ser el compañero de Liúba. Pues bien, me avergüenzo; se acabó.

—¡Víctor! —grité sin poderme contener. Él prosiguió implacable:

—Soy el que propone que sean expulsados de nuestra organización Vánia y Liúba. No hemos de fiarnos de sus declaraciones; aun condenando la conducta del padre, ellos serían siempre un peligro en nuestras filas.

Había sido hasta entonces una muchacha despreocupada. Me había educado con aquellos jóvenes, entre quienes tenía amistades que parecían inquebrantables; tenía sólo mis libros, la casa, mis sueños y mi amor por Víctor. Comprendí aquel día todo el horror de nuestra vida. Y me di cuenta también de que tenía un carácter. Me concedieron la palabra; defendí brevemente a mi padre. «Cuando fueron a detenerle —dije—, nos estaba amonestando a nosotros, sus hijos: “No os alejéis del pueblo.” Mi padre no podía ser un enemigo. Fue fiel hasta el fin a la causa del pueblo. Yo no puedo, no debo ultrajar su nombre y su memoria. A ti, Víctor, gracias.» El silencio acogió mis palabras. Mi hermano no dijo nada; me besó y me apretó la mano y eso fue todo. En breve fuimos expulsados del Komsomol y no tardamos en serlo del Instituto.

Mi tío, desde la N.K.V.D., intentó protegernos todavía y más tarde fuimos admitidos a trabajar los dos como peones. Vera se había salvado y quiso acelerar su unión con Vánia. Nos quitaron la casa; primero nos dejaron dos habitaciones en una de las cuales vivían Vera y Vánia. Luego Vánia desapareció. Trabajaba en un turno de noche y una mañana no volvió a casa. De esto hace más de un año. Le quitaron la habitación también a Vera, y si no tuvo otras molestias que ésta y la expulsión del Instituto, fue porque la obligamos a divorciarse inmediatamente.

Había escuchado a Liúba obsesionado por una duda. ¿Era cierto lo que había dicho? ¿O era ella uno de los tantos enemigos que menudean en la Unión Soviética? ¿Y si se tratase de una provocación?

—Y ahora, ¿qué haces? —pregunté.

—Hice durante más de dos años de peón. Logré luego entrar en una oficina de la misma fábrica, donde vino a trabajar también Vera. Vamos adelante los cuatro con lo poco que ganamos las dos.

—¿Cuánto ganas?

Hizo una mueca.

—Una tontería —dijo—. Doscientos sesenta rublos al mes, menos los descuentos para el empréstito, el impuesto de cultura, de soltería, etc. Total, vengo a cobrar doscientos rublos. Y otros tantos Vera.

No dije nada. Quedamos un rato en silencio. Luego Liúba me cogió las manos:

—Perdona si te he contado todo esto; te agradezco haberme escuchado. Pero no lo digas nunca a nadie.

—Te prometo que no hablaré con nadie, pero... no sé si debo creerte, Liúba. No es posible...

Fue como un latigazo.

—No puedes comprender todavía —dijo—. Pero ya verás, comprenderás...

—Así y todo —añadí— la Revolución se defiende. Es terrible, pero es así.

Liúba me miró con sus grandes ojos extrañados; luego escondió su rostro entre mis manos; las sentí húmedas de sus lágrimas.

Era ya muy de noche. Poco lejos de nosotros, Vera y mi amigo charlaban. No había nadie que pudiera escuchar; sólo el río, sombrío y silencioso, y la luna esmaltada en la tibia, honda, amarga noche de julio.

Mi amigo me llamó para marchar. Vera y Liúba quisieron acompañarnos hasta la Casa de Reposo.

—Os reñirán como a chiquillos —dijo una de ellas.

—Nadie nos verá.

—Pero tendréis que llamar para que os abran.

—No llamaremos. Las ventanas están abiertas.

Rieron a carcajadas y el eco llenó el bosque húmedo de rocío.

En el otoño del 42 volví a ver a Liúba en una calle de Moscú. Vestía el uniforme de soldado del Ejército y me dijo que había pedido marchar voluntaria al frente.

—El país hay que defenderlo a toda costa. Puede que luego, comience para todos una nueva vida.

Los españoles marchaban en grupos hacia las fábricas. Comisiones de los Sindicatos y del Partido habían llegado a Zanki y nos habían hecho llenar a cada uno un formulario de cuatro páginas. Lo mismo hicieron el Socorro Rojo y la N.K.V.D., que nos dejó un pasaporte para el interior «sin ciudadanía».

El criterio seguido al destinar a los españoles a las fábricas fue verdaderamente monstruoso. Los rusos se preocuparon tan sólo de satisfacer su necesidad de mano de obra. Sobre todo, tuvieron presente una cosa: tratábase de comunistas, de jóvenes que hubieran llevado a las fábricas una oleada de entusiasmo, siendo un ejemplo para los obreros rusos, los cuales, procedentes en su mayor parte del campo, sentían aún la nostalgia del pequeño trozo de tierra que el Estado les quitara.

Los españoles fueron distribuidos en las fábricas de Járkov, de Rostóv sobre el Don, de Kramatórsk en el Donbas, a Coloma, a Moscú, a Cheliávinski, en los Urales, a las puertas de Siberia. Si se exceptúa un pequeño grupo enviado a la Academia Militar y otro a la Escuela Política del Komintern —también éstos fueron mandados luego a las fábricas—, el resto, entre quienes había viejos oficiales del ejército y algún que otro médico, fueron a «proletarizarse». El grupo destinado a la Academia Militar vino a recogerlo Modesto, el hoy general ruso Morósov; el de la Escuela Política, cierto Miguel. Miguel era un búlgaro enviado por el Komintern a España, donde organizó y dirigió las Escuelas del Partido. Hoy es una de las personalidades de más relieve en Bulgaria y miembro del Gobierno.

En uno de sus viajes a Zanki, Miguel me dijo que yo iba a salir con otros dos compañeros: junto con el ex ministro Hernández hubiéramos ido a uno de los países de América latina. La guerra impidió la realización de este proyecto. Salió únicamente Hernández, el cual, llegado a Suecia, donde fue descubierta su identidad, tuvo que ponerse precipitadamente en salvo, pasando a pie la frontera, con la nieve hasta las rodillas. Después de lo cual el Komintern renunció al proyectado viaje de los demás.

Quedamos en Zanki muy pocos, esperando la evasión de aquella «jaula de oro».

Algunos rusos, más tarde, nos recordaron periódica y sistemáticamente cómo nos habían acogido. Ellos ignoraban que al Gobierno soviético los españoles no le habían costado un céntimo. Durante la guerra buena parte de las reservas de oro del Banco de España fueron a parar a Rusia, siendo descargadas de noche en el puerto de Odessa por oficiales de la N.K.V.D. Nada se supo de los cuatro contables españoles que habían ido a hacer la entrega. Lo único cierto es que no han vuelto a salir de la URSS.

En los dos meses que duró la permanencia de los españoles en la Casa de Reposo hubo uniones y divorcios en abundancia. No pocos abandonaron a su propia mujer uniéndose a otra, española o rusa, y algunas «señoras» se buscaron un nuevo marido. Entre los más pintorescos esponsales de aquella época quiero recordar uno por el final que tuvo años más tarde: dos valencianos, un ferroviario, Montero, y Carmen Manzana. Él, con una pierna de palo, ella solterona y próxima a la cuarentena. Montero tenía en España mujer e hijos. Algunos años después, en Kokán, en el Asia central, murió de inanición. De inanición murieron, según declaración de los médicos, en el mismo período y en la misma ciudad, otros noventa españoles, hombres, mujeres y niños. Para poder enterrar a Montero, el dirigente del Colectivo español, Del Caso —quien años después me confirmó el hecho que nos horrorizó a todos—, se vio obligado a arrancar al cadáver, a golpes de escoplo, los muchos dientes de oro que tenía. «Fue horrible —me decía Del Caso—, pero si no lo hubiéramos hecho nosotros lo hubieran hecho otros en el cementerio.» Y añadió: «Nunca vi tantos piojos como en su cama.»

Pero Kokán es capítulo aparte.

Habían caído las primeras nieves.

En Zanki quedábamos pocos.

Entre aquellos pocos, otros dos periodistas, la suerte de los cuales no había sido aún decidida por los funcionarios del Komintern. Uno de ellos es mirado hoy con recelo por haber estado ligado estrechamente al ex ministro Hernández, el cual, más tarde, después de haber salido de la URSS, fue

expulsado del Partido por su posición antisoviética. El otro, Luis Salado, está encargado de la propaganda para los países de América latina, en el «Sovinformburó», además de ser agente de los órganos de Seguridad y del Servicio especial del Ministerio de Asuntos Exteriores. De esto no hay que maravillarse. De buena o de mala gana, los extranjeros en Rusia caen, antes o después, en las redes de la N.K.V.D.

Nuestra situación en aquel período fue verdaderamente exasperante. Privados de libros, de periódicos, de cualquier medio que nos hiciera recordar nuestra pasada actividad, estábamos condenados a una inercia absoluta.

Un desolado paisaje de nieve, la pequeña habitación donde los tres dormíamos, los gritos de una turba de niños en el corredor del pabellón. Única distracción, si distracción puede llamarse, vulgares películas de tractoristas, de tanquistas y aviadores.

Estábamos ya familiarizados con el personal ruso, cuyas condiciones de vida íbamos conociendo poco a poco.

Algunas de las muchachas que servían la mesa habían aprendido el español con sorprendente facilidad y esto hacía posible frecuentes y sabrosos diálogos que nos ayudaban a penetrar un poco en el misterio de la vida soviética.

Un día llegó un telegrama del Komintern. Era una orden para que fuese enviado a la fábrica de Kramatovski. Estaba firmado por la Blagoieva. En aquel tiempo estábamos ya informados de las verdaderas condiciones en que vivían los compañeros que habían sido enviados a la fábrica.

Algunas de aquellas informaciones eran incontrovertibles, dadas directamente por gente que trabajaba en la fábrica de tractores de Járkov, a pocos kilómetros de nosotros. No conseguían en manera alguna salir adelante.

Lo que ganaban bastaba apenas para una modesta comida al día. Pero esto no era todo. La hostilidad de los obreros rusos hacia los españoles había sustituido a la simpatía con que al principio fueran acogidos. Y era más que justificada. Algunos obreros españoles, no estando al corriente de las trampas de las fábricas rusas, dieron en los primeros tiempos un

rendimiento tal que permitió a la Dirección de la fábrica elevar las normas de producción, reduciendo automáticamente el salario-base.

Inútil describir el humor de los españoles cuando se dieron cuenta de este sistema de explotación que no tiene igual en ningún país del mundo.

Hubo protestas. «¡Cómo! —decían los ingenuos—. Decís que es preciso producir más, y cuando producimos más nos pagáis menos...»

En Rostóv, en Coloma y en otros sitios, algunos españoles fueron agredidos y apaleados por los rusos.

Posteriormente hubo también huelgas de obreros españoles y si no fueron drásticamente represaliados se debe a la intervención enérgica del entonces secretario general del Partido español y miembro del Komintern, José Díaz. Una frase de Manuiski se hizo entonces célebre: «No hemos fusilado porque es aún demasiado vivo el recuerdo de España. En adelante no vacilaremos.» Aquí empezaron las desavenencias entre Díaz y los rusos.

Cuando recibí la orden de marchar a Kramatovski, con mucha calma, pero con mucha energía, me negué. Dije que, en primer lugar —y era verdad— sufría de una úlcera gástrica, aunque estaba en vías de curación. En segundo lugar, hice presente que no encontraba justo ni veía por qué se le debiera obligar a transformarse en obrero a un hombre de casi cuarenta años. Debo decir, en honor de la verdad, que fui calurosamente apoyado por los compañeros a los que me dirigí particularmente por el mismo Díaz. Según luego me fue referido, al leer mi carta dio un puñetazo en la mesa exclamando: «¡Basta! Se han cometido demasiadas bestialidades. No hay ninguna necesidad de enviar a este compañero a la fábrica.» Otro telegrama del mismo Komintern ordenó la suspensión de mi viaje.

Un mes después, hacia fines de diciembre, tuve una carta de Díaz. En ella me rogaba marchar a Kúibishev, de maestro a una Casa de niños españoles. Me pedía que, como comunista, vigilara para que los chicos fueran educados «en el amor a su pueblo».

¡Pobre Díaz! ¡Él mismo vio, antes de suicidarse, lo que han hecho de sus muchachos!

CAPÍTULO III

ESCUELA PARA NIÑOS ESPAÑOLES

LEGUÉ a Kúibisev el 10 de enero de 1940. El termómetro marcaba aquel día los 60 grados. Iban conmigo tres maestras españolas y un joven, maestro también, a quien el final de la guerra había sorprendido siguiendo un curso de piloto en el Cáucaso.

Aunque habíamos telegrafiado anunciando nuestra llegada, no encontramos a nadie esperándonos. La impresión que recibí en la estación de Kúibisev y en las otras durante el trayecto, fue aún más penosa que la de la llegada a Moscú. Estando la región del Volga más atrasada y siendo una de las más castigadas por la colectivización y la represión que siguió a ésta, la miseria y la suciedad son mayores que en otras, excepción hecha del Asia Central.

En las estaciones, pequeñas o grandes, el espectáculo de los niños abandonados se repetía constantemente.

Había visto en centenares de revistas hermosos rostros de niños sonrientes, casas-cuna, jardines de infancia. Me había admirado, sobre todo, un retrato de Stalin con una niña en brazos, del cual volví a ver en Rusia por todas partes millares de reproducciones, con esta dedicatoria: «*Gracias, camarada Stalin, por nuestra infancia feliz.*»

Evidentemente, sólo los hijos de los oficiales del Ejército y de los altos burócratas del Partido pueden dar las gracias al «camarada» Stalin. Los otros, aquellos que he visto siempre tender la mano delante de los trenes, a la puerta de los almacenes, en Moscú y en otros sitios, o robar a la gente en

los mercados, en el metro, en el tranvía, harapientos y sucios, los hijos de los campesinos enviados a Siberia, de los obreros y de los modestos empleados que no saben cómo terminar el mes, aquéllos no pueden darle las gracias. Le maldicen.

Hay en Rusia un vasto florecer de canciones prohibidas.

Las he oído en Ucrania, en Moscú, en Crimea, por todas partes. Los *biesprizorni*, muchachos abandonados, las componen y las propagan de pueblo en pueblo, de cárcel en cárcel, de ciudad en ciudad; canciones tristes, dolientes: narran el drama de una familia destruída, de una criatura abandonada en una estación mientras el tren se lleva a sus padres, mandados a Siberia por la «*maldita autoridad soviética*».

La Casa n.º 14 para muchachos españoles se encontraba en Poliana Frunze, a 14 kilómetros de la ciudad de Kúibishev. En verano, los barcos transitan por el Volga. En invierno no hay otro medio de transporte que el trineo. Llegamos a Poliana Frunze ateridos de frío. Alrededor de nosotros no había más que nieve. Tuve por primera vez una sensación de abandono, de soledad, de amargura y la impresión de estar separado del resto del mundo, al cual hubiera sido vano intentar regresar.

Las maestras lloraban cálidas y silenciosas lágrimas. Habían estado a punto de marchar a Méjico, reclamadas por algunos parientes. Repentinamente, la policía les retiró el visado de salida. Tuvieron que quedarse en Rusia, donde hacía ya tres años que residían; solamente siete años después, reclamadas de nuevo por sus parientes, pudieron marcharse.

El primer encuentro con los chicos se ha grabado indeleble en mi mente. Me encontraba por primera vez en un aula ante una veintena de pequeños; algunos tenían apenas diez años. Díscolos como casi todos y, como todos los otros, sucios. Mientras respondía a las preguntas que algunos me habían hecho, me di cuenta que dos de ellos, sentados en primera fila, jugaban, contando sobre el banco alguna cosa. Me acerqué y vi cuán simple era su juego: hacían caer de la propia cabeza los piojos y los contaban. Aquel de los dos que hacía caer más era el vencedor. La apuesta era parte del pan o un pedacito de mantequilla que les daban a la comida o a la cena.

En las Escuelas-internado rusas se tiene por principio que el muchacho no debe estar nunca solo; además del maestro está el educador, el cual debe preocuparse de la formación del niño, de sus juegos y, naturalmente, también de la higiene y del estudio. En las Escuelas para niños españoles, algunos de sus compatriotas —sobre todo mujeres— tenían estas funciones. Estos cargos eran adjudicados por la organización Komsomol, que, «en teoría», se ocupa de la educación de los muchachos y de los jóvenes. Y si es verdad que hubo rusos que tomaron en serio su propio trabajo y lo desarrollaron lealmente, si bien con métodos contraproducentes impuestos desde arriba, es también verdad que la mayor parte de estos funcionarios se preocuparon de conseguir éxitos aparentes, presentando «planes de trabajo» que después eran sólo *realizados sobre el papel* e infundiendo las más de las veces en los chicos, con su propio ejemplo, aquel espíritu que debía conducirles adonde, de hecho, les condujo más tarde.

Entre el personal español, hecha la debida excepción de maestros que, no siendo comunistas, se preocupaban seria y exclusivamente de la escuela, sucedió que estando en su casi totalidad compuesto por elementos del Partido, sin ninguna noción de cultura didáctica, más que maestros y educadores eran algo así como «Comisarios políticos». Rellenaban de vulgares lugares comunes la cabeza de los muchachos, que terminaron por reaccionar como lo habían hecho ante las frases hechas, repetidas constantemente por los rusos.

El resultado definitivo de este estado de cosas lo veremos más adelante. Pero el resultado inmediato era aquel abandono, aquella suciedad que repercutía sobre la disciplina y que yo encontré entre los pequeños de Poliana Frunze. Tenían necesidad de calor y de afecto; escuchaban en cambio largos discursos sobre el Ejército Rojo, sobre el camarada Stalin y el *recuerdo martillearte del amor y de la gratitud que debían a la Unión Soviética por todo lo que la Unión Soviética hacía por ellos*.

Me horroricé ante el espectáculo de aquellos dos pequeños que jugaban a quién tenía en la cabeza más piojos.

—Pero, ¿por qué tenéis la cabeza tan sucia? ¿No os peináis? —pregunté.

—No tenemos peines.

En pleno invierno, poquísimos de ellos tenían borceguíes; los *valinki* — botas de fieltro— rotos; y, por consiguiente, los calcetines o los trapos con que se envolvían los pies, más que húmedos, empapados. Cuando, ocho meses después, salimos de Kúibisev, aquel clima infernal y las condiciones en que los niños fueron obligados a vivir habían hecho no pocas víctimas. En un informe enviado personalmente por mí a Moscú, basándome en datos recogidos por la doctora, llamaba la atención sobre el hecho que, de poco más de cien muchachos de la Colonia, cuarenta y tres habían contraído enfermedades graves, como tuberculosis, tuberculosis ósea, artritis y otras.

Trabajaba como intérprete en la Colonia un joven italiano que después desapareció, como tantos otros extranjeros. Rusia es inmensa, pero en cada punto de su ilimitado territorio están los ojos y la mano de la N.K.V.D.

Se llamaba Libero. Él mismo me informó que desde hacía un mes los muchachos no tomaban el baño; que no había jabón, lo que no permitía cambiar la ropa de las camas ni la personal con la debida frecuencia y asiduidad. La calefacción de las habitaciones no se encendía todos los días y, más de una vez, hubo que suspender las lecciones a causa del frío.

Pedí a Libero me acompañase al director, el cual me escuchó con aire de sorpresa. Conseguí jabón, petróleo, un peluquero y el permiso para calentar agua. El local destinado a la ducha no invitaba verdaderamente a bañarse, y el vapor conseguía solamente atenuar el frío del ambiente: precisaba consumir mucha leña, pero no había, y cada vez que uno iba a darse una ducha, corría el riesgo de coger una pulmonía. De todas maneras llevamos allá a los muchachos; el barbero les cortó el pelo, se bañaron aunque tuvieron que volver a ponerse la ropa sucia; y a todos, nosotros mismos, les enjabonamos la cabeza, frotándosela después con petróleo. Nunca olvidaré las miradas de gratitud, de aquellas criaturas.

Los dormitorios eran fríos y hediondos. Había una sola estufa en el pasillo, donde una mujer, cada noche, hacía lo que podía para secar los calcetines o los trapos y los *valinki*.

Aquella misma tarde el director nos expuso la situación. Los organismos de la ciudad no suministraban a la Casa el jabón, la leña ni los

vestidos que él había pedido. Por su cuenta se había arriesgado a hacer cortar algunos gruesos árboles de las cercanías de la Casa, y por esto le habían formado expediente, que aún no estaba liquidado.

No había medicamentos, no había ni algodón. Los muchachos se sonaban con los dedos. No tenían pañuelos, y cuando conseguimos hacerles dar pedazos de tela, que había que llamar pañuelos, continuaban haciendo como antes: ¿Cómo podían no hacerlo si las mismas educadoras, el director, todo ruso, en suma, empleaba públicamente aquel sistema limpiándose después los dedos en el trasero o empleando el pañuelo para limpiarse los dedos?

La comida era escasa. El desayuno consistía en un poco de *kasha* siberiana —especie de mijo negro—, té con caramelos en lugar de azúcar, pan negro y, de vez en cuando, un trocito de manteca. El almuerzo: sopa a base de pepinos, coles y algunas patatas, *kasha* y a veces media albóndiga. Por la noche, de nuevo té, pan y una microscópica ración de manteca, y raramente un *aladi*, especie de buñuelos mojados después en leche agria que los rusos llaman *smetana*. Son muy buenos.

Cada vez que hacíamos notar al director que los alimentos que se daban a los pequeños eran escasos, contestaba invariablemente: «Estamos en guerra». (Se trataba de la guerra con Finlandia.)

Cuando Díaz, informado de aquella situación, exigió se averiguara por qué razones habían instalado en aquella zona una Colonia de niños españoles, intervinieron las autoridades y el secretario del Partido de Kúibiscev. Comisiones, encuestas, reuniones, promesas. Se descubrió, sin embargo, que el director y el administrador habían hecho vender en el mercado negro de la ciudad carne y otros géneros. No por ello al director le pasó nada. Fue sencillamente trasladado. En este aspecto los rusos son de una amoralidad desconcertante. Valga un ejemplo.

Unos días después de mi llegada a Kúibiscev, el director de la Colonia me invitó a ir con él a la ciudad. No me dijo para qué, pero fui igualmente. Una vez allí, me llevó a un taller de confección de pieles. Dijo no sé qué al encargado y éste se apresuró a hacerme probar un magnífico chaquetón.

—¿Le sienta bien? —me preguntó el director.

—Sí.

—¿Le gusta?

—Sí.

Me invitó a llevármelo y salimos. Hice comprender al director, con gestos más que con palabras, que quería saber cuánto costaba el chaquetón, que todavía no había cobrado y que por lo tanto no tenía un céntimo.

—*Patóm, patóm*. Luego, luego —contestó con un gesto que quería decir: «Ya arreglaremos cuentas».

Hubiera sido imposible no sacar conclusiones, como yo hice mentalmente entonces, sobre la eficacia de la organización soviética, que permite al trabajador sin dinero adquirir lo que necesite. Por desgracia, la historia era otra. Aquella misma tarde, la señora del director se me presentó pidiéndome quinientos rublos. Era el coste del chaquetón en aquel taller, donde sólo los privilegiados podían comprar. Con gestos pintorescos contesté que no tenía tal cantidad y que el marido lo sabía. La señora insistió entonces para que le devolviese el chaquetón, que luego vendió por seis mil rublos. Lo que había ocurrido, según pude comprobar después, fue que el director, diciendo que un maestro extranjero no tenía abrigo de invierno, había logrado un vale para adquirirlo a precio de Estado. La operación había resultado perfecta, haciéndole ganar cinco mil quinientos rublos.

Creo que a ningún director de ninguna escuela del mundo se le ocurriría hacer una cosa parecida.

De estas pequeñas miserias está llena la vida cotidiana de los rusos.

Ninguna mujer dejará sobre la mesa, aunque sea en casa de una amiga, su propio bolso. Y si otra entra en su casa, ella tendrá bien abiertos los ojos. Un par de medias, de bragas, un sostén, los guantes, son objetos que no abundan; he aquí por qué, si están al alcance de la mano, muchas están dispuestas a apoderarse de los de la amiga o de la desconocida.

En Kúibishev entregué una vez un traje a un educador ruso de nuestra Colonia, el cual me había ofrecido hacerlo limpiar por el padre, viejo sastre judío.

—¿*Scerstnói*? ¿Es lana? —preguntó tocando la tela con ademán de entendedor—. ¿Quieres venderlo? —añadió.

—No sé por qué he de venderlo —contesté.

Al cabo de un mes me comunicó tranquilamente, como si se tratara de un botón, que el traje le había sido robado.

Otra fea costumbre es la de no pagar las deudas. Es difícil no contraerlas entre compañeros de trabajo. El dinero no alcanza nunca hasta el día de la paga, y hay que recurrir a unos y a otros. Habrá siempre un compañero que, por imponderables causas, es poseedor de cien rublos. ¿Cómo negarle diez a quien, sin ellos, no podría pagar el almuerzo en el comedor? Pues bien, esos diez rublos no vuelven al dueño como no los pida con insistencia.

Más de una vez, en los días de pago, presencié escenas que años después, en la fábrica, y cuando ya había aprendido el ruso, me parecieron odiosas. Pobres obreros, guardianes nocturnos o mujeres encargadas de la limpieza se quejaban al cobrar tan sólo quince, veinte, treinta rublos.

—¿Y qué queréis de mí? —decía, impasible, la cajera—. Id al contable.

Sabían que era inútil, pero iban igualmente:

—Camarada contable, no nos alcanza para el pan. No es posible.

El «camarada», sin levantar la cabeza de sus papelotes, contestaba invariablemente: *Idik ciortu*, «Vete al diablo».

Antes, cada cual tenía el derecho de controlar las cuentas, de hacerse explicar por qué cobraba diez en lugar de quince; hoy, con el afianzamiento de la burocracia, también esto ha desaparecido. No hay nadie que lo pida. Los contables tienen siempre razón.

¡Cuántas veces dimos parte de nuestro pan a aquellas infelices que seguían en su puesto con santa resignación, atadas por las férreas leyes soviéticas!

Eran gentes humildes, sencillas, afables. Nos compadecían por haber ido a caer en aquella estepa, sin que comprendieran el porqué. Eran mujeres del pueblo que querían de veras a los niños, a aquellos «pajaritos españoles». Y tenían para ellos caricias y palabras maternas y los adormecían haciéndoles olvidar el frío de la cama con la narración de viejos cuentos de antaño.

Sólo en ellas, con el instinto infalible de la infancia, los pequeños españoles intuyeron que había cariño. Y les correspondían con un afecto no menor al desprecio sentido por la nube de burócratas que les rodeaba.

Cuando, en octubre de 1945, la Colonia de Kúibiscev fue disuelta, vi llorar a muchas de ellas al separarse de los niños. Había un viejo, Vánia, encargado de la cuadra, junto al cual los niños habían pasado muchas de sus horas libres. Acariciándolos con ternura, como si fueran de veras pajaritos, decía:

«Pequeños gorrones míos, también vosotros os vais. Sed felices. Lo quiera Dios.»

El fin de la Colonia de Kúibiscev es uno de tantos actos demostrativos de la despiadada inexorabilidad con que el alto burócrata soviético golpea al subalterno, achacándole sus propias culpas, si ello es necesario para salvarse a sí mismo.

Comisario de Instrucción Pública era entonces Potemkin, y al frente de las Colonias de niños españoles estaba cierto Dubrovski. Cuando pensó en crear la Colonia n.º 14 en Kúibiscev, Dubrovski, según es costumbre en Rusia, expuso su plan al comisario y a los superiores organismos del Partido, sin la aprobación de los cuales no hubiera podido mover un dedo. Pero cuando el escándalo sobre la situación de aquella Colonia llegó a tal punto que se consideró necesario tomar medidas —incluso porque probablemente las Embajadas extranjeras estaban ya enteradas—, todos estuvieron de acuerdo en hacer responsable a Dubrovski. El comisario Potemkin —que no se había preocupado de hacerlo antes de mandar allá a ciento veinte criaturas— envió a Kúibiscev a un funcionario de su confianza. Éste durmió en mi habitación. Además de ofrecerme parte de sus apetitosas provisiones, que me hicieron entrever por vez primera cuáles y cuántos sean los privilegios de la alta burocracia «socialista», entre un vaso y otro de vodka me declaró que el haber instalado en aquel lugar una Colonia era «verdaderamente criminal». Con mucho misterio añadió que en tal sentido informaría a su regreso al comisario.

Un detalle curioso: en cierto momento mi huésped quiso que le indicase dónde estaba el retrete. Le rogué se pusiera el abrigo y le acompañé fuera

del pabellón en donde vivíamos, en la planta baja del cual estaba la Escuela. Una de las habitaciones exteriores había sido destinada a retrete para los muchachos. Todo había sido sencillo: un hoyo, cuatro agujeros en el suelo y a otra cosa. No es necesario hablar de los efluvios que, día y noche, perfumaban la atmósfera. Para el personal, sin embargo —el cual, por otra parte, prefería no entrar en aquel lugar—, había unas garitas de madera frente al pabellón. No eran éstas más higiénicas que lo otro, pero tenían la ventaja de no estar tan cerca.

Cuando el funcionario vio el uno y las otras murmuró una frase incomprensible, meneando la cabeza.

En cuanto al agua, mejor es no hablar; teníamos que lavarnos bajo una especie de «cuentagotas», como nosotros lo llamábamos. Tratábase de un recipiente en forma de irrigador, colgado en la pared y con un clavo en la extremidad inferior para impedir la salida del agua. Para lavarnos empujábamos el clavo hasta que caía en nuestras manos, gota a gota, el agua.

Volvamos a la burocracia.

La Colonia fue disuelta. Pero había que justificar el motivo, y esto, automáticamente, llevaba a la exigencia de responsabilidades. La cabeza de turco fue el pobre Dubrovski. En contra de él, acusándole de «saboteador y trotskista», se lanzaron todos aquellos que habían estudiado y aprobado con él el proyecto para la creación de la Colonia n.º 14. Ignoro cuál ha sido su final. Se dijo que lo habían «depurado».

Parte de los chicos fueron enviados a otras Colonias, a Pravda, Tarásovka, Omniskaia, Krasnovidov; parte a las Escuelas de las «Reservas de Mano de Obra», verdaderas Universidades de esclavos y delincuentes de las que hablaré más adelante.

En la Colonia de Kúibisev había ciento veinte niños y casi otros tantos empleados.

Aquellos benditos niños españoles parecían atraídos por la pobreza, la miseria y el dolor. Siempre, en los muchos años que estuve entre ellos, observé que en la casi totalidad de los adolescentes y de la juventud española había una especie de instintiva solidaridad con los humildes. Y no

puede excluirse que en el origen del mal fin de muchos de ellos haya, sobre todo, un fondo de rebelión hacia aquella sociedad que les imponía una educación a base de mentiras, mientras alrededor, a cada paso, surgían, acusadores implacables, sus víctimas.

En otro país muchos de aquellos jóvenes se habrían convertido en anarquistas. En Rusia, sólo podían volverse malhechores. Y esto fue, a la vez, el resultado de la educación del régimen y la protesta de ellos.

En Poliana Frunze sus amigos predilectos eran el viejo Vánia, despojo humano a quien le había sido concedido el cuidarse de los caballos y dormir en la cuadra, y los hambrientos y andrajosos hijos de las mujeres encargadas de la limpieza. Algunos de ellos, a los doce años, veíanse obligados al duro trabajo de la fábrica para poder comer o mal comer. Nuestros muchachos les llevaban a escondidas pan y para ellos se privaban a menudo de otras cosas.

La Colonia se hallaba en las cercanías de una altura escarpada, sobre el Volga. Entre los árboles, en una cabaña con el techo de paja y con innumerables remiendos de hojalata en sus paredes, cubierta y rodeada de nieve, vivía una familia.

Nunca nos habíamos preocupado de saber por qué estaban allí. La familia se componía del matrimonio y tres hijos, el mayor de unos diez años, el más pequeño de cinco. Las circunstancias que me acercaron a ellos fueron más bien originales.

Una mañana, al levantarse, dos muchachos se dieron cuenta que sus botas habían desaparecido. Los educadores rusos buscaron, investigaron, interrogaron inútilmente. Estábamos hacia mitad de mayo; ya no había nieve, pero llovía copiosamente. A los dos muchachos se les dio un par de viejos chanclos para que pudieran ir a la Escuela, que se hallaba lejos, casi un kilómetro.

El jefe contable, impasible, cargó en cuenta el importe de los dos pares de botas a la mujer que hacía la guardia nocturna: «Si han sido robadas es porque tú no has vigilado.» La mujer lloraba lágrimas amargas. Dos pares de botas, a precio de Estado, costaban a lo sumo 100 rublos. Pero en casos parecidos el Estado tiene el derecho de duplicar o triplicar el precio. Y esto fue lo que hizo el contable. La mujer tenía que pagar 300 rublos.

—¿Cuándo acabaré de pagar? —lloriqueaba—. ¿Cómo compraré un pedazo de pan a mi hijo?

Pasó el tiempo y ya nadie se preocupó de la cosa, hasta que algunas semanas después, esta vez de día, desaparecieron algunas sábanas, fundas de almohadas, y no recuerdo qué más. El hecho comenzó a despertar alguna preocupación, entre otras cosas porque entonces ya funcionaban los barcos desde la ciudad a Poliana Frunze y en las cercanías de la Colonia había un embarcadero y aquí y allá puestos de vodka. En Rusia, venta de vodka quiere decir venta de felicidad. El ruso se priva de cualquier cosa, no del vodka. Desde la ciudad llegaban en barco a Poliana Frunze centenares de personas: oficiales del Ejército, obreros, «kuligani» —malhechores—, parejas amorosas. Bebían; luego sentían la necesidad de beber más; luego más aún, hasta no tenerse en pie. Entonces caían por el suelo. Las parejas se entregaban a turbulentas expansiones, indiferentes al público; había broncas, blasfemias, vomitonas, y todo lo que es capaz de producir el vodka, que los rusos aman porque «aturde y hace olvidar».

Para los chicos —y las chicas—, no eran escenas edificantes. Pero no se podía evitar.

Empezamos a sospechar que obrasen de acuerdo con gente extraña a la Colonia. La sospecha se agudizó cuando la mujer de guardia multada por la desaparición de las botas refirió misteriosamente, aunque conmovida, haber encontrado en un bolsillo de su abrigo dos billetes de cien rublos envueltos en un trozo de papel que nos enseñó. Leímos las palabras siguientes: «Tía, no te amargues. Habrá más.»

La cosa empezaba a tomar un cariz rocambolesco, pero precisamente esto hacía evidente la iniciativa de los muchachos. En vano quisimos identificar, por la escritura, al autor de la nota. Pasaron los días. Se había apagado el eco de este segundo robo, cuando una tarde —una de tantas en que la tristeza y la nostalgia me oprimían— dirigí mis pasos hacia el río. Quiso el azar que pasara a poca distancia de la cabaña ante la cual vi, junto a tres pequeños y a un hombre que cortaba un tronco, a dos de nuestros chicos. Me acerqué, y saludé. Los chicos quedaron sorprendidos por mi presencia.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté.

—Nada —contestaron, enrojeciendo y levantándose para marcharse.

—No, no —añadí—. Quedaos.

Di una mirada a los tres chiquillos rusos y me di cuenta de que dos de ellos llevaban botas, lujo que una familia en aquellas condiciones no podía permitirse.

Días después, como no dando importancia a la cosa, empecé a charlar con los dos chicos y ellos me pusieron al corriente acerca de la familia rusa y de las condiciones en que vivía. El padre había sido un pequeño propietario. Echado de la aldea después de la colectivización, había escapado, quién sabe por qué milagro, a la represión policíaca. Sin casa, con los pocos trapos que le habían quedado, se acampó con la mujer y las tres criaturas en aquel lugar, donde, capturando algunos de los troncos que el Volga siempre arrastra y empuja muchas veces a la orilla, había construido aquel refugio.

La pesca era su único medio de vida, pero no siempre les bastaba. En invierno, el hombre abría un profundo agujero en el hielo del río hasta alcanzar el agua: entonces la pesca era más fácil que en el verano. Vendían o cambiaban el pescado entre la gente de los alrededores. Los pequeños mendigaban, acercándose a menudo hasta la ciudad; escaseaban de dinero, de pan, de fósforos, de sal, de todo.

—Da pena ver cómo viven, camarada —dijo uno de los chicos.

—Pero vosotros les ayudáis —insinué sin dar peso a mis palabras...

—Un poco, sí... les damos pan...

—¿Y las botas que llevan esos chicos...?

Se sobresaltaron... Luego confesaron. Ya no eran tan pequeños; tenían trece o catorce años. No podía hacerme cómplice, aunque tuviese que reconocer, en lo íntimo, que el motivo que los había empujado a sustraer las botas y las sábanas era más que humano. Por otra parte, sabía que, denunciando el hecho, las consecuencias hubieran sido durísimas para aquella familia. Sin embargo, aunque la necesidad fuese imperiosa, no era admisible arrastrar por aquel camino a dos menores. Les eché un solemne sermón.

—En Rusia, todos trabajan —dije—. No trabaja el que no quiere. Ese hombre es doblemente enemigo, porque es enemigo del Estado y porque os

enseña a robar.

Informé del hecho a la dirección de la Colonia. Al día siguiente, la familia rusa desapareció. La cabaña fue destruida.

De los dos chicos españoles, uno murió en la cárcel; el otro pareció en Leningrado.

Me pregunto muchas veces si debe pesar sobre mi conciencia la suerte de aquella familia rusa, suerte que ignoro, aunque es fácil imaginarla. Ciertamente: mi remordimiento sería más grande si hubiese contribuido con mi silencio a la corrupción de los dos muchachos.

Lo que está claro es que aquel ambiente de hipocresía oficial y de real miseria y humillación no podía dar otros frutos.

En la primavera de 1940, un acontecimiento sensacional dio lugar a muchos comentarios, aunque nadie se atreviese a hablar en público. Fuimos convocados a una reunión del Sindicato.

Aún no había tenido la posibilidad de comprender las funciones de los Sindicatos soviéticos y datan de entonces mis dudas sobre su cometido; dudas comprobadas en el otoño de 1942, cuando fui, al fin, enviado a trabajar en una fábrica.

El presidente del Sindicato abrió la reunión luego de asegurarse que asistían a ellos todos los trabajadores de la Colonia. Él mismo tomó la palabra y nos leyó el artículo editorial de la «Pravda» (órgano del Comité Central del Partido Bolchevique). Después del artículo leyó los decretos a los que el periódico se refería. El Gobierno *abolía la semana de cinco días de trabajo, volviendo a la de seis y substituyendo la jornada de siete horas con la de ocho.*

Más tarde fueron promulgadas leyes draconianas sobre la disciplina en el trabajo. (Decretos del 26 de junio y del 24 de julio de 1940, en virtud de los cuales se condena a trabajos forzados al obrero que *llegue con retraso, que demuestre pereza o que deje el trabajo sin autorización.* Los jueces y administradores *indulgentes* son acreedores a penas severas.)

Ignoro la impresión que el lector recibirá de todo esto. Yo, comunista, a pesar de los comentarios entusiastas de la «Pravda», y aunque tuviese

todavía fe —pero ya no ciega— en todo lo que era obra del régimen soviético, me hice esta pregunta:

¿Por qué razones se anula de un plumazo una de las principales conquistas de los trabajadores soviéticos, es decir, la jornada de siete horas y la semana de cinco días? Quizá porque es necesario producir más. Pero esta necesidad ha sido siempre muy imperiosa en la Unión Soviética...

No logré entonces dar una contestación definitiva a mi pregunta. La dio la fábrica tres años más tarde.

Más graves aún me parecieron las leyes sobre la disciplina en el trabajo. No podía llegar entonces a una conclusión: el hecho de que en un país socialista, donde en la base de la vida y de las relaciones sociales debería estar la conciencia del individuo y la conciencia de sus propios deberes, se tomen medidas tan severas para que el trabajo sea eficiente, demuestra que el Socialismo, en su variante rusa, no ha logrado calmar la sed del hombre, ni satisfacer sus aspiraciones, ni ser un estímulo para los trabajadores. O demuestra que la organización socialista crea a su vez problemas, para resolver los cuales es necesario alejarse de las vías socialistas; alejamiento que, en los cálculos de los dirigentes, debería ser tan sólo un viraje táctico, pero que representa, de hecho, el impulso inicial para otros saltos progresivos en la vía inversa, hasta el abandono más o menos completo de los postulados socialistas, y que conduce a la actual forma de autocracia, a la oligarquía todopoderosa sin control y sin fiscalización. La sola organización capitalística de Estado, ni es ni será nunca socialismo.

Cuando el camarada presidente hubo leído el artículo de la «Pravda» y los decretos, preguntó si alguien quería hablar.

Nadie.

—¿Aprobado?

Y me di cuenta de cuán monstruosa farsa representan estas asambleas de trabajadores, de Sindicatos, de secciones, etcétera, aparente larva de democracia con que se intenta camuflar la dictadura de un puñado de hombres.

Nunca, nadie, en ninguna de las incontables reuniones a las cuales hube de asistir y donde se pedía la «aprobación» de un acto del Gobierno y del Partido, nunca, nadie, osó insinuar una crítica, formular un desacuerdo.

¿Acuerdo del cien por cien? No; terror ante el que se suele bajar la cabeza. Y aun aplaudir. N.K.V.D. tiene ojos y oídos en todas partes.

Nuestra vida durante aquel primer invierno no fue nada envidiable. (Aún lo fue menos en los inviernos sucesivos.) Mañana y tarde transcurrían rápidamente entre lecciones y corrección de ejercicios; el drama era la noche. Faltaba a menudo la luz; cuando había, la quitaban a las diez. Nos habíamos proporcionado unas velas; más tarde aparecieron unos faroles de petróleo.

Al principio nos hacíamos poca compañía los unos a los otros. A diferencia de los rusos, gozábamos aún del privilegio de tener cada cual su habitación: incomparable bien que, generalmente, apreciamos sólo cuando el destino nos impone vivir en compañía: dos, cuatro, ocho en una pieza. Esto también debía terminar pronto.

Encerrados en la habitación, cada uno de nosotros desgranaba lentos, infinitos rosarios de nostalgias. Fuera, viento y nieve. Los rusos pasaban el tiempo como podían. Vivían en cada habitación tres o cuatro, como mínimo dos. Se reunían en una de ellas, charlaban, bromeaban, se amaban. A veces había vodka; seguían amargas canciones; luego, más vodka. Al fin, obscuridad y silencio. Nada extraño que uno de ellos pasara la noche junto a la dama de ocasión, indiferente a la presencia de una o más personas borrachas.

No digo esto en son de crítica. La vida es así. «Se bebe —me dijo un ruso— para tener la sensación de no vivir, para no tener ninguna sensación.»

Yo también bebía como los rusos me hicieron beber, a su manera, tragando de una sola vez el vaso. La primera vez, fue un primero de mayo, no sé quién me cogió en brazos llevándome a la cama. Por la mañana intenté levantarme; sentía que ya no estaba borracho, pero no era capaz de separar la cabeza de la almohada. Así durante tres días.

En las fiestas oficiales, a menudo os preguntan: «¿Por qué no está usted borracho?» En cada ciudad, hasta en Moscú, en plena calle de Gorki, que es la principal, se ve frecuentemente de noche, un cuerpo tendido en el suelo,

inmóvil. Parece un cadáver; es un borracho. El frío le quitará la borrachera o le matará; pero nadie se ocupa de él. De todas maneras sería inútil.

Antes de la guerra, entre los borrachos abundaban los oficiales del Ejército. Hoy se ven un poco menos. Procuran hacerlo en casa.

Volvamos al destierro de Kúibisev. No recuerdo quién rompió el hielo. Empezamos a reunirnos también nosotros, los extranjeros; tomábamos té y, a menudo, cenábamos juntos. Hubo entonces una temporada en que, única mercancía, abundaban las latas de cangrejos en conserva. Tenían el color y el sabor de las gambas. Nos parecían exquisitos, y cada noche, durante algunos meses, fueron nuestra cena.

El domingo por la mañana, el joven piloto y yo nos quedábamos en la cama hasta muy tarde. Entonces vivíamos juntos, habiéndole yo cedido mi habitación a la directora de la Escuela, llegada hacía poco.

Las compañeras solían traernos té para desayunar. Buenas, afectuosas amigas que en aquel ambiente, a pesar de todo, guardaban celosamente el tesoro de su feminidad mediterránea. Después del té, el piloto y yo, siempre en cama, dábamos comienzo a nuestras tareas domingueras: zurcíamos calcetines, calzoncillos, cosíamos un botón que faltaba. Las compañeras se reían y de buena gana nos hubieran quitado la aguja de las manos.

Más adelante, al piloto le dio la manía de estudiar matemáticas, haciéndose ayudar por una de las maestras, licenciada en Ciencias Físicas y Matemáticas. El estudio, naturalmente, se hacía en la habitación de ella. El piloto venía a dormir cada vez más tarde. Una mañana, al despertarme, vi que su cama estaba intacta. Llegó poco después, pálido y sonriente.

—Estudias demasiado —le dije bromeando.

—He de pedirte un favor.

—Habla, hombre.

—Luego... ¿me ayudarás a llevar la cama allá...?

—¿*Consummatum est*?

—¿Qué quieres?... Se empieza con las ecuaciones y se acaba así. Por otro lado, es demasiado triste vivir solo.

Empezaron a vivir juntos y tuvieron un lindo rorro. Ella tenía parientes en América, que, terminada la guerra, los reclamaron a los dos. ¡Benditas ecuaciones! Dieron al piloto la posibilidad de salir de Rusia.

Una tarde, uno de los rusos trajo de la ciudad una gramola. Fue un acontecimiento; se puso una mesa en el pasillo, se dio cuerda a la gramola y empezó el baile. Entonces el piloto no estudiaba aún matemáticas. Bailaba admirablemente con una muchacha —joven educadora española—, de nombre Olvido, esbelta, llena de gracia y de humor. Años después la enviaron al Asia Central, donde no murió de inanición, pero contrajo una tuberculosis que la mató en 1946, estando en un sovjos de Crimea. La volví a ver unos meses antes: era irreconocible. Sin embargo, no se logró hacerla ingresar en un hospital.

Las primeras noches, el baile fue general; luego nosotros, los extranjeros, nos cansamos. Los rusos prosiguieron impertérritos, bailando hasta sin luz. Oíamos en el pasillo risas ahogadas y rápidas carreras de parejas hacia las habitaciones.

No pienso describir, por no correr el riesgo de ser tachado de pornográfico, los aspectos de la vida sexual en Rusia. Lo haré quizá en otra ocasión, si el tiempo y el humor me lo permiten. Quiero todavía decir *en passant* que también en este campo hay una buena dosis de degeneración.

Un hecho graciosísimo nos dio motivo para comentarios y bromas durante algunos días. Desde Moscú había sido enviado un funcionario del Komintern, cierto Isidro Mendieta, para controlar el «trabajo político» entre los muchachos. La misma noche de su llegada hubo baile. Cuando se apagó la luz, el baile prosiguió. Más tarde, cuando ya no se oía ningún ruido en el pasillo, nuestro intérprete, Libero, empezó a llamar a grandes voces a Mendieta, al cual se le había preparado una cama en su habitación. Ninguna contestación. Sin embargo, el intérprete, que tenía un oído agudísimo, percibió algo extraño. Entró en la habitación y volvió a salir con el candil: en un rincón, descubrió, enlazados, al funcionario del Komintern y a la directora de la Escuela, que entre otras cosas, era una señora de cuarenta años y pico...

Él se avergonzó un poco; ella no dio importancia a la cosa; antes bien, se rió cuando, al día siguiente, le hicimos un sinfín de cumplidos.

En el 46, Mendieta tomó la cuarta «esposa». Tuvo hijos con las cuatro...

En primavera, a mediados de mayo, solíamos, hacia el atardecer, dar unos paseos. A menudo, pasábamos ante las casas de las empleadas y de las obreras de la Colonia. Nos invitaban a entrar, pero veíamos en sus rostros cuánto les pesaba no poder hacer honor a la tradicional hospitalidad rusa. No tenían con qué agasajarnos. Sus habitaciones, en general, eran limpias; sus niños, enclenques y harapientos.

En la URSS, aunque no en todas las zonas, pero sobre todo en Ucrania, los campesinos aman tener limpia su propia casa.

Al principio la vida de aquella gente era un misterio para nosotros. De qué se alimentaban y cómo, puesto que no tenían derecho a recibir ninguna comida de la Colonia, no alcanzábamos a comprenderlo. Una cosa era cierta: con el salario podían comprar apenas el pan. Después de esto, les quedaba bien poco para gastar. Algunos eran favorecidos por el hecho de que en la familia trabajaban dos y, a veces, tres personas; aun así, las estrecheces y las privaciones eran enormes.

Algunos se veían obligados a hacer trabajar a sus propios hijos a los trece y hasta a los doce años.

Muchachos que a tal edad son condenados a la dura vida del trabajo, los vi más tarde en la fábrica, a pesar de las leyes, que prohíben pomposamente el empleo de menores. Al último de ellos lo tuve vecino de cama en el hospital, en el invierno del 46-47. Se llamaba Pétia, tenía trece años y trabajaba desde hacía casi dos en una fábrica, donde había contraído una enfermedad del corazón. Recuerdo sus piernas hinchadas y su mirada de eterno hambriento. La doctora le prodigaba curas afectuosas; pero Pétia, quizá, necesitaba otras cosas.

Dos días antes de que yo saliera del hospital, otro menor había ingresado en la misma sala. También era un obrero.

Había sido igual en Kúibishev, ocho años antes: muchachos de trece años agotados por la fábrica, las fatigas, los escasos alimentos. Los más pequeños merodeaban mendigando por las casas y caminos de los alrededores.

Había, claro está, trabajadores que vivían mejor. Por ejemplo, una pareja de jóvenes. Ella, Vera, trabajaba en la cocina, lo que le daba la

posibilidad de llevar a casa comida. Él, un chófer, hacía con el camión el recorrido de la Colonia a la ciudad. Quien no sepa el tormento que constituye en Rusia la falta de transporte, quizá no comprenda cómo pueden ocurrir ciertas cosas. A la salida de cada ciudad hay siempre gente que espera. Otra, ya se ha puesto, resignada, en camino hacia la próxima aldea, o la de más allá, con su saco al hombro. Hay que hacer diez, veinte, a veces más kilómetros. Pero ¿qué son treinta kilómetros para un ruso, hombre o mujer, que en su vida no ha hecho sino sacrificarse? Muchos, sin embargo, esperan a que pase un camión.

La sola categoría de trabajadores que en la Unión Soviética vive sin estrecheces desde que existe la industria automovilística, es la de los chóferes. Ciertamente, no es fácil conseguir un auto o un camión; hay que hacer cuentas con el jefe, ponerse de acuerdo y darle parte de las ilícitas ganancias en metálico o en víveres. Y hay que «untar» también a la policía de carreteras, si se quiere vivir. En cualquier parte puede acechar un control y se corre el riesgo de perder la plaza y la patente y ganarse en cambio una multa. Pero la vida es tal que, a pesar de todo, no hay chófer que no se arriesgue a ello.

Todo esto nos lo explicó Vera un día en su casa.

—¿Cuánto ganas, Vera?

—¡Qué preguntas...! ¿Están ustedes de broma?

Vera tenía un sueldo de doscientos cincuenta rublos al mes. Descontados los domingos, los impuestos, el empréstito al Estado, el alquiler, cobraba poco más de 50 rublos cada quincena, y algo más el marido. Con el chico y la abuela eran cuatro. Ninguna familia de cuatro personas puede vivir con tal suma. Las consecuencias son: las pillerías y los estraperlos.

Eupatoria, a donde fui enviado al disolverse la Colonia de Kúibishev, era una pequeña ciudad sonriente. Las casas, en su mayor parte, eran tártaras. Pero a lo largo del mar se extendía la ciudad balnearia con sus viejas villas señoriales, sus palacios de típico estilo ruso, los hermosos Sanatorios y Casas de reposo contruidos después de la Revolución de octubre y que un tiempo hospedaron a los obreros en vacaciones. Antes de la guerra, Eupatoria estaba poblada, como toda la Crimea, por rusos,

ucranianos y tártaros. Durante la guerra, el primer acto de los rusos después de haber echado de aquella República a los alemanes que la habían invadido, fue la evacuación de todos los tártaros. (La minoría ucraniana había sido deportada ya al inicio de la guerra.) Los llevaron a zonas remotas de Siberia y de Asia. La conducta de los tártaros durante la ocupación alemana no había sido amistosa hacia el poder soviético. Hoy, Crimea se está repoblando de rusos. Sus lugares más hermosos y pintorescos: Sebastopol, Yalta, Feodosia, Eupatoria, Kertch, han sido casi completamente destruídos. Los reconstruyen —como pueden, dada la escasez de materiales— los prisioneros.

A doscientos metros de la playa, en un Sanatorio que había sido del Komintern, estaba la Colonia número 6 de niños españoles.

Superfluo es decir que, siendo de reciente construcción, estaba regularmente montada. Los dormitorios de los chicos ocupaban dos pabellones con amplias habitaciones aireadas. Había un servicio de duchas que funcionaba una vez por semana, y retretes casi decentes. El inconveniente de todas las casas de aquella región es la humedad que se filtra a través de la piedra porosa, típica de Crimea, con la que son construídas.

En Eupatoria había muchachos de todas las edades: desde los ocho a los dieciséis años y más. Casi todos ellos enfermos. Cuando habían contraído, en los climas de Leningrado y de Moscú, enfermedades cardíacas, raquitismos, tuberculosis ósea, etc., los enviaban al sol de Eupatoria.

El sol curó a muy pocos.

Aquí, la alimentación era mejor, aunque insuficiente para muchachos en aquellas condiciones.

El director de la Casa, Bulatov, era un siberiano, hombre sereno, laborioso, querido de todos: uno de los pocos funcionarios escrupulosos, humanos y honrados que yo haya conocido. Pero, precisamente por esto, Bulatov no podía durar mucho en aquel sitio.

Los efectos de la educación recibida durante algunos años, se notaban entre aquellos muchachos más que entre los de Kúibisev. En los mayores había un verdadero espíritu de rebelión.

Desempeñaba las funciones de directora política una joven de treinta años, llamada Tânia.

Alta, descarnada, impenetrable, exangüe y sutil la boca, la palidez del rostro encuadrado en marco de un oscuro chal, Tânia recordaba el claustro, las flagelaciones y los milagros. Se sentía la tentación de juntarle las blancas manos, casi transparentes, en acto de oración y esperar que los pómulos y la frente trasudaran sangre.

Tânia era el comisario político de la Colonia. Era también la querida de uno de nuestros chicos, iniciado por ella en los prodigios amorosos. Esto era del dominio de todos, maestros y alumnos, grandes y pequeños, y objeto de sabrosos comentarios, sobre todo entre las chicas. Pero nadie, nunca, se arriesgó a truncar aquellas relaciones, que en una Colonia escolar no eran, que digamos, un ejemplo edificante.

La servil adulación de los funcionarios soviéticos, mientras Tânia mantuvo su cargo, fue reemplazada, como es costumbre en Rusia, por el más olímpico desprecio el día en que ella fue substituída. En general, los directores políticos de aquélla y de las otras Colonias tenían como función particular la de contrarrestar —ya que no podían impedirla por completo— la educación, por decirlo así, española dada a los chicos por sus compatriotas. Era necesario que crecieran educados en el amor y en la gratitud a Rusia; que adquirieran mentalidad, costumbres y hábitos rusos. (En 1947, en las dos Colonias que aún quedaban, los rusos decidieron prescindir por completo de personal español, culpando a éste del mal resultado dado por gran parte de los chicos en tantos años de vida en la URSS.)

Eran controlados las clases, los temas que se trataban, cada frase, puede decirse que cada palabra del maestro. Cuando se quería enseñar el folklore español y los chicos cantaban típicas canciones vascas, asturianas, castellanas, etc., el director político exigía la traducción por escrito de cada palabra. No pocas de ellas fueron prohibidas por «faltas de significado político». Sin embargo, debían aprender el himno a Stalin, «Fusil», «Caballería», «Si estalla la guerra», y otras músicas más o menos guerreras. Canciones que tenían que crear y fomentar en los hijos de los

revolucionarios españoles aquel espíritu de chovinismo y de adoración al jefe, deseado por los rusos.

Estaba después la organización de los pequeños y la de los jóvenes. La de los primeros, a la que pertenecen los menores de quince años, es también una organización de tipo político y militar, cuya finalidad es inculcar el «espíritu oficial» y acostumbrar a los niños a aquella rigurosa disciplina que está en la base de la vida soviética. Al cumplir los quince años, el muchacho pasaba a la Juventud Comunista, «Komsomol», donde se le sometía a una más despiadada catequización.

El «pionero» y el «Komsomol» tenían que andar formados, formados ir a la escuela y al comedor. El pañuelo rojo al cuello era su emblema. Mañana y tarde había el saludo a la bandera.

En los tiempos de Tánia, el grupo de los jóvenes comunistas era utilizado para imponer la disciplina al resto de los alumnos. No fueron pocos los palos ni pocos los odios que ellos provocaron.

Esta minuciosa obra de coacción de los espíritus, de castración del carácter, al cabo de los años tuvo una digna respuesta. La mayor parte de los chicos tiraban con orgullo y desprecio el pañuelo rojo, se negaban a ser pioneros y jóvenes comunistas. A ello contribuyeron también las relaciones que los nuestros tenían con muchachos rusos, algunos de los cuales eran hijos de obreros de la Colonia.

Igual que en Kúibiscev, también en Eupatoria la vida miserable del pueblo era un contraste evidente con las mentiras oficiales propinadas día tras día a los pequeños españoles.

Un día, un joven me hizo muy serio este discurso:

—Ustedes sostienen que el Estado Soviético da a cada chico la posibilidad de estudiar. Explíqueme entonces por qué hay chicos que no pueden hacerlo.

—Imposible —dije.

—Los conozco yo mismo; son amigos míos, hijos de dos de nuestras obreras. Trabajan a los trece años.

No supe responder y procuré cambiar la conversación.

En la Colonia, entre tanto, se empezaban a oír las primeras canciones anticomunistas. Un grupo de jóvenes, entre ellos cierto Luciano Bartolomé,

muerto más tarde en la cárcel, y J. Henales, caído, me parece, en Stalingrado, acabaron por rebelarse abiertamente. Insultaban a la Directora política llamándola despreciativamente «N.K.V.D.» (*Enkavedé*). Efectivamente, Tânia, como todos los directores políticos, era un agente de la policía secreta.

Esta conducta de los chicos llegó al colmo cuando una noche quiso presidir una reunión el secretario del Partido de la ciudad, Merlín, en quien la indisciplina de los españoles despertaba ya serias preocupaciones. Apenas Merlín tocó este argumento, un grupo formado por una decena de chicos empezó a silbar y salió en bloque de la sala.

Entonces empezaron para nosotros las amarguras. Tânia y el Director fueron destituidos y vino a dirigir la Colonia un tártaro pérfido e inepto, si bien muy hábil en los negocios.

El nuevo Director político, un tal Balazóvski, fue encargado de acabar con la «indisciplina» y de buscar sus causas. La actitud antisoviética de los chicos, según el Partido ruso, no podía ser un fenómeno espontáneo. En la Colonia debía haber algún «contrarrevolucionario».

No es de excluir que los chicos tuviesen contacto con estos elementos. Cerca de la Colonia, separado por un muro, había un parque. No pudiendo salir por la puerta, puesto que estaba prohibido frecuentar el parque, los mayores saltaban el muro y se reunían con jóvenes y muchachas rusos de su edad. Tratándose de gente que, como la mayor parte de los trabajadores, vivía entre grandes estrecheces, es muy posible que éstos, describiendo las dificultades de su propia vida, contagiaran a los españoles su aversión al régimen. Sin embargo, la causa principal de la legítima reacción de los jóvenes hay que buscarla en el sistema educativo que, basado como estaba en la mentira, no podía por menos de chocar con aquellos temperamentos latinos.

Esto era agravado por la persistencia con que los rusos repetían hasta crisparles los nervios: «Os hemos alimentado», cosa que indignaba a todos.

En aquella época hubo una verdadera fiebre por la patria y la familia lejanas. El que tenía padres les escribía una tras otra cartas que no habían de llegar nunca. El correo debía entregarse en la Secretaría y, naturalmente, las

cartas dirigidas al extranjero eran censuradas. Es posible que alguna haya escapado a la censura.

Siempre más insistentes y abiertas se oían estas palabras: «Quiero volver a España. Quiero volver con mi madre.»

El nuevo Director se llamaba Seliamétov.

El mismo día de su llegada, Seliamétov reunió a la Colonia. Entre otras cosas quiso saber si a los muchachos les gustaba la comida y qué preferían. Pidieron «huevos fritos con patatas a la española». Seliamétov prometió. Hubiera sido mejor que no lo hubiese hecho.

En la cocina las patatas las hacían hervir antes de freírlas y los huevos los hacían endurecer completamente. Así y todo, los chicos tuvieron por una vez la ilusión de comer huevos fritos.

El experimento no se repitió nunca más porque lo que se había gastado en grasas para freír era «superior a lo previsto en el presupuesto». Desde entonces se le empezó a tomar el pelo al Director. Cada vez que aparecía, los chicos repetían en voz alta y en coro su nombre modificado, como habían hecho con Tania al llamarla *Enkavedé*. Un día quiso que le explicáramos por qué voceaban su nombre de aquel modo. A pesar nuestro, nos vimos obligados a hacerlo. Montó en cólera: «¿Quién enseña estas cosas a los chicos?» —¡Y pensar que los había de diecisiete años!—. Seliamétov, evidentemente iba muy lejos, como luego pudimos comprobar.

Empezó a arremeter contra los maestros españoles, afirmando que eran ellos los responsables de aquel escándalo...

Ciertas formas de educación alcanzaban un grado de estupidez verdaderamente irritante. Una mañana, una muchacha se quejó a una educadora rusa del sabor del café con leche. A esto la otra, segura de estar en lo cierto, contestó:

—Calla, que en tu tierra no has visto nunca café con leche.

Tanta propaganda sobre la «miseria de los países burgueses» tenía a la fuerza que surtir sus efectos. Todos los que oyeron la frase protestaron, aunque inútilmente. La cosa quedó así, pero contribuyó a aumentar el resentimiento de aquellos pequeños que recordaban cada vez más sus propias casas.

Constantemente los rusos presentaban «las cuentas», haciendo odiosa su hospitalidad, que en definitiva pocos saben cuánto ha costado al pueblo español.

La población de Eupatoria se renovaba continuamente, al menos en aquella zona de los Sanatorios donde estaba enclavada nuestra Colonia. Cada día marchaban y llegaban veraneantes; entre éstos los obreros eran muy pocos. En su mayor parte la población de los Sanatorios estaba compuesta de burócratas y oficiales. Paseaban en parejas ante la Colonia, cuyos pabellones estaban situados a un lado y otro de la calle y separados de ésta por una verja y algunos árboles. Desde las ventanas y desde el mismo jardín los muchachos observaban y aprendían. En la playa, a unos centenares de metros de nosotros, el mismo espectáculo, con la agravante de que aquí abundaban las parejas de nudistas. Este problema fue comprendido por algún funcionario que, por otra parte, jamás se atrevió a plantearlo a las autoridades. Esto, de todos modos, era cosa de poca o ninguna importancia entonces.

Tuvo importancia algunos años después, cuando la corrupción alcanzó extremos tales que obligó al Gobierno a dar, también en este campo, una nueva orientación para la educación de la juventud, adoptando, entre otras cosas, el sistema de las clases separadas.

Tendrá que pasar mucho tiempo y habrá que tomar otra clase de medidas para ver anulados los efectos de un sistema educativo empleado por cerca de treinta años. Y, sobre todo, será necesario otro género de vida.

Balazóvski, el Director o Comisario político, ex agitador comunista, quiso introducir en la vida de los chicos y bajo la forma de un juego inocente, algunos elementos de disciplina militar. Organizó a los pequeños en compañías y pelotones, los armó, nombró comandantes, ayudantes, alféreces y sargentos, declaró su despacho sede del «Estado Mayor», hizo montar una guardia, etc. Fue un juego que duró algunas semanas. Luego los chicos se cansaron y lo tomaron a broma, con gran indignación de Balazóvski, que lo tomaba muy en serio. Pero entre tanto él había hecho su... trabajo. Sobre todo, había logrado desacreditar ante los jóvenes comunistas a los maestros y educadores «extranjeros», a quienes «había que

culpar» de cuanto ocurría en la Colonia. Las consecuencias de todo ello, si él hubiese logrado por completo sus objetivos, hubieran sido fatales para algunos de nosotros. Así y todo, estuvieron a punto de serlo.

Durante el invierno había sido enviado a Eupatoria el ex comandante Ramos, el piloto del que hablé al principio, arrancado, después de varias tentativas, a la fábrica siberiana y a una muerte segura. Los chicos, naturalmente curiosos, le pedían detalles acerca del trabajo y de la vida en la fábrica. Y Ramos, con ingenuidad y sinceridad peligrosa, les describía la dura vida de los obreros, aunque lo hiciera honradamente y sin segundas intenciones. Un día, tal vez en un momento en que el recuerdo de lo que había visto y sufrido le exasperaba, exclamó:

—No vuelvo a la fábrica ni aunque lo mande Stalin. Prefiero que me fusilen.

Cosas parecidas, en Rusia, no se dicen impunemente y hubo que sudar y luchar para poder demostrar que aquellas palabras habían sido dichas en otro sentido.

Una noche todos los «extranjeros» fuimos convocados al despacho del Director político.

—Compañeros —nos dijo—, vosotros sois amigos de nuestro país, vivís aquí, trabajáis, habéis encontrado asilo en la URSS; os propongo pedir la ciudadanía soviética.

Contestamos, con perfecta unanimidad, que nosotros no podíamos decidir.

—Dependemos del Komintern —dijimos—. Si el Komintern nos lo ordena, pediremos la ciudadanía soviética.

La Dirección se dirigió entonces a Moscú y precisamente a José Díaz. Éste contestó muy correctamente que no podía dar una orden de esta clase, pero que si el personal español deseaba pedir la ciudadanía soviética, él no podía oponerse en cuanto esto era un asunto privado de cada cual.

Con esta carta los rusos volvieron a la carga. Alegamos que aquello no era una orden y que, por lo tanto, no deseábamos hacernos en aquel momento ciudadanos soviéticos. Y esto fue otra prueba de «contrarrevolucionarismo».

Las mismas discusiones tuvieron lugar cuando se trató de dar un pasaporte para el interior a los jóvenes que habían cumplido quince años, aunque esta vez no conseguimos impedir que se les declarara ciudadanos soviéticos.

En aquel año de gracia 1941, mucho antes de los exámenes, la Dirección había empezado a organizar el envío a una fábrica de Kertch de un buen número de jóvenes. Con absoluta franqueza hicimos comprender a los dos Directores las repercusiones que ello hubiera determinado en la vida de los muchachos, lanzados de improviso de una «Casa de niños» a una fábrica. Con mucha ironía, Balazóvski, refiriéndose claramente a las palabras de Ramos, nos preguntó si temíamos que «la dura vida de la fábrica» los hiciera volverse contrarrevolucionarios. Esto nos bastó para comprender que algo se tramaba.

En efecto, en una reunión de jóvenes comunistas españoles, alumnos de la Casa, ya ciudadanos soviéticos, él nos presentó como «enemigos», pidiendo y naturalmente obteniendo una declaración colectiva en tal sentido.

Fuimos suspendidos del trabajo mientras una Comisión nombrada por el Comité Regional del Partido, al cual recurrimos, indagaba para establecer nuestras responsabilidades. Durante dos semanas vivimos bajo la pesadilla de lo que nos hubiera podido ocurrir, defendiéndonos, sin embargo, a pecho descubierto. Sabíamos que la apuesta era nuestra vida. Si las acusaciones hubiesen sido comprobadas, nadie hubiera podido salvarnos de Siberia o de algo peor.

Fue fácil, por parte nuestra, probar que la política seguida por la Dirección de la Colonia era contraria a los mismos principios proclamados por la Constitución soviética. Se intentaba arrancar del alma de los pequeños todo sentimiento de amor a su patria e impedir que otros pudiesen inculcárselo. Afortunadamente, los mismos chicos, que reaccionaron poniéndose de parte nuestra, nos ayudaron.

Exhibimos una carta demostrando cómo la Dirección, con un espíritu verdaderamente contrarrevolucionario, no hacía caso de las instrucciones enviadas en tal sentido por José Díaz, que era entonces uno de los secretarios del Komintern.

La Comisión no se atrevió a declararnos culpables. Enterró o fingió enterrar el asunto y los dos Directores fueron movilizados al cabo de pocos días. Desde hacía un mes había estallado la guerra.

La mayor parte de los chicos de la Colonia de Eupatoria estaban, como ya he dicho, enfermos; la enfermería, siempre llena.

Teníamos en calidad de doctora una vieja especialista, pero los medios a su disposición eran ridículos. De manera que, acostumbrada ya al nuevo sistema de vida, tomaba las cosas con indiferencia. Se preocupaba de redactar planes, de trazar gráficas, pero en los pabellones, especialmente entre los chicos más pequeños, no faltaron nunca ni los parásitos ni las enfermedades...

El caso de una jovencita, Gloria Montes, de dieciséis años, es verdaderamente indignante. Esta chica frecuentaba asiduamente la casa de uno de los maestros españoles y sentía una verdadera adoración por su mujer y su chiquilla. Parecía llena de salud y tenía un carácter afable y dulce, por lo que todos la queríamos muchísimo. De improviso, Gloria empezó a enflaquecer y la palidez de su rostro nos preocupaba cada vez más. La doctora la reconoció varias veces: «No tienes nada», le aseguró. La hicimos visitar de nuevo y también a nosotros la doctora nos dijo que no había nada de extraño; pero Gloria adelgazaba cada vez más. Empezó a toser y su voz era cada día más ronca. Al fin, el diagnóstico: tuberculosis traqueal. Estábamos en invierno. En Eupatoria, ciudad balnearia, el invierno—durante un mes o dos— es tan frío como en cualquier otro sitio. Nieve, hielo y viento. Algunas españolas dieron a la chica una chaqueta de lana y otras prendas para que se abrigara más. La doctora dijo: «Necesita muchos alimentos y un sanatorio.» No fue posible conseguir nada. Gloria ni siquiera fue alejada del dormitorio. Sólo cuando ya no había esperanzas y la criatura quedó reducida a un esqueleto, logramos, después de interminables antesalas en las varias oficinas del Partido y de la ciudad, un vale para un Sanatorio.

Gloria Montes murió en Yalta un mes después. Fuimos a enterrarla un día de febrero y vinieron con nosotros dos jóvenes. Entre sus pequeñas

cosas hallamos una carta dirigida a nosotros. «Venid, me muero, y no quiero morirme sola.»

La pequeña Gloria, hija de un minero asturiano caído por la causa de Stalin, murió así. Quizá, tratada a tiempo, hubiera podido salvarse, si en lugar de la apatía, de la indiferencia y del egoísmo de los funcionarios, hubiera habido un poco de cariño y un poco, sólo un poco, de humanidad.

Inés, una chica de su misma edad que fue con nosotros a Yalta, había sido su mejor amiga. No tuvo una lágrima. Cogió para sí algunos rublos que habíamos enviado a Gloria y, a la vuelta del cementerio, entró con una educadora rusa en una tienda a comprarse golosinas. Por la noche quiso ir al cine. Nos miramos a los ojos el amigo español y yo, y comentamos: «El diablo sabrá de qué madera están hechos estos chicos. No tienen corazón ni sentimientos. Quizá los adquirirán mañana ante la vida brutal, entre la gente que sufre. Pero entonces... puede que sea un mal día para ellos.»

Inés no acabó mal. En el fondo era una chica de buena índole, llena de energía y, sin duda, esto la salvó.

¡Acabaron mal tantos otros y tantas otras!

OceanofPDF.com

CAPÍTULO IV

LA GUERRA

Los alemanes avanzaban en toda la línea y Crimea se hallaba amenazada. Los bombardeos de su único nudo de comunicaciones, Jankoi, y de sus centros principales se sucedían sin tregua. Se preparó la evacuación de la población y, afortunadamente, también la de la Colonia. Digo afortunadamente porque otras Colonias de niños españoles, a causa de la imprevisión y de la apatía de las autoridades, viéronse obligadas a huir — es la palabra apropiada— con los alemanes a los talones y bajo los bombardeos. De la Colonia de Jerson, por ejemplo, cayeron muchos. (No ha sido posible jamás conocer la cifra exacta.) Las dos Colonias de Odessa se evacuaron en condiciones tales que llegaron a Sarátov al cabo de unos cuantos meses y precisamente en enero del 42. Los chicos quedaron durante mucho tiempo —si no recuerdo mal, tres semanas— en la estación de Sarátov, en los mismos vagones de ganado en que habían hecho el viaje, soportando los rigores de una temperatura que en aquellos días —lo comprobé personalmente— llegó a los 48 grados bajo cero. Muchas fueron las enfermedades, muchas las víctimas.

La evacuación de las Colonias de niños españoles que se hallaban en las zonas amenazadas por los alemanes y sus consecuencias constituyen uno de los aspectos más evidentes de la incompetencia, Apatía y espíritu burocrático de los dirigentes a quienes había sido confiada la vida de tantas criaturas. Se podrá decir: «El país estaba en guerra.» Es cierto, pero es cierto también que de haberse obrado con otro espíritu y a su debido

tiempo, se hubiesen ahorrado sufrimientos sin nombre y vidas inocentes. Cuando se carga con la responsabilidad de la vida ajena hay que protegerla y responder de ella en toda circunstancia.

Por lo que se refiere a la evacuación de nuestra Colonia, la Dirección fue encargada por los órganos del Partido de preparar las cosas en el más absoluto secreto y de confeccionar una lista con el nombre del personal que marcharía con los chicos. Quedaba entendido que todo el personal extranjero sería evacuado.

Los dos directores no habían sido todavía destituídos. Tuvieron la idea, probablemente para hacer méritos, de dejar en Eupatoria a un grupo de chicos de los mayores que habrían podido ser agregados a las guerrillas. Todo había sido urdido con el máximo secreto; sin embargo, el inconsciente entusiasmo de la juventud fue providencial. Días antes de la marcha un alumno nos puso al corriente de todo. Con la máxima energía dijimos a los dos directores que no tenían derecho a disponer de la vida de ningún muchacho, tuviera o no tuviera pasaporte soviético. Según pudimos comprobar una hora después, ni siquiera a los dirigentes comunistas de la ciudad les habían enterado todavía del asunto. Al menos, así nos lo dijeron. Acabábamos de salir del despacho del director cuando dos de los jóvenes comunistas españoles que habían visto la lista del personal preparada por la Dirección para evacuar nos confiaron que tres de nosotros no estábamos incluidos en ella. ¡Nos querían dejar en manos de los alemanes! El golpe estaba bien organizado. Volvimos a la Dirección, donde, palideciendo, los directores contestaron que no sabían nada y que todo había sido dispuesto por el Partido. Fuimos entonces al Partido y uno de los secretarios, después de habernos escuchado, se indignó. Llamó al teléfono al Director de la Colonia y a voz en grito le dijo: «No tienes derecho a obrar así. Nadie de nosotros puede decidir cosa parecida. Tenemos otras cosas que hacer; no podemos perder tiempo con vuestras bestialidades.» Nadie sabía nada de las decisiones tomadas a nuestras espaldas y a las del mismo Partido. A la mañana siguiente los dos fueron movilizados.

Nos preguntamos muchas veces qué sentimiento les había empujado a obrar de aquel modo. En cuanto a nosotros, la cosa estaba clara, pero... ¿y en cuanto a los chicos? No había otra explicación: una especie de instinto

usurero ha medido las relaciones de muchos burócratas con la infancia española. La frase que del 41 en adelante oímos continuamente en muchos despachos y reuniones nos taladró el cerebro: «Os hemos ayudado, os hemos dado de comer. Ahora os necesitamos.»

La pura casualidad había impedido que con la vida de otros muchos chicos y con la nuestra se rindiera un tributo de «gratitud», pagado, por otra parte, con creces desde 1936 hasta 1939.

Había empezado otra vida. De sufrimientos y de privaciones. Los acontecimientos nos arrastraron con el pueblo, en la marea humana que tomaba por asalto trenes, barcos y camiones, que dormía en el suelo ante las estaciones, a orillas de un río, feliz, sin embargo, de alejarse siempre más hacia el Este y de tener todavía entre sus propios brazos un último harapo para darlo a cambio de un trozo de pan, de un vaso de leche, de algunas patatas. Y el pueblo nos mostró sus llagas, nos reveló su secreto dolor, hecho más intenso y más vivo por los nuevos sufrimientos: una amargura florecida durante veinte años de pesadillas y agotamientos; sombría, tímida, temerosa o incapaz de rebelarse, cubierta de una pátina de resignación fatalista. «No vale la pena vivir, no importa morir.»

En Kertch, por la noche, nos cogió el primer bombardeo, pero no hubo víctimas entre nosotros. Teníamos que atravesar el mar y alcanzar la orilla del Cáucaso. Al frente de la expedición habían puesto a un hombre de desconcertante lentitud. Incapaz de resolver nada por sí solo, pedía siempre el parecer de los demás, con el evidente propósito de cubrirse las espaldas. Y pasaban horas y días antes que él tomara una decisión.

Hubiéramos tenido que subir por la noche a bordo de un transporte de pequeño tonelaje. La inercia y la incapacidad del nuevo Director lo impidió. Bajo nuestros ojos embarcaban centenares de personas pagando, bajo mano, el consabido tributo al capitán del barco. Al fin fue posible conseguir unas lanchas y zarparamos al alba. En la travesía nos sorprendió un violento temporal: vómitos, maldiciones, gritos de niños aterrorizados. Necesitamos nervios de acero para impedir desgracias.

A poca distancia de la orilla donde desembarcamos había un río y una estación fluvial: un embarcadero y un silo. Durante todo el día, bajo una

lluvia torrencial, esperamos la llegada de otro barco que debía llevarnos hacia un nuevo destino. Estábamos empapados hasta los huesos y seguía lloviendo. El suelo se hallaba sembrado de cáscaras de sandía, fruta que en aquella región es muy abundante. Teníamos hambre. Alguien recogió una cáscara e hincó los dientes en ella; otro siguió el ejemplo; luego uno tras otro. Fue imposible impedirlo.

Cuando llegó el barco se entabló una lucha encarnizada para subir a él. Hombres, mujeres, chicos, empujando, pisándose, goteando lluvia y agotados, hicieron un infierno de aquel vapor que al cabo de una noche nos dejó en una pequeña ciudad cuyo nombre no recuerdo. Luego, en tren, hacia Krasnodar y adelante, hasta una pequeña estación, Yugoslavskaia.

Mas no habíamos llegado aún. En Rusia no se llega tan pronto.

¿La guerra? Aquella zona estaba aún muy lejos de la guerra. No pasaba nada. Todo funcionaba como antes, todo estaba tranquilo. En las cercanías de la estación de Krasnodar había un mercado negro donde saciamos el hambre con cangrejos, enormes, rojos cangrejos de río que nos parecieron el más exquisito de los manjares.

En Yugoslavskaia acampamos cerca de la estación y allí pasamos dos días y dos noches. Teníamos que proseguir en carros hacia el centro, hacia las montañas, alcanzar una *stanitza* llamada Otriádnaia. Los carros no llegaban nunca.

Una madrugada la Colonia tuvo su primer muerto: un hebreo, empleado de la Casa. Acababan de llegar los carros. Tuvimos que marchar y no hubo tiempo para enterrarlo. Lo dejamos tendido al raso, bajo el mismo árbol donde había expirado, con una cubierta de moscas sobre el rostro. La mujer y la hija le quitaron los zapatos y vinieron con nosotros.

Un muerto no tiene valor, aunque sea el propio marido o el propio padre.

¡El camarada enterrador se habrá hecho cargo de él!

Con las primeras luces del alba, después de doce horas o más de carro, traspusimos los umbrales de Otriádnaia. Días después, a una *stanitza* cercana, llegó otra Colonia.

Nadie podría decir cuál fue el criterio que indujo a los dirigentes soviéticos a imponer algunos días de viaje, en aquellas condiciones, para alcanzar una residencia que, un mes después, hubo de ser abandonada. Sin embargo, tuvimos suerte. Los chicos de la otra Colonia que se hallaban en la *stanitza* cercana a la nuestra no reanudaron la marcha hasta que los alemanes estuvieron ya a dos pasos. Sólo entonces recibieron la orden de ponerse a salvo. Lo hicieron a costa de inauditos sufrimientos, andando día y noche kilómetros y kilómetros, hambrientos y agotados, por senderos de montaña que parecían inaccesibles. Jamás se supo cuántos chicos dejaron la vida en aquella fuga que una administración más cuidadosa y un poco de sentido de responsabilidad hubieran podido evitar.

Los chicos mayores no quedaron ociosos durante aquel mes. Dos días después de nuestra llegada, las autoridades del pueblo pidieron al Director de la Colonia mano de obra para un koljos. No había visto todavía un koljos. Nos dijeron que era uno de los más ricos de la región. Efectivamente, tenía mucha tierra y quizá fuera rico, porque el Estado recibía de él mucho trigo.

En los koljosianos observamos los signos inconfundibles de una miseria crónica. Casas de una sola habitación, de barro, paja y estiércol amasados (aseguran que el estiércol de vaca es como la cal); el suelo de tierra; sucios jergones de paja donde por la noche se desploma, agotada por las fatigas, una entera familia; en la misma habitación, la cocina. La paja es el único combustible usado. (En el 45 me enteré que está severamente prohibido emplear paja para ello sin autorización de los dirigentes: sirve de pasto para el ganado.)

Por primera vez los chicos españoles conocieron «el trabajo que ennoblece y hace feliz». Pero por la noche tenían hambre.

—¿Y qué se come?

—¿Dónde está el presidente del koljos?

—Camarada Presidente... Hemos trabajado. ¿Dónde se come?

El camarada presidente no estaba habituado a este lenguaje, pero se le recordó que el presidente del Soviet de la *stanitza* había asegurado que el koljos proveería a las comidas. Entonces se rascó la frente y dijo: «*Chort*

vasmí», expresión característica y popularísima que significa: «Que se me lleve el diablo.»

—¿Y qué os doy? En el almacén no hay nada.

Se alejó murmurando otro rosario de diablos y avemarías; volvió una hora después para preguntarnos cuántos éramos y aseguró que estaban preparando la comida.

Era ya avanzada la noche cuando metimos algo en el estómago. El que no haya comido *galuski* no tiene idea de lo que un hombre hambriento es capaz de tragar. Los *galuski* se preparan rápidamente: se amasa harina con agua, se separa una parte arrollándola y cortándola en trozos del espesor de un pulgar. Se echan luego en agua hirviendo, se condimentan con alguna gota de aceite de girasol y ya está.

Tuvimos que comer por turno, pues sólo había dos platos y dos cucharas de madera. Después de los *galuski*, comimos sandías, pequeñas, insípidas como pepinos.

—Mañana —dijo el Presidente— habrá también pan.

—¿Dónde se duerme? —preguntó alguien.

Nos tumbamos en la paja, en una de aquellas casuchas de barro. Las pulgas nos mordían de tal manera que, a pesar del cansancio, no conseguimos pegar ojo en toda la noche.

Llegó el alba, gris e indolente. Y con el alba, una lluvia fina, monótona, silenciosa.

Cuando cesó de llover fuimos al trabajo; recogimos sandías y con ellas saciamos el hambre. A la vuelta descubrimos unas judías amontonadas junto a una casa.

—¿Por qué las dejáis así? —preguntó uno de nosotros—. Acabarán por estropearse.

—No sirven para nada.

—¿Que no sirven?

Eran judías estupendas, ya secas en su vaina amarilla.

(Efectivamente, en algunas regiones de Rusia las judías eran un manjar desconocido. En el 43, en Gorki, donde había llevado un puñado de ellas por un instinto previsor, que en aquel país se desarrolla más que en ningún

otro, las sembramos en un trozo de tierra cerca de la casa donde vivíamos. Los rusos no creían que se pudiesen comer. Luego las probaron y en el giro de dos años las judías se hicieron popularísimas.)

—¿Qué coméis en tu tierra? —me preguntó un obrero del koljos, un tractorista.

—De todo.

—Por ejemplo... ¿Qué come un obrero durante el día?

—Un obrero se desayuna con café con leche, pan o con otra cosa. Depende de las costumbres de cada cual.

—¿Y a mediodía?

Le expliqué, más o menos, cómo se alimenta un obrero.

—Es extraño —dijo—. Es completamente diverso. En tu tierra la *kasha*, digamos, ¿no se come?

(La *kasha* es una especie de gachas de mijo.)

—No. Nosotros el mijo lo damos a los pájaros.

—¿De veras? Es extraño. ¿Cómo son las casas en tu tierra? ¿Tienen ventanas?

Parecen preguntas inverosímiles. Pero no hay que extrañarse, si se tiene en cuenta el estado en que viven los campesinos rusos. No saben nada de lo que existe fuera de Rusia y, a menudo, más allá de sus propias regiones. Durante treinta años han oído hablar continuamente de la miseria de los países capitalistas y sólo la guerra hizo que miles y miles de ellos abriesen los ojos ante las casas obreras de Viena, de Berlín, de Praga. No creían que pudiesen ser habitadas por obreros y, al principio, algún obrero fue fusilado, según me confió un oficial, porque se le tomó por un burgués...

La reacción de los campesinos que han vuelto del Occidente ha sido y es aún muy viva, aunque una persistente propaganda chovinística se encargue de ahogarla, inculcando en la población un sentimiento de desprecio hacia todo lo que es extranjero.

Aquel día, pues, comimos judías. Sin aceite, es cierto; pero así y todo, nos parecieron el manjar más sabroso del mundo. El presidente del koljos fue muy feliz de poder ahorrar su *kasha* y sus *galuski*.

Casi un mes después, la Colonia volvió a recorrer el camino hacia Yugoslavskaia, desde donde, en vagones de mercancías, proseguimos hacia

Stalingrado: un viaje de ocho días con interminables paradas en las cercanías de las estaciones. A veces las paradas eran de muchas horas; entonces se iba en busca de agua, a la caza de un poco de leche o de lo que fuera. Aprovechábamos también las paradas para lavarnos y algunos para lavar su ropa.

En los vagones, apretujados, no podíamos extender una pierna sin tropezar con el cuerpo de otro. Fue muy difícil mantener en aquellas condiciones un mínimo de convivencia y de disciplina. No tardaron en aparecer los primeros piojos y en la obscuridad se percibía el nervioso rascar de las manos en la carne cubierta de suciedad.

Ya podíamos decir: «El país está en guerra.» Los chicos contestaban irónicamente con las palabras de Vorochilov: «El Ejército Rojo hará la guerra en territorio enemigo.» Era difícil contestar con sencillez y teníamos que hacerlo con largos discursos para explicar que las ventajas de los alemanes serían pasajeras.

Desde Stalingrado, en barco, proseguimos hacia Sarátov, Engels y la ciudad de Marx. Desde allí, catorce kilómetros a pie, hasta Orlovskoe, una de las aldeas de la que había sido la República de los alemanes del Volga. Evacuados pocos días antes, sus habitantes fueron trasladados al lejano Oriente y a la región de Altai. En el espacio de una noche, ciudades y aldeas habían quedado desiertas, o para ser exactos, pobladas por vacas y otros animales domésticos abandonados. A los habitantes se les permitió llevar consigo muy poca cosa.

Se podrá reprochar a las autoridades soviéticas la crueldad con que aplicaron la medida, acostumbradas como están al empleo de métodos inhumanos, pero no la medida en sí. En un país en guerra no se podía dejar concentrar una masa de población hostil que hubiese dado serias molestias; tanto más que al cabo de pocos meses el ejército alemán llegaba a Stalingrado, es decir, a poca distancia de la misma República de los alemanes del Volga.

En la aldea no había más que el presidente del Soviet y alguna familia de bielorrusos y de judíos, estos últimos llegados de Ucrania. Las casas en su mayor parte habían sido destruidas por los campesinos al ser evacuados,

de manera que fue un verdadero problema el alojarnos. En algunas de ellas se acomodó a los chicos; el personal se arregló en otras, viviendo en común. En un primer tiempo compartí la habitación con dos maestros españoles, marido y mujer. Todas las noches ella lloraba y a veces sus lágrimas silenciosas se trocaban en verdaderos sollozos.

No había víveres, no había leña para el fuego. Comenzaban las lluvias otoñales y llegaban los primeros fríos. Quien no lo haya visto, no puede hacerse una idea de la aldea rusa en otoño cuando llueve o en primavera cuando deshiela. Las calles se inundan literalmente y es imposible transitar sin hundirse hasta las rodillas. En verano, cuando llegan los calores sofocantes de la estepa, el barro se transforma en un respetable espesor de polvo.

Adultos y chicos fuimos a recoger patatas y zanahorias bajo una lluvia torrencial: era la única salida para aplacar el hambre. Fue enviado a la Colonia un nuevo Director, un bielorruso exaltado y brutal que durante dos meses fue el martirio de todos, grandes y pequeños.

No había platos, cucharas y mantas: nada. La Colonia había salido de Eupatoria sin prisas y pudiendo llevar todo lo necesario. Hubo tiempo y posibilidad de hacerlo; sin embargo, nadie se preocupó de ello.

Llegaba el invierno y los chicos, sobre todo los pequeñuelos, andaban descalzos, con los trajes hechos harapos. Vagaban por las casas abandonadas en busca de semillas de girasol; en algún sitio hallaban hasta trigo. Lo tragaban todo.

Empezó la caza a los gatos. Era la primera vez que los rusos veían una cosa parecida y, claro, se escandalizaron. El presidente del Soviet convocó una reunión a fin de acabar con lo que él llamaba un escándalo. Nos sonreímos. No recuerdo quién de nosotros hizo observar que la carne del gato es exquisita, dando lugar con ello a violentas protestas. «Entonces sois vosotros los responsables» —nos dijeron. El Director informó de la cosa a las autoridades de la ciudad cercana. Una tarde cayeron en la Colonia dos funcionarios y se celebró una segunda reunión. Tema a tratar: la caza de los gatos. Los chicos se reían gritando en coro: «¡Pero si son muy ricos! ¡Y además tenemos hambre!»

Cuando se acabaron las molestias provocadas por aquella caza, no se habría encontrado un solo gato en toda la aldea. Empezó entonces la caza a los cuervos. En ningún sitio he visto tantos como en Rusia, sobre todo en las aldeas. Cubren el cielo en enormes bandadas, se posan en los campos, en los árboles, graznan desde el alba a la noche, le rompen los nervios hasta al que los tenga de acero.

No se supo jamás de dónde saldrían tantos tiragomas; cierto es que los chicos asaban continuamente cuervos que despedían un olor fétido y nauseabundo.

El hambre es cosa mala. En sus correrías los pequeños descubrieron en algún sitio trigo. Se llenaban los bolsillos y asaban los granos en recipientes de lata. Los dormitorios estaban llenos de cáscaras de semillas de girasol. Los chicos habían aprendido a comerlas como los campesinos rusos: se metían un puñado en la boca, partiéndolas luego con extraordinaria habilidad y escupiendo las cáscaras, muchas de las cuales quedaban pegadas en torno a los labios, como moscas.

Muchos comían el trigo crudo, masticándolo lentamente, pacientemente, como rumiantes. Hubo diarreas, colitis y disenterías.

Los campesinos alemanes no habían podido terminar la recolección de trigo ni la de girasol. Se presentaron un día en la Colonia los nuevos dirigentes de los dos koljoses pidiendo mano de obra, y al día siguiente, todos, chicos y grandes, fuimos al campo. Había caído con abundancia la nieve, a la que siguieron los primeros hielos, y las manos se entumecían al contacto con las plantas. Los más pequeños lloraban. Muchos de ellos llevaban los zapatos rotos. Primero uno, luego otro, después en masa, abandonaron el trabajo. Entonces los dirigentes arremetieron contra ellos y contra nosotros: «No queréis trabajar —gritaban—; queréis vivir sin hacer nada. ¡Parásitos!» ¿Cómo explicarles que aquellas criaturas no podían humanamente resistir? Todo razonamiento fue inútil y aguantamos, una tras otra, invectivas y humillaciones.

Entretanto, la Dirección había pensado colocar en algunas fábricas de Sarátov a los chicos mayores. Marcharon hacia fines de diciembre. Quedaron en la ciudad haciendo un curso de aprendizaje y pasaron luego a

la fábrica; las chicas fueron enviadas a una fábrica textil, en un pueblo de la provincia. Más tarde se consiguió que fueran trasladadas a la ciudad.

Las estrecheces en que vivieron estos nuevos obreros las conozco a través de algunas cartas y de las narraciones que varios de ellos me hicieron sucesivamente, cuando volví a verlos en Sarátov.

Dicha ciudad era en aquel tiempo la base del Ejército polaco formado por núcleos de polacos —militares y civiles— que habían sido internados a raíz de la ocupación rusa de la Polonia oriental y puestos luego en libertad, en virtud del acuerdo negociado durante la guerra entre el Gobierno de Moscú y el Gobierno polaco emigrado. Entre los oficiales polacos y muchas jóvenes obreras españolas no tardaron en establecerse relaciones, y es sabido que algunas fueron arrastradas a la intimidad por las miserables condiciones de vida. Entre los españoles en Rusia se habló mucho del «desastre» de Sarátov, al que siguió más tarde el de Tiflis, en Georgia. El ambiente de corrupción, la dura vida de fábrica, la inexperiencia de jóvenes educados en una atmósfera de mentira y de amoralidad, no podían dejar de conducir a este estado de cosas.

Entre los jóvenes, los robos estuvieron a la orden del día, y, andando el tiempo, se llegó a la rapiña. Son numerosos, hoy todavía, los jóvenes españoles que forman parte de bandas de malhechores.

Una de las cosas por lo que sufrimos más en Orlovskoe fue por el frío. Los hebreos y los nuevos koljosianos con que la aldea se había repoblado se dedicaban sin escrúpulos a la destrucción de las casas deshabitadas. Nos vimos obligados a seguir el ejemplo. Se empezaba por las puertas, luego se pasaba al pavimento, que arrancábamos tabla por tabla, y, por fin, a las paredes y al techo. El «trabajo» se hacía de noche, a fin de salvar las apariencias, aunque nadie jamás dijo nada.

En la aldea se instaló más tarde un batallón de paracaidistas; soldados y oficiales completaron la destrucción de las casas vacías.

Yo había ocupado una casucha de madera: una habitación y cocina, o más exactamente un pasillo donde estaba la boca del horno que servía también de cocina. Faltaban puertas y ventanas, que puse arrancándolas de otras casas.

Un día se me presentó un oficial del Ejército pidiéndome alojamiento para él y su comisario. Eran dos excelentes muchachos. El comisario, Lionka, un siberiano taciturno, serio y todo corazón; el oficial, Sergio, un ucraniano afable y generoso. Cada noche dos soldados traían leña para el fuego, y los dos jóvenes, con quienes hice pronto amistad, me daban a menudo té, azúcar y tabaco. Tres meses después, Sergio cayó en las cercanías de Moscú. Al marcharse había dejado un par de botas de montar. «Guárdalas —me dijo—. Mandaré a recogerlas; quiero enviarlas a mi madre, las necesita.» Miraba las botas como si le doliera separarse de ellas o como si pudieran comprender su amor por la madre lejana. ¡Pobre Sergio! Cuando Lionka me escribió que había muerto, sentí una gran pena.

Un día se me presentó una educadora rusa, Ania, exhibiendo una carta en la cual Lionka le pedía enviara las botas a la madre de Sergio. No las mandó nunca; las cambió por unos kilos de harina.

En las ciudades rusas se vende; en el campo, se cambia. En Orlovskoe di casi todo lo que tenía a cambio de patatas, leche y manteca. Igual que en cada aldea koljosiana, también allí había una «molochinoe zavod» — fábrica de productos lácteos. El koljos entrega diariamente la leche y lo mismo hacen los campesinos, a quienes les está permitido tener una vaca a condición de dar al Estado cierta cantidad de leche y al koljos las horas de trabajo requeridas. Cuando llegamos a Orlovskoe, las vacas vagaban por la aldea mugiendo desesperadamente; hacía dos días que no las ordeñaban. Más tarde, poco a poco, llegaron a los koljoses los campesinos de las regiones ocupadas, y la «fábrica de leche» comenzó a trabajar de nuevo.

El director vendía por su cuenta queso y manteca a cambio de otras cosas; lo mismo hacía un empleado, Génia, y no se le podía reprochar. Esto pasa siempre y en todas partes en Rusia. Génia ganaba ciento cincuenta rublos al mes, tenía madre y un hermanito. Los tres, mal vestidos y peor calzados. Ciento cincuenta rublos no bastaban para comprar cinco kilos de harina, es decir, el pan de algunos días, y Génia sustraía mantequilla y queso que luego vendía o cambiaba. El director, que hacía lo mismo, no estaba tan necesitado como ella.

Malvendí unas camisas, un par de zapatos, un jersey, las únicas sábanas, dos trozos de jabón, unos pantalones y otras cosas. Sobre todo las sábanas, los zapatos y el jabón fueron bien pagados. En las aldeas rusas el jabón se ve raramente. En general, lo hacen los mismos campesinos, aunque cueste más caro, pues emplean para ello huevos y manteca además de sosa cáustica, que es difícil encontrar.

Cada cual cambiaba lo que tenía. Era la hora de los presidentes de koljos, los únicos que tenían víveres. Una maestra española se desprendió de su Longines de pulsera; le dieron pocos *puds* de harina y un poco de mantequilla.

Sin embargo, la operación no fue fácil, siendo el reloj «demasiado pequeño».

Otra maestra tuvo la idea de cambiar algunas prendas íntimas, pero no quiso hacerlo en la misma aldea y me pidió la acompañase a la próxima, distante seis o siete kilómetros. En cuanto nos vieron llegar no esperaron a que les ofreciéramos nuestra mercancía. Se acercó una mujer preguntándonos: «¿Cambio?» La maestra ofreció, entre otras cosas, unas bragas de seda. Una rusa las miró, les dio vueltas y más vueltas, las devolvió riéndose y con cierto desprecio: «¿Para qué me sirven?», dijo. En cierto modo tenía razón. Las rusas llevan verdaderos calzones, cerrados más arriba de la rodilla, que nosotros llamábamos «tubulares» y «napoleones». Si pueden, es decir, si tienen, llevan hasta dos pares: no será estético, pero es una imperiosa necesidad. Las extranjeras que al principio quisieron, en pleno invierno, seguir sus propias costumbres, enfermaron de artritis y reumatismos.

Muy apreciadas fueron una combinación y una falda, por las que dieron un *pud* (dieciséis kilos) de patatas y medio kilo de manteca. Poco a poco cada uno de nosotros liquidó la mayor parte de su propia indumentaria.

Aquel invierno, hacia fines de enero, la temperatura bajó a 48 grados.

Un espectáculo inolvidable: nuestros pequeños, temblando de frío, se metían en la cama de dos en dos para no sufrir tanto, pero en los dormitorios oscuros, a veces alumbrados por un farolillo de petróleo que hacía la atmósfera irrespirable, ahumándonos a todos, se oía el castañeteo de los dientes.

Las chicas, acuciadas por el hambre, abandonaban la cama sólo a la hora de la comida para meter en el cuerpo algo caliente. Sus habitaciones distaban del comedor cerca de un kilómetro, que hacían a la carrera, cubiertas por un ligero abrigo de entretiempo, sin medias. Muchas no tenían siquiera zapatos; llevaban chanclos y los pies envueltos en tiras de toallas. Nadie se preocupaba de ellas.

En el dormitorio de los pequeños construimos nosotros mismos una pequeña estufa de ladrillos alimentada con leña que los chicos robaban.

Una tarde, encontramos a las chicas acurrucadas de dos en dos en sus camas. En los ángulos de las paredes se había formado un respetable espesor de hielo. En las dos habitaciones había una estufa, pero no había sido encendida nunca. Era necesario calentar el ambiente a toda costa. Llamamos a uno de los chicos mayores y le describimos la situación de sus compañeras: «¿Quién va a ayudarlas si no lo hacéis vosotros?»

No dijimos más. En menos de nada todos los chicos se pusieron en movimiento y una hora después en el dormitorio de las chicas hubo leña para encender la estufa durante unos días.

Por desgracia, y seguramente porque la chimenea no estaba limpia, durante la noche la casa se incendió, agravando la situación de la Colonia.

Ramos y yo estuvimos a punto de ser procesados.

De Moscú no sabíamos sino que el Komintern se había trasladado a Ufá, en los Urales. Habiendo perdido todo contacto con él, no teníamos a quien dirigirnos para intentar remediar aquella situación.

Estábamos en guerra, es cierto, pero no era esta la razón por lo que la infancia sufría y perecía. Las causas eran la apatía, el egoísmo y la ineptitud de los funcionarios.

La mayor aglomeración que siguió al incendio del dormitorio de las chicas, la falta de baño (por semanas y meses los chicos no se ducharon ni tuvieron ropa para cambiarse) hizo que abundaran los piojos.

En verdad, piojos había en todas partes. No era difícil hallarlos también entre el personal de la cocina y en el pelo de nuestras cultas educadoras. La cocinera, por ejemplo, tenía una hija, Nádia, hermosa joven de veinte años.

Compartían con otras dos una habitación; pero, siendo ésta obscura, Nádia iba a menudo a despiojarse a la cocina.

Al parecer, las rusas no dan mucha importancia a la higiene de la cabeza, aunque les guste bañarse. Conocí a jóvenes, una doctora ucraniana entre otras, con la cabeza llena de liendres. Durante los últimos meses de mi permanencia en Moscú, traté a una chica, hija de extranjeros pero educada en Rusia desde los cuatro años; era muy limpia y hasta vestía con cierto gusto; con gran sorpresa me di cuenta que tenía el pelo lleno de pequeños puntitos blancos. Un día se lo dije.

—Están muertas —contestó.

—Bueno; aun así no me parece bonito.

Se sonrojó un poco y añadió:

—No tiene importancia.

Pero se limpió el pelo cuidadosamente con petróleo.

Un día, en la Cooperativa de Orlovskoe, repartían petróleo y tabaco. Fuimos a la carrera: no fumábamos tabaco desde hacía meses y el petróleo escaseaba. La Cooperativa estaba llena de gente y tuvimos que esperar nuestro turno para el petróleo. El tabaco ya se había terminado. Cuando salimos, dos gruesos animalitos cabalgaban triunfalmente sobre el abrigo del compañero que estaba conmigo. En casa inspeccioné también el mío y hallé algún huésped. Nos echamos a reír; no era cuestión de enfadarse por tan poco.

Más tarde, en toda aquella zona hubo una epidemia de tifus exantemático.

Un nuevo director, un tal Kisilióv, había sido enviado a la Colonia. Me entretengo hablando de él porque le considero el más clásico exponente de aquella burocracia. De algún burócrata tendría que hablar, y puesto que todos son por el estilo, diré algo de él, a cuyas órdenes estuve durante algunos meses. Tenía una virtud poco común: era un organizador, aunque organizara de modo tal que sacaba para sí mismo la mayor ventaja.

Kisilióv me hizo pensar a menudo en el Chichicóv de *Las almas muertas*, de Gogol. Igual que el protagonista de la inmortal novela, tenía

audacia y cinismo, y además la fuerza derivada de la autoridad y del saberse protegido por superiores con los cuales se entendía.

Kisilióv puso un poco de orden en la Colonia. Ante todo, buscó camas, que escaseaban; requisó, bajo su responsabilidad, un amplio local que destinó en parte a dormitorio y en parte a oficinas y a sus habitaciones particulares.

En el comedor se comía sin manteles; no los había, es cierto; Kisilióv hizo poner en la mesa unas sábanas y los chicos tuvieron aquel día la impresión de comer una sopa mejor que la de costumbre. Sacaron del bolsillo la cuchara que llevaban atada a una cadena, o a una cuerda, como la llave de un tesoro, y comieron *pro culturni*, «como personas cultas», según dicen los rusos. Cuando hubieron comido limpiaron la cuchara con la lengua y volvieron a guardarla en el bolsillo. (En la fábrica me acostumbré yo también a tal sistema, como el resto de los obreros y empleados. A veces la cuchara se limpiaba con un trozo de papel; de vez en cuando se lavaba.)

El Director organizó también el derribo de las casas de madera deshabitadas que aún quedaban. Formó escuadras de chicos, les dio barras de hierro y hachas y él mismo dirigía los trabajos.

Luego estableció relación —económica— con los presidentes de los dos koljoses. Dicha relación consistía en intercambio de objetos y productos a beneficio casi exclusivo de Kisilióv y de los dos presidentes. Él les daba material de la casa, chanclos y otras cosas, y recibía, en cambio, trigo y manteca. Pero no se limitó a ello: escogió entre los chicos a los de más edad y los alquiló al Koljos como mano de obra. Los productos que recibía en compensación iban en parte al comedor de la Colonia y en parte a su casa.

Es posible que alguna denuncia haya sido la causa de su llamada a las armas. Logró, sin embargo, hacerse excluir del servicio.

Le gustaba invitarnos de vez en cuando a una cena íntima durante la cual nos hablaba de su estancia de siete meses en París. Nos preguntábamos si el contacto con la civilización occidental le había sido útil: le veíamos sonarse con los dedos delante de aquellos a quienes tenía que educar...

Había prohibido a los alumnos «mascar» semillas de girasol; pero un día dos de ellos, entrando en su despacho, vieron que él mismo lo hacía, escupiendo las cáscaras en el suelo o encima de la mesa.

Para «imponer la disciplina» empleó el látigo y otro sistema más cruel: mandó a la fábrica de Sarátov a algunos de los chicos más traviesos. Los vi, meses después, en octubre del 42, en los establecimientos Combaine, donde fui a visitarles. Tenían trece años —uno sólo era de catorce— y parecían viejos. Sucios, rotos, descamisados, daba pena mirarlos. Estábamos en el mes de octubre, el frío ya mordía y no tenían nada para protegerse de los rigores del invierno inminente. Me imploraron escribiese a alguien, hiciera algo para sacarlos de aquel infierno donde trabajaban doce horas con salarios de aprendices. Recuerdo, entre otros, a dos de ellos: Emiliano Iglesias y Francisco Camacho.

Había en la misma fábrica algunas chicas de otra Colonia, también adolescentes; dos estaban enfermas de tuberculosis.

Días después, en Moscú, expuse al ex ministro Hernández, entonces alto funcionario del Komintern, la desesperada situación de aquellas criaturas. No logró hacer nada. Sé que algunos de ellos murieron.

Un día, al cabo de tanto tiempo, los chicos pudieron bañarse. Se utilizó a tal fin el lavadero, una pequeña habitación donde había dos calderas. Arrastrábamos por cerca de dos kilómetros un carro con una cuba encima hasta el Volga, donde con una barra de hierro perforábamos la superficie helada del río, sacando luego el agua a cubos. Cada cual, para bañarse, disponía de medio cubo de agua caliente y medio de agua fría.

Durante una de estas operaciones cogí una congestión renal que me tuvo en cama más de un mes. La solidaridad de los chicos se manifestó plenamente: me traían leña y encendían el horno para calentar la habitación. Era todo lo que podían hacer.

Vivía entonces conmigo el vicedirector de la Colonia, un judío de nombre Pérsing. No se tomó jamás la molestia de preguntarme ni cómo estaba, ni si necesitaba algo. Se quejaba si la habitación no estaba bien caliente; lanzaba rayos y truenos contra los españoles, que eran demasiado rebeldes y no habían «sabido hacer la Revolución.»

Pérsing era un comunista y a través de sus palabras noté por primera vez los síntomas de aquel sentido de superioridad y desprecio hacia los extranjeros que se iba inculcando a los rusos y que después de la guerra la

Prensa, la Radio, la escuela, el cine, los discursos, se encargaron de desarrollar hasta crear un peligroso espíritu chovinista.

No me había preocupado jamás de los hebreos. Para mí eran unos seres como los demás. Pude comprobar que en Rusia no gozan de ninguna simpatía entre la población. No hay peor insulto para un ruso que oírse llamar *guebrei*.

Ignoro el porqué de este odio; pero es un hecho que en la fábrica, por ejemplo, entre 25.000 trabajadores, sólo algún judío era obrero; los demás, todos empleados, encargados de almacenes, sobre todo de comestibles.

Es notorio que en Ucrania, al ser echados de allí los alemanes, tuvo lugar un tremendo *progrom*. Perecieron a manos de los rusos miles de hebreos.

Este sentimiento de la población se refleja, a pesar de las altisonantes declaraciones, hasta en los organismos oficiales. En el Partido Bolchevique, por ejemplo, se tiene cuidado de que en los Comités directivos no haya nunca un número de judíos tal como para que puedan constituir mayoría.

Podrá parecer extraño, mas poco a poco este sentimiento de los rusos se contagia y si la razón no se impone se acaba por aceptarlo como una cosa justa. Un espíritu de hostilidad hacia la burocracia la hace parecer también lógica desde el momento que buena parte de ella —puede afirmarse que el grueso— está formada por hebreos. Muy notada, en cambio, su ausencia —aparte casos aislados— de las filas del Ejército.

Es posible que esta actitud de la población sea una herencia del pasado que treinta años de Revolución socialista no han logrado liquidar. Aun así, es cierto que entre las causas principales hay que apuntar las posiciones de primer orden que, en general, los hebreos tienen.

Una tarde fuimos llamados al Soviet de la aldea, donde se nos entregó una orden. Al día siguiente nos presentamos al presidente del koljos y fuimos enviados a trabajar en la misma aldea junto con otros maestros rusos.

Teníamos que limpiar de nieve y de hielo una extensión de tierra y excavar unos fosos. El trabajo era ímprobo, sobre todo el de romper la tierra helada, dura como piedra. Hacíamos esto empleando una pesada barra de

hierro. No había más que una; con ella, turnándonos, dábamos diez golpes cada uno, Ramos, Dúsia y yo.

No tardamos en hacer amistad con Dúsia, una muchacha moscovita. Le preguntamos cómo se llamaba y contestó: «Sasha.» Tenía veintitrés años. En sus rasgos, en sus ojos, había algo de zingaresco. Efectivamente, como luego ella misma nos dijo, el padre había sido zíngaro.

El trabajo en la aldea terminó pocos días después y entonces nos mandaron a una sección del koljos, casi a veinticinco kilómetros.

La deportación de la población alemana del Volga había impedido que se llevasen a cabo todos los trabajos de la cosecha. Teníamos que hacerlo nosotros, unas veinte personas, cuatro o cinco de las cuales eran campesinos.

Se decía que entre la gente del lugar había una epidemia de tifus. Efectivamente, había enfermos, aunque nadie se hubiese cuidado de averiguar de qué. El único médico se hallaba a más de veinte kilómetros y no hay presidente de koljos dispuesto a fatigar tanto a los caballos por un enfermo. Aunque lo hiciera, el médico de poco valdría. En las aldeas rusas no hay farmacias —hay muy pocas también en las ciudades—; el médico, teóricamente, tiene a su disposición un botiquín que, en la mayor parte de los casos, está vacío.

Al entrar en la habitación llamada dormitorio colectivo, donde hubiésemos debido descansar, quedamos asustados. De las dos ventanas faltaban algunos cristales que habían sido sustituidos con trapos y paja. Había una sola cama: también colectiva. Era un tablero bajo e inclinado que ocupaba el espacio de una a otra pared. Por la noche se echaba encima un poco de paja y a dormir. Sin embargo, el frío, más fuerte que el cansancio y el sueño, muy pronto nos despertaba.

En un rincón de la cama yacía una mujer. Preguntamos qué tenía y nos contestaron que seguramente tendría «malaria», puesto que la fiebre no la dejaba desde hacía dos días. Fue Sasha, que estaba con nosotros, la que levantó la voz.

—Camarada «brigadier» —dijo, dirigiéndose al hombre que estaba al frente de la sección del koljos—, no se puede tener a una enferma en estas condiciones y sin llamar al médico.

—No pasará nada. Ya se pondrá buena.

—Esto no puede decirlo usted. Sobre todo si hay otros enfermos. Puede ser tifus...

—¡Qué tifus ni qué tonterías!

—Usted no puede saberlo. Es el médico quien tiene que decirlo.

—No puedo hacer que los caballos corran cincuenta kilómetros. Los caballos los necesito aquí. Hay que entregar el trigo al Estado.

Vi a Sasha palidecer y morderse los labios. Sin embargo, se calló. Otra joven, maestra de la Colonia, se dirigió al «brigadier»:

—Camarada, la habitación al menos podría hacerla calentar...

—No hay paja. No basta para los animales y ahora, además, hay que hacer el pan para vosotros...

Durante la noche, transidos de frío y nerviosos por el hecho de tener que descansar donde había una enferma, Ramos y yo no conseguimos dormir. Nos levantamos. Las mujeres, pegadas la una a la otra bajo las mantas, dormían. Eran cómicas de veras con sus chaquetones embutidos, sus largos pantalones forrados, la cabeza, la frente, el cuello envueltos en chales de lana. No tenían absolutamente nada de femenino. Eran cómicas y, sin embargo, ante ellas no se sentía ganas de reír; se quedaba uno triste a pesar de los chistes que solían hacer, uno tras otro.

Salimos del dormitorio y empezamos a pasear en otra habitación, a los lados de la mesa del comedor. Al poco rato se abrió la puerta y entró una mujer con un pequeño farol.

—¿Frío? —preguntó.

—No es posible dormir.

—Os calentaréis en seguida. Voy a encender el horno para el pan.

Dejó el farol y empezó a traer paja. La ayudamos, encendió el fuego y en breve pudimos calentarnos.

Estábamos sentados ante la boca del horno y la luz de la llama jugaba en nuestras caras. Había en la de la mujer algo de extraño. Ramos y yo fumábamos un pitillo tras otro. No se trataba precisamente de cigarros corrientes, sino de una especie de tabaco que los rusos llaman *majorca* y que se fuma envuelto en papel de periódico. Y es por eso por lo que, comprado en el kiosco, en la ciudad y en el caso que sea posible hacerlo, un

periódico del día cuesta quince céntimos; comprado en el mercado, de cualquier fecha, costaba entonces diez rublos.

La mujer nos miraba sonriéndose con una pizca de malicia. Nos preguntó:

—¿Os gusta?

—¿El qué?

—Todo esto...

—Como gustar... no nos gusta; pero... es así. La guerra, las dificultades. ¿Hace mucho que está usted aquí?

—Dieciocho meses, contados día por día, hora por hora...

—¿Y dónde estaba antes?

—En mi país, en Riga.

—¿En Riga? ¿No es usted rusa? ¿Cómo ha venido a parar aquí?

—No he venido, me han traído.

—¿Y por qué?

—¿Qué queréis que os diga? No sé más que vosotros... Trabajaba como jefe de contabilidad en una gran casa de Riga. Una tarde, algún mes después de la llegada del Ejército Rojo, me llamó la policía comunicándome que en el término de dos horas debía encontrarme en la estación, dispuesta para marchar. Fueron inútiles mis protestas y la petición de llevar conmigo a mi hija. Tuvimos que separarnos. Mi hija tiene ahora dieciocho años. Era estudiante. Esperad...

Se levantó, salió, volviendo al rato con unas fotos.

—Heme aquí. ¿Me reconocéis? Mirad.

Era de veras imposible identificar en la mujer que nos estaba hablando a la señora fotografiada junto a una bella muchacha.

—Es difícil reconocerla —dije—. ¿Cómo es posible reducirse a su estado?

—Quedaros a vivir aquí unos meses y lo sabréis.

—Y su hija, ¿vive aún en Riga?

—No lo sé. He escrito decenas de cartas; no he tenido contestación. Quizá no la veré nunca más.

Decía esto con un gesto amargo, de odio obstinado y de resignado dolor.

—Sin embargo —añadió—, he tenido suerte y puedo esperar... Otros han sido mandados a lugares peores donde no podrán resistir mucho.

—¿Han deportado a otros?

—¡Pobre patria mía! ¡Cómo cambió después de la ocupación el aspecto de Riga! Deportaron jueces, abogados, profesores, contables, ingenieros, obreros... Los lituanos eran arrancados a su patria a la vez que los rusos llegaban cada día: funcionarios de toda clase se instalaron con sus familias en nuestras casas, llenaron nuestras tiendas, los restaurantes, sedientos de vida... Una noche aparecieron en un teatro un coronel ruso con su mujer. Ésta había tomado por una *toilette* de noche un camisón de seda... Todos miraban hacia el palco. Alguien entonces se acercó al coronel, le explicó lo que pasaba y la pareja abandonó el teatro. Pequeños episodios como éste contribuyeron a hacer más tirantes las relaciones de los rusos con la población lituana...

Recordamos entonces, Ramos y yo, que había muerto en nuestra aldea un maestro de Física, un viejecito de nombre Levitán. Había sido profesor en la Universidad o en un Instituto de Riga, no recuerdo bien. Incapaz de *robar* un trozo de leña para calentarse enfermó y nadie se cuidó de él. Vivía solo. Una mañana le encontraron tieso en la cama, en la habitación convertida en una nevera.

Nuestra conversación fue interrumpida por Sasha. Se había levantado transida.

—Esa mujer se muere —dijo. Y acercando las manos a la boca del horno, añadió—: Habrá acabado de sufrir.

Callamos los cuatro. Luego hablamos de otras cosas, como si la vida de un ser humano a punto de concluirse no nos atañera.

Por la mañana llevaron el cadáver lejos. Sasha luego nos dijo que no se pudo abrir una fosa porque la tierra estaba demasiado dura y que sencillamente lo habían cubierto con mucha nieve. En primavera la enterrarían.

—¿No hay cementerio?

—En algún sitio lo habrá. Aquí no hay cementerio.

En la primavera fuimos enviados de nuevo al koljos. Había que arar la tierra. Aquel invierno, además, el koljos no había terminado de hacer entrega del grano al Estado.

En un país donde el campo se despuebla sistemáticamente para dar brazos a las fábricas, puesto que «la agricultura ha sido mecanizada con los sistemas de la técnica moderna», antes, durante y después de la guerra, vi a mujeres arrastrar el arado en lugar de los caballos. Quise indagar las causas por las cuales seres humanos sustituían a las bestias; me las explicaron unos campesinos.

El koljos había cultivado el año anterior una cantidad determinada de tierra. Ahora los funcionarios de la región habían impuesto al koljos un «plan» según el cual las hectáreas de tierra a cultivar tenían que ser más que el año anterior. El koljos no había conseguido tractores. La «estación de máquinas», que tenía que haberlos dado, no había podido repararlos. Es ésta la enfermedad crónica de la agricultura mecanizada rusa: los tractores, las trilladoras, las segadoras siempre están estropeados.

Los funcionarios del koljos hicieron presente la situación a los de la región. Pero probad a contarle estas cosas a un funcionario ruso. «Apañaos —fué la contestación—. El plan hay que cumplirlo, cueste lo que cueste.»

¿Qué hacer? Los caballos, que eran pocos, no podían trabajar más.

—De los caballos se responde —me decía un koljosiano—. La sola cosa que no tiene importancia somos nosotros. Y así, una parte de la tierra la aramos los hombres en lugar de las bestias. Y procura no tardar. Hay que arar en el plazo de tiempo fijado.

Dicho esto, el koljosiano escupió al suelo.

Antes de la guerra había visto las mismas escenas; después de la guerra volví a verlas en las cercanías de Moscú.

Por aquel tiempo habían empezado mis discusiones con Kisilióv. Él había hecho asignar a la Colonia una respetable extensión de tierra, mucha más de la que era necesaria, y empleaba en el trabajo a los chicos. Patatas, trigo, pepinos, sandías: todo fue plantado y sembrado por ellos.

—Afanasi Kirilovich —le dije un día—, la Colonia de Kúibiscev, mucho más numerosa que la nuestra, tenía la mitad de la tierra que nosotros tenemos.

—¿No quiere usted comer este invierno?

—Me parece que habrá demasiado, Afanasi Kirilovich. Los chicos son más bien pequeños... —insinué.

Kisilióv levantó la cabeza y me miró a la cara.

—Los chicos deben trabajar, camarada. Los acostumbraremos al trabajo.

—Justo —observé—; pero lo excesivo estropea. Mire usted al pequeño Castaños: llora...

Castaños aún no tenía once años, me parece. Los otros tenían doce, trece y algunos catorce. Las chicas eran de la misma edad.

Kisilióv se sonrió, bajó la mirada y dijo:

—*Nichevó*. (No importa.)

Nos levantábamos a las seis de la mañana y marchábamos al campo, a casi siete kilómetros de la aldea. Se trabajaba hasta mediodía, hora en la que traían el caldero con la sopa. Se comía, se descansaba una hora y se volvía a trabajar hasta el atardecer. Nubes de mosquitos, gruesos como avispa, se lanzaban, rabiosos, sobre nosotros. Los más pequeños, sobre todo las chicas, que intentaban en vano protegerse las piernas enrollándolas en trapos, lloraban, cansados, comidos por los mosquitos. Kisilióv, implacable, decía:

—*Davai, davai!* (¡Venga, venga!)

Una tarde, por casualidad, capté una conversación entre él y el jefe contable, y aunque no logré oír todo lo que decían, comprendí que algo sucio había entre ellos. Hablaban de trigo, de Nikitin, de Carátov. Pude comprobarlo en el mes de septiembre. Kisilióv enviaba al mercado negro de la ciudad sacos de harina. La ganancia de la venta se repartía entre él y el contable. Entonces un *pud* de harina se pagaba a más de mil rublos.

Algunos sacos habían sido mandados a casa del jefe de Instrucción pública de la región, un tal Nikitin, y al vicepresidente del Soviet regional, Oréjin, una de las máximas autoridades. Los dos eran amigos, cómplices y

protectores de Kisilióv. En el espacio de dos o tres meses había logrado escabullirse, gracias al interventor de Oréjin.

El trabajo excesivo y la inicua explotación de los chicos fueron el origen de mis discordias con Kisilióv, el cual, alegando un exceso de personal, me envió a Sarátov, a disposición de Nikitin. Volví a verle a mediados de octubre en Moscú, en el Comisariado de Instrucción Pública, donde expuse a un funcionario los sistemas y los métodos de nuestro Director. Fue como si no hubiese hablado.

Tuvieron que pasar cinco años para que Kisilióv fuese destituido. Las pillerías cometidas por él en este período —malversación de fondos, desaparición de una vaca y otras cosas— fueron consideradas más graves que aquella indignante explotación de los niños españoles. Mas no por ello fue castigado. Tuvo todavía modo de corromper a otros funcionarios, haciéndose nombrar director de una escuela de las «Reservas de mano de obra».

Dúsia y yo fuimos muy amigos. Vivía ya solo en mi habitación y todas las noches pasábamos juntos muchas horas. Sergio, el oficial, había hecho instalar en la casa un altavoz que me dejó al marchar. Era el único altavoz de la aldea y escuchábamos música y los partes de guerra.

—Pero, ¿cómo te llamas? —pregunté una noche a Dúsia—. ¿Dúsia o Sasha?

—Me llamo Dúsia y también Sasha.

—No lo entiendo.

—Mi nombre es Dúsia. Sasha es mi nombre de batalla.

—¿De qué batallas...?

—Es una historia que no podrías comprender.

—¿Qué historia?

—No hablemos más de ello. Llámame Dúsia y basta.

La soledad es muy mala. En una aldea rusa todavía más. No nos juntamos Dúsia y yo y renunciábamos a fabricar chiquillos sólo porque sabíamos que en aquellas condiciones no nos quedaba más que hacer. Sabíamos los dos que yo quería demasiado a mi mujer y que un hijo nos habría atado para toda la vida. Por lo menos hubiera sido un obstáculo para

la vuelta. Y fue un bien el que no nos dejásemos vencer por el tedio mortal, por la soledad gris, por la vida amarga, creando sobre la amargura y la soledad vínculos más sólidos que, por otra parte, hubieran sido truncados.

Dúsia era afable sobremanera. Tenía un no sé qué de dulce que se revelaba como un prodigio cuando, dejando la barra de hierro y la pala, despojándose de los largos pantalones y del chaquetón embutido, vestía como una chica cualquiera y, sentándose ante la mesa, iniciaba una de aquellas amenas charlas en las que era de veras maestra.

Sobre la mesa había un retrato de mi mujer que Dúsia no se cansaba de mirar.

—¡Pobre pequeña! —decía a veces—. ¿Ves cómo es absurda, estúpida y cruel nuestra vida? ¿Cómo los hombres destruyen la felicidad ajena? Tenías una casa, una mujer que amabas —exclamó una noche.

—Son las vicisitudes de la lucha —contesté.

—¿Y para qué has luchado?

—Por una causa que creo justa. Luchar es un deber.

—¡Como si la injusticia pudiese acabar...!

—No te entiendo...

Dúsia se sonrojó un poco y sonrió:

—Hablemos de otras cosas. Es demasiado pronto para que comprendas...

Y antes que yo pudiese interrumpirla entonó una canción, una de aquellas viejas canciones que no mueren nunca porque hay en ellas el dolor, la patética resignación del alma rusa. Los últimos versos decían: «Lo que ardió una vez, no puede arder más. Lo que se fue, no puede volver.»

—Bella, pero triste —dije.

—¿Y no es acaso triste nuestra vida?

—Eres joven, Dúsia; hablas como si ya no esperases nada.

—Y así es, no espero nada. ¿Esperas algo tú?

—¡Claro que sí, qué diablo! Un día volveré a ver a mi mujer, espero. Volveré a mi tierra...

—¿Lo crees de veras?

—¿Y por qué no debería volver?

—Te lo deseo de todo corazón.

No volvimos más sobre el tema. Algún tiempo después, una noche Dúsia trajo un ramo de flores de manzano y lo puso encima de la mesa, ante el retrato de mi mujer.

—No son para ti —dijo—; son para ella. Deseo que vuelvas a verla. Y, sobre todo, que nada pueda destruir tus ilusiones.

Durante más de un mes había estado yo enfermo de disentería. Nuestra vieja doctora, desesperada, no hacía más que decirme:

—¿Qué puedo hacer yo? No tengo nada, nada para darle.

Y en parte debo a mi amiga el no haberme ido al otro mundo. No sé de dónde Dúsia sacaba pan tostado; me lo traía todos los días, obligándome a roerlo.

—Cómelo; te hará bien.

Eran trocitos de pan —probablemente sobras— que ella ponía en el horno hasta endurecerlos. Efectivamente, tenían propiedades astringentes.

Todas las noches, después del trabajo, Dúsia venía a verme, pero una vez faltó.

Era más de la medianoche. Estaba despierto, a obscuras, porque no había petróleo en el farol y pensaba que algo le habría ocurrido o que se habría puesto enferma, cuando la puerta se abrió.

—¿Quién es? —pregunté.

—Cómo, ¿no duermes?

—¿Por qué tan tarde?

—No me lo preguntes.

Se sentó y aun a obscuras noté que había en ella algo de insólito y extraño.

—¿Se puede saber lo que te ha ocurrido?

—No puedo más; esto es todo lo que me ha ocurrido.

Se levantó y fue hacia una de las ventanas que daba al patio y que estaba abierta. La luna le iluminó el rostro y la vi morderse nerviosamente los labios.

—Dime —insistí—. ¿Ya no somos buenos amigos? ¿No tienes bastante confianza en mí?

—Confianza, precisamente confianza, no hay que tener en nadie. Te aconsejo que no la tengas tú tampoco: aún no sabes en qué mundo vives.

Pero necesito hablar, vaciar mi corazón. ¿Aún tengo corazón yo? En este momento creo que sí y tú podrás comprenderme, quizá... Prométeme que no hablarás de esto nunca a nadie.

—Te lo prometo.

—Me harías un gran daño y te lo harías a ti mismo. Y ahora escucha: Hace unos años mi madre fue detenida. Mi padre había muerto mucho tiempo antes. Yo tenía diecinueve años y trabajaba en la sección experimental de una fábrica. Durante meses y meses intenté en vano saber a dónde había ido a parar mi madre. Nadie sabía en la fábrica por qué habían sido detenidos otros obreros y ella. He tenido siempre una gran fuerza de voluntad, pero en este caso no me ha servido de nada. Se ha desmoronado, un mes tras otro, día por día, ante el misterio que envuelve ciertas cosas en nuestro país; un misterio más grande que la voluntad de una humilde Dúsia como yo.

Tuve la suerte de poder conservar la habitación donde vivíamos mi madre y yo. Una tarde, al salir del trabajo, se me acercó un joven. Creí que fuese un joven cualquiera y que quería acompañarme, ser mi amigo, como es costumbre entre jóvenes.

—Necesito hablarle.

—Yo no le conozco, ciudadano. No sé quién es usted. Sin embargo, hable.

Me hizo comprender que no era aquél el sitio más indicado y rogó me dejase acompañar a casa.

—Allí podremos hablar; estaremos solos.

Comprendí en seguida.

—Pero, ¿quién es usted? —insistí.

—Un funcionario del Comisariado del Interior.

No podía dejar de acceder a su «ruego».

—Ciudadana —me dijo sin preámbulos cuando estuvimos en casa—, queremos ayudarte. Tú eres joven y sola, tu vida es difícil. ¿Cuánto ganas? Una miseria. Pues bien, con nosotros tendrás un porvenir. Te daremos otra habitación para ti sola y todo lo que quieras...

Estuve a punto de contestar: «No quiero saber nada; prefiero quedarme en la fábrica.» No conocía todavía toda la potencia de la N.K.V.D. Si te ha

puesto los ojos encima, no te los quita hasta hacer de ti lo que se ha propuesto. No tuve tiempo de hablar porque el hombre continuó:

—Servirás a nuestro Estado y vivirás otra vida.

—¿Dónde está mi madre? —pregunté. Era lo que él esperaba.

—No lo sé —contestó—. Pero podrías rescatarla. Depende de ti.

Y trabajé con ellos. Sí, querido. Lo habían decidido y de una manera o de otra me iban a obligar. Tú eres un extranjero, un comunista lleno de ilusiones y de fe que aún no ha descubierto nuestro mundo y sus fealdades. Quizá no me creas, ni yo pretendo que me creas. No quiero siquiera que me comprendas. Déjame sólo hablar, hablar; lo necesito tanto y no tengo a nadie más con quien poderlo hacer.

Tuve vestidos, zapatos, pieles; iba todas las noches al «Metropol» (uno de los mejores hoteles de Moscú, frecuentado por funcionarios de las Embajadas); tenía que «cazar» a los extranjeros, informar diariamente de lo que oía, de lo que me decían, de lo que veía; debía procurar apoderarme de sus corazones. Entonces era bonita todavía, pero ciertas cosas me repugnaban. Esperaba, sin embargo, salvar a mi madre. Empecé a insistir para que la soltaran, pero prometían, prometían siempre: «Veremos; aún es pronto; depende de ti.»

Sabrás que había en Moscú un grupo de jóvenes pilotos españoles. Fui encargada de entablar amistad, de ser la querida de uno de ellos. Éste fue el precio de la «libertad» de mi madre. No quiero hablarte de ello, no podrías comprender cuán bajo puede llegar un ser humano. Los pilotos españoles perdieron la libertad, algunos de ellos, creo, la vida; yo no volví a ver a mi madre. Por otro lado, no era yo sola la que «trabajaba» entre los españoles... Ellos querían marchar, salir de Rusia, pero no los dejaban. A raíz de esto sus sentimientos hacia las autoridades soviéticas no eran del todo amistosos, aunque nadie hubiera podido afirmar que se tratara de enemigos. Y entonces fuimos nosotras mismas, sus amigas, las «colaboradoras» de la N.K.V.D., las encargadas de sugerirles que fueran a una Embajada extranjera. Yo no conocía a las otras, pero no era difícil comprender que las bellas amigas de los pilotos eran otros tantos agentes.

Cuando fueron a pedir ayuda a la Embajada alemana para salir de Rusia, fueron detenidos. Por otra parte, la misma Embajada los denunció a nuestro

Gobierno. Es horrendo, monstruoso, lo que se hizo. Eran jóvenes entusiastas, alegres, generosos. Sólo querían irse a vivir a otro país.

Insistí de nuevo para que pusieran en libertad a mi madre. Uno de los jefes me hizo llamar un día y me acogió muy sonriente en su despacho.

—Estamos contentos de ti —me dijo—. Hemos querido sinceramente contentarte. Pero, mira —me enseñó una hoja—, ha llegado ayer. ¡Lástima! Tu madre ha muerto.

Lloré hasta no tener más lágrimas.

Pocos días después de estallar la guerra tuve la suerte de enfermar. Digo suerte, ya que por algún tiempo me dejaron en paz y me aproveché de la confusión general al aproximarse los alemanes a Moscú. Gracias a una amiga conseguí marcharme. Créeme, prefiero esto: la aldea, el koljos, dormir en el suelo. Aquello era muy repugnante. Demasiado.

—Querida Dúsia —le dije, más obedeciendo a algo íntimo que me aconsejaba ser desconfiado que por justificar un sistema que empezaba a horrorizarme—. La Revolución se defiende. No hay horrores inadmisibles, no hay sacrificios ante los cuales podamos titubear. La senda es difícil, el holocausto de algunas generaciones es doloroso, pero necesario.

—Y al final del camino, Dios sólo sabe lo que habrá —dijo Dúsia—. Quizá esto: una humanidad sin nervios y sin corazón.

—Sea como fuere, ¿por qué te has acordado de todo esto ahora?

—Me han buscado, me han descubierto, me vuelven a tomar. Figúrate, una aldea donde todo parece quietud: campesinos, chiquillos, vacas. También aquí la N.K.V.D. tiene sus ojos.

En aquel momento un leve crujir en la calle, cerca de la ventana, sobresaltó a Dúsia. Callé y oímos unos pasos alejarse cautamente. Ella se levantó a mirar tras los cristales de la ventana; me incorporé en la cama: un hombre se alejaba en la noche tranquila, húmeda y plateada.

—Es él —murmuró Dúsia—; estoy perdida.

No vi su palidez; sólo sentí el temblor de su cuerpo y de sus manos en las mías.

Tres noches después Dúsia me dejó. No volvió. Nadie jamás supo de ella.

Durante algunas semanas temí que algo iba a sucederme y pensé que, en el fondo, había hecho bien en contestarle de aquel modo. Me propuse ser más desconfiado y más cauto en el porvenir.

Estaba aún convaleciente cuando Kisilióv insistió para que volviese a mi trabajo. A él no le interesaba exactamente el trabajo, sino la habitación que yo ocupaba. Había hecho llegar, no sé de dónde, a un hombre de su confianza —al que después encargó del transporte y de la venta de la harina en el mercado negro de la ciudad— y no sabía dónde alojarlo, con la mujer y un hijo, pues ya no había una sola casa deshabitada.

Efectivamente, cuando, accediendo a sus insistencias, volví al trabajo, me declaró que, dada la exuberancia del personal y de acuerdo con las autoridades de la región, me despedía. En realidad, ni él ni las autoridades de la región tenían el derecho de hacerlo, habiendo como había una taxativa disposición del Comisariado de Instrucción Pública según la cual ninguno de nosotros podía ser alejado del trabajo sin autorización del Comisariado mismo, previo acuerdo con el Komintern. Pero estábamos muy lejos de Moscú y no hubiera sido posible luchar contra aquella pandilla. No discutí y me marché.

En Sarátov, Nikitin, jefe del Comisariado Regional de Instrucción Pública, me dijo que no sabía qué hacer conmigo, ya que en las otras tres Colonias de la Región —la de Sarátov, donde se había finalmente instalado la Colonia procedente de Odessa; la de Bazel, a treinta kilómetros de la nuestra, y la de otra aldea cuyo nombre no recuerdo— había también exceso de personal.

—Pues bien, envíeme a Moscú, a disposición del Comisariado.

—No puedo hacerlo.

—Y entonces, ¿a quién he de dirigirme? ¿Qué debo hacer? ¿Dónde ir? Estoy aquí, sin alojamiento, sin medios, sin trabajo, a causa de una medida que ustedes no podían tomar. Lo que debe usted hacer es mandarme a Moscú.

Nikitin era uno de esos hombres que no miran a la cara. Escuchaba con la cabeza gacha y contestaba con monosílabos. Le había conocido algunos meses antes en Orlovskoe y de aquella su visita a la Colonia tengo todavía

un recuerdo imborrable. Se hablaba, en el despacho del director, de la indisciplina de algunos alumnos y él hizo llamar a uno de los más rebeldes.

Era de noche, ya tarde, y el chico en cuestión fue obligado a levantarse de la cama donde dormía hacía más de una hora. Cuando le tuvo delante, Nikitin, látigo en mano, después de haberle dirigido alguna pregunta, le amenazó. El muchacho se quedó primero impasible; luego, llenos de lágrimas los ojos, pero bien alta la cabeza, dijo en tono de desafío:

—Abusáis porque estoy solo. Venga usted a pegarme delante de mis compañeros.

Nikitin estuvo a punto de golpearle con el látigo. El chico, que tenía trece años y se llamaba Camacho, le miró mordiéndose los labios y apretándose los puños y le dijo:

—¡Cobarde!

Un compañero, de pie a mi lado, me tocó con el codo. La sangre nos hervía.

Nikitin comprendió y despidió al alumno. Cuando éste se fue, él exclamó:

—¡Qué gente!

El pequeño Camacho fue enviado a la fábrica, a Sarátov.

Ahora Nikitin, ante mis protestas, contestaba:

—No es usted el que puede discutir lo que nosotros hacemos; estamos en nuestra casa. Por lo demás, no sé qué hacer con usted. Vaya usted a donde quiera.

Me contuve para no contestarle con palabras que me quemaban por dentro.

«¡Estamos en nuestra casa!» Quizá por primera vez un comunista ruso empleaba este lenguaje con un comunista extranjero.

Saliendo de su despacho pensé en mi mujer, en cuántos sacrificios se habían hecho, en cuántos jóvenes habían dado su vida por aquella «casa» que creíamos también nuestra, de todos nosotros, trabajadores del mundo, pero que era muy rusa y para los rusos. Y, a lo que parece, también pequeña...

En aquellos días marchaban unos cientos de jóvenes españoles que las «Reservas de mano de obra» habían destinado a una fábrica del Cáucaso. Intenté irme con ellos y me dirigí a las «Reservas de mano de obra», donde una empleada, haciéndose cargo de mi situación, me acogió con amabilidad. Me extendió un certificado para la policía, pidiéndome volviera si no me permitían marchar.

En la URSS nadie tiene derecho a desplazarse de un lugar a otro sin que la policía le autorice, visándole el pasaporte para el interior, instituido ex profeso. La policía puede autorizar o no, pero siempre pasarán algunos días antes de saberlo.

Fui a la «Milicia Central» y pedí hablar con uno de los funcionarios de la oficina de visados. En la puerta había un aviso: «El Jefe recibe lunes, martes y viernes, de diez a doce de la mañana y de siete a ocho de la tarde. No se dan visados para Moscú, Kúibisev, etc.»

Era jueves, por desgracia. Tenía que volver al día siguiente.

No sabía dónde pasar la noche. Al salir, me dirigí hacia el mercado negro, donde, a precios astronómicos, compré pan y tocino. A pesar de la hora avanzada, el mercado funcionaba y quedé estupefacto por la cantidad de géneros que había en él. La población esperaba horas y horas ante una tienda para lograr su ración de pan de avena; pero en el mercado libre se podía comprar, en presencia de los más gallardos guardias de este mundo, pan blanco, harina, carne, azúcar, manteca, vodka y otras cosas que en los almacenes estatales no se habían visto nunca.

Me fui hacia la estación marítima con el propósito de pasar la noche en la sala de espera. No fue posible; en la sala y los alrededores rebullía una muchedumbre heterogénea. Tumbada en el suelo había gente de toda clase: funcionarios, oficiales y soldados que volvían heridos de la cercana Stalingrado y que, no habiendo encontrado cama en los hospitales de Sarátov, intentaban proseguir, en tren o en barco, hacia otras ciudades. Heridos en las piernas, en los brazos, en la cabeza, se arrastraban como podían, con los miembros envueltos en vendajes ensangrentados y sucios.

Entraba de lleno —sin guías y sin intérpretes— en la vida del país. Hasta aquel día no había visto casi nada; en adelante iba a tener la

posibilidad de ver, de descubrir, de comprender y explicarme el porqué de tantas cosas. Me tumbé en el suelo, en un pequeño jardín ante la estación, donde dormía otra gente. No había pasado mucho tiempo cuando fuimos despertados por unos gritos procedentes de la sala de espera. Alguien había sido saqueado y gritaba: «¡Al ladrón, al ladrón!», pero sus gritos fueron ahogados por la unánime protesta de los demás, que le impusieron silencio para poder seguir durmiendo en paz.

Un mes después, una cosa parecida le ocurrió a una muchacha española. Enviados junto con otros a cortar leña en un bosque, a una noche de barco de Sarátov, aguardábamos dos días y dos noches en la estación marítima la llegada del vapor. Dormíamos en el suelo, en la misma sala, a pesar de la insoportable, fétida atmósfera, siendo ya las noches demasiado frescas para dormir al raso. La segunda noche, la chica, al despertar, se dio cuenta que le habían quitado la manta que tenía encima. Descubrimos luego que la habían robado los mismos chicos —rusos y españoles— alumnos de aquellas escuelas de delincuencia que son las «Reservas de mano de obra».

Pero volvamos a la policía. Al día siguiente fui de los primeros en espera ante el despacho del jefe de la Milicia. Me pidió el pasaporte, lo miró y preguntó:

—¿Cuándo ha llegado usted?

—Ayer por la mañana.

—Tenía que haberse presentado ya a la Oficina de Extranjeros. Hágalo usted en seguida.

Le aclaré mi situación, exhibí el certificado de la «Reserva de mano de obra» en el que estaba escrito que tenía que ir a Tiflis con los chicos y le pedí el visado.

El Cáucaso ha sido siempre una zona casi prohibida hasta para los mismos rusos, bien porque es una región próxima a la frontera, bien por la particular situación de la población, notoriamente hostil al régimen. Durante la guerra, bandas de guerrilleros —o de bandidos, como decían las autoridades— dieron mucho que hacer. Y cosa original, los mismos elementos del Ejército vendían a estos guerrilleros armas y municiones. Antes de la guerra era muy difícil conseguir de la policía el visado para el Cáucaso; durante la guerra fue casi imposible. Desde 1946, los Sanatorios

que habían sido contruídos en aquella hermosa región para «la clase obrera» son reservados a los miembros del Gobierno, a sus familias y al alto personal del Kremlin. De tal manera, la concesión de visados para el Cáucaso a los modestos ciudadanos se hizo aún más difícil. Hay que añadir que si los jóvenes trabajadores españoles fueron destinados al Cáucaso se debe exclusivamente a los insistentes requerimientos de algunos dirigentes, después del estrago que el clima de Sarátov había hecho entre ellos.

El Jefe me escuchó y dijo:

—Haga usted una petición por escrito.

Mientras yo escribía me preguntó:

—¿Le gusta Tiflis?

—No la he visto nunca; dicen que es hermosa y que se parece mucho a nuestras ciudades.

—Sí, es muy meridional. No hace frío.

—¡Magnífico!

Después de una pausa insinuó:

—Guapas las chicas españolas.

—¿Por qué dice usted eso?

—Han hecho muchas con los polacos...

—Mire usted, camarada. Las chicas españolas, como todas las chicas de este mundo, son como el ambiente las hace. Ni más ni menos.

—Sí, es verdad —dijo sin captar bien el sentido de mis palabras. Luego añadió—: Escriba, escriba en seguida.

Le entregué la instancia. La leyó, y...

—¿Las señas? —preguntó.

—¿Qué señas quiere usted que ponga si acabo de llegar y no tengo ni dónde dormir?

—Ya, ya, pero es la regla. Si no hay una dirección no puedo aceptar la instancia.

Escribí las señas del Comisariado de Instrucción Pública y añadí: «En el despacho del camarada Nikitin.»

—Así va bien —dijo el Jefe—. Vuelva dentro de una semana.

—¡Pero si salimos de un día a otro!

—Esto no es asunto mío. Dentro de una semana le comunicaremos la decisión...

Era inútil insistir. Había perdido el tiempo. Volví a la «Reserva de mano de obra». La funcionaria, una señora ya de edad, me acogió con la mejor de sus sonrisas.

—Y bien, ¿le han dado el visado? El barco saldrá, creemos, mañana por la tarde.

Le conté lo que pasaba, se sonrió, pensó un poco y dijo:

—¿Tiene usted dinero?

—Un poco, sí.

—¿Cuánto?

—¿Para qué?

—Con mil rublos tendrá usted el visado hoy mismo.

—Lo siento; no llego ni a la mitad.

Notando mi sorpresa, dijo:

—No se extrañe; el dinero es dinero; con él se hace todo.

Calló; luego añadió:

—Le propongo una cosa: hacia fines de agosto desde vuestras Colonias llegarán reclutas para nosotros. Podré colocarle como educador, a menos que no quiera irse usted a una fábrica. No se lo aconsejo.

Acepté y le di las gracias.

La «Escuela n.º 1» de las «Reservas de mano de obra» fue una de las más saludables experiencias.

En las escuelas de aprendizaje hay dos cursos: uno para chicos hasta los dieciséis años, otro para jóvenes de dieciséis a dieciocho. El primero dura dos años, el segundo seis meses. Los dos se desarrollan en las varias secciones de la fábrica. Prácticamente, el aprendiz es un obrero casi sujeto a las mismas reglas de disciplina y se procura que pueda producir lo más pronto posible de modo que no sea una carga para el Estado. Lo que le distingue del obrero es, en primer lugar, el uniforme. Terminado el curso, el aprendiz es destinado a una fábrica, y de su salario se descuenta regularmente una cantidad hasta reembolsar los gastos sostenidos por el Estado durante el curso.

Éste, teóricamente, es voluntario. Antes de empezar los cursos, es decir, antes del reclutamiento, los periódicos publican artículos de dirigentes, ministros, secretarios del Komsomol, invitando a los jóvenes a enrolarse. El órgano de la Juventud Comunista, «Komsomolskaia Pravda», emprende una particular campaña a fin de dirigir a los jóvenes hacia las «Reservas».

En realidad, no hay tal voluntariado, y muy contados son los que afluyen espontáneamente. El grueso de los aprendices lo da el campo. En vísperas de los cursos, la Dirección de las «Reservas» envía a cada aldea funcionarios reclutadores. El Partido, el Soviet y la Juventud Comunista de la aldea confeccionan las listas de los reclutandos, movilizándolos de autoridad. Entregados a los funcionarios de las «Reservas» y encuadrados, van a parar a las Escuelas de aprendizaje.

Este sistema da lugar a innumerables deserciones y fugas de las mismas Escuelas. La policía está encargada de buscar a los fugitivos y entregarlos, y quizá éste sea uno de los motivos por los cuales, casi siempre, los jóvenes que desertan de las «Reservas» acaban por formar bandas de malhechores, o agregarse a ellas.

La «Escuela n.º 1» estaba desierta cuando llegué. Me presenté en la Dirección y, particularmente por el director, fui acogido con mucha amabilidad. Él mismo me fijó un sueldo, asignándome cien rublos más del sueldo normal de un educador, camuflando la cosa con las atribuciones de «funciones especiales». Le estoy todavía agradecido; pero este solo hecho bastaría para demostrar cómo, en efecto, los verdaderos dueños de las fábricas e instituciones soviéticas no son los trabajadores, sino los dirigentes, los cuales reducen y aumentan los salarios, los precios del trabajo a destajo, los sueldos, a su antojo.

En mi presencia, el director telefoneó al administrador para que me instalara «lo mejor posible».

El administrador, Iván Akímovich, era un ex fiscal de la República. Por qué había cambiado de oficio, lo ignoro. No sé cómo desempeñaría su cargo de jurista, pero el de ecónomo lo desempeñaba muy bien. Me asignó una pequeña habitación donde apenas cabían una cama, una mesita y una silla, y me consideré afortunado, ya que tenía la posibilidad de vivir solo. La ventana de la habitación daba al patio, al cual, casi formando ángulo con la

mía, daba otra pieza, habitada por el administrador junto con la hija, muy joven, y un nieto de cinco años.

El edificio era de cuatro pisos y los cuatro destinados a dormitorios. En el primero y tercero dormían las chicas; en el segundo y el cuarto, los jóvenes.

Las parejas y los amores florecían sin misterio y sin recato. Frente a la Escuela había un parque donde las parejas se ocultaban a las inoportunas miradas. Y no se podía hacer nada para impedirlo.

Por la mañana, a las seis, diana. A las ocho los aprendices tenían que estar en la fábrica. Del dormitorio a la fábrica había aproximadamente cinco kilómetros. Subirse a un tranvía era un verdadero problema y había que cogerlo como si se fuera a un asalto. De esto se aprovechaban los chicos: unos para hacer el camino a pie, sustrayéndose así durante unas horas al trabajo; otros para poner en práctica una de las cosas que se aprende rápidamente en todas las Escuelas de la «Reserva»: es decir, desvalijar al prójimo.

Teóricamente, los aprendices tenían que presentarse acompañados por el personal; en la práctica ello no era posible, dada la distancia y la falta de medios de transporte. Si los chicos iban a la fábrica lo hacían porque recibían del propio *master* los vales para las comidas.

A los pocos días llegaron los primeros contingentes de reclutas desde el campo. Traían del koljos suciedad, miseria y malhumor. Muy pronto, sin embargo, se acostumbraron a la vida de la ciudad, y al cabo de un mes había en la Escuela una banda de ladronzuelos. A menudo se veían chicos borrachos de vodka; otros desertaban y no se volvía a saber de ellos. Era difícil que la policía los capturase. En varias ocasiones comprobé que los milicianos, no tratándose de crímenes políticos, cierran los ojos con sorprendente facilidad. Basta... hacérselos cerrar: algún billete de cien o una botella de vodka son el medio más seguro.

Las oficinas de la Escuela tenían su plan de producción. Bajo la guía de obreros expertos, los alumnos, aprendiendo, rinden, al cabo de poco tiempo, una cierta cantidad de producción previamente fijada. El director de aquella Escuela fue sustituido precisamente porque el plan de producción no se

había cumplido. Pero en aquellas condiciones, ¿quién hubiera podido hacerlo?

Empezaron los turnos de noche y los bombardeos; las cosas empeoraron.

En aquellos meses la presión alemana sobre Stalingrado llegó al máximo y las incursiones aéreas sobre Sarátov se hicieron más frecuentes. Encontré un día por casualidad a unos chicos españoles que habían logrado salir de Stalingrado, en cuyas cercanías hallábase una Colonia que, por la consabida incuria de los dirigentes, no había sido evacuada a tiempo. La evacuación fue intentada luego, ya en plena batalla, cruzando el Volga bajo bombardeos infernales. Naturalmente, hubo víctimas: perecieron un maestro, Allende, y algunos alumnos.

Iván Akímovich, el administrador, enviaba a buscar cada día a la fábrica las comidas de los alumnos que por una razón cualquiera no habían podido ir a trabajar. No tardé en observar —ya se me había desarrollado el olfato— que el número de las raciones era cada día mayor que el de los alumnos que acudían al trabajo. Bien pronto Iván Akímovich no tuvo secretos para mí. En mi presencia llamaba a un aprendiz, le entregaba uno o dos panes encargándole venderlos. Un pan, que los rusos llaman «bujanka», pesa cerca de tres kilos; un kilo de pan, entonces, se pagaba en el mercado negro de Sarátov hasta doscientos cincuenta rublos. Akímovich se embolsaba todos los días de cuatrocientos a ochocientos rublos. A menudo, cuando el chico encargado de la venta de pan había traído el dinero, el administrador me invitaba a dar unas vueltas. Nuestra meta era el mercado libre, donde él compraba vodka, carne y otras cosas. En casa, la hija, Irina, preparaba la cena, que por la noche comían junto con el director y el comisario político.

Irina, joven señora separada del marido, se veía obligada a vivir con el padre. Una noche, desesperada, me confesó que no podía más, que quería huir a toda costa de aquel «infierno».

—Odio a mi padre. Es un ser repugnante; no me deja en paz.

No me dijo más ni yo quise averiguarlo. Algún tiempo después se fue a vivir con el director político.

Un día le pregunté al administrador:

—Pero, ¿usted no cree que podrá pasarle algo si se dan cuenta?...

—No pasa nada. Tú no conoces Rusia; es un país inmenso donde especulamos todos, desde el pequeño hasta el grande. Los pequeños son también pequeños especuladores. Los gordos, son gordos... Piensa en vivir y no te preocupes. Con el tiempo tú también lo harás. Esta cochina vida no vale una m...

Llegó el nuevo director, pero nada cambió en las costumbres de la Escuela, ni se acabaron las cenas en casa de Iván Akímovich.

Una tarde, en un dormitorio, vi esta escena: un grupo de jóvenes, chicas y chicos, borrachos; algunos sentados, otros tumbados en la cama ante restos de tocino, de pan y de pescado ahumado.

De los dormitorios desaparecían, con frecuencia cada vez mayor, mantas y otros objetos; los aprendices jugaban a las cartas y bebían. Los españoles que había allí —unos veinte— se acostumbraron muy pronto a esta vida y no fue posible sustraerles a la influencia del ambiente.

De vez en cuando se hacía una inspección: generalmente se sabía algunos días antes y nos poníamos en movimiento a fin de que todo estuviese más o menos en orden.

Fui llamado una tarde por el director político. Una brigada de chicos había sido enviada a cortar leña en el bosque, para llegar al cual había que hacer una noche de barco y luego unos kilómetros a pie. El director quería que yo fuera a ver cómo marchaba el trabajo, acompañando a la vez a otra brigada a fin de acabar la tarea a tiempo; el invierno ya estaba cerca y no había llegado todavía un solo tronco de leña. La brigada auxiliar estaba compuesta de doce chicos; de éstos, tres españoles, dos muchachas y una jovencita que iba a hacer de cocinera. Llevamos algunos víveres, y, después de esperar dos días y dos noches la llegada de un barco, pudimos marchar y llegar al bosque. A la vuelta expuse a la Dirección las condiciones en que vivían y trabajaban los aprendices y el *master* que los dirigía. Entre otras cosas, ya no tenían víveres, dormían todos en el suelo en jergones de hojas y, a pesar del frío —que ya se hacía sentir— y de la humedad, casi todos estaban desprovistos de manta. Algunos la habían vendido.

El director político pareció impresionarse cuando le dije que no aprobaba el haber enviado a una chica sola entre tantos jóvenes. Sin

embargo, dijo:

—No tiene importancia. Al fin y al cabo, no es una chiquilla.

Hay que decir, en honor a la verdad, que ella misma se alegró de ser enviada al bosque. Educadas desde pequeñas en aquel ambiente, también las extranjeras adquieren la mentalidad característica de la juventud soviética, en la que la amoralidad es el elemento predominante.

Al día siguiente la Dirección decidió enviar víveres. El transporte de éstos no es una cosa sencilla. Hay siempre el peligro de que no lleguen: bien porque los aprovechen, aunque sea en parte, las personas a quienes han sido confiados, bien porque otros los hagan desaparecer. Cito a este propósito un caso: cuando en el invierno de 1946 llegó el embajador argentino Cantoni con su séquito, en el mismo tren en que viajaban de Odessa a Moscú fue cargada una gran cantidad de víveres y otras mercancías que la embajada se había traído. Durante el viaje desapareció todo. Las protestas del embajador, según me aseguraron personas que estaban en condiciones de saberlo, fueron completamente inútiles.

En el caso de la Escuela el peligro era muy otro...

A petición del director, la «Sección de abastecimiento» de la fábrica había entregado carne, azúcar, *krup* —harina de mijo— y pan. El pan, equivalente a las raciones de treinta personas para una semana: cerca de 150 kilos. Los víveres fueron transportados de la fábrica a la Escuela y depositados en mi habitación, que cerré con llave, esperando a que la Dirección decidiera cuándo había que marchar. No lo hizo nunca. Por la tarde, ya de noche, vino a mi habitación el administrador, cortó carne y cogió azúcar, manteca y pan.

—¿Cuándo se los llevarán? —pregunté.

—¡El diablo lo sabe, amigo mío! No te preocupes. Nuestro país es muy grande.

Concluyendo: el pan y buena parte de la carne fueron vendidos; azúcar, harina y manteca, repartidos entre Iván Akímovich y los dos directores.

Recuerdo, a propósito, un pequeño e instructivo acontecimiento. Antes de dejar la Colonia de Orlovskoe, había logrado hacerme entregar la harina (más de dieciséis kilos) correspondiente a las raciones de pan que no había

percibido durante mi larga enfermedad. No pensaba hacerlo, pero me lo aconsejaron.

—Puedes venderla —me dijo un empleado de nuestra Casa—. En el mercado de Sarátov te darán por ella un millar de rublos.

Después de haber visitado varias veces los mercados de la ciudad y observado cómo, en efecto, se vendía libremente de todo y a precios astronómicos, un día me decidí a vender la harina. Me coloqué donde había otros vendedores y esperé con mi saquito en la mano. Era para mí una especie de «bautizo de fuego», y creo que me puse colorado como un tomate. Se me acercó uno:

—¿Vendes harina?

—Sí.

—¿De trigo o de avena?

Esto no se me había ocurrido ni, lo confieso, sabía distinguir la una de la otra. Mejor dicho, ni siquiera imaginaba que hubiese otra harina además de la de trigo.

—En verdad, no lo sé, ciudadano...

—¿Cómo...! ¿Vendes y no sabes lo que vendes? ¿Se puede ver?

—¿Por qué no?

Abrí el saquito y el hombre cogió un puñado, examinándola.

—¿Cuánta es? —preguntó.

—Más de un *pud*.

—¿Cuánto pides?

—Verdaderamente —dije, sobre ascuas— no sé; al precio del mercado.

—¿De qué nacionalidad eres? ¿Tártaro, quizá? —preguntó, examinando todavía.

—¡Oh, no! —contesté—. No soy tártaro.

—¿Hebreo?

—No soy hebreo.

—Quieres vender y no sabes qué pedir. ¡Vete al diablo!

Una mujer que se había acercado a mirar preguntó a su vez:

—¿Cuánto pides?

Me decidí y le pedí mil rublos. Era lo que pedían los demás, pero daba la casualidad de que mi harina era de avena y no de trigo y que yo, sin

saberlo, había pedido un precio excesivo.

—¡Especulador, parásito del diablo, sanguijuela —empezó a gritar la pobre mujer— judío sin entrañas!

Me puse de mil colores e intenté alejarme, pero la mujer, cada vez más indignada, continuaba gritando:

—¡Ésos son los que viven! El pueblo está hambriento. ¡Perro, especulador!

Un policía me alcanzó, ensordeciéndome con su pito.

—Documentación —pidió.

Examinó mi «pasaporte para el interior sin ciudadanía» y preguntó:

—¿De dónde procede esa mercancía?

Le confesé la procedencia de la harina.

—Vamos —dijo, quitándome el saco de las manos—, sígueme.

Y nos encaminamos. Yo tenía miedo y vergüenza. «Me meterán en la cárcel», pensaba. Habíamos hecho un centenar de metros cuando, jugándome el todo por el todo, me atreví a decirle:

—Camarada «militzioner», le ruego a usted me crea: no estoy acostumbrado a estas cosas. Es la primera vez y lo he hecho porque me habían asegurado que se puede hacer. Además, había otros que vendían.

—Yo no he visto a nadie —atajó el policía, indignado—; mientes.

—Camarada «militzioner», por favor...

—¡Especulador del diablo, cállate!

No me di por vencido, y al cabo de un rato volví a la carga:

—Camarada «militzioner», por favor... Quédese con la harina y déjeme marchar.

Se paró; se volvió mirándome y, por un instante, creí que iba a darme con el saco en la cabeza.

—Lloras como una mujerzuela —dijo—. ¡Vete al diablo, pronto!... ¡Vete y aprende, *durák*, tonto!

No me lo hice repetir. Me volví después a mirar: estaba ya lejos. Evidentemente había tomado el camino de su casa.

Aprendía de veras a vivir...

El 16 de octubre de aquel año era ya obrero en la fábrica «Molotov», en Gorki. Ésta fue la decisión tomada en la «Sección de cuadros» del Komintern, cuando unos días antes había llegado a Moscú.

A los dirigentes del Partido español, y precisamente a Jesús Hernández, expuse la situación de nuestra Colonia y la de Bázél, de la que me había hablado un amigo encontrado en Sarátov, Infante, valenciano, que luego murió en condiciones verdaderamente patéticas. (El cadáver fue llevado a la estepa por los mismos alumnos. Era el mes de enero, y, estando la tierra helada, no fue posible excavar una fosa profunda. En primavera, al deshelarse la nieve, los cuervos lo devoraron.) Los sufrimientos de la Colonia de Bázél son más o menos los de todas las Colonias. Me lo confirmaron otros amigos a quienes volví a ver después de la guerra.

En Bázél, como en todas las aldeas de la ex República de los alemanes del Volga, el ganado estaba abandonado; patatas y zanahorias se pudrían en los campos a causa de la lluvia. Sin embargo, a pesar del hambre de los chicos y del personal de la Colonia, no fue posible conseguir de las autoridades ni que fuera ordeñada una sola vaca, ni que fuera recogida una sola patata. Algunos lo hicieron a escondidas, otros se arriesgaron a penetrar de noche en un depósito, robando trigo.

Se dijo claramente a las autoridades que era un crimen dejar que se pudriese todo, y que los maestros y hasta los chicos trabajarían para impedirlo y por comer.

«No es posible; es del Estado. Hasta que no se reciba una orden no será permitido.»

Y ¿quién podía ocuparse en ese momento de lo que ocurría en aquel rincón de Rusia?

Había un maestro, Perona, que tenía un niño de un año. La mujer se había visto obligada a destetarlo antes de tiempo. No tenían qué darle. Encerraron en casa, sin autorización, una cabra; pero el problema era alimentarla. Marido y mujer se aventuraban en la estepa, cubierta de nieve, en busca de paja, de calabazas, de lo que fuera. Los denunciaron.

Es incomprensible que en un país donde todo es propiedad del Estado se hayan dejado pudrir enormes cantidades de víveres mientras la gente moría

de inanición. Estoy seguro que algunos no lo creerán, pues se oponen a ello la lógica y el buen sentido. Mas hay una lógica típica, absurda, a veces bestialmente absurda, creada por el mito del Estado y de la cual difícilmente podemos darnos cuenta si no sentimos sus efectos en nuestra propia carne.

A Hernández le hablé también del estado en que se hallaban los chicos en las fábricas y en las escuelas de la «Reserva» en Sarátov.

«No puedo hacer nada —me contestó—. Es triste, mas no hay nada que hacer; no nos comprenden.»

Cuando se exponían a los rusos estas cosas, respondían invariablemente: «Estamos en guerra». No se lograba comprender qué tuviesen que ver con los problemas específicamente militares el Komintern y el Comisariado de Instrucción pública, de quienes dependían las Colonias de niños españoles. En todo caso, la guerra era una razón más para que se tuviese mayor sentido de responsabilidad y de humanidad y un motivo muy serio para que hubiese más orden en todas partes.

En el Komintern me recibió el vicesecretario de la Sección de Cuadros, compañera Blagoieva. No me había perdonado aún el que dos años antes hubiese logrado librarme de la fábrica.

—Hemos decidido mandarle a una fábrica —me dijo—. Hace dos años no quiso usted ir... Estaba enfermo... Espero que se habrá curado. Un poco de fábrica le sentará bien: se proletarizará...

—¿Es absolutamente necesario proletarizarse, camarada Blagoieva? Usted sabe cuál es mi profesión...

—Sí, recuerdo... Pero no ha escrito usted nada sobre la Unión Soviética.

—No sé dónde ni para quién.

—Aun así, en la fábrica aprenderá usted muchas cosas.

(Es necesario decir que la Blagoieva regresó el año pasado a Bulgaria, su patria, donde es hoy un elemento de oposición, sobre todo en cuanto se refiere a la colectivización de la tierra. La experiencia soviética le ha hecho aprender muchas cosas.)

Durante más de una hora discutimos, yo intentando convencerla de que no veía la necesidad de convertirme en un obrero, ella insistiendo. Era una

decisión tomada por el Komintern y no había vuelta de hoja. El hombre que años antes lo había impedido, José Díaz, acababa de morir.

Volví a ver a amigos que habían trabajado o trabajaban en el Komintern: me encontré con hombres cansados, asqueados, desengañados.

«La burocracia destruye hasta las mejores ilusiones», me dijo uno de ellos.

Supe entonces cuál era el verdadero rostro del Komintern. Dirigido y controlado por los rusos —aunque su secretario fuese el búlgaro Dimitrov—, constituía un instrumento de penetración de la política rusa en el extranjero. La línea política que los comunistas debían seguir en los diversos países, las «plataformas de lucha» eran elaboradas e indicadas por el Politburó del Partido ruso. Las acciones de los Partidos comunistas, subordinadas a las exigencias específicas de la política del Gobierno ruso, a los fines que éste se proponía.

En aquel edificio sórdido y gris engordaban centenares y centenares de burócratas, la mayor parte de los cuales no tenía vínculo alguno con el movimiento obrero; y no había revolucionario extranjero, por lleno de energía, de entusiasmo y de ilusiones que estuviese, que, pronto o tarde, no se volviese un autómatas en aquel ambiente de ambiciones, de perfidia, de cálculos y de servilismo.

También allí, en aquel organismo que para los ilusos de cada latitud era el símbolo de un internacionalismo y de una hermandad soñados por tantos mártires, serpeaban y mordían la envidia, la sospecha, el rencor y la adulación, base del ascenso y el mejoramiento económico.

En cierta ocasión, un comunista extranjero, hablando de aquel laberinto de papeles, soltó este chiste: «Rusia ganaría inmediatamente la guerra, si lanzara un centenar de sus burócratas sobre Alemania; la desorganización en pocos días».

El chiste circuló de oficina en oficina, hasta que un día fue celebrada una reunión de todo el personal, ante el cual el extranjero fue acusado de haber insultado a los funcionarios soviéticos.

Otro amigo que había prestado un libro, lo perdió y tuvo un lío porque, enfadado, dijo: «No presto más un libro ni a Stalin».

Supé por gente que estuvo cerca de él —y esto es hoy sabido de todos los españoles en la URSS— que el jefe del Partido comunista español se había suicidado en Tiflis tirándose por una ventana.

Me costó creerlo. Conocía mucho a Díaz; no era hombre capaz de un gesto parecido.

—Sufría mucho a causa de su enfermedad —prosiguió mi interlocutor—, pero sus sufrimientos eran sobre todo morales. Prácticamente había sido alejado y eliminado de toda actividad. No estaba de acuerdo con ciertos procedimientos ni se doblegaba. Había comprendido toda la tragedia de la emigración y temía que también los españoles acabarían como la mayor parte de los comunistas extranjeros.

—¿Por qué? —pregunté.

—No sé. Pregúnteselo a los italianos, a los austríacos, a los checos. Los supervivientes son contados.

Díaz, en efecto, había sostenido siempre que los españoles refugiados en Rusia tenían que ser enviados a otro sitio, sea por el clima, sea por los desengaños que el país causaba en quien había creído que allí reinaba la justicia y el socialismo.

«Rusia hará de estos hombres unos antisoviéticos.» Éste era el criterio de muchos, aunque nadie se arriesgara a manifestarlo abiertamente.

A propósito del suicidio de Díaz hay quien insinúa haberse tratado de otra cosa peor. Sea como fuere, está claro que un hombre de aquel temple puede haber sido empujado a matarse únicamente por la pérdida de las mejores ilusiones, por lo que se refiere al experimento socialista en Rusia, y por la evidente catástrofe hacia la cual pronto o tarde irían los emigrados españoles.

Por otra parte, la idea de arrancar a éstos del infierno ruso la tuvieron también otros después de la muerte de Díaz. Puedo afirmar que hubo tratos con personalidades de un país iberoamericano, cuyo Gobierno estaba dispuesto a acoger a los que salieran de Rusia. Los rusos no quisieron nunca oír hablar de ello; no sólo esto, sino que sucesivamente impidieron la salida de personas aisladas, llamadas por sus propios familiares desde Méjico y otros países.

—Las discrepancias entre Díaz y los rusos eran muy profundas — prosiguió mi amigo— y de esto se han aprovechado otros más obedientes y serviles.

—No creo que Díaz se haya suicidado —afirmé.

—Se dicen muchas cosas. La verdad probablemente no se sabrá nunca. Es cierto, sin embargo, que con el pretexto de la enfermedad y del clima, le enviaron a Tiflis para aislarle completamente.

Y es cierto también que entre sus cartas había un testamento político a los españoles en Rusia que no fue hecho público jamás.

Por aquel tiempo buena parte de los españoles habían sido reclutados y empleados en la lucha de guerrillas. Nadie supo nunca con qué criterio se hizo esto. Lo que es cierto es que entre los dirigentes españoles hubo serias discrepancias. El *deus ex machina* del reclutamiento, el que detrás del telón movía a los muñecos, era el coronel Orlóv, aquel «Grisha» del que hablé al principio y que había sido en España el hombre de confianza de Stalin.

Los obreros españoles, con tal de decir adiós a las privaciones y a las humillaciones de la fábrica, exponían muy contentos su vida. Además, se sentían orgullosos de luchar contra un enemigo odiado.

Estos grupos de guerrilleros no dependían del Ejército, sino de la N.K.V.D. No sabría decir cuántos han caído; sólo sé que de los treinta y tres reclutados en la fábrica de Gorki murieron diecinueve. Hubo actos verdaderamente heroicos y propuestas para altas recompensas y condecoraciones. Nunca la prensa rusa se dignó hablar de ellos ni las autoridades concedieron, nunca, a ninguno de ellos, la más alta condecoración, la de «Héroe de la Unión Soviética». La lucha de estos extranjeros quedó obscura, como obscuro fue el fin de su empleo. Numerosos hechos dieron lugar a dudas y suposiciones que quedarán siempre en tales: nunca, nadie podrá aclararlas. Cito como ejemplo uno: noventa jóvenes paracaidistas españoles fueron lanzados en pleno día sobre la ciudad de Nalchik, en el Cáucaso, ocupada por los alemanes. Era evidente que ni uno solo se podría salvar, y, en efecto, los alemanes los cazaron como a pájaros. Tuve ocasión de hablar con algún testigo de este

hecho. Nadie supo explicárselo. Ni nadie se preocupó de pedir cuentas al poderoso «Grisha», el cual, por otra parte, no se creía obligado a darlas.

Algo parecido ocurrió con otro grupo lanzado en Crimea.

Terminada la guerra, los supervivientes fueron empleados en las factorías de la N.K.V.D., en cortar leña y en otros trabajos, hasta que, poco a poco, se vieron desmovilizados y enviados a fábricas y sovjoses. Sólo unos pocos, de absoluta confianza, fueron retenidos y enviados más tarde para el clásico trabajo de la N.K.V.D. a Grecia y otras partes.

Los mismos españoles, en los días en que Moscú parecía que no iba a poder resistir, fueron puestos de guardia en el Kremlin.

A propósito, se ha hablado mucho del heroísmo de Moscú, y es cierto. Pero fue el heroísmo de los que quedaban, del pueblo humilde, de los obreros que defendían no a los señores del Kremlin y a los del Komintern, sino a su ciudad y con ella su Patria, su historia, sus tradiciones.

La confusión y el pánico de la burocracia en los días de noviembre del 41 constituyen uno de los capítulos más vergonzosos de la historia soviética. Los trenes eran tomados al asalto por funcionarios que querían salvarse a toda costa; caravanas de coches se dirigían hacia los Urales; jefes de oficinas, directores, jefes de sección, la flor y nata de la nueva casta privilegiada, que vive de la sangre y de las fatigas del pueblo, abandonó la ciudad. Terminada la guerra, volvieron a Moscú con el pecho lleno de estrellas y medallas.

El mismo jefe de Policía abandonó Moscú, y su inmediato subalterno le siguió.

Toda esta gente no se preocupó sino de vaciar los almacenes especiales donde tenían el privilegio de abastecerse, rellenar muy bien las maletas y salvar el pellejo.

En esta tarea se distinguieron particularmente los funcionarios del Komintern y del Partido. En los trenes abarrotados, donde la gente viajaba días y días en pie, ellos exhibían su poderío y sus privilegios. Sacaban de las maletas pan blanco y fiambresas, mantequilla, caviar y azúcar; comían a dos carrillos, inmovibles ante mujeres y chiquillos que los miraban con ojos estupefactos y que por días enteros no tuvieron con qué alimentarse.

Personas que vieron estas escenas me las describieron, años después, llenas aún de indignación y de desprecio.

Las fábricas suspendieron el trabajo y los obreros fueron despedidos, mientras directores, ingenieros y jefes de sección escapaban en sus coches. Cesó la circulación de los tranvías y del metro; todo el engranaje de un Estado poderoso estuvo a punto de saltar hecho añicos.

La calma y la autoridad de Stalin, y el terror infundido por su voz, evitaron la catástrofe. Ahora ya no se habla de ello en Moscú, pero es notorio que el mismo Stalin ordenó que la ciudad volviera a su vida normal. La N.K.V.D. fue quizá el solo organismo que funcionó, y las detenciones de personas sospechosas se sucedieron noche tras noche.

En el frente las cosas no iban mejor. Por la carretera de Mozhaiska volvían grupos desbandados, desmoralizados, oficiales y soldados que habían tirado sus armas. Por aquel sector no había ya ni siquiera una línea, y Stalin en persona fue allí, paró él mismo a oficiales que huían y consiguió reconstruir una línea.

No ha sido aún estudiado seriamente el «milagro ruso». Escritos superficiales han aparecido aquí y allá; lo que es cierto es que en un primer tiempo, más que a su propia superioridad, los alemanes debieron sus éxitos militares a la desmoralización de un Ejército que —aparte casos aislados: Sebastopol, Odessa, Smolensko— no quería luchar por un régimen opresor como ningún otro quizá lo había sido.

La reacción, genuinamente rusa, vino después, cuando los intereses nacionales pudieron más que el odio al régimen bolchevique; cuando se conocieron los horrores y las monstruosas brutalidades cometidas sobre el suelo ruso por los invasores hitlerianos. Los comunistas supieron aprovechar este profundo, generoso y perenne sentimiento del pueblo, sacando todas las ventajas posibles para mantenerse aferrados al poder. Ellos estimulan hoy el orgullo y el espíritu militarista, características propias de un Ejército vencedor, y exasperan el sentimiento nacional del pueblo hasta crear un peligroso chovinismo sin el cual sería inconcebible la ejecución de la actual política expansionística que ha devorado media Europa y que conducirá fatalmente a una nueva guerra.

CAPÍTULO V

LA FÁBRICA

LLEGUÉ a Gorki una mañana de octubre. Nevaba. Gorki no tiene nada que envidiar a Kúibishev. Es una ciudad vieja y sombría, con un clima de lo más insalubre. Al lado opuesto de la ciudad, a catorce kilómetros, surgieron durante el primer plan quinquenal dos fábricas. La principal de ellas es la fábrica de automóviles «Molotov», alrededor de la cual se creó otra ciudad de cien mil almas. Hay edificios de cuatro pisos, de nueva construcción, habitados en su mayor parte por funcionarios, técnicos y sus familias. Contados son los obreros que viven allí.

Las barriadas obreras son, en cambio, unas líneas de barracas grises y destartaladas, como la «Barriada Norte», la «Este» y en parte la misma «Americana», donde algunas casitas de tipo económico, modernas pero faltas de elementales condiciones higiénicas —una sola cocina y un solo retrete para más de veinte familias— acogieron aquella pléyade de técnicos extranjeros, que, lisonjeados por los ofrecimientos económicos o empujados por el entusiasmo político, fueron a industrializar Rusia, desapareciendo luego, tragados casi todos ellos por las varias «purgas». Han quedado sus hijos, constantemente vigilados. Van desapareciendo también, poco a poco.

En Kanávina, ante la estación de Gorki, hay un dédalo de viejas casas y tugurios y el «bazar», el famoso mercado libre donde algunos días es imposible dar un paso y donde se dan cita especuladores de toda clase, judíos acaparadores de oro, vagabundos, carteristas, malhechores, pitonisas,

pordioseros, mutilados que ensordecen con sus letanías lúgubres y piadosas, haciendo ostentación de sus propias desgracias.

Al lado de una de las entradas, una serie de inmundas letrinas semiabiertas despiden un hedor insoportable. Nubes de moscas danzan alrededor; un mar de orines y de porquería donde a menudo se ve, sin que nadie dé importancia a la cosa, mujeres, viejas o jóvenes, hacer tranquilamente sus necesidades. Y sobre todo esto señorean los guardias, que conocen el negocio...

En Kanávina se vende de todo, hasta las cosas más absurdas. El mismo mercado era un absurdo, entonces, en un país en guerra y con obreros que Dios sabe cómo se tenían en pie. Las cartillas de racionamiento aseguraban dos kilos y doscientos gramos de carne al mes. ¿Quién recibió jamás un gramo de carne o de azúcar? Sin embargo, en el mercado negro había carne en abundancia a mil doscientos, mil seiscientos, dos mil rublos el kilo. Había azúcar y té, que en los almacenes jamás se veían. Yo mismo compré patatas a cincuenta rublos el kilo, cuando mi salario era de trescientos rublos al mes, menos los descuentos. Había tabaco de toda clase, pan blanco y todo lo que la fantasía humana puede imaginar: desde el sostén a la espiral eléctrica, desde la cama metálica a las condecoraciones militares con la correspondiente documentación sellada y firmada y que el comprador podía luego poner a su nombre. Como obedeciendo a un tácito acuerdo, la muchedumbre ha establecido instintivamente unas zonas o secciones: aquí se venden zapatos, más adelante trajes de hombre, más allá viejas llaves para hipotéticas cerraduras. Dos pasos más, y se juega a las cartas; medio metro todavía, y funciona una ruleta; luego está el puesto de vodka, el de las conservas y de los polvos de huevo americanos y de los *pasaportes para el interior*. No es ironía. En Gorki, en sus mercados —«Kanávina» y «Sozgórod»; también en los de Moscú y de otras ciudades ocurre lo mismo—, los carteristas roban, cortando generalmente la chaqueta, o el bolso si se trata de mujeres. Si en el botín hay documentos —sobre todo el pasaporte para el interior, sin el cual nadie puede vivir (Decreto del 27-12-1932)—, uno de los carteristas, casi siempre chicos, avisa al que ha sido robado. En una esquina del mercado funciona la «oficina». La «víctima» se presenta.

«¿Cómo se llama usted? —pregunta uno sacando un manojito de pasaportes—. Aquí está. ¿Es éste? Bien, deme cuatrocientos rublos.»

A una italiana, obrera de la fábrica, le ocurrió tal cosa y tuvo que pagar para rescatar su pasaporte. Tres meses después fue robada de nuevo mientras intentaba tomar el tranvía para ir a la «Sección de extranjeros» de la N.K.V.D. para que registraran su residencia en Gorki, cosa que hay que hacer cada tres meses. Denunció el hecho y el funcionario le dijo cándidamente: «No hay que preocuparse; lo mandarán aquí o se lo mandarán directamente a usted. Yo, mientras, he de imponerle una multa de cien rublos porque no tiene usted documentos».

Dos días después, ella recibió una carta: «Ciudadana, tenemos su pasaporte. Puede usted retirarlo en tal calle, tal número, previo pago de X rublos».

Es sabido que la policía es cómplice de estas bandas de malhechores, formadas en su mayor parte por alumnos o ex alumnos de la «Reserva de mano de obra».

Volvamos a la fábrica...

En Gorki, me parece haberlo dicho ya, había un grupo de españoles, obreros de la fábrica «Molotov». Vivían en una casa de nueva construcción en el «Barrio Americano». En una habitación había un dormitorio colectivo.

A mi llegada encontré a un viejo amigo, un minero asturiano que al pronto no reconocí. Eran las once de la mañana y él descansaba después de haber trabajado durante la noche. Dormía vestido, con una manta encima, negra por la suciedad, así como negra era la almohada donde apoyaba la cabeza. Al entrar yo se despertó y hablamos del más y del menos, de la guerra, de España, de la gente de Moscú que no contestaba jamás a sus cartas...

—Amigo —me dijo—, tenía catorce años cuando fui a la mina. Creí que no habría nada tan duro como aquello. Me equivoqué. Aquí no aguanto más, no se puede aguantar.

Miré alrededor. El estado de las camas era más que deplorable: un jergón de borra, una manta, una almohada sin funda. En el suelo y en la

mesa que había en medio de la habitación, mucha suciedad, colillas y sobre todo cáscaras de pepitas de girasol.

—Pero, ¿cómo vivís en estas condiciones? —pregunté.

—¿Y cómo quieres vivir?

—¿Por qué no barréis, no hacéis un poco de limpieza?

—Oye, no hagas el «cuadro». Se ve que vienes de Moscú; dentro de unos días sabrás por qué. ¿Quién quieres que barra? Sí, tendríamos que hacerlo por turno, es cierto; pero lo hacemos sólo de tarde en tarde. Se vuelve agotado de la fábrica, por la mañana o por la noche. Yo, por ejemplo, he vuelto esta mañana a las nueve, al cabo de doce horas de trabajo y cuarenta minutos de camino. Y, sucio como estaba, me he tumbado en la cama. Además, es ésta una vida que envilece. Te agotas, te hundes poco a poco, te vuelves un trapo. Llevo ya tres años...

La nuestra formaba parte de un piso de cuatro habitaciones. Con mi llegada al dormitorio, éramos seis. Nuestra habitación era la más grande. En otra vivían dos chicas llegadas a Rusia en el 37 ó 38 con una Colonia de niños y que nosotros llamábamos «las hermanas»: trabajaban en la «Sección Instrumental»; una siempre de día, la otra en turnos semanales de día y noche. Ganaban doscientos ochenta rublos cada una —menos los descuentos— y tenían que redondear el salario haciendo en casa jerseys de lana, que tuvieron gran éxito entre las rusas. Esto les daba la posibilidad de vivir. De vez en cuando, invitaban a uno de nosotros, llamados «los solteros», a una sopa de patatas, remolacha y zanahorias. Procuraban tener su habitación limpia y aseada, reñían a menudo, lo que era para nosotros una distracción, y hasta tenían despertador. Cada mañana, a las seis, llamaban a nuestra puerta.

Otra habitación más pequeña era de una rusa que dos años antes se había unido a un español, probablemente sólo con el fin de tener una habitación. Tuvieron un niño que era un verdadero martirio: lloros y chillidos. Durante la guerra al marido lo enviaron a las guerrillas y nunca se supo cuál fue su fin. Lo cierto es que en el 45, saliendo con los demás españoles hacia un sovjos de Crimea, ella se juntó con otro, de quien separábase periódicamente para después volverse a juntar. Él no podía vivir sin pegarle, ni ella sin recibir palos.

En la otra habitación vivía una italiana, mujer de un español. Se llamaba Liana y tenía veinte años. Los padres, que desde hacía muchos años estaban en Rusia, habían logrado hacerla llegar de Italia en el año 1940. También Liana se había quedado sola: el marido estaba con los guerrilleros. Más de una vez la vi llorar y sentí cómo maldecía la vida a la que estaba condenada, ella, hija de la pequeña burguesía italiana. Añoraba el ambiente de su ciudad natal y la playa de moda donde todos los años los abuelos la mandaban a veranear.

En el piso había una cocina y un retrete. No teníamos baño ni ducha, aunque se tratara de una casa moderna para obreros que, es de suponer, vuelven sucios de la fábrica. La cocina se encendía raras veces porque no había leña. El retrete era origen de discusiones, de riñas y de escenas muy sabrosas. Las «hermanas» exigían higiene y limpieza; en verdad no hubiera sido ningún esfuerzo tirar de la cadena. Pero en el retrete faltaba el agua durante meses y meses y había que ir a recogerla con un cubo a la cocina. El cubo era de las «hermanas», y éstas, prudentemente, lo tenían guardado en su habitación. Y así se encendían las discusiones.

—¡Puercos! —gritaban—. Sois unos cerdos.

—Compañeros —intervenía alguien de nosotros—, hay que acabar con esto. El que haya sido que vaya a echar agua.

Las «hermanas» tomaron una decisión heroica: clavaron la puerta del retrete. «Que se arregle cada cual en la fábrica —dijeron—, y si no, que vaya adonde quiera.»

Existía entonces en el colectivo un Comité. Era un recuerdo español del que no se podía prescindir. (En el 42 fue finalmente abolido). Bien; se reunió el Comité y acordó que la puerta del retrete siguiera clavada.

El mismo día que llegué, un compañero me preguntó: «¿Dónde irás a trabajar? Ten cuidado no te manden a “Motores”; no resistirías mucho. Yo trabajo allí desde hace un año y no logro hacerme destinar a otra sección. Procura hacerte mandar a la sección “Principal”, con V.; trabajaríais juntos y no es muy duro».

Al día siguiente él mismo me acompañó a la sección «Cuadros» de la fábrica —dirigida por funcionarios de la N.K.V.D.—, donde declaré

conocer el montaje eléctrico de los coches americanos. Me asignaron a la sección «Principal», donde se montaban los camiones que llegaban de los Estados Unidos. V. me enseñó a reparar dínamos, motores de arranque, bocinas, distribuidores. Me dieron la quinta categoría, con un salario de 250 rublos al mes, menos los descuentos. Tres meses después conseguí la sexta, con 280 rublos. Cuatro meses más y pasé a la séptima, que, puede decirse, es la máxima categoría, por cuanto muy pocos tienen la octava. Ganaba entonces 320 rublos. V. más tarde fue trasladado a la sección experimental y me quedé solo.

Trabajábamos en una especie de cuchitril húmedo y oscuro que servía también como depósito de material estropeado y en el que se acumulaban decenas de dínamos y otras cosas. Nos separaba de la «cadena» una pared de planchas metálicas. Del otro lado, delante de nosotros, estaba la sección «Motores». Había en medio una red metálica, lo cual nos permitía conversar a menudo con aquellos obreros.

Prácticamente teníamos una cierta independencia. Hasta hacía un año antes habían trabajado en aquel mismo sitio otros dos españoles, buenos mecánicos. Habían construido unos aparatos para probar el material eléctrico, de los que la sección carecía. Se arreglaba una dinamo o lo que fuera y había que entregarla sin poder asegurar que funcionara. Por la construcción de estos aparatos habían recibido un premio de 200 rublos, lo que los indignó sobremanera.

La ventaja del trabajo con V. consistía en que podíamos charlar a nuestro antojo, y esto permitía a mi compañero ponerme al corriente de algunas particularidades de la fábrica, de la vida y de los trucos de los obreros para eludir la disciplina de hierro y redondear el salario. Nos trajeron un día un radiador para soldarlo. No lo habíamos hecho nunca. Perdimos una hora para procurarnos estaño, un soldador y ácido. Desde entonces nuestro trabajo aumentó y cada día teníamos que reparar radiadores y tubos para el aceite y la gasolina, completamente nuevos. No comprendíamos cómo un material no usado todavía hubiese que repararlo, y nos apresuramos a echarles la culpa a los americanos que lo enviaban. Pensamos que lo hacían por sabotaje.

Una vez vino a nuestro taller el ingeniero jefe. Le hablamos del «sabotaje americano» y se sonrió sin contestarnos. Nosotros mismos descubrimos luego de qué se trataba. El material llegaba de América en cajones enormes, y los americanos enviaban también instrucciones sobre la manera de abrirlos. Nadie, sin embargo, hacía caso de las instrucciones, y los rusos seguían empleando su sistema primitivo: los abrían a golpes de hacha y con barras de hierro. El resultado era desastroso, porque, además, no había piezas de repuesto.

Todo esto perjudicaba no sólo a la producción, sino a los obreros que trabajaban en el montaje. Empezaba a montarse un camión, y a menudo faltaba algo. El camión avanzaba sobre la cadena, al final de la cual estaba el control militar, que no aceptaba ningún coche incompleto. Tales coches eran descartados y alineados en una explanada que había delante de la sección. Nadie se acordaba más de ellos, pero a los obreros del montaje se les pagaba en base al número de camiones aceptados por el control militar. Ellos cobraban un tanto por cada camión montado y aceptado, siempre que el número de dichos camiones no fuera inferior al mínimo fijado por el plan. En caso contrario, también el precio base era disminuído. ¿Qué culpa tenían los obreros si faltaba material?

Una noche, a oscuras, en la escalera que llevaba al comedor, el jefe del control militar fue apaleado hasta sangrar. Una vez contamos más de doscientos camiones nuevos pero inutilizables, alineados delante de la sección. En su mayor parte acababan por estropearse del todo con la nieve y el hielo. Un obrero cortaba a escondidas un trozo de cubierta para suelas de los zapatos; un chófer cogía otra cosa a fin de tenerla de repuesto para su coche, y así día tras día.

Más tarde intervino la policía secreta: detuvo a algunos de los obreros que abrían los cajones y que eran pobres diablos sin culpa. La culpa era, en todo caso, de la pésima organización.

Recuerdo que una vez había llegado una partida de camiones Ford. No sé cómo lo habrían hecho, pero la mayor parte de las bobinas no podían ser aplicadas a los coches: uno de los dos tornillos —o los dos— que servían para fijarlas al coche estaba roto (otras hubo que desecharlas por completo). Sustituir aquel tornillo por otro era fácil, pero se necesitaba un taladro de

determinada medida. Fui a pedirlo al depósito de instrumentos de la sección; no lo tenían. Mejor dicho, en aquel momento lo utilizaba otro obrero, que lo devolvió unas horas más tarde. El jefe del montaje venía a insistir continuamente, pues el tiempo pasaba, pero yo no podía hacer nada. Me volví loco, además, para encontrar unos tornillos del mismo tamaño. En nuestra sección no había; tuvimos que ir buscándolos por otras secciones acompañados por el mismo jefe de «montaje». Todo esto al obrero que trabaja a salario fijo puede dejarle sin cuidado; la única perjudicada es la producción. Pero cuando se trabaja a destajo, sistema generalmente empleado en todas las fábricas soviéticas, tales hechos, que están al orden del día, perjudican también extraordinariamente al obrero.

En otra ocasión fueron inutilizados los contactos de casi todos los cordones eléctricos de decenas y decenas de camiones.

Desde el «Barrio Americano» a la fábrica había cuarenta minutos de camino, que recorriamos andando, dos veces al día. En invierno, con el hielo, cuando había temperaturas de 30, 35, 45 bajo cero, se andaba con relativa facilidad. Cuando, en cambio, nevaba, los resbalones y las caídas eran inevitables. El recorrido era un atajo trazado por el mismo pie del hombre entre senderos y declives y barracas miserables y destartadas.

Tales barracas, alineadas a lo largo de casi todo el camino de nuestra casa a la fábrica, las hay en Gorki en todas partes, y en algunos sectores constituyen el grueso de la vivienda. En verano me parecían hasta alegres, entre el verde que las rodeaba, ya que todos se dedicaban a plantar patatas, cebollas y zanahorias. En invierno eran tétricas y mirándolas se sentía más amargura en el corazón.

Nos levantábamos a las seis de la mañana. En invierno no había casi nunca agua, y nos frotábamos con nieve la cara y las manos. Y la nieve nos servía también para el té. Éste era difícil de conseguir, y en el mercado libre costaba un ojo de la cara; habíamos adquirido, pues, como gran parte de los rusos, la costumbre del «kipitok», es decir, agua hirviendo que se bebe teniendo en la boca un trozo de azúcar o, a falta de éste, de caramelo.

El empleo del hornillo eléctrico estaba prohibido; sin embargo, se utilizaba. A menudo, una inspección intentaba sorprendernos; en este caso

había derecho a requisar el hornillo, que luego los inspectores vendían en el mercado. Además, imponían una multa, un tanto por ciento de la cual iba a beneficio del que la había aplicado. Una noche, en toda la casa requisaron cuatro, y de nada valieron las protestas.

—Compañero, compréndelo: se vuelve del trabajo y se tiene derecho a beber un poco de té; si no hay leña, de alguna manera hay que hacerlo.

—Tenéis razón, pero es ésta la «ley del Estado».

Tras esta frase se ocultan a menudo los intereses personales, las envidias, los rencores; es un mito que ha arrancado del corazón humano sensibilidad y sentimientos; ha vuelto al hombre indiferente a los sufrimientos, al dolor, a las necesidades de los demás. Al egoísmo instintivo, exacerbado por las dificultades de la vida cotidiana y las particulares condiciones del país, hay que añadir esta especie de flagelo: el Estado.

Sin embargo, al Estado cada cual se encarga de pagarle como puede: unos, empleando abusivamente los hornillos eléctricos; otros, vendiéndolos después de haberlos requisado.

Con el té comíamos un trozo de pan negro, de avena, a la que durante la guerra añadían harina de patata. Éste era nuestro desayuno. Luego se tomaba el camino de la fábrica.

Casi siempre íbamos juntos V., las «hermanas» Liana y yo. Cuando el tiempo lo permitía, hasta contábamos chascarrillos.

A veces venía con nosotros una rusa, Vália. Se había juntado con un español —él también tenía mujer e hijos en Valencia— y había encontrado la manera de no trabajar haciendo de «activista» entre la juventud obrera de la fábrica. Su compañero era entonces oficial en la N.K.V.D. y se encontraba lejos. Al cabo de unos meses fue rebajado del servicio por insuficiencia cardíaca y tuvo que volver a la fábrica. La primera noche, caricias y dulzuras; al día siguiente, Vália —¡otra a quien le gustaban!— quiso su ración cotidiana de palos. Se hubieran separado —lo hicieron más tarde en Crimea—, pero la habitación que ocupaban estaba registrada a nombre de los dos. Y un ruso por ninguna razón del mundo dejará su habitación. (En Moscú, hace dos años, frecuentaba yo la casa de unos amigos. Una de las habitaciones del piso era ocupada por una joven pareja

que desde hacía más de un año se había divorciado. Los dos seguían viviendo en la misma habitación y utilizando muebles y vajilla de los que ambos eran propietarios. Él recibía a su amiga y ella a su amigo. Al principio lo hacían el uno durante la ausencia del otro; más tarde se acostumbraron a hacerlo en compañía. Y un día descubrieron que los dos eran... engañados. La amiga del marido y el amigo de la mujer flirteaban a maravilla. Parece una comedia, pero de comedias parecidas las hay cada día y a cada paso.)

Vália era joven y había recibido una educación típicamente comunista. Al parecer, el materialismo no llena el vacío de la juventud rusa, ni el socialismo ha logrado crear nuevos incentivos. En Sarátov, en Gorki, en Moscú, cuando durante la guerra el Gobierno autorizó el ejercicio del culto religioso —fué necesaria la figura del barbudo cura ortodoxo para llamar a la defensa de la Patria—, vi las iglesias llenas de jóvenes que no iban precisamente por curiosar. Era gente salida de las escuelas oficiales, educada rígidamente, durante muchos años, en los principios del materialismo dialéctico. Muchos de ellos, quizá, ni siquiera habían tenido padre o madre conocidos; nadie podía haberles inculcado una fe. Es éste uno de los fenómenos más interesantes observados en la Rusia soviética.

Y esto ocurría en las ciudades con grandes núcleos de población obrera. No hablemos de las aldeas, en donde, transformadas en graneros las iglesias, los campesinos rezan en las casas, ante los iconos.

La joven comunista Vália iba a menudo a que le «echaran las cartas» y le «adivinaran el porvenir». Hay una infinidad de oráculos —hasta en los mercados—, sibilas y pitonisas y una infinidad de gente, en su mayoría joven, les da de vivir. Y lo más gracioso es que lo creen. En Moscú, en el 1946-47, tuve por unos meses una habitación (por la cual, entre paréntesis, pagaba ochocientos rublos al mes, es decir, todo el sueldo de redactor que cobraba en Radio Moscú), cuya patrona era una auténtica pitonisa y ejercía públicamente la «profesión». No exigía nada; se limitaba a decir: «Dame lo que te parezca». La mayor parte de sus clientes eran jóvenes, y entre éstos una amiga mía, que de chica se había educado en Rusia. Aquilina Románovna, que así se llamaba la patrona de casa, le predijo una tarde que la robarían. Al día siguiente, mi amiga perdió su pasaporte para el exterior

(se disponía a repatriarse), y, convencida que se lo habían robado, quedó impresionadísima. «¿Ves? —me dijo—. Y tú insistes en que son tonterías.»

Éstas son en verdad tonterías, pero la necesidad de creer en cosas sobrenaturales y misteriosas, necesidad común a toda una juventud educada por maestros comunistas, en un país comunista, constituye a buen seguro un indicio más de la quiebra del experimento ruso. Habla, por lo menos, de un afán, de un anhelo, quizá todavía no muy definido, de romper el frío círculo de una existencia vacía que las fórmulas y los cálculos del stalinismo no consiguen llenar.

En nuestro dormitorio hicieron su aparición los piojos. No era difícil cogerlos en la fábrica, donde, teóricamente, deberían haber funcionado las duchas.

Había entre nosotros un marino, ya viejo, Ramón. Trabajaba en la sección «Motores», aunque ya no se tenía en pie. Un poco, quizá, la nostalgia del mar había creado en él, entre la nieve, el estrépito y las exhalaciones de toda clase de la fábrica, aquella especie de abatimiento por el que se dejó hundir más y más hasta reducirse a una piltrafa; un poco era también la edad, el trabajo duro y la desnutrición. Quisimos ayudarle, mas en vano. Ramón cobraba 15, 20, 30 rublos cada quince días; había vendido todo lo vendible, y un día se encontró lleno de piojos que no tardaron en invadir nuestras camas e instalarse en nuestro cuerpo. Empleábamos petróleo; los piojos nos dejaban en paz por algún día, luego volvían a picar. Acabamos por acostumbrarnos también a ellos.

Había en nuestra casa una especie de «buffet» donde, a veces, se podía comprar una ración de patatas o de coles y pepinos en salmuera. Esto era otro de los absurdos de nuestra existencia. Para retirar una de estas raciones era preciso entregar unos talones de las cartillas de racionamiento. Nosotros los obreros entregábamos estas cartillas en la fábrica para la comida del mediodía. Nos veíamos, pues, obligados a comprar otra cartilla, o talones sueltos, en el mercado negro, donde, como ya he dicho, había de todo. El precio de las cartillas era elevado y variaba de un vendedor a otro. Una cartilla completa, sin los talones del pan, se pagaba hasta a 400 rublos.

¿De dónde procedían todas aquellas cartillas, dado que eran distribuídas rigurosamente en el mismo lugar de trabajo? Es muy sencillo: de las mismas oficinas que las repartían. Ignoro cuál fuese el mecanismo; lo cierto es que, después de haber dado a cada uno la suya, a los funcionarios les quedaban otras. Un ejemplo: estaba con nosotros un joven madrileño a quien llamábamos, no sé por qué, «Chupete». Tenía veintiún años, una fuerza hercúlea y un hambre de lobo. Una de sus incontables amigas era una joven, empleada precisamente en la oficina de distribución de cartillas de una fábrica vecina. Gracias a él, y a ella, durante unos meses pudimos retirar del «buffet» las raciones de patatas o de coles sin tener que comprar cartillas en el mercado negro. Cuando el escándalo llegó al colmo, las autoridades se decidieron a intervenir, deteniendo a algunos funcionarios, entre éstos a la amiga de «Chupete», y hasta se dijo que los habían fusilado. Dos meses después nos encontramos a la chica. Nos sonrió como si nada hubiese pasado. A ninguno de los detenidos le ocurrió nada. Con rublos y vodka lo habían arreglado todo.

El dinero tiene de veras un poder enorme; en Rusia quizá más que en cualquier otro sitio.

Un obrero, Igor, que durante unos meses trabajó con nosotros, nos decía:

—No sabéis un pito de nuestro país. Si hay dinero, hay de todo.

Yo le contradecía, más por estudiada táctica que por otra causa. Pero él demostró cómo realmente el dinero abre todas las puertas. Un día en que su desesperación había llegado al colmo, mi amigo V. decidió pedirle al jefe de la sección un breve permiso para ir a Moscú, esperando que lograría convencer a los señores del Komintern para que le sacaran de la fábrica. El permiso lo obtuvo fácilmente. El jefe de la sección nos trataba con respeto y además con afecto, cosa que no hacía con los obreros rusos. Era difícil que nos negara un vale para tabaco o vodka. Pero había que pedírselo. En Rusia está de moda el consabido refrán que dice: «Si no lloras, no mamas».

Lo que V. no conseguía era el *própusk*, es decir, el salvoconducto para ir a Moscú y sin el cual no podía adquirir el billete para el tren. Cuando Igor lo supo, se echó a reír:

—¡Si sois unos tontos! —dijo—. ¿Tienes mil rublos? Mañana mismo tendrás el *própusk*.

V. no disponía de tanto, pero vendió su reloj de pulsera y al día siguiente tuvo el salvoconducto.

—Pero, ¿cómo te has arreglado? —preguntamos a Igor.

—¡Si los venden, demonio, los venden! ¿Cuántos queréis, cien? Pues podéis comprarlos. Basta «untar» a la «Militzia».

V. marchó. Volvió de Moscú asqueado y más desmoralizado. Tres años de fábrica, de agotamiento, de nostalgia, de nieve, sin un libro o un periódico en su mismo idioma, le habían desquiciado los nervios y abatido el espíritu.

Es lo que ocurrió, más o menos, a todos.

Al día siguiente al que empecé a trabajar tuve un aviso de la policía; debía encontrarme a las once de la mañana en la «Oficina de Extranjeros» de la N.K.V.D., en Gorki. La cosa me molestaba, puesto que la distancia era enorme y, probablemente, tendría que ir andando. Además, no sabía explicarme por qué me llamaban de nuevo, habiéndome presentado en las veinticuatro horas sucesivas a mi llegada y teniendo, por lo tanto, el pasaporte en regla. No tuve que pedir permiso en la fábrica. Una llamada de la policía es suficiente para dejar el trabajo en cualquier momento.

A las once estuve en la «Oficina de Extranjeros». La funcionaria me acogió de nuevo cortésmente, rogándome que esperara. Así lo hice en el pasillo, y a los pocos minutos vi entrar en la oficina a un hombre. Llevaba un buen abrigo y un excelente gorro de pelo, a la cosaca. Apenas él entró, la mujer salió del despacho, me llamó y luego cerró la puerta tras de mí, dejándonos solos.

—«Drástivuite», salud —dijo el hombre, tendiéndome la mano—. Siéntese usted.

Tomé asiento frente a él y esperé. Sacó del abrigo unos pitillos y me ofreció. «*Kuríte*, fumad, por favor.» Luego sacó la cartera, y de ésta un carnet que me puso ante los ojos.

—Soy un funcionario del Comisariado del Pueblo de Asuntos Interiores. Usted es comunista, amigo de la Unión Soviética. Conocemos su

comportamiento en el pasado y estamos seguros que continuará sirviendo a la causa común. Usted sabe, camarada, que en nuestro país hay agentes del enemigo. Los hay en todas partes, principalmente en las fábricas, donde pueden sabotear la producción. Le proponemos ayudarnos y «colaborar» con nosotros.

—Estoy dispuesto a seguir sirviendo a la causa común —dije—. Pero no veo cómo puedo colaborar con ustedes. En primer lugar, sé muy poco ruso; en segundo lugar, donde yo trabajo no puede haber sabotaje. Somos dos, y mi compañero es comunista como yo.

—Esto no importa —atajó—. Una fábrica es muy grande, y usted tendrá relación con otra gente, verá obreros, los oirá hablar y, a veces, por una palabra se puede deducir con quién se trata. Usted es inteligente...

Aquello empezaba a repugnarme; me acordé de Dusia, y mi repugnancia aumentó.

—Todo esto será muy posible —contesté—. Pero se trata de algo que no he hecho nunca y para lo cual se necesitan ciertas condiciones que yo no tengo. Estoy seguro de que no podré realizar la tarea que usted quiere confiarme...

—No le obligamos, camarada; es una propuesta que le hacemos. Piénselo dos, tres, cuatro días; luego me dirá...

Se levantó y me dio la mano. Salí y, volviendo al trabajo, no hice más que pensar en sus palabras, en su rostro glacial, palidísimo.

Eran las tres cuando llegué a la fábrica, y tuve apenas tiempo de comer antes de que cerraran el comedor.

—Y bien —me preguntó V.—, ¿qué querían?

—¡Bah! —contesté—. Una tontería; no había rellenado bien el *anketa*.

(*Anketa* es un cuestionario de cuatro páginas que hay que rellenar decenas y decenas de veces, cada vez que uno se dirige a la policía o a cualquier otra institución oficial. Hay preguntas que atañen al origen social y las ideas políticas de los padres y hasta de los abuelos.)

V. interrumpió su trabajo y me miró cara a cara.

—Amigo, no me vengas con cuentos; conocemos a la N.K.V.D. Excepto alguna mujer, todos nosotros hemos sido llamados y a todos nos han dicho las mismas cosas y hecho las mismas propuestas que a ti.

Me quedé de una pieza.

—Bien, ya que es así, es cierto: me han llamado por eso. Ni he aceptado, ni aceptaré.

—No te hagas ilusiones. Harás lo que los demás. Te domarán.

—No —repetí.

Estaba decidido a no humillarme. Era posible que en las fábricas hubiera saboteadores, pero en aquel sistema que el funcionario apenas me había revelado, intuía algo extraño que no acertaba aún a definir y que sólo más tarde comprendí, también con la ayuda de V.

Pasaron algunos días; creí que habían renunciado a mi «colaboración», cuando una tarde fui llamado de nuevo. Pero esta vez no por la «Oficina de Extranjeros», sino por el jefe de una de las secciones de la «Militzia». Me acogió fríamente.

—¿Vuestros documentos? —pidió.

Le entregué el pasaporte.

—Amor mío (¡así!), no puede usted quedarse aquí. ¿Cómo ha llegado?

—Usted debería saberlo. Me ha enviado el Komintern.

—Nosotros no tenemos nada que ver con el Komintern. Nosotros representamos al Estado y sus leyes. Usted es italiano. La Unión Soviética está en guerra con «su» Italia y no podemos dejarle a usted en una fábrica de guerra.

—Muy bien —dije—. Volveré a Moscú.

—¿A Moscú? —repitió, saltando casi de la silla—. No dejamos ir a nadie. Le mandaremos donde hemos mandado a otros italianos. Esté usted preparado, le avisaremos. Váyase.

No rechisté. Los argumentos y el tono no daban lugar a réplicas, que, por otra parte, hubieran sido inútiles. Comprendía muy bien de lo que se trataba: si no quería ir a Siberia, tendría que hacer lo que la N.K.V.D. exigía. Era un miserable chantaje.

Al estallar la guerra, los pocos comunistas italianos que habían salido vivos de la depuración fueron alejados de Gorki y enviados a Siberia, a campos especiales de trabajo. Yo no los conocí y por lo tanto no recuerdo sus nombres, excepto el de uno, Damián, buen obrero de la sección «Experimental» y del cual, a menudo, me pidieron noticias obreros y jefes.

Me consta que hasta el año pasado aún no lo habían soltado. No tenía culpa ninguna; se trataba de una simple medida de precaución, puesto que los rusos, con su desconfianza, ven espías hasta en los comunistas extranjeros. En Gorki quedaban la mujer y el chiquillo, que a los doce años andaba ya con una banda de pequeños delincuentes. La mujer era ciudadana americana.

Entre los italianos antifascistas de Gorki había un tal Buzachera (enviado hace dos años a Italia por la misma N.K.V.D.). Tiene sobre su conciencia —todos los italianos en Rusia lo sabían— el fusilamiento de algún comunista como Albertini y años de cárcel de otros compatriotas. Estaba también Rizzoli, que había salido mandado a Siberia al estallar la guerra. A última hora, ya en la estación, fue salvado por la intervención de su jefe de sección. Había otros tres italianos: la viuda de Albertini, empleada de la fábrica y enferma de tisis; una viejecita de quien no recuerdo el nombre y que había estado tres años en la cárcel de Gorki (al hijo también se lo llevaron a Siberia), y otra mujer, esposa de un viejo dirigente italiano que en aquel entonces se hallaba encarcelado en Italia. También esta última pasó tres años en la prisión de Gorki sin haber sabido nunca el motivo de su detención. Cuando la soltaron, el hijo, joven de dieciocho años, había desaparecido.

Al día siguiente fui llamado de nuevo por el capitán Artamónov —éste era el nombre del funcionario que me había pedido «colaborase» con la N.K.V.D.

—Y bien —dijo—, han pasado ocho días. ¿Lo ha pensado?

—Lo he pensado.

—¿Qué ha decidido?

—Usted sabe muy bien lo que puedo haber decidido...

—Yo no sé nada. ¿Cómo puedo saberlo?

Le conté dónde me habían llamado el día antes y lo que me habían dicho.

—Tonterías —dijo, bajando la mirada—. No irá usted a ningún sitio.

Se puso a escribir en un papel que tenía delante y al terminar me lo tendió. «Yo, el que suscribe —leí—, declaro ofrecer espontáneamente mi colaboración y mi ayuda a los organismos de Seguridad del Estado. Lo

hago por mi fe de comunista y de amigo de la Unión Soviética. Sé que el rigor de la ley soviética me alcanzará si revelo a alguien este secreto. Mi pseudónimo será el de...»

Le devolví la hoja. Debía estar yo pálido, más que el capitán que tenía ante mí observándome.

—¿No se encuentra usted bien? —preguntó.

—Al revés —contesté—. Estoy emocionado. Usted comprenderá... no es para menos... Tanto honor...

En aquel momento y después, por muchos años, un solo pensamiento y una sola fuerza me animaron: la esperanza en que un día saldría de la URSS. Sin esto, hubiera preferido la Siberia y la muerte. Pero para poder liberarme, era necesario fingir y dominarse.

—¿Cuál será su pseudónimo?

Dije un nombre al azar:

—Franz.

El capitán lo escribió; luego dijo:

—Firme.

Y firmé sin que la mano me temblase.

—Bien —dijo Artamónov—. Esperamos grandes cosas de usted. Nos veremos una vez a la semana y fijaremos de vez en vez el día y el lugar de la cita. ¿Qué día descansa?

—No sé... Hace pocos días que trabajo. Sé que de vez en cuando hay un domingo libre.

—Muy bien. Nos veremos el próximo domingo, a las once, aquí. Recuerde bien mi nombre: Artamónov; capitán Artamónov, y apúntese usted mi teléfono... Deberá aprenderlo de memoria; será mejor. Si tiene algo urgente, llame a cualquier hora, de día o de noche. No dé usted su nombre, sino su pseudónimo.

Comenzó uno de los períodos más negros de mi vida.

—¿Y bien? —me preguntó V. cuando volví a la fábrica.

No contesté. Estaba cansado, sombrío y desmoralizado.

—No lo tomes a pecho —prosiguió—. Es inútil. Ya te dije que te doblegarían. Lo hemos hecho todos: algunos sin comprender al principio el

significado; otros, como tú, obligados por el chantaje. Ahora, lo que tiene importancia es que sepas obrar; porque, mira, no creas que eres una persona de confianza. La N.K.V.D. no se fía de nadie; tú, como yo y como los demás, eres un vigilado.

—¿Cómo es eso? ¿«Vigilado»?

—Exactamente. La próxima vez te preguntarán con quién y de qué has hablado; tendrás que repetir nuestras conversaciones. Yo tendré que hacer lo mismo con otro funcionario. De lo que diremos tú y yo podrán deducir si decimos la verdad, si «colaboramos» en serio. Es todo un trabajo científico, una escuela. Te harán decenas de preguntas, tendrás que contestar y, aun sin quererlo, podrías traicionarte y bastaría un pequeñísimo indicio para fastidiarte. Tu conducta tiene que ser ésta: no expresar jamás tus pensamientos sobre las cosas que no te gustan. Evita hablar de ello hasta conmigo: podría arruinarte sin quererlo. Haz el soviético cien por cien; aprueba todo lo que ves; demuéstrate entusiasta con todos, incluso conmigo. Mira que en casa hacemos todos lo mismo, todos somos «agentes», todos fingimos. No oirás jamás una crítica al régimen, no oirás a nadie quejarse, aun admitiendo, porque sería pueril y quizá contraproducente negarlo, que la vida es durísima. Y ahora hablemos de libros, de mujeres, de lo que quieras; pero procuremos no volver más sobre este tema.

Volví a ver al capitán Artamónov el día y la hora indicados. Aquel domingo la fábrica había concedido descanso. Los obreros iban hacia el mercado de Kanávina a «comerciar», *torgovat*, como allí dicen. Era aquél un comercio original que no producía ganancias. Se vendía lo que se podía: un par de calzoncillos, o los chanclos para comprar un kilo de patatas, un trozo de carne o de tocino. Hablaré más adelante de esta extraordinaria actividad a la que se ve obligada para vivir la humilde gente rusa.

Los tranvías pasaban, como de costumbre, de tarde en tarde, y, por añadidura, yendo demasiado llenos, no paraban. La gente viajaba agarrada a las ventanillas. Tuve que hacer a pie el recorrido desde casa a la ciudad. Mandé al capitán Artamónov mil maldiciones; ninguna le llegó; antes bien, fue ascendido a Mayor y condecorado.

—Siéntese, Franz —dijo cuando entré. (En adelante, me llamó siempre con el pseudónimo.)—. ¿Qué me cuenta usted de nuevo?

—Nada —contesté sonriendo.

—¿Cómo va su trabajo?

—Muy bien, estoy de veras contento...

—Entonces, cuénteme...

—¿Qué quiere usted que le cuente?

—Todo. ¿Qué ha hecho usted en estos días?

—Nada de particular. He trabajado.

—¿Quién trabaja con usted?

—Un español, V.; ya se lo he dicho a usted la otra vez.

—¿Qué humor tiene V.?

—¡Bah...! Trabaja, me enseña a trabajar...

—Sí; pero ¿qué humor tiene? ¿Está triste? ¿*Scucháiet*, añora España?

—Le diré, añorar... no es la palabra exacta; en fin, recuerda uno la familia, los años de lucha, la guerra...

—*Ponimáiu, ponimáiu*, comprendo, comprendo. Y... ¿qué dice? ¿De qué habéis hablado?

—De la situación en España, del trabajo en general.

—En general, no. Concretamente.

—De las dificultades que los nuestros tienen para el trabajo ilegal...

—Franz... Tiene usted que ser preciso. Usted ha estado aquí el sábado de la semana pasada, hoy es domingo. Concretamente, ¿de qué ha hablado usted el domingo pasado, el lunes, el martes, y los otros días hasta hoy, y con quién, además que con V.? Esto se llama ayudarnos.

No me entretengo relatando el resto del diálogo, que he transcrito fielmente por estar vivo aún en mi memoria. Han pasado seis años y, por muchos que pasen todavía, será difícil que lo olvide.

Los coloquios sucesivos, cada semana, durante casi tres años, fueron todos del mismo tono, refiriéndose muchas veces a otras personas.

Por suerte, el círculo de nuestras relaciones era muy limitado. Con los demás, V. y yo hablábamos poco y nuestras conversaciones eran casi siempre sobre los mismos temas. Así y todo tomamos la precaución de

ponernos de acuerdo acerca de los argumentos de que íbamos a hablar a los funcionarios de la N.K.V.D., con el fin de no contradecirnos.

Si no hubiese visto y aprendido otras cosas, este solo aspecto de la vida a que el régimen soviético ha condenado a casi todos, rusos y extranjeros, sería suficiente para sacar las deducciones que yo saqué.

«El régimen se defiende», dicen, para justificar, los comunistas que no han visto nunca la Unión Soviética y aquellos pocos «dirigentes» que habiéndose burocratizado durante años en las oficinas del Komintern, aspiran hoy al poder y a una función dominante en la vida nacional. El corrosivo clima staliniano ha ahogado en ellos todo latido, ha destruido todo sentimiento, los ha convertido de rebeldes sentimentales y humanos que eran hace unos años, en obedientes engranajes, en seres fríos, cínicos, calculadores.

Iban a menudo a nuestro dormitorio dos chicas oriundas de Estados Unidos: Nancy y Margot. Tanto el padre de la una como el de la otra, dos técnicos caídos en la trampa soviética —el primero, hijo de ucranianos; el segundo de húngaros—, habían desaparecido en una de las depuraciones. Nancy y Margot trabajaban en la fábrica. Margot, locamente enamorada de mi amigo V., trabajaba en la quinta sección, donde se construían tanques de tipo pesado. A veces, cuando había un día de descanso, Nancy traía una gramola; hacíamos entonces un poco de «limpieza», se ponían las camas una sobre otra para que hubiese más espacio, y bailábamos. Una española tenía unos discos; entre éstos, uno o dos fandanguillos. Una noche, un disco, no sé por qué, quedó en nuestra habitación y hubiera quedado aún mucho tiempo si «Chupete» no hubiese tenido la idea de utilizarlo como tapadera para una cacerola donde, acontecimiento sensacional, guisábamos un gato —uno de los raros supervivientes de la barriada— que hacía tiempo veníamos persiguiendo. Con el vapor, la placa tomó una forma ondulada e intentamos en vano devolverle la primitiva. Fue el desastre; se reunió el Comité y durante una semana no nos dejaron en paz. Tuvimos que mandarlos al diablo.

El gato aquel fue uno de los últimos que comimos. Puedo asegurar —y que me perdonen los rusos y los protectores de animales— que en el

«Barrio Americano» no quedó ni uno. Carne exquisita, desde luego; sobre todo si teníamos la paciencia de tenerlos, despellejados, toda una noche bajo la nieve.

Con Nancy y Margot, si hablábamos de su trabajo o del nuestro, de América y de Rusia, lo hacíamos sin dar nunca juicios. Al capitán Artamónov le interesaban sumamente las dos chicas, en quienes, por tratarse de hijas de dos víctimas de la N.K.V.D., quería a toda costa descubrir a dos enemigos. A menudo las llamaban desde la ciudad.

Una tarde, al volver del trabajo, fue a vernos Nancy, pidiéndonos a V. y a mí —los únicos que las teníamos— le prestáramos las botas por aquella noche. A la mañana siguiente, antes de ir a la fábrica, nos las devolvería.

—¿Dónde vas? —preguntó V.

—He de ir a un sitio —contestó bastante malhumorada.

Comprendimos. Para ir a Gorki, donde seguramente tenía que estar a las diez o a las once, Nancy podría quizá tomar el tranvía, pero no le hubiera sido posible hacerlo a la vuelta y no podía exponer sus viejos chanclos a catorce kilómetros de camino. A la mañana siguiente, antes de ir a la fábrica, nos trajo las botas. Acababa de regresar de la ciudad, cansada y mortalmente pálida, después de algunas horas de interrogatorio.

A V. y a mí —y pienso que también a los otros—, la N.K.V.D. preguntaba continuamente qué decían Nancy y Margot, qué humor tenían y cuáles eran sus relaciones.

En 1945, en Crimea, supimos por una compañera a quien había escrito una amiga desde Gorki, que Margot había sido detenida. Probablemente, a Nancy le habría pasado igual. Las dos habían hecho amistad con unos tanquistas ingleses o americanos —no lo sé con exactitud— del equipo de tanques que en aquel tiempo se hallaban en Gorki.

En cierta ocasión hablaba yo con el capitán Artamónov del malestar que había causado la detención de algunos pobres inocentes. Tratábase —como ya he dicho— de los obreros que abrían los cajones que llegaban de América.

—Detenéis a gente que no tiene culpa —le dije.

—¡Cómo! ¿No tienen culpa? Pero si estropean un sinfín de material que además de costarle oro al Estado es necesario al frente...

—Pero no son ellos los que lo rompen, camarada. Cualquiera haría lo mismo abriendo las cajas con aquel sistema.

—Aprenderán a hacerlo como es debido...

—No depende de ellos. Nadie se cuida de decírselo... Deberían seguir las instrucciones que los americanos, de vez en vez, envían.

—¿Qué instrucciones?

—Sobre cómo hay que abrir las cajas y sacar el material...

—¿Qué dice usted?

—Sí, camarada. Pídale usted y verá. Organizando el trabajo un poco mejor, no habría necesidad de llegar a ciertos extremos.

—*Da, právilno*. Sí, justo... Entonces, el sabotaje viene de otra parte, según usted.

—Yo creo que no se trata de sabotaje, compañero. Es más bien incapacidad, incompetencia, o son las cosas que van así. Por otra parte, usted sabe muy bien que no se improvisan cuadros técnicos y dirigentes...

—Franz —interrumpió Artamónov—, ¿afirma usted que no se trata de sabotaje?

La pregunta me impresionó.

—Yo no puedo afirmarlo. Es sólo mi impresión.

—¡Al diablo con sus impresiones! No nos sirven para nada. No sabe usted un cuerno, trabaja mal, eso es todo. El enemigo se mueve, trabaja y usted no es capaz de verlo. ¿Qué clase de colaborador es usted?

No contesté y dejé que pasara la tormenta.

—Así que los americanos envían instrucciones...

—Sí —dije—. Con cada remesa mandan catálogos y las indicaciones necesarias: la Ford, la Chevrolet, la Studebaker, la Dodge, todas las Casas.

Artamónov veía enemigos en todas partes. Los inventaba; eran la base de su carrera. Los obreros detenidos no fueron puestos nunca en libertad; pero unos días después fue liquidada la sección «Especial», creada algunos meses antes para el montaje de los camiones importados. El jefe y el vicesjefe de la sección, Maniévitich y Agueiev, fueron destituidos. No volví a verlos y no sé dónde habrán ido a parar. La sección fue agregada de nuevo a la «cadena principal».

Maniéovich y Agueiev, más que de la buena marcha de la sección, se interesaban de su «industria privada». Agueiev había sustraído a la producción dos obreros calificados, empleándolos en la construcción de un auto personal: utilizaba para ello material de coches que por una u otra razón habían sido abandonados. Además, tanto él como el jefe —así hacen todos—, se aprovechaban de su posición para aumentar sus ganancias. Trabajaba entonces conmigo un viejo chófer español que, siendo honrado hasta lo absurdo, no había sabido amoldarse al ambiente.

Conducir un coche significaba tener una fuente de ganancias seguras aunque ilícitas: el transporte de mercancías y de personas. Los jefes lo saben y, claro, agradecen de los chóferes una participación razonable que puede ser también pagada en víveres.

El chófer español, camarada B., no se había decidido jamás a hacer esto, ni para los jefes ni para sí mismo, razón por la que lo mandaban de un lugar a otro, de una sección a otra y siempre acababan por quitarle el coche. En el invierno del 1944-45 llegó a la sección donde yo trabajaba. Tenía mujer y un hijo y estaba verdaderamente acuciado por la necesidad. Igual que los de todos nosotros, sus ingresos eran escasos. Cobrábamos entonces, trabajando a destajo, 300-350 rublos a la quincena.

Un día, B. dijo:

—Palabra, si consigo de nuevo un coche, no volveré a hacer el tonto.

—¿Por qué no hablas con Agueiev? —le dije.

—De acuerdo, pero tendrías que acompañarme; yo no sabría explicarme.

—Muy bien; pero hay que decirle claramente que sabrás apañarte.

—¿Estás loco?

—Entonces no tendrás nada. Al cabo de cinco años aún no has aprendido ni jota...

—¡Oh! —me interrumpió con ironía—. ¡Éste es un país muy grande, muy grande!

Al día siguiente fuimos a ver a Agueiev. Hablé yo mismo, mientras B. hacía gestos para aprobar lo que decía.

—¿Desde cuándo conduces? —preguntó Agueiev.

—Lleva dieciocho años.

—Muy bien... Veremos.

—Camarada Agueiev —le interrumpí—. B. tiene mujer y un chiquillo y la vida es muy dura... Usted me comprende...

—Comprendo, comprendo.

—Por otra parte, él sabrá arreglárselas y comportarse con usted como es debido.

Agueiev sonrió, enrojeciendo un poco.

—*Nu ladno*, está bien. Te daremos un camión. Procura apañarte... Tú mismo verás, aprenderás.

Más tarde, B. fue llamado por el jefe de la sección, Maniéovich. Era éste un judío que sabía lo que se llevaba entre manos. Le hizo más o menos el mismo razonamiento que el otro. B. partió dos días después y volvió con las manos vacías; para justificarse adujo no sé qué razones. Le dieron luego un camión completamente nuevo para ir a Moscú a recoger víveres para la organización «ORS», a la cual está confiado todo lo que se refiere a comestibles. Pero la «ORS» no siempre tiene a su disposición medios de transporte; razón por la que los jefes de sección que pueden hacerlo ceden uno o más camiones a cambio de «regalos».

En estos viajes, los chóferes ganan fajos de billetes llevando gente de una ciudad a otra y de una a otra aldea.

Cuando B. volvió de Moscú, el desengaño de los dos jefes fue enorme.

—¿Pero es posible que no hayas llevado un solo pasajero? —preguntó Maniéovich.

Sí que los había llevado, y muchos. Pero el empleado enviado por «ORS» a recoger los víveres había hecho, durante el viaje, de cajero, embolsándose los cuartos y sin dar al otro ni el pico de un rublo.

Maniéovich se reía, pero estaba enfadadísimo.

—Has hecho el tonto —le dijo.

Y B. fue enviado a trabajar al montaje.

Por la mañana llegábamos a la Sección algún minuto antes de las ocho. A las ocho en punto se empezaba a trabajar; a las once o las doce íbamos al

comedor. Era éste una sala bastante amplia, al lado de la cual había otra, pequeña, reservada a los jefes.

En el comedor no había sillas ni taburetes suficientes, por lo que, apenas daba la hora, corríamos a comprar el vale en la caja, sin lavarnos siquiera las manos.

Ante la caja se hacía todos los días una especie de comercio:

«Compro pan.» «¿Quién vende pan?» «Vendo pan.» Y también: «Vendo el *spez-obiéd*», ración especial.

El *spez-obiéd* consistía en un vale para una ración suplementaria que, teóricamente, tenía que ser dada a los mejores obreros. En el comedor había siempre obreros de otras Secciones. Gente hambrienta que no podía permitirse el lujo de entregar al comedor de la fábrica su cartilla de racionamiento para recibir una comida al día, puesto que en casa había chiquillos que alimentar; obreros que no ganaban lo suficiente para pagar cada día el importe de una comida; otros que con la sopa y el segundo plato no habían podido aplacar el hambre crónica. Estaban de pie, esperando, o merodeaban entre las mesas en busca de sobras.

El primer plato consistía, invariablemente, en una sopa muy pero muy líquida. Nadaban en ella unos trozos —dos o tres— de pepinos salados, se «pescaba» a veces un pedazo de patata o una cabeza de pescado salado. Era de veras incomible y muchos de nosotros renunciábamos a ella. La avidez con que aquellos hombres —¡obrerros!— se lanzaban sobre el plato de sopa que no comíamos, es uno de los espectáculos que más viva y amargamente recuerdo. Bebían el agua de la sopa en el mismo plato, tragaban rápidamente los pepinos y la cabeza de pescado —éstas se las metían a menudo en el bolsillo— para poder correr a otras mesas en busca de más sobras. V. y yo teníamos dos «abonados». Nos esperaban todos los días a la puerta del comedor y al tomar nosotros asiento se colocaban rápidamente al lado de nuestra mesa antes que otros pudieran hacerlo. A menudo había discusiones por unas sobras.

El segundo plato consistía en un trocito de pescado hervido y dos —literalmente dos— cucharadas de puré de patata o de *kasha*. Rara vez daban un minúsculo trozo de carne.

Con estas míseras raciones los obreros trabajaban doce horas. En las fábricas de guerra había una sola ventaja: una ración de pan de 700 gramos. Las raciones de las cartillas de abastecimientos eran:

(Todos los importes son en gramos)

	Pan (al día)	Azúcar	Carne (al mes)	Pasta	Aceite
Obreros	550	600	2.200	2.000	800
Empleados	450	300	1.200	1.500	600
Pensionados y madres que no trabajan	250	200	600	1.000	—

A esta última categoría, en el invierno del 1946 se le quitó el derecho a todo racionamiento.

En realidad, había productos como el azúcar y la carne que no eran distribuidos jamás. En lugar de carne, por ejemplo, daban setas en salmuera; en lugar de azúcar, caramelos o nada. Así y todo, a los que comían en la fábrica lo que he dicho, no les quedaba nada por recibir en la tienda.

El pan costaba 3,40 el kilo; la carne, 30 rublos. En 1945, los precios fueron aumentados. El obrero tenía que gastar para estos productos —que no eran suficientes en absoluto para todo el mes— buena parte de su salario que, trabajando a destajo, no superaba los 500-600 rublos. Era, pues, absolutamente necesario recurrir al mercado negro, vender lo que se podía para comprar víveres.

Durante aquellos tres años llevé, igual que los otros, mi cuchara en el bolsillo. ¡A qué no se adaptará el hombre obligado por el ambiente y la necesidad!

El escándalo en el comedor de la Sección llegó a exasperar a los obreros. Los electricistas, un día, unánimemente, pararon de trabajar. Era la primera vez que veía una huelga en el país donde «el poder pertenece al pueblo» y la huelga está severamente prohibida. En Rusia, sólo la desesperación o el heroísmo pueden llevar a gestos parecidos. Nuestros

electricistas estaban desesperados, pero conscientes de las consecuencias de su acto.

Fue en el verano de 1943. Los alemanes habían bombardeado la fábrica, una sección tras otra, durante siete noches seguidas. Quedaban en pie sólo algunas secciones: parte de la nuestra, la «Instrumental», la «Química», la «Experimental» y alguna otra. Era el mes de junio y las noches luminosas. El enemigo preparaba su ofensiva en el sector Oriol-Kursk y uno de los objetivos de la retaguardia que había que machacar era, precisamente, nuestra fábrica.

Nadie conseguía explicarse cómo un establecimiento de aquel tipo, donde trabajaban miles y miles de obreros, donde se construían no sólo camiones sino también tanques, blindados, motores de aviación, etc., hubiese sido dejado indefenso. A pocos kilómetros se hallaba también una fábrica de artillería.

Una noche, a las diez, se presentaron las escuadrillas alemanas de bombarderos en picado y hasta las tres de la mañana, hora en que llegaba el alba, hicieron literalmente lo que quisieron. Así, durante las primeras cuatro noches. Hubo muchas víctimas entre los trabajadores.

Estaba prohibido dejar el trabajo cuando la sirena daba la señal de alarma, y si en nuestra sección, que fue parcialmente destruida, no hubo víctimas, se debe al sentido de responsabilidad y de humanidad de su jefe, que dio inmediatamente la orden de suspender el trabajo y de salir.

Daba pena ver la fábrica. El obrero es así: noble, humano hasta el absurdo. Dejaba cada día entre las máquinas un poco de su propia vida, llevaba una existencia de infierno: exhaustos, miserables, aterrorizados, hambrientos, y sin embargo ante todos aquellos trozos de hierro retorcidos, aquellas máquinas arrancadas de cuajo, reducidas a las formas más inverosímiles, tenían una sensación de amargura y pena. Quizá la misma que se experimenta ante el cuerpo destrozado de un amigo. Vi obreros merodear tristes entre aquellos restos de lo que había sido su puesto de trabajo, como queriendo reconocer algo, ver si algo se había salvado.

Al día siguiente, nadie sabía lo que se tenía que hacer. Los jefes se apresuraban a poner a salvo sus propias familias, temiendo que los

bombardeos se repitieran. Veíamos desfilar uno tras otro los coches hacia la estepa. La aristocracia de la fábrica emprendía el vuelo.

A la noche siguiente volvieron los aviones, lanzaron bengalas con paracaídas, iluminándolo todo, y bombardearon desde las diez hasta las tres. La defensa antiaérea estaba ausente. Los jefes, por la mañana, tomaron una decisión importante: desmontar lo que quedaba de la fábrica y evacuar. ¡Temían que los alemanes llegasen a Gorki!

Pero habían echado mal las cuentas. Hacia mediodía se presentaron Molotov y Béria con un séquito de generales.

«¿Evacuar? —dijeron—. Ni soñarlo. Estamos en junio; en noviembre la fábrica deberá producir lo que producía hace dos días. Ésta es la orden del camarada Stalin...»

El director de la fábrica fue fusilado. Le achacaron el haber permitido que la defensa antiaérea fuese alejada de Gorki. Era cierto, pero se la habían llevado a Moscú, por orden superior, cuando la capital estaba en peligro.

Se organizó aprisa una defensa antiaérea volante a base de tanques y sólo en los días sucesivos fue utilizada la caza.

Unas bombas cayeron cerca de nuestra casa. No había refugios, sino ridículas zanjias cubiertas de tierra, donde era imposible meterse. El miedo ponía nerviosas a las mujeres, y el mal olor era insoportable.

A los obreros, a fin de reconstruir rápidamente, se les pidió un esfuerzo mayor, prometiéndoles muchas cosas. Subieron los salarios, y se distribuían a menudo vales para ropa, tabaco y jabón. Pero la comida era la misma de antes.

Una tarde, transcurrida la hora del almuerzo, los electricistas volvieron al trabajo, pero se cruzaron de brazos. Por aquellos días, terminado el desescombros, se procedía a la instalación de la cadena, de los generadores en la central eléctrica de la Sección, se tendían cables, etc. (Siendo verano, una cadena había sido instalada provisionalmente al aire libre y el trabajo de montaje había vuelto a empezar.)

El jefe de la Sección de electricistas, Liévedev, que era también del Comité del Partido, se acercó al grupo.

—¿Qué ocurre, compañeros? Es hora de trabajar.

—No trabajamos —contestó Vánia: era un obrero de unos cincuenta años, gigantesco, de rostro enérgico y ojos azules y severos.

—No se puede seguir con las comidas que dan —añadió otro.

—En el comedor lo roban todo. Esa perra de la directora, esa cerda... hija de... Los víveres desaparecen. «Dale y dale, trabaja y trabaja», pero no se preocupan de saber si se puede trabajar. ¡Qué diablo, basta!

—Camaradas —dijo Liévedev—, os aconsejo que volváis al trabajo. El Estado os ha dado esta tarea...

—¡Al diablo con tu Estado! Tú estás haciendo el agosto con tu Estado y nosotros reventamos...

Los ánimos se excitaban; Liévedev comprendió que era mejor alejarse y fue a informar al jefe de la Sección. Estaba ausente y acudió al subjefe, Kiskin, un joven ingeniero que no gozaba de muchas simpatías. Era seco, autoritario y severo. En cierta ocasión, según me dijo V., se había enfadado con unos obreros llamándoles perros. Pero en aquel tiempo existía todavía una cierta democracia, comités y reuniones de obreros: en una de éstas, Kiskin había tenido que volverse a tragar el insulto. De vez en cuando, él venía a observar nuestro trabajo, y un día, oyendo que V. había ya estado en Rusia por algunos días, le dijo: «¿Y por qué has vuelto? Se ve que entonces te pusieron gafas ahumadas...»

Kiskin se presentó al grupo de los huelguistas con la mejor de sus sonrisas. Se sentó con ellos y procuró estar lo más sereno posible.

—Compañeros —dijo—. Lo que estáis haciendo es muy grave. En nuestro país, lo sabéis, la huelga no se admite. Si tenéis quejas podéis exponerlas. Os escucharé y procuraré tomar medidas. Pero tenéis que volver inmediatamente al trabajo. ¿Cuál es la causa de esta huelga?

—El comedor —contestó Vánia.

—¿Qué ocurre en el comedor?

—Usted, jefe, tendría que saberlo. (Kiskin palideció.) En cambio no se preocupa de nada. Sólo conoce una música: «*Davai, davai*, dale. Trabaja más y más aprisa.»

—Estamos en guerra...

—La guerra la hay para nosotros y para los que combaten. Para vosotros, no; para los cerdos del comedor que lo roban todo, tampoco.

—Bien; tomaremos medidas. Haremos de todo para que la comida mejore.

—Pedimos la destitución de la directora y un control obrero en el comedor.

—Esto no puedo asegurarlo. Veremos. Pero ahora volved al trabajo. Yo también tengo familia y no quiero hacer daño a nadie; pero vosotros sabéis cuáles podrían ser las consecuencias de lo que estáis haciendo.

—Sea —dijo uno—. ¡Vengan las consecuencias! Así no vale la pena vivir.

Kiskin se alejó; los electricistas volvieron al trabajo.

La directora no fue substituída; las comidas no mejoraron. Lo único que se consiguió fue que la cucharadita de aceite, correspondiente a la ración de cada cual, fuera vertida en el plato delante de los obreros.

Ninguno de los electricistas fue entonces tocado: hacían demasiada falta. Mas cuando la fábrica volvió a funcionar, algunos de ellos desaparecieron.

Aquel año, la fábrica puso a disposición de los obreros unos lotes de tierra y, mediante pago de 400 rublos, dio 40 kilos de patatas por cabeza para la siembra. Las patatas se habían conseguido por medio del Sindicato que —¿cómo no?— quiso realizar algunas ganancias. Habiéndolas comprado a seis rublos el kilo, como se supo luego, las vendió a diez a los obreros. Se trataba de miles de kilos. Decenas de miles de rublos fueron a parar a los bolsillos de los dirigentes. Fue una de las más innobles estafas cometidas por los burócratas sindicales en perjuicio de los trabajadores, que, por otra parte, estaban muy contentos de pagarlas a ese precio. En el mercado negro costaban 40 y 50 rublos el kilo.

Al frente del Sindicato de la Sección había un funcionario, nombrado por oficio, como de costumbre. Él mismo dirigía los trabajos de apertura de los cajones que llegaban de América. Cada día, una cantidad enorme de tablas y listones era entregada a unos y otros para calefacción. No era fácil conseguirlo: se necesitaba un permiso del jefe de la Sección. Lo pedimos y nos fue concedido cargar un camión de dicha leña. Tuvimos que buscar un chófer dispuesto a transportarlo. Lo más lógico hubiera sido que la Sección,

puesto que concedía la madera, concediese también el medio de transporte. Pero el jefe nos dijo:

—Lo encontraréis. Con dinero hay de todo.

La sorpresa mayor nos la reservaba el jefe sindical. Cuando leyó la autorización de retirar la leña, dijo:

—No hay leña.

—¡Cómo! ¿No hay leña?

—No hay. Quizá mañana. Ésta que veis ha sido ya asignada...

Comprendimos. V. sacó los últimos cien rublos y yo añadí mis cincuenta.

—Es poco —dijo el otro.

—¿Cuánto quieres?

—Al menos otro tanto.

—Muy bien —dijo V.—; sabes dónde trabajamos, no tenemos más dinero. Te daremos el resto el día de cobro.

—*Niet*. No. Quien fía queda calvo...

Y no fue posible entenderse. V. tuvo que personarse en la sección «Experimental», donde trabajaban las «hermanas» y pedirles prestados ciento cincuenta rublos. Así pudimos llevarnos la leña. En casa, V. comentó:

—Este país es muy grande, muy grande. Prueba a explicarlo a cualquier comunista en España: un dirigente sindical vende a los obreros leña que es no suya sino del Estado. Ya ves cómo «todo pertenece a los trabajadores». Y lo más bonito es que los jefes lo saben y no dicen nada. Como que chupan también ellos.

—Fíjate —añadió otro—: cargan por lo menos seis camiones al día. Si cobran un mínimo de 300 rublos por camión, se meten casi dos mil rublos en el bolsillo. El salario de seis meses de un peón y el de diez meses de Liana, que se traga doce horas a la máquina de coser...

Volvamos a las patatas. Los lotes de tierra que la Sección había puesto a nuestra disposición, distaban algunos kilómetros. No había medios de transporte, había que ir a cavar, a sembrar, etc., por la mañana muy temprano, por la tarde después del trabajo, o el domingo en que la fábrica concedía descanso. Cuarenta kilos al hombro, durante algunos kilómetros,

no era poco. Había que pensar en el transporte al recoger la cosecha, pagar un guardián (entre todos, desde luego), porque no se podía excluir que otros fueran por la noche a robar. En resumen, lo que se recogía costaba bastante. Para gente que trabajaba doce horas al día, aquel trabajo suplementario no era, a buen seguro, un placer. Cualquiera hubiera preferido comprar patatas en los almacenes del Estado a precios razonables, pero no las había. Estábamos en guerra, es cierto. Pero después fue lo mismo. Y lo mismo era antes.

Cuando se afirma que en Rusia cada obrero puede cultivar su trozo de tierra se ignora con cuánta alegría renunciaría a ello si no le obligaran la necesidad y el hambre.

Así y todo, dos, tres, cuatro sacos de patatas eran muy poca cosa para ocho meses y para gente que carecía de todo.

Durante el invierno de 1942-43 y el siguiente pasamos un frío horroroso. En la fábrica no había calefacción y las manos se nos helaban, sobre todo a los que no podíamos trabajar con guantes. Se resistía dos, tres, cinco minutos; más era imposible. Intentábamos calentarlas frotándolas continuamente, pero el frío se adueñaba de todo el cuerpo. En la Sección de al lado había un pequeño horno al que acudían a calentarse los obreros que se encontraban más próximos; otros se refugiaban, a ratos, en un pasillo cerca de la cocina; otros iban a la fragua, donde nosotros mismos pasábamos horas enteras llevándonos radiadores para soldar. Lo hacíamos incómodamente, pero al menos en una atmósfera soportable. Allí, más de un obrero nos hacía preguntas curiosas:

—¿Hace tanto frío en vuestra tierra?

—Ni hablar.

—¿Cuánto gana un obrero?

—Según. En general, poco...

—¿Uno como vosotros...?

No decíamos nunca la verdad. Hablábamos, en cambio, de los sufrimientos en los regímenes burgueses.

Era sumamente peligroso describir la vida en los países occidentales. Algún año antes, en una de las tantas depuraciones ya mencionadas, había

caído, entre otros, un comunista italiano, estupendo joven y magnífico obrero: Albertini. Nadie supo jamás de qué crimen fuese culpable. Lo mataron una noche en el patio de la cárcel, a dos pasos de la sala donde se hallaba una obrera que, a través de la reja de la ventana abierta, oyó sus últimas palabras. Se atribuyó luego su fusilamiento —como los años de cárcel de otros— a los enemigos trotskistas que habían alcanzado entonces los puestos de dirección de la policía, el Comisariado del Interior, etc. En efecto, estos elementos fueron eliminados en la próxima depuración. Sin embargo, una nueva depuración liquidó a su vez a los que los habían substituído, acusándoles, igual que se había hecho con los otros, de trotskismo, espionaje y demás. Pero es extraño que en todas estas depuraciones no haya sido tocado el agente secreto de la N.K.V.D. que había hecho fusilar a Albertini y encarcelar a los otros que se salvaron precisamente porque sobrevino una nueva «purga».

En Rusia, en cualquier momento, el más pacífico, el más humilde ciudadano, corre el riesgo de ser declarado «enemigo».

Es, sin embargo, sintomático que en las varias oleadas de terror hayan sido sacrificados 180.000 viejos comunistas, es decir, cerca del 75 por ciento de la «Vieja guardia». ¡También ellos enemigos del pueblo!

En 1918, el Partido bolchevique tenía en sus filas cerca de 270.000 afiliados, en su mayor parte jóvenes. En 1939, en la época del XVIII Congreso, según datos oficiales, sobre un total de 1.588.852 inscritos al Partido, sólo 20.000 eran afiliados desde 1918 o antes.

Aun admitiendo que 100.000 —porcentaje demasiado elevado y jamás admitido oficialmente— hayan caído durante la guerra civil, en la época del XVIII Congreso el Partido debía haber tenido 170.000 afiliados de la «Vieja guardia».

Por desgracia, según datos de la misma Comisión de control del Partido, entre 1934 y 1939, habían *desaparecido* 180.000 de ellos...

No se trataba de trotskistas ni de enemigos. Eran obreros, gente que había luchado por la causa del Socialismo, vieja legión de ilusos y de idealistas que constituían un obstáculo a la «sabia política staliniana». ¡Fue muy sencillo eliminarlos!

Gracias al capitán Artamónov, al que dije un día que no lograba comprender cómo tantos comunistas extranjeros se hubiesen vuelto contrarrevolucionarios en la Unión Soviética, supe por qué había sido fusilado Albertini, del cual precisamente hablábamos.

—A veces se hace daño al país sin quererlo y sin saberlo. Se convencerá usted la próxima vez que nos veamos. ¿Qué ocurriría si el Estado no fuese inflexible y el castigo ejemplar?

Cuando volví a verle, Artamónov me puso delante de las narices el interrogatorio del pobre Albertini^[2].

Quedé horrorizado. No creo que Artamónov haya obrado a la ligera; estoy más bien convencido de que me dio a leer el documento con toda intención: severa amonestación para quien, dejándose vencer por la nostalgia y las ilusiones, se aleja de la realidad.

Aquella lectura me fue altamente saludable; la recordaba cada vez que tenía que contestar a preguntas o expresar pensamientos. Albertini había sido sacrificado porque hablando a los obreros rusos de las condiciones de vida de los países occidentales, *los ponía de mal humor, minando su entusiasmo y su capacidad de rendimiento*.

He aquí por qué yo no decía nunca la verdad a los obreros rusos. Una sola vez lo había hecho con uno de ellos; después de haberme escuchado, me soltó:

—¿Y qué demonios queréis más? ¿No ves cómo se vive aquí?

En casa, el frío no era menos intenso que en la fábrica. Hubo un período durante el cual dormíamos vestidos, con el abrigo embutido y con las botas de fieltro. Además, nos echábamos encima los jergones de los compañeros que trabajaban de noche. Así y todo no conseguíamos calentarnos. Las tuberías de la calefacción no habían sido vaciadas y, habiéndose helado el agua en ellas, reventaron. En los cristales, en los rincones de las paredes, sobre los tubos de la calefacción, había un respetable espesor de hielo.

Las «hermanas» vivían en las mismas condiciones y, siendo incapaces de acostarse vestidas como lo hacíamos nosotros, sufrían mucho más.

Un día, con alambre bastante grueso, hicimos una larga espiral que V. se ciñó a la cintura, bajo el pantalón, para sacarla de la fábrica. Fue una

precaución inútil: aquella noche estaba de guardia a la salida una muchacha policía, usbeka de origen, pequeña y graciosa, que nunca nos registraba.

En casa envolvimos la espiral a un ladrillo cuyas extremidades colocamos sobre otros dos, de manera que la espiral no tocara el pavimento de madera. Además, pusimos en el suelo trozos de lata para que las tablas no pudiesen arder.

Cuando todo estuvo a punto, V. dijo:

—Enchufa.

—Que Dios nos las mande buenas.

Temíamos que saltaran los plomos, pero milagrosamente no ocurrió. En cambio, la luz dio un bajón hasta dejar las habitaciones casi a oscuras. Nuestra espiral absorbía casi toda la corriente, lo que significaba un verdadero drama para todos. Era la hora del agua para el té, de la sopa, de los hornillos eléctricos clandestinos.

—Desenchufemos por ahora —dije a V.

Volvimos a enchufar más tarde, antes de acostarnos. El «artefacto» estaba hábilmente camuflado debajo de mi cama; tenía los hilos al alcance de mi mano y en cualquier momento podía desconectar. La luz bajó de nuevo y la espiral empezó a zumbear; parecía un motor lejano. Por la mañana había en la habitación una atmósfera más soportable.

La estufa funcionó por algunos días. Una noche, no supimos a quién ni para qué, se le había ocurrido quitar la hojalata que protegía el suelo de la espiral incandescente; me desperté por las voces y los ruidos procedentes del piso de arriba: había en la habitación una humareda sofocante. Comprendí en seguida de qué se trataba y desconecté rápidamente. Encendí la luz, miré bajo la cama: el suelo ardía. Unos minutos más, y el fuego se hubiera convertido en llamas. También de la pared, a través de la cual pasaban los hilos de la luz eléctrica y que separaba nuestra habitación de la de Liana, salía humo. Desperté a V. y corrí hacia el grifo de la cocina; como de costumbre, no había agua. El pasillo y las escaleras estaban llenos de humo. Recurrimos a la nieve y no teniendo un recipiente al alcance de la mano, me quité el abrigo y con él, V. y yo transportamos nieve, logrando de tal modo apagar el fuego. Después volvimos a tumbarnos tranquilamente, dejando la puerta un poco abierta para que saliera el humo.

No utilizamos más la espiral.

En el piso de arriba seguían buscando la causa del humo. La supieron días después, al hablar de ello nosotros.

Más tarde conseguimos una estufa y, como ya he dicho, madera de la fábrica.

No había visto nunca un cementerio; lo vi el día de la muerte de un chiquillo de nuestro *colectivo*, hijo de un español.

Fue necesario dirigirse al secretario del Partido de la fábrica para obtener una pequeña caja y un camión para el entierro. Esperamos algunas horas antes de que el ataúd fuese terminado y el camión estuviese a punto.

Fuimos al cementerio algunos de nosotros, con el padre del chiquillo muerto. A aquella hora no había más que un enterrador; lo encontramos ocupado en meter leña en una estufa.

—No hay sitio —dijo—; no hay fosas.

No recuerdo qué objetamos y contestó de nuevo:

—Os he dicho que no hay sitio.

—Entonces —preguntó uno de nosotros—, ¿qué hay que hacer? ¿Dónde hay que llevar el cadáver?

—Ése no es asunto mío. Aquí somos dos trabajando y la tierra está helada...

—Podemos ponernos de acuerdo —insinuó alguien—; no se preocupe usted...

Sin descomponerse, el enterrador preguntó:

—¿Cuánto dáis?

—¿Cuánto quieres?

—Dos *bujankas*.

—Pides poco, hijo de... —saltó el chófer ruso que estaba con nosotros.

—Si queréis, bien. Si no, haced lo que os parezca.

—Bueno —dijo el padre del muerto—. Te las daré...

Sacó del bolsillo la cartera.

—No quiero dinero, quiero pan. No tengo tiempo para ir al mercado.

—Vamos —dijo el chófer—; este parásito la sabe larga.

Yo mismo subí al camión, mientras los otros esperaron. Ya era tarde y no fue fácil encontrar en el mercado dos panes enteros. Al cabo de casi una hora volvimos al cementerio. Estaban esperándonos: el enterrador no se había decidido a enterrar al chiquillo. Al entregarle los panes los sopesó y los dejó en un banco cerca de la estufa.

—Vamos —dijo.

Le seguimos llevando el pequeño ataúd hasta una fosa ante la cual se paró; una fosa muy honda en la que había otros cadáveres, el uno sobre el otro, en dos filas. Una de las cajas estaba descubierta y el cadáver tenía sólo la camisa. No es que los rusos entierren desnudos por costumbre a sus propios muertos. Algunos, o muchos, lo hacen a causa de las dificultades económicas; en otros casos son los mismos enterradores los que despojan al cadáver. Y hay mucha gente que, en lugar de al crematorio, los lleva al cementerio.

—¿Qué? —dijo el padre del muerto—. ¿En una fosa con otros?

—¿Y qué quieres, una para ti solo? —contestó el enterrador.

Colocó el ataúd horizontalmente encima de otros dos e hizo caer con las manos un poco de tierra. Era un acto simbólico que bien valía cuatro kilos de pan.

Calculamos aproximadamente que había en la fosa seis cajas y que hubieran cabido otras tantas.

Teresa tenía dieciocho años. Hija de un minero asturiano, había sido enviada a Rusia seis años antes y «educada» en Moscú, en la «Casa para niños españoles», de la Piragóskaia. A los dieciséis, una noche, durante una fiesta, se dejó seducir y junto a su joven amor se fue poco después a una fábrica, a Gorki. Vivieron juntos menos de un año.

Teresa tuvo una niña que murió, según declaró el médico, de tuberculosis intestinal. También la madre contrajo una forma aguda de artritis, luego una enfermedad del corazón y, en fin, tuberculosis. Murió en el verano de 1945.

Cuando llegué a Gorki, Teresa era todavía una mujer llena de salud y trabajaba en una fábrica cerca de la nuestra. Al reñir por última vez con el marido, se trasladó a nuestro *colectivo*, logrando la baja de la fábrica,

puesto que está permitido el no trabajar a las madres con hijos menores de ocho años.

Entonces empezaron sus amarguras.

Había en nuestro *colectivo* una pequeña habitación y en ella Teresa se instaló sin contar con la delegación del Soviet de la barriada. El funcionario encargado de las viviendas había puesto el ojo sobre aquella habitación, y es posible que hasta la hubiese prometido a alguien, esperando realizar una de aquellas ilícitas ganancias a las que da lugar, también en la URSS, la especulación sobre la vivienda. Cuando Teresa se presentó a pedir trabajo en nuestra fábrica, le exigieron, según la ley, un certificado de la delegación del Soviet que atestiguara su domicilio. La delegación se negó a dárselo.

—La habitación es de la fábrica —le dijeron—. Si la fábrica no le da trabajo, nosotros no podemos autorizarla a vivir en ella.

—La fábrica no me da trabajo si usted no me da el certificado.

—Ciudadana, la ley es ley.

Volvió a la fábrica y allí le repitieron: «La ley es ley.»

No es éste el único caso. También en Moscú —lo sé por experiencia personal— le mandan a uno de una oficina a otra, de la «Militzia» a otra institución, y viceversa. Pero apenas se saca algún billete de cien, todo se resuelve como por encanto.

—Es la regla —decía un amigo mío excesivamente mordaz—. Hacen así también los del Kremlin.

A Teresa le faltaban billetes de cien para darlos a los funcionarios. Y tenía, además, una chiquilla enferma. La criatura era un verdadero fenómeno: tragaba vorazmente y al cabo de unos minutos lo evacuaba todo.

La nieve había caído en abundancia y Teresa no tenía ni botas de fieltro ni chanclos. Conocía V. a una joven empleada en la Sección de «Química», Olga. Olga era doctora en Ciencias Químicas, pero todo su trabajo consistía en hacer jabón. Tenía para sí una pequeña habitación con una mesa llena de alambiques y filtros, una estufa térmica, y siempre que íbamos a verla —cosa que hacíamos a menudo, pues se hallaba a dos pasos de nuestra Sección— la encontrábamos con su jabón. Nos daba a nosotros a escondidas, de vez en cuando. Nos apresurábamos a venderlo.

El marido de Olga era ingeniero, joven simpático, como la mujer, que, aun queriéndole mucho, era la amante de su jefe de Sección. Olga no hacía misterio de ello, ni con nosotros ni, creo, con el marido. Gracias a ella se resolvió la situación de Teresa: ingresó en la sección «Química», en el laboratorio de Olga, donde trabajó unos meses. El frío y el andar entre la nieve sin chanclos le ocasionaron un artrismo agudo.

Teresa era un producto típico de la educación soviética. Egoísta sobremanera, sentía poco, o ningún afecto a su criatura y casi se puso contenta cuando la pequeña murió. Era incapaz de tener la habitación limpia y aseada, aunque tuviese tiempo suficiente para hacerlo, puesto que los empleados trabajaban sólo ocho horas. Se entregaba a uno y a otro con sorprendente facilidad, a veces por sacar algo, a veces, simplemente, porque se sentía deseada. En vano las otras españolas intentaron reeducarla.

Los sufrimientos aniquilaron bien pronto su juventud y llegó un día que no pudo trabajar más. Olga, todo corazón, siguió desvelándose por ayudarla. Teresa se fue quedando encorvada, huesuda, cadavérica. En los últimos meses de vida la consumía la nostalgia de los padres, de la lejana España nativa.

—Quisiera morir en mi tierra, entre los míos —decía a menudo—. Moriré en esta estepa maldita, sola como un perro...

¡Pobre chica! ¡Acabó como tantas otras, y, como tantos otros, sin poder decir que el país de la felicidad hubiese hecho de ella una mujer feliz!

Delante de cada salida de la fábrica había un pequeño mercado negro. Pan (en trozos de 400, 300 y hasta de 100 gramos); un vaso de mijo, caramelos a cinco rublos cada uno, azúcar a 10 rublos el trozo (había muchachos que vendían un caramelo, un trozo de azúcar o una manzana); un par de suelas de goma; talones (uno o varios) de las cartillas del pan o del aceite, un pescado salado, un periódico viejo.

Era el mercado de la miseria y, en efecto, le llamaban *Biédni rind*, mercado pobre.

Comprábamos, entre dos, un poco de tabaco por diez, quince, veinte rublos (el precio variaba según la época y el precio del vodka, regulador de la bolsa negra). Al salir de la fábrica, vendíamos cada noche 200 ó 400

gramos de pan (al ser stajanovista, tuve a menudo una ración suplementaria de 200 gramos). En el mercado de Gorki, el pan no costó nunca menos de 150 y 200 rublos el kilo. Con el dinero del pan comprábamos leche, patatas, y, de vez en cuando, cada uno o dos meses, nos permitíamos el lujo de un poco de carne. Hubo una época en que nuestra cena consistía cada noche en patatas fritas. Fritas, es un decir. Habíamos comprado un trozo de tocino que nos duró algunas semanas. No quedaba más que la corteza, de la que seguíamos sirviéndonos: la pasábamos por la sartén caliente y añadíamos luego un poco de agua. No era un manjar muy condimentado, pero en fin... Durante los bombardeos, la corteza desapareció. Cayó una bomba a dos pasos de casa, arrancó unas ventanas y en el dormitorio todo saltó por el aire: también la mesilla donde teníamos las patatas y la corteza. Esto nos entristeció; pensábamos tirar adelante todavía más tiempo. Para comprar otros cien gramos de tocino necesitábamos 200 rublos y 250 costaba un cuarto de litro de aceite de girasol.

En verano teníamos hasta huevos. En lugar de vender el pan se lo llevábamos a los campesinos y aquellos que tenían gallinas cambiaban de buena gana. Una tarde, al sacar los huevos de la mesita, los notamos ligeros como plumas: alguien los había sorbido; en las dos extremidades había un pequeño agujero casi imperceptible. Era éste uno de los inconvenientes de la vida colectiva: no se podía dejar comida en el dormitorio. El hambre no respeta nada.

En el «mercado pobre» se vendían también otras cosas. Los obreros encontraban el tiempo, el modo y el material para hacer pitilleras, peines, resistencias eléctricas, mecheros, que, con la complicidad de las guardias o valiéndose de otras astucias, sacaban de la fábrica. Todos los obreros, rusos o extranjeros, con quienes yo estaba en relación, hacían lo mismo. Era una condición necesaria, indispensable para vivir.

En nuestra sección se hacían capotas para camiones y los asientos de los autos; había, pues, tela impermeable y paño. Una compatriota, L. M., que trabajaba allí, de acuerdo con su jefe, confeccionaba a escondidas gorras, zapatillas, bolsos y otras cosas. Las gorras y las zapatillas las sacaba de la fábrica una compañera rusa a quien se le cedían al precio de 200 rublos. Ella las vendía en el mercado a 400. Otra compatriota, L. R., se veía

obligada a sustraer carretes y madejas de hilo, muy apreciados en el mercado. Los días de pago la vi muchas veces con lágrimas en los ojos: cobraba 100 rublos y a veces menos, después de haber cosido por doce horas al día durante una entera quincena, domingos inclusive.

De la misma sección, una noche —había habido descanso— desaparecieron algunas piezas de paño. La policía investigó, interrogó, más por salvar las apariencias, sin lograr o sin querer lograr nada.

Recuerdo, a propósito, que un día acompañamos a la «Militzia» a un fulano que había robado a una mujer la cartilla y un centenar de rublos.

—¡Sinvergüenza, malhechor! —le gritó el jefe de la «Militzia». Y lo hizo encerrar.

Salimos. Habríamos caminado poco más de quinientos metros cuando el otro nos alcanzó y nos pasó por delante, haciéndonos un típico gesto ruso. Medio litro de vodka, prometido al jefe, le había devuelto la libertad.

En nuestra sección estaba encargado del abastecimiento de víveres —sobre todo del de los jefes, a quienes procuraba no faltase vodka y hasta champán— un tal Pakon. Una vez, Pakon pidió tres días de permiso: tenía que ir a una aldea a más de 300 kilómetros. Con el permiso consiguió también un camión americano, nuevo, flamante, que tenía que servir para el transporte de patatas, compradas a bajo precio en la aldea, para sí y para otros. En lugar de tres días, Pakon se tomó siete; sabía que no le iba a ocurrir nada. A la vuelta organizó en su casa una pequeña juerga que duró hasta muy de noche. Mientras él empinaba el codo con sus invitados, el camión desapareció. Ésta, al menos, fue la versión que dio al descubrirse la cosa. Intentó repetidas veces corromper al personal encargado de la entrega de los camiones, pero éstos tuvieron miedo de otras complicaciones, pues el escándalo era ya del dominio público. La Dirección de la fábrica publicó una orden —*prikás*—, que fue fijada en la sección, denunciando al responsable, despidiéndolo y echándolo de la vivienda que ocupaba. En el *prikás* había también una severa amonestación para el jefe de la sección.

Los obreros, que odiaban a Pakon por haber éste sustraído sistemática e impunemente parte de sus míseras raciones, se frotaban las manos de alegría. Sin embargo, ayudado por el jefe de la sección y por el secretario del Partido, Pakon logró que el tribunal enterrara definitivamente el asunto.

Aún no habían transcurrido dos meses y ya había trepado a un puesto más alto en el ramo del abastecimiento de víveres a la fábrica entera.

El hecho de poder disponer de un camión fue ciertamente decisivo. No hay quien se resista a la tentación de ganar más, sea como sea, para vivir bien o para vivir mejor.

Hace dos años se descubrió en Moscú una verdadera organización de «peces gordos», dirigentes de almacenes y de haciendas. Valiéndose del papel timbrado y del sello de una pequeña fábrica que había sido dirigida por uno de ellos, retiraban mercancías que después hacían vender en el mercado negro.

En Moscú y en otras grandes ciudades existen las famosas tiendas de «especulación estatal», donde se encuentra, a precios astronómicos, todo lo que no hay en las demás tiendas del Estado. Pero la misma mercancía, nueva y del mismo origen, puede comprarse en el mercado negro a precios inferiores a los de las tiendas de «especulación estatal».

No es fácil, desde luego, sustraer del lugar de producción decenas de maletas, de pantalones, zapatos, etc. Se hace, sin embargo, gracias a la organización y a la complicidad que a menudo abarca desde el humilde obrero hasta algunos de los dirigentes.

En las taquillas de teatros y cines se venden pocas entradas. Si hay mil plazas, se despachan 600 billetes. Los otros 400 los dan a precios de especulación, ante la misma puerta del cine, familiares o amigos de los empleados, empezando por el director. Igual ocurre con los libros, con los pitillos y hasta con algunos medicamentos.

Durante mi permanencia en el Hospital, en Moscú, una doctora, excelente y afable mujer, me dijo que necesitaba unas inyecciones de glucosa. «Lástima que aquí no tengamos —añadió—. Quizá las haya en el mercado. ¿No tiene usted dinero?»

Un viejecito, en la cama de enfrente, habiéndolo oído, me preguntó si quería comprar las ampollas de glucosa. Tenía un hermano empleado en una farmacia y podía proporcionármelas, desde luego al precio de la bolsa negra. Dos días después las tuve.

En esta mecánica de la especulación y de la ganancia ilícita, hacia la que los más se ven empujados por la necesidad, están atrapados casi todos:

el obrero y el jefe de oficina, el chófer y la mujer del general que vende joyas y relojes traídos por el marido de uno de los países «liberados» y que hoy, a causa de su ostentación, es el blanco de la sátira popular. Sátira que, aunque reprimida, serpentea entre la población.

El extranjero, que al principio considera denigrante tales expedientes, se ve tarde o temprano obligado a recurrir a ellos, aunque sea con repugnancia, y acaba por habituarse como a una de las más sencillas, lógicas y normales operaciones.

Un tiempo fueron materia de nuestra especulación las bombillas fundidas de alto voltaje. Fue éste un descubrimiento de J., el amigo de Vália, del que ya he hablado. Al ser licenciado de la N.K.V.D., volvió a su puesto en la fábrica, donde, conociendo como ningún otro el oficio, fue nombrado jefe de nuestro grupo. Trabajaban entonces conmigo el marido de Liana, otros dos españoles, también licenciados del Ejército, y el joven ruso Igor, que tantas lecciones nos dio sobre el modo de vivir en Rusia. Pero nunca sabíamos bastante.

J., como jefe de grupo, no trabajaba. Se sentaba cerca de la ventana, en un taburete sobre el que había puesto el asiento de un auto y charlaba con nosotros controlando al mismo tiempo nuestro trabajo. Un día salió volviendo al rato con una gruesa bombilla fundida. Empezó a darle vueltas y cuando las dos extremidades de la gruesa espiral volvieron a juntarse, aplicó la corriente, la lámpara se encendió y la espiral quedó soldada. En tal modo aquella bombilla podía aún arder algún tiempo.

J. sonrió. «Compañeros —dijo—, tendré en casa una lámpara maravillosa.»

Entonces, todos, empezamos a acaparar lámparas de ésas, pidiéndolas al depósito de material eléctrico. Tratándose de bombillas fundidas no tenían inconveniente en dárnoslas.

Poco a poco, fuera de la fábrica, el círculo de los que querían estas lámparas se ensanchó, porque las bombillas son también una de las cosas que escasean y es difícil encontrarlas hasta en el mercado negro.

Así empezó nuestro «comercio». Se sacaban de la fábrica con relativa facilidad. Nos atábamos un hilo a la cintura, soltábamos un poco el pantalón y en el vacío que quedaba en la parte posterior colgaba la bombilla. Una

tarde, al salir precisamente ante las guardias, J., resbaló sobre el hielo. En vano intentó doblarse dislocándose casi un brazo. La bombilla se rompió, y se rompió ruidosamente, aunque el estallido fue bastante atenuado por los pantalones. Las guardias detuvieron a J., también porque las incontenibles y juveniles carcajadas de Liana les irritaron aún más. Llevado al puesto de guardia, J. afirmó tratarse de una bombilla fundida que llevaba a casa para «zurcir calcetines», pero el jefe del puesto no se convenció.

—Desabróchate —ordenó sin cumplidos.

No valieron protestas. El jefe vio que tratábase, en efecto, de una bombilla, pero nadie podía demostrar que estuviese fundida; antes bien, el hecho de llevarla escondida hacía suponer lo contrario. Le retiraron a J. el carnet de la fábrica. Tuvo que ir al Dispensario a que le quitaran los incontables trozos de cristal que se le habían clavado en la carne. Nos contó luego que la doctora, una joven judía ucraniana, reía con todas sus ganas.

—No comprendo de qué puede servir una bombilla fundida —le dijo.

—¡Eh! —le contestó J.—. Sirven, sirven.

Y con su pintoresca fantasía mediterránea le describió la luz que desprendía «la lámpara maravillosa». La doctora le concedió cinco días de descanso.

—Oiga usted —dijo riéndose al firmar el «boletín»^[3]—, ¿no podría traerme una de esas lámparas?

J. aprovechó los cinco días para enterrar el asunto, ayudado por el jefe de la sección, que le quería mucho y que se tronchó de risa.

Era yo uno de los pocos obreros que trabajaban a salario fijo. Me llamaron un día a la «oficina económica», donde me dijeron que tenía que trabajar a destajo.

Ya me había chocado que en el país del Socialismo se empleara esta forma de trabajo y de retribución. Es explicable que, para alcanzar el objetivo de una mayor producción y riqueza —sin lo cual no hay socialismo concebible—, el Estado haya impuesto el trabajo a destajo. Lo que no se explica es que sean obligados a ello, y para producir más, precisamente los obreros de un país del cual, teóricamente, ellos mismos son los dueños y donde, por lo tanto, trabajan para sí mismos. Esto puede significar: que los

obreros, de hecho, no son dueños de un pito, razón por la cual, siendo mal retribuidos, no tienen interés en producir más, o que el Socialismo, el ruso, por lo menos, no constituye para ellos un incentivo. En verdad, se trata de las dos cosas y la una es consecuencia de la otra.

Lo que garantizaba la participación de los trabajadores en la *posesión efectiva* de la riqueza nacional y en el poder era precisamente aquella «tontería» que se llama «control obrero». Es posible —quizá sea ésta una de las más serias experiencias de la Revolución rusa— que dicho control constituyera un obstáculo a la producción y a la misma administración de la riqueza y que, para la realización de esta tarea, se tuviera que prescindir de ellos. Pero es asimismo evidente que, desde el momento en que el Socialismo se despoja de este hábito de suprema democracia, firma su propia sentencia de muerte. Y que no se nos venga hablando de «virajes tácticos», de «contingencias» y de otras cosas parecidas. Un viraje de tal género ha sido, en primer lugar, un factor que no podía dejar de influir en la moral de una clase obrera llamada a construir una nueva sociedad; él ha hecho *tabula rasa* de los principios revolucionarios.

En segundo lugar, tal «viraje táctico» ha dado lugar al resurgir de los privilegios, a la formación de una nueva casta, a una diferenciación, que se hace siempre más profunda, entre ésta y la clase obrera, al desarrollo de una nueva mentalidad, que más tarde había de ser —¿cómo no?— el elemento propulsor de las radicales metamorfosis que, aunque lentamente, la sociedad soviética ha sufrido y continúa sufriendo. La nueva casta, o la de los nuevos amos, es la burocracia de los técnicos, que, entre paréntesis, tienen hoy el predominio también en el Partido. (Es sintomático que, desde marzo de 1939, el Partido Bolchevique no haya celebrado un solo Congreso, lo que ayuda a comprender cómo el poder tiende a ser siempre más ilimitado cuando se ejerce sin el freno de la crítica, del control, de la democracia operante.)

Cualquier joven llevado a la Dirección de la fábrica, a la Administración de la hacienda, se siente un pequeño rey ante sus subordinados, condenados a la obediencia ciega y al silencio. La responsabilidad ante sus propios superiores —y el terror que puede alcanzarle si las cosas no marchan en el sentido indicado desde arriba— no

hacen, en todo caso, sino empujarle en la vía de la autoridad indiscutible y despótica. Es cierto que él procede de las filas de la clase obrera; es cierto que es hijo de la revolución. Pero ello ¿qué justifica? La actual burguesía francesa ha nacido también de una revolución. Y si el parangón no es del todo exacto, es sólo porque esta nueva casta rusa es una burguesía *sui generis*. No tiene capital para invertir, pero administra las fábricas donde es dueña absoluta, gozando, ante el malestar y la miseria de los más, de los infinitos privilegios que se ha hecho reconocer por el Estado socialista y por el Partido revolucionario, de los que hoy constituye la osamenta.

Cuando se habla de incentivos socialistas y de las dificultades encontradas por los dirigentes rusos en la «edificación del Socialismo», se suele citar entre las últimas el «bajo nivel político de la clase obrera, cuyas filas se han alimentado de elementos campesinos llegados a la industria voluntariamente o movilizadas ex profeso». Es cierto que el nivel político y cultural de los obreros, en general, es muy bajo a pesar de las frecuentes conferencias de los propagandistas del Partido, que repiten siempre y en todas partes las mismas cosas. Pero es el caso de preguntarse si, más que los funcionarios encargados de la propaganda oficial, el vehículo eficiente para una educación política no serían precisamente aquellos idealistas revolucionarios, obreros en su mayor parte, que habían abrazado la idea del Socialismo antes de la insurrección o en el curso de la guerra civil, y que, uno tras otro, fueron sacrificados a decenas de miles durante las depuraciones.

La contestación que el comunismo oficial suele dar es que, no estando de acuerdo con la política de Stalin, se habían convertido en «contrarrevolucionarios y espías a sueldo de las potencias extranjeras...»

Volvamos al trabajo a destajo. La misma «oficina económica» fijó las bases. Intenté hacer comprender al jefe de la oficina que lo que se proponía era absurdo, puesto que mi trabajo dependía de la cantidad de material deteriorado, que no siempre era la misma. En segundo lugar, el tiempo empleado en reparar un dínamo o en soldar un radiador no podía ser siempre el mismo. No alcanzaba a comprenderlo. Para demostrarle mi tesis le presenté dos dínamos.

—Mire usted —le dije—. Ésta se repara en cinco minutos: no hay más que soldar. Para esta otra, en cambio, necesitaré unas horas. ¿Cómo puede usted fijarme un mínimo de producción y la misma compensación para quince minutos y para cuatro horas de trabajo?

—No importa —fué toda la contestación del compañero.

Como jefe de la «oficina económica», él tenía la tarea de extender a la mayor parte posible de los obreros de la sección el trabajo a destajo y a fin de cumplirla no se iba a parar ante tales «tonterías».

—Trabaje usted a la manera «stajanovista» —fueron sus palabras definitivas.

Al principio los precios fueron más bien elevados. Por una dínamo, por ejemplo, me pagaban cincuenta rublos; por un radiador, sesenta. Pero esto duró muy poco. A la vuelta de algunos meses estas bases fueron reducidas a un mínimo irrazonable, es decir, a 5,25 y 6 rublos, respectivamente.

Después de tres meses de trabajo a destajo, durante los cuales había llegado a dar más del doscientos por ciento del mínimo de producción fijada, me proclamaron «stajanovista de guerra». El salario base llegó al mínimo; en cambio, nos elevaron la norma de producción. Razón por la cual, entre el material que teníamos que reparar y que se acumulaba ante nosotros, tanto mi compañero como yo, escogíamos lo que nos parecía más sencillo y requería menos trabajo.

Tratando del trabajo a destajo, Carlos Marx escribía que *«el interés personal empuja al obrero a activar lo más posible su fuerza, lo cual permite al capitalista elevar más fácilmente el grado de intensidad del trabajo.»* Lógicamente, la producción aumenta, pero *«el aumento de la producción —añade Marx— es seguido por la disminución proporcional del salario.»*

Es precisamente lo que ocurre en la Rusia «socialista». Con la agravante de que el trabajo a destajo está realizado en condiciones tales que permite al Estado —que en este caso es el capitalista— imponer a los trabajadores condiciones miserables. Esto es posible en un país donde la explotación del hombre por el hombre ha sido oficialmente abolida y sustituida por otra, quizá más inicua y brutal: la del Estado, un Estado, por añadidura, sin la rémora de la crítica, del Parlamento, de la fiscalización.

En cualquier país, menos en los de regímenes dictatoriales, existen el derecho a la protesta y la acción del Sindicato. En Rusia, no sólo ha sido liquidada la única garantía de los obreros, es decir, el control que ellos mismos ejercían a través de los Comités, sino que siendo los Sindicatos un verdadero apéndice de la burocracia estatal, no hay ni que pensar en la defensa por parte de ellos de los intereses de los trabajadores, ni en la protesta organizada.

El Sindicato se ocupa de todo menos de esto. Los salarios, la base del trabajo a destajo, las condiciones en que se produce, son atribuciones a las que los Sindicatos soviéticos renunciaron desde hace tiempo, dejándolas completamente al jefe de la Industria, con el fin de «*establecer una única autoridad y asegurar la economía de la administración*». Éstas son las explicaciones dadas por el órgano periodístico de los Sindicatos, el *Trud*.

Producir más del mínimo establecido, en Rusia significa trabajar según el método stajanovista, pero significa también realizar un esfuerzo mayor y ganar menos.

¿Cuáles son los orígenes del stajanovismo?

Un día del año 1933, un joven minero del Donetz, Alyexei Stakhanov, se dio cuenta —¡nada menos!— que en la escuadra en la que trabajaba se hacían accionar las perforadoras automáticas sólo durante una parte del tiempo del turno del trabajo, empleando el resto en el transporte del carbón extraído.

Stakhanov pensó —¡nada menos!— que la escuadra hubiera conseguido un rendimiento mayor en la producción si hubiese dividido el trabajo, es decir, si lo hubiese racionalizado. De tal manera, las perforadoras hubieran trabajado continuamente, mientras otros obreros hubieran transportado continuamente carbón.

En Europa, en el año 1933, esto, desde luego, no hubiera sido el descubrimiento de América, pero lo fue en Rusia. Y así, la escuadra de Stakhanov extrajo en seis horas más de cien toneladas de carbón, en lugar de las seis o siete toneladas que extraía antes.

La industria soviética necesitaba racionalizarse y el sistema de Stakhanov fue aplicado y estimulado en todas partes. En aquel tiempo se alcanzaron pagas mensuales de más de 2.000 rublos.

Cuando el sistema fue empleado en la mayor parte de las empresas y acogido con entusiasmo por los obreros, que realizaban con él mayores ganancias, intervino el Estado, adaptando la cuota mínima de producción a la nueva forma del trabajo racionalizado. Así, en la mina donde trabajaba Stakhanov, la cuota mínima de producción, que era de siete toneladas de carbón al día, fue elevada a 200. ¡Las ganancias, los salarios de 2.000 rublos, pasaron a la historia!

El destajo dio origen a un curioso personaje de la burocracia soviética: la «*norminóv* chica», funcionaria, armada de cronómetro, que controla el tiempo invertido por el obrero en terminar un trabajo, teniendo en cuenta la velocidad con que lo ejecuta. Los cálculos y las observaciones de la «*norminóv* chica» sirven luego para reducir los precios y elevar el mínimo de producción.

En 1947 fueron introducidos mínimos llamados «normas medias progresivas».

Se fijan sobre la base de lo que tiene que rendir una cierta máquina, con un consumo x de energía y de materia prima, a la cual ha de corresponder una producción x . Además, ha sido adoptado como mínimo general de producción el máximo realizado por un obrero de una categoría dada. Si, por ejemplo, la norma de un tornero es de 20 y un tornero de cualquier fábrica produce 40, el mínimo de la misma producción será elevado a 40 para todos los torneros.

Es posible que, teóricamente, este sistema dé una producción mayor; es lícito, sin embargo, afirmar que, dada la organización soviética y su enorme aparato burocrático, será causa de un nuevo confucionismo, sin conseguir, por lo demás, los resultados apetecidos.

Cualquiera puede hacerse una idea de cuáles serían los mínimos de producción impuestos en la fábrica por el hecho de que, según datos oficiales, en 1941 el 32 por 100 de los trabajadores no habían podido cumplirlos.

La generalización del trabajo a destajo no hizo sino agudizar las diferenciaciones. En un primer tiempo los dirigentes rusos creyeron suficiente abrir este escape para dar a los trabajadores aquel estímulo que no había dado la edificación del «socialismo», pero no fue así. El obrero

que trabajando doce horas al día gana 600 rublos —que no le bastan para vivir— estará falto de estímulo, igual que el que gana 400.

La diferenciación no ha producido una aristocracia de obreros calificados con altos salarios y obreros sin calificar con salarios bajos: ha dejado las cosas casi como estaban, en el sentido de que todos se encuentran ante una realidad: la de ganar poco, lo cual, por otra parte, no empuja a la especialización y a la calificación. Donde, en cambio, la diferenciación es notable, y demasiado notable, es entre obreros y dirigentes.

Uno de los principios fundamentales del leninismo para la protección del Estado socialista era aquel de la «renta máxima». Ningún miembro de la burocracia del Estado debía percibir un salario superior al de cualquier trabajador, y esta idea de la igualdad fue tomada a la letra en los primeros años de vida del régimen soviético. Más tarde se comprendió que ello era nocivo al desarrollo de la producción, por cuanto suprimía el estímulo. En su discurso de junio de 1931, Stalin declaró la guerra a la *uravnilóska*, es decir, a la igualdad de las pagas, «nociva a la producción socialista».

Desde este momento la diferenciación tomó caracteres cada vez más insultantes. Si se compara la paga de un obrero y el sueldo de un director o ingeniero jefe de una fábrica, se verá que el segundo es de cien a trescientas veces más alto que la primera, según la importancia de la fábrica.

Veamos ahora cuáles son las posibilidades de una mayor producción, objetivo supremo que la administración soviética se proponía alcanzar con la aplicación del trabajo a destajo.

Los rusos han hecho esfuerzos verdaderamente grandiosos por crear una industria. Han surgido fábricas y ciudades allá donde antes había estepa; costaron a la población sacrificios y sufrimientos sin nombre, pero la industria ha surgido, y si no está al nivel de la de los países técnicamente más adelantados es a causa de las condiciones en que tiene que desarrollarse, y, además, del sistema de organización, que, por muy absurdo que esto parezca, frena en cierto modo su desarrollo. En cada fábrica, en cada establecimiento industrial, por muy dotados que estén de buena maquinaria, siempre faltan elementos necesarios al trabajo. Y las más de las veces se debe a la deficiente organización. Es normal que el obrero tenga

que ir en busca de instrumentos y de material, lo que significa pérdida de tiempo y de ganancia y, en definitiva, daño para la producción. El obrero que necesite, pongamos, un serrucho metálico, un taladro, etc., tiene que dejar su puesto de trabajo y a veces recorrer toda la sección para llegar al almacén, donde, mediante consigna del carnet, le entregan la herramienta que necesita. Pero no siempre hay a disposición del obrero lo que él quiere. Lo mismo pasa con el material.

Ahora bien, si el trabajo se hace a salario fijo, todo esto redundaría en perjuicio del Estado, ya que el tiempo perdido es causa de una menor producción; pero siendo el trabajo a destajo, el perjuicio es también para el obrero.

Sin embargo, no es esto sólo lo que entorpece la producción; es, sobre todo, el mismo sistema de centralización absoluta la causa de una producción deficiente y a menudo de gastos inútiles, que luego repercuten en la economía general, aumentando la paralización de las fábricas, paralización que se intenta cubrir pagando salarios de hambre. Las «contraórdenes» son un hecho normal, característico del centralismo estatal. Se ordena a una fábrica una determinada producción, lo cual a veces origina serias modificaciones en una parte de su montaje técnico, y ocurre que, a veces, cuando ya se ha empezado a producir, llega una contraorden: volver a la producción habitual. Planes, contraplanes, modificaciones, material que por las mismas causas llega con retraso a los establecimientos que han de utilizarlo, etc., son algunas de las causas que entorpecen el aumento de la producción y de la riqueza.

Moscú quiere dirigir, decidir y controlar. Un ejército de funcionarios que al principio de la guerra alcanzaba casi los *doce millones* —después de la guerra ha aumentado sensiblemente—, devora cerca del 40 por 100 de la renta nacional. Donde bastarían cuatro empleados, hay cuarenta. La burocracia soviética es un monstruo extraordinariamente prolífico: se crean nuevos Ministerios, aumenta el número de los empleados, y si al cabo de algún tiempo salta a la vista que los nuevos Ministerios están de más, se liquidan, se echa al cubo de la basura al camarada ministro, pero los empleados se deslizan en otros organismos. El funcionario ruso tiene horror a la fábrica.

Lo grave es que esta *intelligentzia* constituye hoy en día una clase con un peso siempre mayor en la vida y en la orientación de la política rusa. Entre sus miembros se ha creado un espíritu de solidaridad tal que ellos consiguen a menudo minimizar sensiblemente, cuando no anulan del todo, las decisiones del Gobierno. Es un grave problema, uno de los más serios, pero insoluble.

En la primavera del 41, Malenkov, Vicesecretario del Partido, puso sobre el tapete el problema de la liquidación de la burocracia. En los meses que precedieron al inicio de la guerra no se hizo nada y después de la guerra no hay indicios que hagan creer que se resuelva. Todos saben, sienten, que es necesario simplificar, desbrozar el aparato burocrático, pero no se consigue hacerlo.

En el invierno del 46 una circular reservada del Gobierno y del Comité Central del Partido ordenaba la reducción del veinte por ciento de los empleados. A juzgar por cómo la orden fue aplicada en Radio Moscú, donde entonces yo trabajaba y donde los empleados, redactores, locutores, contables, etc., subían a no menos de 2.000, puede deducirse que la tentativa de reducir los empleados resultó vana. Fueron despedidos unos pocos, pobres desgraciados, que hallaron muy pronto la manera de situarse en otro sitio. Toda esta gente, con su tradicional lentitud, con su mentalidad, no hace sino acumular papeles y papeles, es causa de pérdida de tiempo y entorpece hasta lo inverosímil el ya lento sistema de la administración centralizada.

Y esto no es todo. Si los Ministerios quieren dirigir, decidir y controlar, los órganos de la Seguridad del Estado —hoy Ministerio «M.G.B.»—, meten la nariz en todas partes, vigilan los Ministerios e imponen su voluntad. Valga un ejemplo: el montaje de los camiones americanos, al que antes me he referido, se había hecho siempre en la sección «Cadena principal». Obedeciendo a órdenes superiores, se creó más tarde una sección especial llamada «Z.I.M.» —Sección máquinas importadas—. Nuevos dirigentes, nuevas oficinas, otro personal, más papeles y más gastos. Duró pocos meses. Luego el «M.G.B.» impuso que el trabajo se hiciera de nuevo en la «Sección principal», a la cual —¡cómo no!— pasó

casi todo el personal burocrático que había sido empleado en la otra sección.

Toda la economía soviética es un sistema coordinado, al menos en teoría, en los límites de los medios de que dispone. Es evidente que las condiciones de una producción planificada, aun en un régimen como el soviético, no excluyen la disciplina en el trabajo y, por lo tanto, la jerarquía. Antes bien, puede afirmarse que es necesaria una disciplina mayor, que el Gobierno ruso, a fin de llevar a cabo la industrialización y los planes quinquenales, no vacila en imponer con medidas sobremanera drásticas. Un obrero que llegue tarde al trabajo y que dé poco rendimiento puede ser despedido sin previo aviso (Ley del 29 de diciembre de 1939) o enviado a trabajos forzados (Decreto de 24 de julio de 1940). Esta última sanción puede ser aplicada también al obrero que manifieste negligencia o que se ausente del trabajo sin autorización. El despido lleva consigo la pérdida de la casa-habitación y de las cartillas de racionamiento y la imposibilidad absoluta de ocuparse en otro sitio.

Ahora bien, es lógico que para imponer una disciplina se necesita, además de las leyes, una jerarquía. Así, pues, del capataz se llega al jefe de sección y al director de la fábrica. Las autoridades supremas de la fábrica son: el director y el secretario del Partido, así como en cada sección son el jefe de ésta y el secretario de la organización del Partido en la misma. Habiendo desaparecido los Comités de fábrica o Consejos obreros, el control obrero en la administración y en la producción ha dejado el puesto a las funciones de las jerarquías que, en algunas ramas, tienen la característica del uniforme, de las estrellas, de los galones, etc. Van de uniforme los ferroviarios, los aprendices, y últimamente han sido creados grados y distintivos para los trabajadores de las minas.

La función de los Sindicatos en las fábricas es esencialmente burocrática y se limita a cobrar la cotización y a fijar el salario que hay que percibir en caso de enfermedad. Éste va del 35 al 65 por 100 del salario nominal, según los años de pertenencia al Sindicato. Pero un obrero afiliado de ocho años, en caso de enfermedad, percibe el 75 por 100 del salario sólo si durante los ocho años ha trabajado en la misma fábrica. Si procede de

otro sitio, pierde de hecho la antigüedad y, a todos los efectos, ésta cuenta desde el día de su ingreso en el nuevo trabajo y de la inscripción en el Sindicato del lugar.

Este sistema, que tuvo su justificación cuando se trataba de evitar el desplazamiento voluntario de un trabajo a otro y de una fábrica a otra, hoy que esto ya no es prácticamente posible, constituye una verdadera monstruosidad. Ejemplo: durante los años en que estuve trabajando en la Casa de chicos españoles, pertenecí al Sindicato de Enseñanza; pero cuando me enviaron a trabajar a la fábrica tuve que inscribirme de nuevo en el Sindicato de la misma, sin que se me reconociera la afiliación de los tres años anteriores. Cuando en el 46 fui enviado a trabajar a Radio Moscú ocurrió lo mismo, y, al ponerme enfermo durante dos meses, cobré del Sindicato el mínimo, sin que me valiesen de nada los ocho años que llevaba en los Sindicatos soviéticos.

Los conflictos entre un obrero y su jefe —los conflictos colectivos no son admitidos— se resuelven por vía jerárquica, teniendo presente que hay que salvaguardar el principio de autoridad.

Entre las cosas de que se ocupa el Sindicato figura la distribución de vales para vestuario y calzado. Para comprar un par de zapatos o de calzoncillos el obrero ha de recurrir a la bolsa negra o a las tiendas de «especulación estatal». De vez en cuando la fábrica o la institución en la que se trabaja distribuye vales con los que se puede adquirir algo a precios razonables. Pero esto se hace sólo en parte. Prácticamente ocurre que si hay 400 vales para zapatos, por lo menos 200 van a parar a manos de los funcionarios del Sindicato y del Partido, de sus protegidos y de las secretarías, que todo jefe procura siempre complacer; es difícil encontrar una que no sea agente del «M.G.B.». En realidad, éstos no tienen grandes necesidades; son los únicos vestidos y calzados decentemente. Pero un par de zapatos pagados a 100 rublos se venden en la bolsa negra por 1.000 y más... Sin duda esto no se hace con maldad hacia los obreros que realmente tienen más necesidad; es, sencillamente, la vida, que está hecha así y que obliga a aprovechar toda posibilidad —en perjuicio de los más débiles— para vivir o para vivir mejor.

En tres años de fábrica recibí vales para un par de zapatillas, un mono y un par de chanclos. Otros obreros, ciertamente, habrán recibido más, pero no mucho más.

Ocurre además que muchos venden sus vales porque carecen de dinero para comprar la mercancía. La venta de los vales se hace en la misma fábrica, en los «mercados pobres», a la salida de la fábrica o en la misma tienda. Sin embargo, el solo vale no basta para recibir los zapatos o lo que sea; hay que entregar unos talones de la cartilla especial para ropa. Generalmente, esta cartilla se reparte una vez al año, o no se reparte; o no la reciben todos, lo cual es motivo de otra especulación.

Por efecto de las leyes que regulan la disciplina en la fábrica, engrosa continuamente el ya numeroso ejército de los condenados a trabajos forzados. Después de los bombardeos de la fábrica de Gorki, unos miles de ellos fueron empleados en su reconstrucción. Llegaban por la mañana en columnas, escoltados por los soldados de la N.K.V.D. y vigilados por perros policías. Hombres, mujeres y hasta muchachos —es conocido el decreto de 7 de abril de 1935 que extiende la pena capital hasta a los muchachos de más de doce años^[4]—, sucios, harapientos, esqueléticos, formaban un cuadro que ninguna fantasía humana puede imaginar. No recibían de la fábrica ni salarios ni comidas, trabajaban doce horas bajo la mirada vigilante de los guardianes y sólo por la noche, al volver al campo, hallaban una sopa.

En Gorki y sus alrededores hay muchos campos de trabajos forzados, numerados como sigue: 7.117, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 12; y 7.469, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 14. Sin contar los de las regiones árticas, hay actualmente en Rusia cerca de 900 de estos campos, 103 de los cuales pertenecen al Ejército. Su población total se calcula en unos veinte millones.

En la sola región de Moscú hay 53 campos de trabajadores forzados.
¡Gloria a la civilización socialista!

Por compañeros desmovilizados conocimos la situación en la que se hallaban numerosos españoles en algunas ciudades del Asia Central: en Samarkanda, Taskent, Kokán. Sólo en esta última ciudad habían muerto por

inanición, a juzgar por los atestados médicos, 90 de ellos, hombres, mujeres y niños.

En Taskent y Samarkanda los jóvenes españoles formaban bandas de malhechores y en algunos casos organizaban bandas aparte, en lucha con las otras. En Taskent, una de ellas obligó una noche al público a desalojar un cine. Rapiñas, asaltos a mano armada, homicidios, estaban a la orden del día. Algunos jóvenes, detenidos, murieron en la cárcel. Entre ellos, unos de la Colonia de Eupatoria. Recuerdo el nombre de dos: Manuel Sánchez y Luciano Bartolomé.

En Kokán la gente era amenazada y saqueada en pleno día. Algunas españolas fueron obligadas a despojarse del abrigo, del vestido y de los zapatos; les agradecieron, sin embargo, a los malhechores el no haberlas desnudado por completo.

Todo esto, contado por otros que a su vez lo habían oído decir, era casi increíble. Sin embargo, cuando en el 45 volví a ver en un *sovjos* de Crimea a algunos viejos amigos, tuve, hecha por ellos, una exacta descripción de las condiciones en que habían vivido y de las gestas cometidas por los jóvenes educados en la «patria soviética». Vi, entre otros, a cierto Mercader, buen obrero valenciano, altamente calificado. Me costó reconocerle. Los sufrimientos morales y materiales le habían ocasionado serios trastornos mentales. (Igual les ocurrió a otros, entre ellos a Rafael Millá, viejo dirigente obrero de Alicante.) En Kokán, Mercader buscaba entre la basura sobras y desperdicios, y él mismo no tuvo inconveniente en hablarme de sus «manías». Cazaba ranas que luego disecaba, cosa que hacían más o menos todos, y que provocó el odio y la ira de los lugareños, que los bautizaron «hebreos», pegándole a más de uno. Mercader, además, había tomado gusto a la carne de ratón, prefiriendo de éste la cabeza. No hizo de ello ningún misterio. «Es exquisita», me aseguró. Si lograba un poco de arroz o de trigo, contaba los granos. «Tengo tantos granos. A tantos al día, podré seguir adelante por tantos días.»

Últimamente quería vivir apartado de todos y morir en paz. A esto se han reducido sus ambiciones. No sé lo que ha sido de él. Le dejé en el 46, solo, en una miserable «jata» —casita de barro que consta de una sola pieza— en un *sovjos*.

Volví a ver también a un joven radiólogo madrileño, Jorquera, que en Kokán había contraído una tuberculosis. Sobrevivió matando perros y comiendo la grasa, que dicen es óptimo alimento para los tuberculosos; tan es así que parte de ella la vendía a otros enfermos. Junto con el famoso «Campesino», el cual dedicábase también a la caza de perros, vendía parte de la carne. Jorquera está ahora en un sovjos de Crimea, donde de noche guarda las vacas y de día hace de zapatero remendón.

Vi también a C. Manzana, de la que hablé al principio. Me contó en qué situación se habían quedado ella y el marido, hambrientos y llenos de piojos, confirmándome que, en efecto, habían hecho saltar los dientes de oro al cadáver de Montero para poderle enterrar.

En Kokán la gente tenía tal familiaridad con la muerte que algunos lograban hasta determinar cuántos días iba a resistir uno y cuántos otro. La gente moría por la calle, sencillamente, sobre todo de noche. Por la mañana pasaban los carros a recoger los cadáveres.

«De vez en cuando —me decía uno— teníamos un pequeño racionamiento. Una vez, al cabo de muchos meses, nos dieron pasta: la devoré toda de una vez —tres kilos— con mi mujer y el chiquillo.»

Al hambre se añadía la temperatura, que en verano alcanzaba los 80 grados de día, mientras por la noche hacía frío. Bastaba poner al sol un recipiente con agua para que al rato estuviese tan caliente que no se podía tocar.

En esta situación y en este ambiente se desarrolló mucho la corrupción, sobre todo entre los numerosos jóvenes de Taskent y Samarkanda. También en Tiflis, donde habían sido enviados unos cientos de jóvenes, hubo robos y rapiñas. Pero lo que despierta sobre todo piedad e indignación es la suerte de algunas chicas que se prostituyeron y acabaron en la cárcel. Otras se unieron con malhechores del lugar.

En el «Barrio Americano», en una de las casas obreras, vivía una de las tres italianas escapadas a la depuración y de quien ya he hablado. Debo a ella la descripción de la vida en las cárceles soviéticas. Era una mujer de unos cuarenta y tantos años, pero fuerte aún, a pesar de todo lo que había padecido. Durante una de las «purgas» fue detenida, y de nada le valió su

pasado de comunista, ni el hecho de que el marido se hallase en la cárcel en un país fascista, ni los muchos premios que había recibido de la dirección de la fábrica, donde se le apreciaba como a una de las mejores obreras por su capacidad y su entusiasmo.

En la cárcel vivía en una celda no muy amplia donde seis personas dormían en tres camas. En realidad no eran camas; se trataba de tablas apoyadas sobre caballetes y encima de las cuales colocaban los jergones. «Teníamos que dormir de modo que, desde la puerta, el guardián pudiese ver nuestras caras, es decir, alineando las camas —todas juntas— en medio de la celda. Había que acostarse y dormir boca arriba, de cara a la puerta. Ocurría que alguien, durante el sueño, se daba la vuelta, aunque era difícil hacerlo, pues estábamos como sardinas en bote. Cuando el guardián se daba cuenta, llamaba a la puerta, despertándonos a todas para que la que fuera volviese a la posición “reglamentaria”.

»Cada noche oíamos los gritos desesperados de los detenidos sometidos a interrogatorios e *inducidos a confesar*. A veces era la voz de una persona conocida, de amigos, de compatriotas, o me parecía a mí que así fuese. Con frecuencia oíamos gritar: “¡Compañeros, me matan; soy inocente!” Luego los tiros de pistola en el patio de la cárcel, al que daba la ventana de nuestra celda...

»Nos daban medio litro de agua al día a cada uno; con ella había que lavarse y beber. Estaba prohibido pasearse, estaba prohibido hablar; lo hacíamos susurrando de modo que desde la puerta no se nos pudiese oír.

»Por la mañana, después de hacer la limpieza de la celda, teníamos que sentarnos y quedar así hasta la hora del rancho. Prohibido apoyarse con las espaldas a la pared; prohibido cruzar las piernas. Después del rancho volvíamos a la misma postura hasta la noche. Ni siquiera se nos consentía trabajar.

»Así pasaron tres años, contados día tras día y hora tras hora. Había conmigo dos mujeres trasladadas de la cárcel de Moscú. Una era vieja comunista y funcionaria del Comité Central del Partido; había perdido al marido y a dos hermanos, caídos en el frente durante la guerra civil. La otra era profesora, hija de un viejo revolucionario a quien quizá su avanzada edad había salvado de la “purga”. La primera enloqueció, como decenas de

otros detenidos. No sé qué habría contestado al guardián; la castigaron a estar de pie horas y horas. Pasó el día y la noche y la mañana siguiente; hasta tenía que comer de pie. Sus piernas ya estaban hinchadas, lívidas, pero resistía aún. De repente se oyó desde el pasillo al “Cólera”. Llamábamos así a un disco que hacían oír de vez en cuando. Empezaba con una musiquilla alegre a la que seguía una copla cómica; todo el resto era una carcajada, primero la del cantante, luego la del público. En las condiciones en que nos hallábamos, bajo la amenaza de ser liquidadas cualquier día, el “Cólera” fue siempre fatal a más de una. La compañera castigada empezó a reír, luego cayó al suelo, pero no paró de reír. Nos apretamos la una a la otra cuanto pudimos. Era una manera de infundirnos fuerza recíprocamente, y para ello bastaba la presión de un codo, de una pierna contra otra. Se llevaron a la mujer y no volvimos a saber de ella. Dedujimos que empleaban el disco siempre que había castigada alguna persona de cierta importancia. Era una crueldad bestial, como muchas otras.

»En tres años no fui jamás interrogada; no me fue jamás concedido escribir a mi hijo, ni verle, ni recibir carta de él. Cuando me detuvieron — me acordé toda la vida— era un domingo por la noche. Estábamos en casa mi hijo y yo; nos reíamos cuando llamaron a la puerta...

»A los tres años me pusieron en libertad. Creo que hice volando los kilómetros que me separaban de casa, donde me esperaba una dolorosa sorpresa: nuestra habitación estaba ocupada por otra familia; nadie sabía nada de lo que yo había dejado, de todo lo que había costado sudor y fatiga y noches enteras de trabajo extraordinario. Y mi hijo había desaparecido.

»Si el dolor no me mató en aquel momento, no podrá hacerlo jamás. Han pasado cuatro años desde entonces; no he vuelto nunca a saber de él.»

En el mes de abril de 1946, esta mujer tuvo desde Italia un telegrama del marido y del hijo: «Te esperamos».

No le fue fácil repatriarse. El mismo Partido Comunista italiano, cuyo representante en Moscú era entonces cierto Robotti, auténtica figura de siervo, le exigió que explicara «cómo el hijo había ido a parar a Italia». Intervino entonces la N.K.V.D. y la dejaron marcharse.

Estaba claro que el hijo había sido enviado clandestinamente a Italia por los órganos del espionaje soviético ya antes de la guerra, y que,

evidentemente, fue éste el tributo pagado para que la madre fuera puesta en libertad.

En el invierno del 44-45, uno de los dirigentes comunistas españoles, Jesús Hernández, logró convencer a los rusos y a Dimitrov, que estaba aún al frente del «disuelto» Komintern, para que le enviaran a Méjico. Probablemente ya se sospechaba de él, pero no fue posible obrar en aquel delicado momento en vista de sus relaciones en el mundo periodístico y diplomático y siendo él mismo corresponsal del periódico *Crítica* de Buenos Aires.

Su actitud, al llegar a Méjico, puso en un serio aprieto a los dirigentes rusos y españoles. No se trataba de un comunista cualquiera, sino de un hombre que había sido miembro de la más alta dirección del Partido y ministro durante la guerra civil. Fue clara su hostilidad a la política y a los sistemas rusos. A muchos españoles que le pedían noticias de sus hijos, enviados a Rusia para que se educaran, contestó: «Allí están, delincuentes, prostitutas y tuberculosos». A esto siguió su expulsión del Partido. Fue calificado de traidor, pero sus palabras provocaron una avalancha de cartas desde Méjico. Quien tenía un hijo en Rusia le reclamaba. Nosotros supimos la cosa algunos meses después, cuando, desde Moscú, fueron enviadas a los *colectivos* personas de confianza para recabar de todos los españoles declaraciones contra Hernández. Cada cual se apresuró a llamar traidor al ex compañero y a expresar una vez más su gran cariño a la «Patria del Proletariado» y su veneración al «gran Jefe Stalin».

¿Y quién se hubiera atrevido a declararse públicamente solidario con la conducta de Hernández? Sin embargo, en lo íntimo, cada cual la aprobaba.

Los rusos entonces quisieron poner remedio a ciertas cosas.

«¿Los españoles enferman en el clima de Gorki? Pues podían haberlo dicho antes... ¿Mueren de hambre en el Asia Central? ¿Y quién sabía nada de ello?... ¿Los chicos españoles se vuelven delincuentes? Esto es muy grave. Hay que poner remedio.»

Y uno de los remedios fue éste: Crimea acababa de ser liberada de los alemanes; tártaros y ucranianos, que la poblaban, habían sido desterrados y

estaba casi desierta. «Nada mejor que enviar allí a los españoles; reconstruirán las haciendas agrícolas y, con el buen clima, mejorarán.»

Y, de nuevo, la ilusión de un poco de sol y de una vida menos dura invadió muchos corazones. Así, pues, desde Kokán, de Gorki, de Taskent, de Samarkanda, los españoles fueron enviados a Crimea.

En Rusia se oye a menudo alabar el clima dulce de aquella península, y cada ruso sería feliz pudiendo vivir allí. Pero al hablar del clima de Crimea hay que distinguir: en la zona de Yalta y en parte del litoral hasta Feodosia, protegida por altas montañas, el clima es bueno. En Yalta he visto almendros floridos en el mes de febrero. Nieva poco, y, con Sochi y otros lugares del Mar Negro, es verdaderamente una estación climática. Pero casi todo el resto de Crimea es estepa batida por los vientos. El invierno es breve, pero durante dos meses, después de la nieve y el hielo, soplan unos vientos glaciales. También en Eupatoria, otra estación climática, no es posible vivir sin calefacción. Tengo la impresión de haber sufrido en Crimea tanto frío como en Gorki.

Por primera vez iba a trabajar y a vivir de manera estable en un sovjos. Sabía que iba a ser duro, aunque, después de la experiencia de la fábrica, ya nada me impresionaba.

CAPÍTULO VI

KOLJOSES Y SOVJOSES

EL sovjos «Sivanski», al que fui destinado junto con otros compañeros, se halla en plena estepa, a 25 kilómetros de un centro habitado con estación de ferrocarril. Antaño el «Sivanski» había sido un koljos de judíos. Ayudados espléndidamente por una comunidad hebraica de Estados Unidos, había logrado crear una hacienda bastante decente; tenían hasta máquinas agrícolas —lo cual quiere decir no pagar a las «Estaciones de máquinas» del Estado los enormes tributos por la prestación de maquinaria— y, además, camiones y bastante ganado. Un motor eléctrico daba luz a la casa de los trabajadores, que vivían, teniendo en cuenta el lugar, una vida pasable.

Echados de Crimea los alemanes —con un golpe de pluma aquella República autónoma fue anexionada a la República rusa—, el Gobierno se adueñó del koljos, transformándole en sovjos, es decir, convirtiendo una hacienda agrícola colectiva a la que, según la Constitución, había sido dada la tierra —propiedad del Estado— en usufructo «gratuito», en una hacienda típicamente estatal.

Los alemanes han perpetrado en Crimea devastaciones y cometido crímenes que la Humanidad no podrá perdonar. Sería, sin embargo, estúpido querer afirmar que lo han hecho en todas partes. Hay lugares —y aquel sovjos es uno de ellos— donde los campesinos los añoran. Tuve ocasión de hablar con algunos de ellos, los únicos —rusos— que se quedaron allí cuando las tropas y los hebreos abandonaron el lugar. «Con

los alemanes trabajábamos —me dijeron—, nos pagaban y teníamos pan. Desde que se fueron no hemos vuelto a verlo.»

Supe también que los alemanes en aquel lugar no habían destruído nada, como atestiguaban las casas intactas. El molino, el motor eléctrico y los depósitos los habían hecho saltar los soldados soviéticos antes de evacuar la zona, llevándose además el ganado. Desde luego, no se puede reprochar esta táctica de los rusos. Les impusieron una guerra total y despiadada y fue muy justo responder con una guerra total y despiadada. Mas el sentimiento de aquella gente sencilla puede que explique muy bien la pasividad del pueblo ruso al principio de la guerra, cuando todavía no había conocido la brutalidad de un enemigo que creía «liberador». No hay duda de que si los alemanes hubiesen obrado diversamente, dando muestras hacia la población de aquel sentido de humanidad del que está falto el régimen soviético, les hubiera sido muy difícil, quizá imposible, a los dirigentes rusos provocar en el pueblo aquella reacción que fue, después, uno de los principales factores de la victoria.

Cuando llegamos al sovjos éste estaba en parte poblado de nuevo por rusos y algún hebreo. Efectivamente, los campesinos no veían el pan desde hacía unos meses, aunque en el sovjos, por ser hacienda estatal, debe haber, en teoría al menos, un comedor y un racionamiento.

El comedor nos sirvió por algunas noches de dormitorio; luego nos instalamos como pudimos en las casas vacías.

Estábamos en plena cosecha y el trabajo más urgente era el de recoger el trigo que los alemanes habían hecho sembrar. Había para ello inconvenientes enormes: las máquinas trabajaban mal y los hombres peor que las máquinas. Era explicable: no se puede trabajar sin comer. Los mismos maquinistas, que suelen ser tratados con privilegio, no recibían más de una comida diaria. El director del sovjos era un honrado funcionario o, probablemente, más que honrado era temeroso; temía tocar el trigo del Estado, aunque fuese un solo kilo, para darlo a los campesinos. Se pasaba días enteros vigilando los trabajos, sin darse un minuto de descanso. Al día siguiente al de nuestra llegada nos llamó: «Cuento con vuestra colaboración como comunistas —dijo—. Con esta gente hay que discutir poco; no quiere trabajar».

A la reunión asistían también el director político, el agrónomo y su ayudante y el jefe de mecánicos. Tipos característicos de funcionarios de la agricultura soviética; borrachos, embrollones y desganaos. El tal mecánico no era más que un herrero. El director quiso saber el oficio de cada uno de nosotros, y, tal vez porque yo hablaba el ruso un poco mejor que los demás, me dijo: «Tú harás el *zavkos*.» Nombró a otro «agente de compras». A otro más le dijo: «Irás a dirigir la “fábrica del vino”. ¿Entiendes de ello?» Otto, un mecánico, fue encargado de reparar el camión y el motor eléctrico.

Verdaderamente, yo no sabía qué tenía que hacer en calidad de *zavkos*, es decir, de ecónomo. Lo pregunté al director político, y por toda contestación me dijo: «Aprenderás. Tú, aquí, eres el amo de todo. Lo primero que tienes que hacer es un inventario para saber de lo que dispones: bestias, hombres, casas, muebles, trigo, etc. Tienes derecho a retirar harina del almacén para tus necesidades personales. El sueldo no sé lo que es; te lo dirá el contable. Procura organizar. Mañana iremos a ver las secciones del sovjos.»

—¿Lejos? —pregunté.

—Así, así.

—¿A cuánta harina tengo derecho? (Había aprendido bastante.)

—¡Qué preguntas! Te he dicho que eres el amo. ¿Qué demonios preguntas a cuánta harina tienes derecho? Aquí todo es del Estado...

Al día siguiente fuimos a las secciones, cuatro pequeñas aldeas de las que no recuerdo el nombre, excepto de dos, Kirki y Kuskullá. En la primera había un pequeño molino y la «fábrica del vino». Kirki estaba a cinco kilómetros de nuestra aldea; las demás, a nueve, cinco y once respectivamente.

Tuve a mi disposición un carricoche y un caballo. En realidad, era una yegua; apenas la rozaba con el látigo, levantaba la cola y las patas traseras, lanzándome al rostro un chorro de orín.

Tardé algunos días en hacer el inventario. Mientras, habían empezado las sorpresas. Desde la primera noche, al volver del trabajo, se habían presentado unas mujeres. Era yo el nuevo ecónomo y no «debía dejarlas hambrientas». Por la mañana se iban al campo, dejaban en casa durante

todo el día las criaturas, sin nada. Me enseñaban unos pequeños seres descarnados, con el vientre hinchado, los ojos estupefactos.

—Escucha, compañero —dije al director político—. ¿Cómo quieres que la gente trabaje si no tiene qué comer y con los chiquillos hambrientos?

—Éstos son asuntos tuyos. Tú eres el ecónomo.

Me dirigí al director. Era ya de noche y acababa de volver de la estepa. En su despacho esperaban el contable, el agrónomo y el mecánico.

—¿Qué quiere usted? —preguntó.

—Camarada director, se trata del trabajo. Cuando haya terminado hablaremos.

—Hable usted, hable usted.

—Prefiero esperar.

No se tiene idea de cómo los rusos pierden el tiempo; diríase que para ellos no tiene valor. El director de una hacienda, de una escuela, de lo que sea, está hablando con un subordinado, cuando entra otro en su despacho. En seguida interrumpe su conversación y empieza a hablar con el nuevo llegado; si luego entra otro, ocurre lo mismo. Y el tiempo pasa y no se concluye nada, o si se concluye algo es al cabo de mucho.

Aquella noche esperé más de una hora. Al fin los reunidos se levantaron.

—Estoy cansado y hambriento —me dijo el director—. Vamos a mi casa. Allí hablaremos.

Me convidó a hacer penitencia con él. Una comida modesta: una sopa, unos buñuelos «smetana», es decir, crema agria, pan y leche. Conocí otros directores de hacienda; nadie tan parco como aquél.

—Hable usted. ¿De qué se trata?

—Camarada director —dije—. He visitado las secciones, he hecho un inventario, una lista de la gente que trabaja en el sovjos...

—Bien. Empieza usted a organizar.

—Sí, creo que habría que empezar a organizar el trabajo...

—¿Es decir...?

—Me parece que si la gente no tiene alimentos suficientes para sí y para los hijos es inútil esperar un mayor rendimiento.

—Yo no puedo hacer nada. No tengo víveres y tienen que arreglarse como puedan, pero el trabajo ha de cumplirse «po planu», según el plan. Las máquinas quedarán aquí aún diez días; yo he de entregar el trigo al Estado; no quiero que salte mi cabeza.

—Precisamente por esto creo necesario...

—No conoce usted a esta gente. Cuanto más se le da, más pide. Tomemos los maquinistas; les he dado hasta crema ácida, pero las máquinas se paran veinte veces al día. Es un verdadero sabotaje, y lo peor es que nuestro jefe de mecánicos es un zapatero que de máquinas entiende lo que usted y yo. Habrá que mandar a alguien de los vuestros a controlar... El tiempo pasa...

—Si al menos le diéramos a la gente la ración de pan...

—No toco un grano de trigo del Estado.

—Pero, algo para el pan de los trabajadores se podrá coger...

—Nos hemos comprometido a entregar más trigo de la cantidad calculada.

Se entretuvo explicándome los cálculos aproximados hechos a base de las hectáreas de tierra sembrada y la exigencia de las autoridades regionales de no desperdiciar «un solo grano de trigo» y de entregar una cantidad superior a la prevista. Sin embargo, al cabo de una hora de discusión, le convencí. La cantidad de trigo necesaria para los trabajadores era casi insignificante. Además, autorizó a organizar en una de las casas vacías una guardería de niños, de la que se encargó una rusa, mujer de un español. Los chiquillos iban a recibir un mínimo de alimentos.

En Kuskullá, una de las secciones del sovjos, había una gran extensión de tierra sembrada de hortalizas: coles, pimientos, cebollas, berenjenas, zanahorias y demás. Al comedor, sólo de cuando en cuando llegaba algo. Lo que allí había era un verdadero saqueo, aunque justificado por el estado de abandono en que vivían los campesinos. Los hortelanos vendían por su cuenta cebollas, tomates, etc.; hacían los 16 kilómetros que los separaban del mercado para vender algo y comprar luego un poco de harina. De noche también los otros campesinos, si podían, robaban de buena gana, sea hortalizas, sea trigo, tomando ejemplo del director político, que cada tres o cuatro días iba exclusivamente a cargar hortalizas en su carricoche. Fue

empresa difícil organizar el transporte diario para el comedor: si había carro, no había caballo. Así y todo, conseguimos hacerlo y de esta manera mejoró la comida de los trabajadores, que cada día recibieron también la ración de pan.

A pocos kilómetros de nuestra aldea había un viñedo: muchas hectáreas de terreno. También allí el que podía robaba. No había campesino que no se llevase cada día a su casa una cierta cantidad de uva, con la que hacía vino; luego iba a venderlo al mercado. Una botella de vino se vendía o se cambiaba fácilmente por trigo o harina.

De vigilar el trabajo en la viña estaba encargada una mujer. Fui una vez allí con el director político. Ya nos alejábamos cuando la mujer me preguntó:

—¿No se lleva usted uva? (Me hablaba de usted porque era el ecónomo.)

No supe qué contestar, y el director me animó:

—«Biri», toma; tú eres el amo.

Me llevé unos racimos. Durante el invierno, convaleciente de una congestión pulmonar, me dirigí a la misma mujer para conseguir una botella de vino, que pagué religiosamente.

Mediante cálculo hecho aproximadamente, en proporción al número de mujeres que vendimiaban, y habitantes de las aldeas —la nuestra y Kirki, hasta el linde la cual se extendía el viñedo, y ninguno de los cuales carecía de vino, poco o mucho—, dedujimos que al menos una tercera parte de la uva del Estado era sustraída. No puede humanamente condenarse esta conducta de los campesinos rusos: es la única salida que les permite atenuar en cierto modo su profundo malestar económico.

Lo que ocurría en la «fábrica del vino», donde se hacía también vodka y alcohol, es indescriptible. El director le había recomendado al compañero encargado de dirigir el trabajo que no diera a nadie ni vino ni vodka sin una orden escrita de su propio puño y letra y sellada por él. Sin embargo, tan pronto empezó la vendimia, comenzó una verdadera peregrinación: el presidente del Soviet de una aldea y el de otra, secretarios de las organizaciones del Partido; oficiales de la N.K.V.D., hacían kilómetros y

kilómetros en autos o en carricoches para llegar a aquella especie de Meca. En vano nuestro compañero se escudaba tras las órdenes del director.

—Respondo yo —decía uno.

—La autoridad aquí soy yo —afirmaba otro—. Soy el Tal de Tales...

Diez, veinte veces al día, el encargado se veía llamado aparte y cogido afectuosamente del brazo por otros tantos personajes. Todos querían la misma cosa, todos decían: «Hermano, dame de beber», y ofrecían hasta dinero. Era imposible resistir; tanto más cuando, a menudo, aquella gente iba a la bodega acompañada por el director político.

Este último organizó una noche una especie de banquete al que nos invitó al «amo de la bodega» y a mí. Llevó allí una muchacha muy joven con la que se casó aquella misma noche. Estaban presentes —y no podían faltar— el agrónomo, su ayudante, el presidente del Soviet de nuestra aldea, el jefe mecánico, el molinero, el contable y otra gente que no recuerdo, además de algunas mujeres. Se festejaba a la pareja. Más bebían y más querían beber. Discursos, cantos más o menos lúgubres, besos y abrazos a la muchacha y a las otras mujeres.

—Hermano, trae más vodka.

El «hermano», un catalán, titubeaba.

—Te lo mando yo. ¿A qué tienes miedo? *Durak*, estúpido —gritaba el director político.

Una de las veces que el «hermano» volvió con una jarra de vodka quiso abrazarle y besarle, y exigió que lo hiciera también la novia.

—Bésale —le ordenó—; es un hermano, es un hombre de honor.

Luego salió, volviendo al rato tambaleándose y con un gallo en las manos, que fue a depositar solemnemente en los brazos del catalán.

—Toma, come; tú aquí eres el verdadero dueño; yo quiero rendirte homenaje.

Después del vodka exigieron alcohol, que tragarón de un solo golpe, dejándonos boquiabiertos al catalán y a mí. Tuvimos que luchar a brazo partido para no dejarnos emborrachar, y cuando ya nos caíamos de aburrimiento y de sueño, les dejamos, echados el uno encima del otro, y nos fuimos a dormir.

Ninguno de ellos se presentó al trabajo a la mañana siguiente. El director estaba desesperado. Decía: «¿Cómo se puede trabajar con esta gente? ¡Y son mis colaboradores directos! ¡Si los destituyo, me mandarán otros iguales o peores!»

Una mañana se encontró el candado de la bodega arrancado. Habían robado los últimos cincuenta litros de vino, todo el vodka y el alcohol. En la aldea se atribuyó la «operación» a la N.K.V.D. *Vox populi, vox Dei*.

C. había sido nombrado «agente de compras», uno de los muchos cargos de la burocracia soviética. En realidad no compraba nada, y desde que se hacía el pan para los campesinos él estaba encargado del transporte del trigo al molino. De profesión geómetra, luego obrero de la fábrica, C. ejercía con gusto su nuevo oficio, incluso porque, bien pronto, entre él y el molinero se había establecido una buena relación. Quien dirige un molino, aunque sea por cuenta del Estado, se convierte pronto asimismo en un «amo».

El molino de Kirki era el único en aquella zona, y allí se llevaba a moler grano de lugares distantes quince o treinta kilómetros. El molinero tenía la obligación de registrar la cantidad de grano molido y de retener, a título de impuesto, una cantidad de harina para consignar al Estado. Es obvio que, siendo su estipendio mísero, él cambiaba y vendía harina. La «operación» era simple: si habían llevado a moler 600 kilos de grano, él hacía pagar el importe, en grano, por 600 kilos, pero registraba sólo 300. La diferencia, a su favor. Otra «operación» consistía en dar harina que no correspondía a la calidad de grano consignado. Esto era, precisamente, lo que hacía con la complicidad de C. La harina de mejor calidad era vendida en el mercado a mejor precio. Naturalmente, por todo esto, nuestro molinero pagaba buenos tributos al presidente del Soviet, al oficial de policía que, de cuando en cuando, se llegaba a hacer una inspección, así como al contable del sovjos. Quien piense que en Rusia no pueden suceder cosas de este género, está en un error. Suceden y están, por el contrario, a la orden del día. Sin ellas no se vive.

La mayor parte de los españoles se vieron obligados a cambiar las últimas cosas que tenían. El molinero lo aceptaba todo: zapatos, vestidos,

pantalones y cuanto se le ofrecía. Daba a cambio harina o gallinas, que tenía en abundancia. Los únicos que podían hacer tales cambios eran las personalidades de la aldea: el molinero, el presidente del Soviet y alguna familia de campesinos acomodados. Durante el tiempo que estuvimos en el sovjos, tanto C. como S., éste gracias al vino, el otro gracias a las «operaciones» que hacía con el molinero, tuvieron harina en abundancia, parte de la cual cambiaban por otros géneros.

Llegó el otoño y empezaron las lluvias. En el sovjos faltaba aún por recoger el girasol. En este tiempo habían llegado del Asia Central muchas familias de camaradas. Tampoco ellos sabían lo que fuese un sovjos: llegaban cansados, macilentos, deshechos, pero llenos de esperanza. Creían encontrar vacas para ordeñar a cada paso.

Vacas, sí que había, y era preciso ordeñarlas tres veces al día, pero la leche era religiosamente consignada a la «Maslozavód», fábrica de productos lácteos.

Mujeres y hombres fueron enviados a recolectar flores de girasol. Llenaban un saco que se echaban al hombro, llevándolo a vaciar, después, a un carro. En un almacén del sovjos se golpeaban las flores hasta hacer caer la semilla. De noche, los campesinos la robaban con la complicidad del guardián; después la llevaban a otra aldea para macerarla. Sacaban cuatro, cinco, diez litros de aceite, que utilizaban para sí mismos y para vender.

El campo de los girasoles distaba de la aldea casi una hora de camino. Las más de las veces la lluvia sorprendía a la gente en el trabajo. Volvían a casa calados, no había ropa para cambiarse y el fuego también escaseaba. Empezaron las enfermedades. Los campesinos rusos, especialmente las mujeres, compadecían a los españoles.

«Pobres de vosotros; dónde habéis venido a caer. Nuestra vida es dura. ¿No lo sabíais?»

Los días en que no se trabajaba no había comedor, y cada uno debía arreglárselas como podía. Las españolas empezaron a confeccionar con lanas viejas —recuerdos de otros tiempos— chaquetas y jerseys que tuvieron muy buena acogida entre la gente de la aldea y de los contornos, adonde habían sido enviados campesinos de otras regiones. Las mujeres de los «peces gordos» tuvieron en seguida una nueva materia sobre la que

especular: compraban las chaquetas, después las revendían en el mercado. Ellas mismas proporcionaban la lana, pagando 400 rublos por la hechura. Las revendían por 1.300 y hasta 1.500 rublos, ganando en la operación 500 ó 700.

En aquella aldea había una sola familia de koljosianos ricos. Eran cinco y trabajaban: dos de los tres hijos como conductores de tractores, el tercero como maquinista en una trilladora, percibiendo un salario muy superior al de cualquier bracero. Poseían también dos vacas. De las cincuenta familias campesinas de la aldea, solamente cuatro tenían una vaca.

También en el campo la diferenciación es enorme, lo mismo en el koljos que en el sovjos.

En los primeros, los campesinos reciben salarios en especie. Los productos no son distribuidos en partes iguales entre los miembros de la hacienda colectiva, sino en proporción a los «días de trabajo» que cada uno de ellos ha dado al koljos.

Los «días de trabajo» no son jornadas de labor, sino «mínimo de producción». A los miembros del koljos se les fija un mínimo de trabajo a realizar en un día; superando este mínimo, pueden percibir por una jornada de labor una ganancia de dos o tres «días de trabajo». Naturalmente, la ganancia puede ser también inferior. Pero ello no es igual para todos. Si el conductor de tractores recibe, por ejemplo, por una hectárea de terreno arado una ganancia igual a cinco «días de trabajo», el bracero, que realiza una labor cualquiera en aquella misma hectárea, recibirá solamente dos «días de trabajo», mientras el jefe de escuadra, «brigadier», que vigila su trabajo, recibirá cuatro. Tal diferenciación es aún más profunda en relación a los contables y al personal administrativo en general.

El grueso de una hacienda está formado por los simples braceros, sobre los que domina el grupo de la burocracia koljosiana: un director, un director político, uno o dos agrónomos, uno o dos veterinarios, el ecónomo, el jefe de contabilidad, siete, ocho, diez empleados, el secretario del Partido, el jefe de escuadra, etc.

La diferenciación se agrava por el hecho de que el personal administrativo no paga impuestos en especie.

A su tiempo la prensa soviética armó un gran ruido: había aparecido el primer «koljosiano millonario», el presidente de un koljos del Kasakstán. Tuve ocasión de ver en una revista su fotografía, donde aparecía rodeado de su numerosa familia. Para ningún presidente de un gran koljos, o director de un sovjos —hay haciendas con miles de hectáreas de tierra y otras que tienen menos— están cerradas las vías de la riqueza. El solo hecho de ser jefe de una factoría crea una situación de privilegio y de poder absoluto.

Al simple koljosiano, después de la carestía de 1933, le fue concedido, en determinadas condiciones, cultivar, para su uso personal, de la cuarta parte a la mitad de una hectárea de tierra. No hay ningún dirigente de hacienda agrícola que se conforme con tan poco. Aparte el hecho de que su retribución supera más de las 300 veces la de un simple obrero, dispone a su antojo de máquinas, caballos, simientes, etc. Una sola hectárea de terreno cultivando tabaco, que luego es vendido en el mercado a diez o veinte rublos el vaso, le producirá decenas y decenas de miles de rublos. No puede comprar terrenos, ni fábricas, pero se encuentra, de cara a los campesinos, en la misma posición de privilegio de un terrateniente cualquiera. Dispone de todo: productos, tierra, hombres y bestias, y tiene, además, la ventaja de no arriesgar un solo céntimo. También en el campo, pues, miseria y riqueza, como en la ciudad.

En las otras cuatro aldeas del sovjos, en un conjunto de 90 familias, sólo cinco poseían vacas: en una, el molinero y el «brigadier»; en las otras tres, sólo este último.

Para las cinco aldeas, cuya distancia variaba de cinco a once kilómetros, había una sola enfermera que hacía de médico. Tenía a su disposición un botiquín que carecía de todo, como veremos.

Había una sola escuela, que los muchachos de las otras aldeas no frecuentaban, dada la distancia.

Recuerdo una por una las casuchas de barro y estiércol amasado, algunas de techo de paja, alineadas en cuatro filas. Al lado de cada una, a una decena de pasos, el retrete —una especie de garita hecha de madera— y el poco de tierra que está concedido cultivar para uso personal. También sobre la recolección de su pequeño pedazo el campesino debe pagar una

tasa, y tasas en especie sobre la única vaca que, si está en condiciones de adquirirla, le es permitido tener, así como sobre las gallinas; y en primavera debe entregar huevos en relación con la cantidad de gallinas que posea.

Recuerdo, como si las hubiera visto ayer mismo, las caras de los campesinos, especialmente las de mis vecinos de casa: Pásha, Nástia, el viejo Kulikóv.

Pásha tenía una nidada de pequeñuelos, siempre sucios. El marido se había ido a vivir con otra. Ella tuvo un hijo de otro que, a su vez, la plantó; después otro más, de un soldado. Por la mañana se marchaba al trabajo, dejando a sus criaturas al cuidado de la mayorcita, que tenía nueve años. Volvía por la tarde, destrozada de cansancio, encendía el fuego, hacía hervir un poco de maíz o de «kasha», o asaba calabazas. Y aquélla era la comida y la cena para ella y sus hijos.

Cuando le encargamos, junto con otra, que hiciera el pan para toda la aldea, fue feliz. Se llevaba, a escondidas, un poco y le quedaba algún tiempo libre.

—*Scagí ti sam*, dilo tú mismo —me decía a veces (es costumbre de los campesinos rusos hablar de tú)—, dilo tú mismo, ¿es vida de hombres esta nuestra? ¿Cómo se puede vivir así? Dios mío, ayúdanos tú.

Otra mujer, Nástia, de una cincuentena de años, tenía una hija joven. Se mataban trabajando las dos y hacían, poco más o menos, la vida de la otra. Un hijo había sido hecho prisionero por los alemanes; liberado por los rusos y repatriado, aún no había sido enviado a casa. Los prisioneros rusos no quedan en libertad inmediatamente. Pasan meses y aún años, como comprobé después en Moscú, hasta que el servicio secreto averigua su conducta durante el cautiverio.

Más allá estaba la «fábrica» de productos lácteos. Era una casucha donde los campesinos entregaban la leche y en la que trabajaban dos muchachas. De la mañana a la noche hacían girar la manivela de una máquina primitiva para hacer crema y mantequilla. Era todo lo que tenían, además del exiguo salario de 150 rublos al mes. De cuando en cuando, una de ellas marchaba al mercado a vender mantequilla, bajo cuerda, y, con la ganancia, compraban harina. Había períodos, especialmente en invierno, en

los que durante diez, quince días, no probaban el pan, nutriéndose exclusivamente de leche y sus derivados.

Kulikóv era un hombre que tendría unos cincuenta años, encargado de la pesca. El mar no se encontraba lejos; había muy cerca un lago enorme y profundo —el Sivanski— separado del mar por una estrecha franja de tierra. Allí estaba la casucha donde Kulikóv vivía. Fui una vez y tuve que pasar allí la noche. Nunca, en mi vida, me vi asaltado por tal cantidad de pulgas. Kulikóv me aseguró que era «una particularidad» de aquella zona.

—Bien, ¿cómo va la pesca? —le pregunté.

—Nada, hermano; no es éste el buen tiempo.

—Mira que el director está que arde; dice que vendes el pescado por tu cuenta.

—Deja que diga lo que quiera, y que el diablo se lo lleve. Aquí no se pesca nada. Cualquier cosa para quitarse el hambre; tú mismo lo verás.

En las cercanías de la casucha, Kulikóv tenía un escondite donde en unas cajas salaba el pescado, que de vez en cuando vendía, más que en nuestra aldea, en las otras vecinas. Una sola vez llevó el pescado al sovjos.

Al decirle que había descubierto su «depósito privado», me hizo esta declaración:

—Hermano, esto no tiene importancia. Tú eres un hombre, y por añadidura extranjero. ¿Qué sabes tú de nuestra vida? Pero, si quieres, puedes comprenderla. Mira la vida que hago: solo como un perro, ¿Cuánto crees que gano? 200 rublos al mes. ¿Y qué se hace con 200 rublos? En casa no habría un pedazo de pan si no vendiese un poco de pescado.

—Bien, un poco... pero tú no llevas nada al sovjos...

—Alma mía, juzga tú mismo; si lo llevo al sovjos, va a parar a la olla del director, del contable, del «político» y de toda esta jauría de parásitos que nos chupan la sangre. Pero, en fin de cuentas, es poca cosa. ¿Quieres que lo lleve? Bien, lo haré.

—Hazlo mañana mismo; no quiero tener disgustos.

—¿No tienes vodka, por casualidad?

—No; ¿de dónde quieres que lo saque?

—¡Eh...! —hizo él, guiñando un ojo—. Tu amigo hace el vodka, y tú no tienes. ¿Qué clase de amigos sois?

—Pero no es suyo —observé.

—Suyo o no suyo, el diablo lo coja, el vodka es vodka. Es del Estado, todo es del Estado. El vodka, la sangre y la vida de los hombres.

Kulikóv, aquella vez, no llevó el pescado al sovjos. Continuó vendiéndolo: se lo ofrecía a todos, a diez rublos la pieza. Después, se puso de acuerdo con el contable, al que no se lo regateaba, y a quien, se decía, daba parte de las ganancias. En ciertos períodos de pesca abundante su campo operativo se extendía hasta la capital, Simferópol, donde la venta se hacía en el mismo mercado.

Enviaron un nuevo director. Se había instalado en el sovjos con la mujer y cuatro hijas jóvenes, ninguna de las cuales, al principio, trabajaba. Después empleó dos: una como secretaria suya, otra en la contabilidad. Retiraba del almacén para su uso personal dos sacos de harina cada semana, y cada día diez litros de leche, un kilo de mantequilla y uno de crema.

Los obreros pedían en vano un litro de leche para sus pequeños.

Aquel invierno fue en extremo riguroso. Diciembre y enero fueron fríos; abundante nieve, pero sin hielo. En febrero nevó durante algunos días, y a la nevada siguió un viento glacial que duró todo el mes. No había leña. En toda la aldea había cinco árboles y quizá otros tantos en las otras. Estaba prohibido quemar la paja; era para las vacas y los caballos. Sin embargo, de cuando en cuando, se nos permitía llevar a casa algún saco. Era paja de avena. Ardía más rápidamente que la de trigo, pero daba menos calor. Los campesinos, antes que nevase, habían recogido todo lo que podía ser quemado, especialmente las ramas de una planta selvática que en aquella zona crece por todas partes. Sus ramas, a ras de tierra, se entrelazan unas con otras, formando espesos matorrales. Secas, arden como pólvora y dan mucho calor. Pero el invierno es largo y hasta en Crimea, en noviembre, las casas están ya frías. De noche, todos hacían con la paja lo mismo que se hacía con las semillas de girasol, con el grano y la uva: se robaba. A dos pasos de casa, delante del depósito de productos lácteos, había una parva enorme a la que íbamos a llenar nuestros sacos.

Una noche, volviendo a casa con mis dos sacos de paja, el viento helado me cortaba la respiración y me sentí desvanecer. Tuve una miocarditis acompañada de congestión pulmonar. Los compañeros se precipitaron en

busca del «doctor». Éste llegó rápido, pero no pudo socorrerme: no tenía medicamentos.

El joven radiólogo español recordó haber visto en casa de una campesina una caja de inyecciones de cafeína y otros medicamentos que los alemanes habían abandonado en su fuga. Fue necesario hacer un cambio.

Durante todos aquellos años había guardado celosamente un objeto personal de mi mujer, el único recuerdo que me quedaba; debí darlo a cambio de las inyecciones de cafeína, de dos gallinas y de una docena de huevos. ¡Y muy contento de no haber dejado el pellejo!

Todos, más o menos, viven de esta manera; todo es propiedad del Estado y de los trabajadores, pero éstos se ven obligados a robar a escondidas, evitando el rigor de la ley.

Recuerdo que, delante de lo que había sido la pequeña central eléctrica de la aldea, había una veintena de vigas que debían haber servido para reconstruir el techo; poco a poco, dos o tres cada noche, desaparecieron también.

En la aldea había un solo pozo; se sacaba un agua dulzona que al principio no era agradable. Se decía que los alemanes habían tirado cadáveres y que estaban aún en el fondo. Algunos no lo creían, otros lo aseguraban. Pero nadie, nunca, se preocupó de comprobarlo.

Una mañana —estaba aún convaleciente— tuve una sorpresa: durante la noche se habían llevado nuestro retrete. Poca leña, en verdad, pero la suficiente para calentarse todo un día. Por otra parte, ya habían desaparecido otros; entre los primeros, el del director.

En un sovjos, a unos veinte kilómetros del nuestro, trabajaban otros españoles, y de vez en cuando, el domingo, venían a visitarnos, aprovechando cualquier medio de transporte: un camión o un carro.

Vivían poco más o menos en nuestras mismas condiciones, con la agravante de que, en aquella hacienda, la disciplina era más rígida. También allí, aislamiento completo. Alguno, de tarde en tarde, leía un periódico y luego comunicaba a los otros las noticias, de las que, por otra parte, es muy parca la prensa rusa. En el mundo no sucedía nada después de la guerra.

Nada que no fueran agitaciones obreras. Y sólo había miseria, hambre, desocupación...

El hombre es un animal todo estómago, dicen los rusos. Y quizá tienen razón. O, por lo menos, se convierte en tal en determinados ambientes. Más de una vez recordábamos la cárcel... En octubre de 1934, en una ciudad española, Valencia, cogido en el momento de provocar una revuelta entre la tropa, fui condenado a doce años por un tribunal militar. Pues bien, no era el único en añorar, si de añoranza puede hablarse, la celda blanca y luminosa donde dormía solo, entre sábanas mudadas regularmente. Una celda con agua corriente y luz eléctrica, y donde cada mañana tenía mi buena taza de café con leche y un panecillo, dos platos aceptables al mediodía y uno a la cena, y los domingos, además, fruta y un vaso de vino. «Al menos —decíamos recordando—, había entonces un motivo; se había caído en la lucha, se tenía un fin. ¿Pero aquí?»

Se habían apagado poco a poco, en aquel clima malsano de terror policíaco, de miseria y de corrupción, las mejores ilusiones por las que años antes cada uno de nosotros hubiera dado la vida. Difícil decir cuándo sucedió esto, determinar cuándo la llama tuvo el último resplandor. Fue un proceso lento, una pesadilla de años de la que nos despertamos deshechos, quizá odiando lo que habíamos amado, o indiferentes. Pero nuestro corazón no latía ya como antes.

¿Dónde habría conducido, dónde conducirá este estado de ánimo? Felices los que han podido salir de Rusia. Algunos de ellos callan, queriendo olvidar. Otros han hecho una cuestión de conciencia, de humanidad y de honor el arrancarle la máscara a la mentira. ¡Tarea ingrata! A veces asoma la amargura, el recuerdo de los años mejores de nuestra vida, los años en los que nos pareció bello morir por una idea. Pero, ¿cómo terminarán aquellos que han quedado y quizá queden para siempre allá?

A menudo, pensando en ellos, recuerdo el interrogatorio del pobre Albertini, que me hizo leer en Gorki el capitán Artamónov.

«En vosotros se ha desarrollado un proceso común al 95 por 100 de los comunistas extranjeros venidos a vivir a Rusia; un proceso psicológico y mental que conduciría a la actividad contra nuestro régimen si no se evitase.»

¡El 95 por 100! El 5 por 100 restante —quizá menos— está formado por funcionarios en quienes se ha desarrollado otro proceso que les ha conducido a la servil lealtad y a la renuncia. Los rusos se fían hasta cierto punto; pero, por ahora, este 5 por 100 está al frente del movimiento comunista; espera ser destinado a funciones dirigentes, aspira a formar, en un mañana más o menos próximo, la casta dominante del propio país. En alguno de ellos, sin embargo, el grado y la duración de la lealtad a Rusia serán determinados por las características y el volumen de la intervención soviética en los asuntos de sus respectivos países y por la intensidad con que, al contacto con su propio pueblo, con sus tradiciones y con su cultura, ellos vuelvan a sentir el grito de la conciencia nacional.

«Una golondrina no hace primavera»; suele decirse; pero la rebelión de Tito, andando el tiempo, será considerada, sin duda, la primera de una serie de rebeliones a una hegemonía extranjera impuesta en nombre del Socialismo. Togliatti ha llamado a esta hegemonía «función dirigente»; estoy convencido de que él mismo no lo cree; que a él mismo le repugna el reconocerle a Rusia tal función.

El juego de nuestros comunistas es, de todos modos, peligroso. El comunismo occidental podrá continuar apoyándose en la fuerza rusa hasta que las relaciones de las fuerzas internacionales no sean del todo invertidas.

El día que esto suceda empezarán los disgustos, se imponga quien se imponga: el Occidente o Rusia. En el segundo de los casos el despertar será doloroso para todos. Los dirigentes comunistas de los países occidentales ocultan obstinadamente a sus secuaces la verdad sobre Rusia, pero el mito que han contribuido a crear tiene hoy tanta fuerza que hay que preguntarse si, en caso contrario, serían ellos creídos. No es fácil responder. No pocos comunistas con los cuales he hablado se niegan a creer lo que yo afirmo.

«Es imposible —dicen—; un pueblo como el ruso, que ha hecho una revolución, habría hecho otra más para impedir lo que tú dices.»

Ahora, las consecuencias de este cínico engaño, sin recurrir al cual los dirigentes comunistas temen que sus fuerzas se desmoronen, podrán ser fatales, en primer lugar para la clase obrera.

Aún me pregunto cuál será el destino del movimiento obrero en caso de que se verifique la hipótesis opuesta. Sería estúpido hacer vaticinios; pero

no es improbable, ni es un absurdo suponerlo, que, también en tal caso, la política de los comunistas ocasionará un largo período de amarguras a los obreros europeos.

Es posible que, en el fondo del alma, algunos deseen que la actual correlación de fuerzas no cambie, que nada irreparable suceda y que la democracia, aunque sea la burguesa, continúe viviendo y prosperando en Europa.

Hacia primeros de abril fui trasladado junto al resto de los españoles, a otro sovjos, mejor dicho, a una de sus secciones. No recuerdo ni siquiera el nombre. En toda la aldea había cinco casas, con un total de veinte habitaciones y otras tantas familias; un silo donde se guardaba el grano y dos enormes establos. Aquella sección estaba destinada solamente al pastoreo de las vacas.

Al día siguiente de nuestra llegada llevaron otras 200 y una veintena de terneras. Algunos de los españoles se convirtieron en pastores de día y otros de noche. Algunos tuvieron que aprender a ordeñar. Yo fui nombrado guardián nocturno, menester que no me desagradaba del todo. Al obscurecer entraba en servicio, acompañado de un buen perro; lo que, a menudo, me permitía tenderme sobre la paja, en un establo, y dormir. La guardia la hacía el perro, que giraba continuamente en torno a la aldea y, cuando era necesario, me despertaba tirándome de la chaqueta.

Las vacas eran ordeñadas tres veces al día: mañana, mediodía y tarde. Reposaban una hora al regresar del pasto; después entraban en funciones las ordeñadoras. También éstas trabajaban a destajo, siendo pagadas según la cantidad de leche que entregaban. Aunque no lo parezca, su trabajo es ingrato, y, cosa rara, no tenían derecho a un solo litro de leche; debían cogerlo a escondidas, cosa que algunas hacían para darla a otros.

Antes de ir a Rusia, en una de las muchas revistas donde se muestran obreros sonrientes y koljosianos felices había leído que en las factorías se servían, para ordeñar, de un aparato —de invención rusa, se entiende—, que «es más higiénico y les ahorra fatiga a las ordeñadoras». En ninguna de las factorías en que he trabajado me fue dado ver tal aparato, y nunca nadie había oído hablar de ello. Las ordeñadoras debían sudar bastante para

percibir 200 rublos al mes. Y en cuanto a la higiene, dejaría estupefacta a cualquier lechera holandesa.

Todo lo que el nuevo sovjos nos daba para alimentarnos consistía en una ración de harina. El exiguo salario era entregado con diez, quince días, y alguna vez con un mes, de retraso. Es una especie de enfermedad crónica ésta de no pagar nunca con puntualidad, y en Rusia existe en todas partes: en la fábrica, en la oficina, en las haciendas.

Una vez, nuestros «pastores» españoles estuvieron a punto de ser denunciados por sabotaje. Sucedió que en las noches sin luna, las vacas, que pastando son capaces de recorrer kilómetros y kilómetros, iban a parar a la tierra de otras factorías vecinas, donde el sembrado era ya alto. La obscuridad, la inexperiencia y el hecho de no tener perros consigo, impedía a los «pastores» percatarse de ello. Una mañana regresaron las vacas y, contándolas, al hacerme cargo de ellas, vi que faltaban tres. Volvimos a contar y a recontar: faltaban tres vacas. Los pastores eran: el radiólogo madrileño y un obrero fotograbador. No refiero sus imprecaciones. Andar en busca de tres vacas significaba recorrer algunos kilómetros entre la hierba mojada por el rocío, en un terreno que, por añadidura, era montuoso. Pero no había más remedio.

El sol estaba ya alto; las ordeñadoras habían terminado su trabajo y las otras vacas debían volver al pasto cuando las tres perdidas fueron al fin encontradas en una factoría. Los dos pastores fueron acogidos con ira por el jefe del sovjos, que los denunció por sabotaje. Dos días después vino un oficial de la N.K.V.D., que les interrogó. No fue fácil convencerle de que no había sabotaje alguno.

—La obscuridad, la inexperiencia —decían, justificándose.

—¿Qué hacíais en España?

—Yo era fotograbador.

—Yo, radiólogo.

El oficial sonrió.

—Debéis estar atentos a vuestro trabajo —dijo.

—Una distracción puede tenerla cualquiera.

—No se puede estar distraído. El daño que el Estado sufre a causa de ello puede ser incalculable. Un obrero distraído puede romper una máquina.

El solo hecho de distraerse es un sabotaje evidente.

Ignoro cómo terminó la historia. Al cabo de tres días fueron llamados a la policía del distrito e interrogados nuevamente por el mismo jefe. Debieron firmar un acta, después de lo cual fueron enviados a casa.

Dos semanas más tarde dejé de hacer de guardián de noche, siendo destinado de nuevo a la Colonia de niños españoles en Eupatoria, que iba a abrirse de nuevo.

Desde entonces, todas las noches, los dos pastores sudaban —y sudaban frío— detrás de las vacas, para evitar que se fueran a comer el sembrado de las factorías vecinas. En vano pidieron ser sustituidos en aquel trabajo. Añoraban los dos su propio oficio y sobre todo la libertad de un tiempo. La única ventaja que tenían era un litro de leche al día. El radiólogo necesitaba más —enfermo como estaba— y el otro tenía dos niños. Con el tiempo aprendieron a ordeñar también ellos; lo hacían a escondidas, se entiende, antes de llevar las vacas al sovjos.

¿Quién no ha leído en las publicaciones de propaganda, que tanta difusión tienen en Europa, los «milagros» hechos por el Gobierno soviético en el campo de la maternidad? Generalmente los datos van acompañados de fotografías: se ven sonrientes enfermeras, blancas sábanas, niños desnudos y colocados sobre la báscula. Todo está cuidadosamente preparado, organizado y dispuesto para uso de ingenuos, y, sin duda, en las clínicas reservadas a los altos dirigentes, esto es real.

En el sovjos vivía una tártara que habían dejado allí quizá por ser mujer de un ruso. Dio a luz una noche sobre su camastro, entre los trapos donde dormía; una compañera le llevó agua, lavaron al recién nacido, lo envolvieron en otros trapos y esto fue todo. No es éste ciertamente el único caso. En las aldeas, lejos de la ciudad, sin médico y sin comadrona, las mujeres paren en estas condiciones. En la ciudad hay, es verdad, clínicas y salas de maternidad. ¡Afortunada la que encuentra un sitio! Por otra parte, la higiene que reina, en Moscú, es digna de ser puesta de relieve. En cualquier ciudad europea, médicos, directores y enfermeras que tuvieran una clínica en las condiciones en las que son tenidas en Rusia —excepción hecha de las del Kremlin— serían, por lo menos, destituidos.

En Gorki, una compañera que había ido a dar a luz, hablándome de las condiciones de la clínica, me dijo: «No puedes formarte una idea. Es preferible mil veces hacerlo en casa».

En Moscú una joven señora torinesa que, habiéndose casado con un oficial extranjero, fue con él a parar a Rusia, acompañada de una amiga, se hizo visitar. La misma acompañante, una italiana educada allí desde la infancia y hoy ciudadana rusa, le hizo observar claramente a la doctora que, para una extranjera habituada a otros ambientes, la higiene de aquella clínica no tenía nada de alentador. La doctora se encogió de hombros con indiferencia.

La señora tuvo que tenderse en una cama cubierta con una sábana sucia hasta de sangre. Hasta la bata de la doctora no estaba nada limpia.

Leyendo, en cambio, los reglamentos, los planes, los gráficos, y oyendo los relatos de toda esta gente, se queda uno sorprendido de la perfecta organización, del cuidado afectuoso, de la comodidad que reina en teoría en cualquier clínica, hospital o ambulancia soviéticos.

No se puede decir que sea culpa exclusiva del personal. He conocido médicos concienzudos, los cuales, aun dependiendo del Estado, hacen de la profesión médica lo que debería ser en todos los países. Son, especialmente, los viejos. Pero se debaten entre dificultades insuperables y no pueden luchar contra el ambiente, la mentalidad y la «organización» creados por el actual estado de cosas.

En los médicos jóvenes falta en general la pasión, el sentido humanitario, el interés, sobre todo. Son funcionarios, engranajes del mastodóntico organismo estatal; aspiran a hacer carrera, no profundizando en sus conocimientos, sino haciendo lo que es común a toda la burocracia rusa: se valen de todo medio para ascender, para desbancar al compañero que trabaja en una clínica mejor y llegar por cualquier medio a las clínicas y sanatorios del Kremlin. Y, excepto unos pocos privilegiados, se ven también obligados a mil argucias para seguir adelante.

Quedé profundamente sorprendido —si bien nada pudiese sorprenderme después de tantos años de vida entre los rusos— del lenguaje de una doctora, en un hospital moscovita. En marzo de 1946 tuve un ataque cardíaco mientras trabajaba; un compañero de la redacción italiana de

Radio Moscú, donde entonces estaba empleado, me acompañó a una clínica de socorro. Aunque no estaba en condiciones de hacerlo, tuve que ir a pie. (Fue imposible conseguir que me llevaran en uno de los coches de los jefes.) La doctora, habiendo observado la gravedad del caso, me aconsejó que ingresara en un hospital; se indignó cuando supo que había ido a pie hasta la clínica y empezó a telefonear a varios hospitales pidiendo una cama para un «caso grave». Fue inútil; no había camas disponibles. También para esto es necesario valerse de recomendaciones.

Solamente tres días después, gracias a la intervención de otra doctora, amiga de uno de los médicos del hospital, pude ingresar en el «Segundo hospital soviético», donde permanecí cerca de dos meses.

Una tarde, antes de ser dado de alta, pedí permiso al médico de guardia para telefonear desde su habitación. Cuando terminé de hablar, la doctora, más bien joven, me preguntó:

—¿En qué idioma hablaba?

—En italiano —respondí.

—¿Es usted italiano?

—Exactamente.

Calló un instante; después preguntó:

—¿No siente nostalgia de su país?

—¡Cómo no! Todos aman a su patria. Yo volveré pronto a ella.

—¡Ilusiones! ¿Cree que le dejarán marcharse?

—¿Y por qué no?

—No sé... Si lo consigue, dichoso usted —y suspiró—. ¡Qué hermosa debe ser Italia!

—¿No está contenta de vivir en su país?

—Amo mucho a mi país y a mi pueblo. Pero, ¡es tan difícil vivir, para nosotros...!

—Difícil, es cierto; ha habido una guerra tremenda.

—Sí... y antes de la guerra, ¿cree que era mejor? ¿Qué tenemos nosotros, qué esperamos, qué nos promete la vida?

—No sé por qué dice eso. Es usted una doctora; probablemente sus padres serían obreros.

—Sí, mi padre era obrero y yo soy médico. ¿Y qué importa esto si no consigo vivir, si no puedo permitirme el lujo de ir una vez al teatro, si no puedo estudiar porque no tengo energía, no me nutro suficientemente...? ¡Qué sabéis vosotros de nuestra vida! Debería ver cómo vive la gente en las aldeas. Le han quitado al campesino todo; hasta el único consuelo que tenía: la iglesia...

Aquella mujer, joven aún, tenía necesidad en aquel momento —como, algunos años antes, Liúba y Dúsia— de vaciar su corazón, de decir su amargura. Lo comprendí y la dejé continuar sin interrumpirla.

—Soy doctora desde hace ocho años. Tengo un sueldo de 800 rublos. Quite los descuentos, el empréstito, el impuesto, y dígame qué se puede hacer, cómo se puede vivir con lo que queda. Mire mis zapatos, mi vestido, los de todos nosotros. Estoy trabajando desde esta mañana a las ocho y velaré hasta mañana. ¿Sabe lo que he comido en todo el día? Una sopa, «demasiada sopa», y un plato de puré de patatas. Esta noche he tomado té y un pedazo de pan.

En aquel momento la llamaron al teléfono. Respondía con voz tranquila y dulce:

—No hay una sola cama. Tenemos enfermos que duermen en el pasillo y ni siquiera allí hay un sitio.

—...

—No sé qué hacer.

—...

—Póngale una bolsa caliente a los pies. Le mandaré una enfermera; le pondrá una inyección...

Colgó el teléfono, llamó a una enfermera, dio algunas órdenes, y cuando la enfermera salió, se volvió de nuevo a mí.

—Vea usted: un profesor, un viejo. Tiene un ataque de angina y no hay un sitio en ningún hospital. ¡Quién sabe cuántos hay en la clínica del Kremlin! ¡Pero, vete a preguntar!

No sabía qué responder. Para ser sincero, tenía miedo de decir lo que pensaba.

—Dichoso usted si consigue marcharse; se lo deseo. Cuente, cuente usted cómo vive nuestro pueblo.

Me levanté; me tendió la mano y recitó dos versos que yo había leído mucho tiempo antes en alguna parte y que había olvidado, pero que recuerdo desde aquella tarde. Los dijo con una sonrisa amarga:

—«¿Es posible que la primavera no venga nunca al corazón de quién sufre tanto?»

—Vendrá la primavera. Vendrá para todos; también para vosotros — dije, estrechándole la mano.

Fueron mis únicas palabras.

Intuí que no era un agente secreto; estaba cierto de que con su lenguaje no quería inducirme a manifestar mis pensamientos, a «abrirle mi corazón». Mas, ¿quién podía asegurarlo?

En aquel tiempo, por las razones que diré más adelante, estaba estrechamente vigilado. Había ya pedido, antes de enfermar, el pasaporte a la embajada italiana. Hice bien, sin embargo, en hacerle comprender que no tenía razón. Si me hubiese atrevido a hablar, sin duda ella me hubiera dicho mucho más...

Pero volvamos al sovjos y a las vacas.

Nuestra situación empeoraba cada día.

Había familias con niños a quienes no se sabía cómo quitarles el hambre. La distribución de las raciones de harina no se hacía regularmente. En vano se le pedía al director un litro de leche; la daba, de cuando en cuando, desnatada. Fue concedido a cada uno un pedazo de tierra, que nos apresuramos a cavar.

Quien más, quien menos, todos hacían sacrificios —y 25 kilómetros— para comprar patatas, judías y otras semillas. Los rusos reían; ninguno de ellos sembró patatas: se conformaban con un poco de maíz que creció raquítico.

Por allí llueve cuando no hay necesidad del agua, en otoño. En verano hay casi siempre sequía. Es estepa, estepa inmensa, con leves ondulaciones de colinas aquí y allá con algún árbol; estepa ardiente, desierta, desolada. También el trigo crece apenas, endeble, y las más de las veces se dobla antes de que los granos engorden en la espiga.

Brotaron patatas, tomates y judías, crecieron un poco, floreciendo por fin; después empezaron a amarillear, se curvaron. La tierra era seca y dura. «Tierra salada», decían los rusos. Como el agua que allí había.

Las perspectivas para el otoño y el invierno eran negras de verdad. La situación en los otros sovjos no era mejor. En uno de éstos, algunos españoles fueron arrestados —después condenados— por haber substraído grano del Estado... Se trataba en total de pocos kilos, con los que esperaban engañar el hambre.

Por fortuna, repito, fui de nuevo enviado a la Colonia de Eupatoria.

No sé exactamente cómo habrán terminado los otros «campesinos» españoles. Supe más tarde que habían sido diseminados en diversas secciones del sovjos, y algunos les vi de nuevo en Moscú un año después. Muchas mujeres, sobre todo, habían emprendido el camino, consiguiendo llegar a la capital. En Moscú estaban obligadas a vivir ilegalmente, durmiendo donde podían, a escondidas, ya que la policía les negaba el permiso de residencia, estando prohibido albergar a personas que no tengan tal permiso. Los «directores de alojamientos» se encargaban de vigilar. No es difícil sobornarles, pero se necesita dinero.

Todos los años en la época de la recolección, la Prensa dedica dos páginas enteras a la publicación de cartas colectivas: los koljosianos de cada región escriben al generalísimo Stalin:

«Os aseguramos, amado Jefe, Padre y Maestro nuestro —dicen las cartas—, que somos felices y estamos orgullosos de dar al Gobierno gratuitamente una cantidad de cereales fuera del plan.»

Hay que tener en cuenta que esta campaña va precedida de otras dos: una para sembrar más, y otra para recolectar cereales en cantidad superior a las previsiones del plan.

Pero el Estado soviético, sanguijuela implacable, tiene sus necesidades. ¿De dónde sacan los koljosianos esta cuota suplementaria para «regalarla, felices y orgullosos», al Estado? De sus ganancias, simplemente; se puede comprender con qué entusiasmo lo harán los campesinos.

El que haya vivido por lo menos un año en los campos rusos sabe cuál es el mecanismo de esta poco alegre comedia.

El Gobierno indica a la autoridad local que el Estado tiene necesidad de mayor cantidad de grano; intervienen el Partido y la N.K.V.D., se organizan reuniones en cada aldea en las que participan todos los campesinos. En ellas, un funcionario del Partido lee el artículo de la *Pravda* sobre la campaña en curso, trozos de discursos de Stalin; repite las frases de ocasión sobre la felicidad del pueblo ruso y la miseria y la opresión de los otros pueblos; y, en fin, da lectura a la carta que debe ser enviada a Stalin.

«¿Estáis de acuerdo, compañeros? ¿Damos con entusiasmo nuestro trigo al Estado soviético?»

Es superfluo decir que se aprueba *por unanimidad*.

Los comentarios se hacen después, en voz baja, en las casas.

Asambleas de este género las he visto por todos sitios, en la región de Sarátov, en Gorki, en Moscú. Lo mismo ocurre para los empréstitos «voluntarios», que desde hace treinta años se suceden sin interrupción. Antes bien, en muchos sitios ya se prescinde hasta de las reuniones que servían para dar un aspecto «democrático» y «voluntario» a las subscripciones.

En las fábricas, cada jefe de sección se encarga de hacer firmar a sus obreros en la lista preparada de antemano por la oficina de contabilidad. Todos pueden negarse, es cierto, a subscribir el empréstito, pero no hay jefe de sección que no se apresure a «lavar la mancha» haciéndole la vida imposible al obrero que haya tenido tal gesto.

En Moscú, cuando, dado de alta del hospital, volví a la redacción de la Radio, supe por el redactor-jefe que «yo había suscrito» por el 15 por 100 de mis ganancias de un mes, tomando como base la media de ganancia de un año.

En las aldeas, por lo que respecta al empréstito, se usa el mismo procedimiento. El campesino no tiene más que poner su propia firma —o trazar una cruz— junto a su nombre, en la lista que le presentan. Es éste el secreto de la sorprendente unanimidad con que la población acoge toda petición del Gobierno soviético.

Levantad el telón y veréis a obreros y campesinos miserables y a sus familias mendigar un pedazo de pan. La turba de muchachos que se ve

delante de las tiendas en Moscú y en las estaciones de cualquier aldea, al paso de los trenes, no piden dinero; dicen: «*Dáite klieb*, deme pan.»

En los años de carestía, los campesinos han muerto de hambre a millares, mientras los graneros del Estado estaban llenos. No más lejos del verano del 46, el fenómeno se ha repetido a causa de la mala cosecha.

«Los campesinos —narraba en un estrecho círculo de amigos un escritor— abandonan en masa las aldeas. Se dirigen hacia la ciudad en busca de trabajo en las fábricas, donde hay por lo menos una sopa y el pan asegurado.» Han sido sancionados por haber abandonado su puesto de trabajo. El Estado exige su cuota de cereales y no se preocupa de si a los campesinos les queda para sus necesidades.

La experiencia de mi permanencia entre los campesinos puede ser resumida brevemente: no hay campesinos, sino braceros del Estado. «Toda la tierra —dice el artículo sexto de la Constitución soviética— pertenece al Estado», así como «el ganado, las fábricas, las herramientas de trabajo», etcétera.

La colectivización de la tierra no ha encontrado nunca, ni lo encuentra ahora, el apoyo de los campesinos. Fue impuesta con la violencia. Fueron empleados contra la población agrícola medios de terror sin precedentes en la Historia. Aldeas enteras incendiadas y destruídas por la aviación del Gobierno central. Oficialmente fue reconocido que el número de campesinos deportados por no haber querido acatar la colectivización, asciende a *cinco millones*. Nadie, nunca, ha sabido cuántos han sido fusilados. Lo que se sabe con absoluta certeza es que en regiones enteras los fusilamientos se hicieron en masa, con el fin de aterrorizar a la población.

Las consecuencias de la colectivización fueron y son todavía: bajas cosechas (a pesar de la mecanización de la agricultura^[5], la URSS apenas ha superado la producción de cereales de los años anteriores a la Revolución de octubre); disminución del ganado. El mismo Stalin, en un discurso en el año 1934 reveló los siguientes datos: solamente de 1930 a 1933 el ganado caballar había descendido de 35 a 16 millones, el vacuno de 58 a 38 y el lanar de 115 a 50.

La recolección de cereales había descendido a los 835 millones de quintales en 1930 y a poco más de 650 millones en 1931. Sólo en 1939 y 1940 se superó la producción de cereales; pero fue necesario, a pesar del aumento de la superficie de tierra cultivada y el empleo de otro medio millón de tractores, imponerles nuevas cargas a los campesinos, tales como el aumento del mínimo de prestación de mano de obra al koljos hasta las 150 jornadas, *y un mínimo de 50 jornadas para los jóvenes de los doce a los dieciséis años.*

Por lo que respecta al ganado en general, las cifras fueron inferiores a las de 1916, menos para el vacuno.

El índice más elocuente de la sorda hostilidad de los campesinos al régimen es dado por el ínfimo porcentaje de adheridos al Partido en las aldeas. A pesar de los esfuerzos hechos para reclutar secuaces, en 1939, «en los 243.000 koljoses existía un total de 153.000 comunistas». En 1941, el órgano oficial del Partido declaraba que las aldeas daban sólo el 19 por 100 de los inscritos, la mayor parte de los cuales, naturalmente, pertenecían a la burocracia agrícola.

La Constitución soviética afirma que la tierra es dada por el Estado al koljos en «usufructo gratuito». Pero es un hecho que entre los koljosianos es distribuido menos de un 30 por 100 del producto de su trabajo (a pesar de las disposiciones oficiales más o menos solemnes); el resto está destinado al Estado, a las estaciones estatales de máquinas agrícolas, a las semillas, al ganado y aun una parte es vendida al Estado *a precio de coste.*

También el 30 por 100 destinado a los campesinos queda reducido sucesivamente por las «ofertas voluntarias» al Estado y por tasas de todo género...

Los funcionarios de los koljoses y sovjoses retribuidos con dinero sudado por los campesinos, eran, en 1941, tres millones. El plan quinquenal en curso preveía un sensible aumento de ellos.

La situación en los campos rusos llegó, en 1947, a tal punto que el Gobierno tuvo que licenciar, según datos publicados en la *Pravda* (19 septiembre de 1947), 699.000 empleados de las administraciones y direcciones de los koljoses y personas que no tenían «ninguna relación con

la hacienda colectiva». El mismo periódico confesaba que «no se distribuían justamente las ganancias entre los campesinos».

La resolución del Comité Central del Partido publicada en la *Pravda* (28-2-47), declaraba que *el estado de cosas existente en las haciendas colectivas ha destruido todo interés de los koljoses por el desarrollo de la economía koljosiana*.

No parece que la situación haya mejorado. La ola de huelgas que, por primera vez en treinta años, se ha verificado este verano (1948), no sólo en las ciudades —en Moscú en primer lugar—, sino también en las aldeas, indica que el malestar entre la población es mucho más profundo de cuanto les parezca a algunos observadores.

Las aldeas han dado a los frentes millones y millones de sus hijos. Millones de ellos han muerto, otros (cuatro millones) están aún bajo las armas. Pero todos los que han regresado han traído a los campos algo que, desde el fin de la guerra, preocupa seriamente a los dirigentes rusos. El contacto con la vida y la civilización occidental han sacudido su apatía. Han abierto los ojos; ya no creen en la «miseria» y en la «opresión» de los «países capitalistas». Tienen el orgullo de haber vencido, mas se trata de un orgullo exclusivamente ruso, nacional, legítimo y junto al cual bulle un vivo sentimiento de libertad y la aspiración a una vida más digna.

Nadie podría hoy negar que en el seno de la sociedad soviética estén madurando profundas convulsiones y transformaciones radicales. La guerra, ganada por el pueblo ruso, ha minado, aunque parezca absurdo, los fundamentos del comunismo. Y a quien examine atentamente las causas de la política expansionista del Kremlin, no puede escapársele que la principal de ellas hay que buscarla, sin duda, en la tentativa de resolver esta amenazante crisis interna —acompañada de enormes dificultades económicas— con la sovietización de otros países y la consiguiente explotación de sus recursos industriales y humanos.

Me fui a Eupatoria. La Colonia estaba aún desierta. Encontré solamente algunos obreros y al director, un viejo judío que se había naturalizado ruso adoptando un apellido apropiado. Me acogió fríamente, obedeciendo con malhumor a la orden recibida del Ministerio.

La ciudad había sido muy castigada por la guerra, y también la Colonia, cuyos edificios fueron destruidos en parte por el Ejército soviético antes de abandonarla.

Algunos días después llegaron los niños españoles, si de niños podía ya hablarse. Los más pequeños tenían trece y catorce años; los había de dieciséis y diecisiete. Eran seres embrutecidos por el sufrimiento, enfermos de raquitismo, de linfatismo y muchos de tuberculosis ósea, enfermedades contraídas en los Urales, de donde procedían. Pero estaban, sobre todo, sumamente corrompidos.

Pocos días después de su llegada habían ya cometido hurtos de gran estilo, de acuerdo con algunos malhechores de la ciudad. Hacían desaparecer un poco de todo: sábanas, zapatos y hasta camas.

Durante el invierno —que fue extraordinariamente frío— cortaban los palos que sostenían el techo de su dormitorio y los vendían a escondidas. Con la ganancia compraban en la bolsa negra pan y leche.

Las comidas eran verdaderamente insuficientes, mas cuando decíamos que el país acababa de salir de la guerra, los muchachos respondían que los hijos de los generales «comían bien».

Había, en efecto, a dos pasos de la nuestra, una Colonia reservada a los hijos de los oficiales superiores del Ejército, y no sólo nosotros, a través del personal que trabajaba allí, sino también los muchachos estábamos al corriente del tratamiento dispensado a estos niños.

En realidad, más que de la dificultad de aquel período que seguía inmediatamente a la guerra, tratábase de la acostumbrada especulación y de los acostumbrados lucros... Llegaron hasta servir carne hedionda y, durante algún tiempo, sopa de grano tan deteriorado que, como después se supo, no estaba permitido ni siquiera darlo a los caballos.

Los hurtos aumentaron al hacer su aparición una banda de jóvenes, ex alumnos de varias colonias. Algunos de ellos habían estado ya en la cárcel, otros iban huyendo de la policía. Dos de ellos, arrestados más tarde, Pablo Rocha y otro de quien no recuerdo el nombre, eran autores de varias rapiñas y de un homicidio. Otros dos acababan de escaparse de una fábrica donde habían robado. Estos últimos, un día emprendieron el vuelo, y parece que

consiguieron embarcarse en Odessa y llegar a Francia. Se dijo que de allí habían escrito anunciando su propósito de volver a España.

En cierta ocasión se descubrió dónde había ido a parar parte de un botín: se trataba de una manta, de una cama de hierro con somier metálico y algunas tablas para quemar. Todo lo habían comprado dos mujeres: una formaba parte de un comité de la Juventud comunista; la otra era directora política de un sanatorio. Esta última ya había «adquirido» otros objetos. Yo mismo fui a hablar con ellas; fueron denunciadas —se dijo—, pero no les sucedió absolutamente nada. En fin, nuestro director político nos confesó que no se había hecho ninguna denuncia dado que una era dirigente de la Juventud Comunista y la otra miembro del Partido...

«Tomará medidas el mismo Partido. Nosotros no tenemos derecho a denunciarlas.»

Y todo continuó como antes.

Una noche, del dormitorio de las muchachas desaparecieron unos vestidos. Otra vez robaron en la tienda entrando por el techo. Y todo esto era obra de muchachos que encontraban sus cómplices en funcionarios y miembros del Partido.

Durante su permanencia en los Urales y en contacto con la banda de jóvenes delincuentes, aprendieron canciones obscenas, de la mala vida y antisoviéticas; las cantaban sin ninguna precaución y sin temor alguno.

Circulaban entre ellos las más sabrosas historietas políticas. Ésta, por ejemplo: En Yalta, durante la conferencia, Stalin, Churchill y Roosevelt dan un paseo en auto. Al llegar a un punto, una vaca obstruye el camino. Vista la inutilidad de las tentativas del chófer para alejarla, prueban a hacerlo primero Churchill, después Roosevelt, pero en vano. Entonces baja del coche Stalin y susurra algo a la oreja de la vaca, que se aleja corriendo locamente. Cuando el auto vuelve a ponerse en marcha, Churchill pregunta:

—Generalísimo, ¿qué le habéis dicho para hacerla escapar de aquel modo?

—Le he dicho simplemente —responde Stalin—: o terminas de hacer la estúpida, o te haré llevar a un koljos.

También la conducta de algunas muchachas dejaba mucho que desear. Entre las educadoras las había jóvenes. Todas las tardes, los marineros las

esperaban delante de la puerta y, a menudo, si alguna de ellas estaba de guardia, se entretenía con el propio amante bajo la ventana del dormitorio de las chicas. En aquel tiempo estábamos aún sin luz, pero ciertas cosas se oían perfectamente en la oscuridad. Amor demasiado libre que influía sobre la moralidad de las educandas, aunque éstas sabían ya bastante.

Una de las educadoras tenía una niña y para poder salir por la noche con el amigo dejaba con la hija, en la habitación donde vivía con una colega suya, a una de las muchachas. A menudo, los amantes las acompañaban hasta casa, donde después se entretenían largo rato, bebiendo la media botella de vodka que a los marineros no les suele faltar.

Una de las chicas, P. X., procedente de Moscú, donde tenía un amigo, llegó encinta. La enfermera principal, una mujer de alrededor de cincuenta años, ligada por vieja amistad al director, de acuerdo con éste la hizo abortar. Todo fue hecho en secreto, pero no tanto como para que los demás no se enterasen. Después de algunos meses vino a buscarla desde Moscú el... «marido», un joven español de los pocos que habían continuado estudiando. El director le hospedó durante una semana, haciéndole dormir junto con la... «mujer» en una pequeña habitación contigua al dormitorio de las alumnas.

Más tarde, esta misma joven estrechó relaciones con un funcionario del Sanatorio vecino al nuestro. Todas las noches se iban de paseo, a la playa o a su casa: después, a altas horas, la acompañaba hasta la puerta de la Colonia. Otra, con un marinero, en complicidad con una de las educadoras. A menudo llevaba consigo a otras muchachas a los bailes que se daban todas las noches en el «club» de los marinos. La dirección no concedía ninguna importancia a estas cosas.

Entre muchos jóvenes —obreros o estudiantes fracasados— que terminaron mal y que llegaban por su cuenta a Eupatoria, vinieron dos —ciertos Brey y Rodríguez— de unos veinte años, que habían sido alumnos de la misma Colonia. Rotos y descalzos, fueron a saludarme, rogándome hablara al director para que los admitiese a trabajar. Me hicieron una impresión indescriptible, pero traté de disimular. Años antes habían sido de los mejores alumnos. La escuela de la «Reserva de mano de obra», primero, la fábrica y el ambiente después, los habían reducido a aquel estado. Me

aseguraron no «haber hecho nada malo»: habían escapado de la fábrica, pasando algunos meses junto a otros jóvenes rusos, vagando de ciudad en ciudad; después se decidieron a venir a Eupatoria. Era difícil creerles. Los dos se habían deshecho del pasaporte para el interior, lo que significaba que tenían algo que temer. No prometí nada: hubiera sido imprudente hacerlo. Los amonesté por haber dejado la fábrica. Hablé a los compañeros y, juntos, decidimos escuchar al director; pero antes los llamamos, estableciendo un pacto: tendrían que trabajar y ayudarían con su ejemplo a corregir a los otros. En caso contrario, pediríamos nosotros mismos su alejamiento. El director los acogió a los dos y no conseguíamos, al principio, explicarnos el misterio de tal decisión, que era, por otro lado, fácil de comprender. Ellos trabajaban para la Casa —substituyendo de hecho a dos obreros— sólo por la comida y el alojamiento. No es difícil transformar 100 raciones en 102, de modo que a la Colonia sus comidas no le costaban nada; en cambio, se *economizaba* el salario de dos obreros. No afirmo que se tratase de una economía... personal del director y del contable, aunque creo fuera esto, con toda probabilidad.

Estos muchachos referían lo que había sucedido en Tiflis. Pedíamos noticias de uno y de otro. De alguno supe que había muerto en la cárcel; de otra, que había hecho de «todo» y hasta de «prostituta»; de otra más, B. L., una muchacha que tenía catorce años cuando dejó la Colonia, que estaba aún en la cárcel. «Ha tenido un hijo y no sabe ella misma de quién.» ¿L. M.? «Se ha quedado en Tiflis; se ha unido a un “kuligan”».

Algo me había sido referido sobre la vida y milagros de los jóvenes españoles en Tiflis. Por desgracia, todo era verdad, y después, en Moscú, tuve la confirmación de ello.

En primavera, algunos chicos fueron enviados a trabajar a Sebastopol, en cuya reconstrucción se emplean prisioneros de guerra. Eran los más díscolos, y ninguno de ellos tenía más de catorce años.

Los jóvenes vagabundos que vivían, por decirlo así, al margen de la ley, se fueron; unos porque los buscaba la policía, otros espontáneamente. Empezaron de nuevo sus andanzas de una a otra punta de la inmensa Rusia.

En los años que siguieron a la guerra, los trenes eran asaltados por estas bandas de pequeños delincuentes. De noche, especialmente, las maletas de los pasajeros desaparecían con extraordinaria facilidad.

Durante el viaje de Moscú a Odessa, en donde embarqué para Italia, el factor, por la noche, recomendaba vivamente que se tuviera cerrada la ventanilla del vagón. El porqué es simple: en el techo de los vagones viajan los *biesprizorni*, muchachos abandonados. Descolgándose hábilmente penetran en los vagones de lujo, donde, si los pasajeros duermen, les despojan pronto de todo. De estas bandas forman parte decenas y decenas de muchachos españoles.

La delegación del Partido comunista español, en 1946, consiguió que el Gobierno soviético concentrara en Moscú y sus alrededores a todos los jóvenes que se encontraban un poco por todas partes, en fábricas y escuelas de la «Reserva de mano de obra». Teniéndolos más cerca sería fácil vigilarlos e impedir su caída.

Es justo decir que por parte de los españoles se hacen, en este sentido, esfuerzos inauditos. Decenas de personas son encargadas de visitar todos los días a los jóvenes en las escuelas de aprendizaje y en las fábricas. Algunas viven con ellos. Pero es de todo punto imposible reeducarlos en el mismo ambiente que los ha corrompido.

Uno de los compañeros educadores, agregado a una fábrica, hablándome de ellos algunos días antes de mi marcha, me dijo:

—No hay nada que hacer, ni por las buenas ni por las malas. Trabajan un poco y cuando crees que todo va bien, te hacen una muy gorda junto con los rusos. Están organizadísimos y divididos en pequeñas bandas, según su especialidad: hay especialistas en cortar bolsos, especialistas en el corte de chaqueta, en meter la mano en los bolsillos del prójimo en las paradas del tranvía, del autobús y del «metro»; especialistas en forzar cerraduras. Algunos se encargan exclusivamente de vender el botín. Por lo que respecta a sus sentimientos, es mejor no hablar; no sienten ya nada, ni amor por su patria ni por la Unión Soviética.

Hay, es cierto, un grupo de estudiantes y jóvenes obreros y obreras cuya conducta es hasta ahora intachable. Pero nadie puede prever su fin. Sus sentimientos, en general, no son de afecto al régimen.

Muchos maestros de las Colonias para niños españoles han sido detenidos por la N.K.V.D. Entre ellos, un grupo numeroso en Leningrado — no recuerdo los nombres— y algunos otros en Moscú. Uno es cierto Bonte, de Valencia. Están, junto a los pilotos españoles, distribuidos en los dieciocho campos de trabajos forzados, en Karaganda. Parece ser que alguno ha sido fusilado. En uno de dichos campos está también el ex comandante «Campesino», detenido con otros cuatro al intentar huir de la URSS.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO VII

RADIO MOSCÚ

EN marzo de 1946 supe que la mayor parte de los italianos —no muchos, desde luego; me parece que un total no superior a la decena— habían vuelto o estaban a punto de volver a Italia. De su repatriación se ocupaba el entonces representante del Partido Comunista italiano en Moscú, Pablo Robotti. Deseaba ardientemente dejar Rusia, pero hubiera sido infructuosa cualquier tentativa hecha en tal sentido desde Eupatoria. No conocía a Robotti. Las referencias que me habían dado los italianos que entonces se encontraban en Crimea, no inducían verdaderamente a hacerle una petición semejante. Lo que ante todo debía hacer era trasladarme a Moscú. Sabía con certeza —después me fue confirmado— que en 1943 el mismo Togliatti había propuesto inútilmente que yo fuera llamado a trabajar en Radio Moscú. Entonces no se pudo resolver el inconveniente del alojamiento. (Esto me dijeron cuatro años después, si bien yo estoy firmemente convencido de que la señora Blagoieva, entonces «eminencia gris» del Komintern, había saboteado la propuesta.) Escribí, pues, a Robotti y pocos días después me respondió pidiéndome una amplia «autobiografía»: vida, milagros, origen social, etc., etc. Se la remití al día siguiente, y el 30 de abril recibí un telegrama del vicepresidente del «Comité para las transmisiones radiofónicas, agregado al Consejo de Ministros». Debía encontrarme en Moscú el 15 de mayo. El primer paso para volver a Italia había sido dado. Los pasos sucesivos no fueron tan fáciles.

La solicitud con que había sido llamado era más que comprensible.

En aquel tiempo trabajaban en la redacción italiana otros compañeros y había prisa, sobre todo por cuanto hacía a uno de ellos, en hacerle volver a Italia. Sin embargo, los rusos no se decidían a dejarlo marchar, porque en la redacción había poco personal. Robotti creyó poder obtener dicha autorización en el momento en que yo lo sustituyese.

Empecé a trabajar el 15 de mayo.

Tampoco esta vez había sido resuelto el problema de mi alojamiento. Me vi obligado, hasta el mes de agosto, a dormir en la misma redacción, cosa que, por otro lado, habían hecho y aún hacían, otros redactores.

Hacia fines de agosto, una empleada de la misma Radio me alquiló una habitación por 800 rublos al mes. Era todo mi sueldo de redactor, exactamente cincuenta rublos más; pero debo decir que los artículos y las traducciones eran pagados aparte; los primeros, según la calidad, de 80 a 100 rublos la página; las traducciones a diez rublos. Cada página a máquina debía ser de 30 líneas y cada línea de 60 letras. Primero, los espacios, las comas y los puntos eran contados como letras; después se estableció un sistema de más rígida economía. Durante los primeros meses llegué a ganar 4.000 rublos, pero hacia finales de año empezó lo malo. La terrible palabra «economía» llevó la tristeza a todas partes. La transmisión de trabajos originales fue reducida al mínimo y el jefe de nuestra sección hasta tuvo una amonestación del Partido y una multa por haber gastado demasiado dinero haciéndolo ganar a los redactores. Fue ordenado utilizar al máximo el material de la Prensa y los boletines proporcionados por la misma Radio.

Debí adaptarme a las traducciones aprovechando la ausencia de una de las traductoras. Mis ganancias se redujeron bruscamente a poco más de mil rublos, poniéndome en un dilema: o continuar pagando la habitación, renunciando a comer, o, si quería comer, volver a dormir en la redacción.

La Radio tenía un dormitorio colectivo propio, a dos pasos de su local, en la misma plaza Puskin, una de las más céntricas de Moscú. En el dormitorio había bastantes puestos libres, pero en vano me dirigí a la administración para que me fuese asignada una cama. Cometí la estupidez de creer que en Moscú las cosas se hicieran de diferente manera y más honradamente que en otro sitio.

Un compañero de la redacción española me indicó el camino a seguir. Él había hecho lo mismo y se ofreció para ayudarme. Una tarde hablamos con la encargada de las casas-habitaciones y, por lo tanto, del dormitorio colectivo. Sin preámbulos le pregunté:

—¿Cuánto quieres por darme una plaza?

—Dame lo que me ha dado él —respondió, indicándome al compañero que me acompañaba.

Le di 500 rublos y ella misma se encargó de solucionar todas las formalidades: visado del pasaporte por la Milicia, y registro en las oficinas de la Radio, que cada mes descontaba el alquiler de la cama.

No se podía reprochar a aquella mujer su manera de negociar. Tenía dos niñas, estaba encinta y entre ella y el marido, obrero de la misma Radio, ganaban 700 rublos al mes.

A fines de enero me instalé en el dormitorio colectivo, pagando por luz, calefacción y limpieza 90 rublos al mes. El dormitorio no tenía calefacción central: debía ser calentado por una estufa de leña o de carbón. Durante todo el invierno la estufa se encendió cuatro veces; la ropa —toallas, sábanas y almohadas— se cambiaba una vez al mes y, en una ocasión, al cabo de dos meses. En cuanto a la limpieza, era más o menos por el estilo.

Vivíamos seis: dos españoles, dos italianos, un rumano y un polaco. El que protestaba continuamente porque no se encendía la estufa, ni se cambiaba la ropa, era un ex ferroviario florentino de cerca de sesenta años.

Hacía un año que luchaba por volver a Italia; aún no lo había conseguido. Entre otras cosas, era ciudadano soviético y miembro del Partido ruso, lo que, para un pobre diablo como él, complicaba bastante las cosas. No se cansaba de exponerle al Comité del Partido las condiciones en que estaba el dormitorio. Alguna vez hasta vino una comisión, pero las cosas no mejoraron. Todo lo que se obtuvo fue que encargasen de la limpieza a una mujer. Ésta era una joven campesina de los alrededores, venida a buscar trabajo a Moscú «solamente para tener la cartilla de abastecimientos». Tenía el padre inválido y tres hermanos; el mayor, de trece años, trabajaba ya, como ella y su madre. «No me creeréis —decía—, pero el pan no lo vemos hace meses.» Algunos de nosotros le dábamos a menudo un poco del nuestro. El toscano y el polaco no tenían bastante con

sus raciones y estaban siempre sin gorda. El primero, empleado como mecanógrafo en nuestra redacción, ganaba poquísimo y comía menos: por la mañana —un pequeño desayuno— y por la noche, a las once o las doce, cuando había terminado su trabajo.

Trataba de obtener traducciones de cualquier organismo propagandístico; pero los pocos italianos que quedaban en Moscú habían hecho de este trabajo una especie de feudo e impedían que otros participaran en dicho asunto. Todas las veces que se iba a cobrar —lo que se hacía siempre con diez, quince, veinte días de retraso— asistíamos a escenas verdaderamente deliciosas. Los que más protestaban eran los traductores y las mecanógrafas. El contable les pagaba, sistemáticamente, menos páginas de las que ellos habían calculado. Las ganancias de estos humildísimos funcionarios eran en verdad irrisorias.

No era raro que tuvieran que hacerse subscripciones para ayudar a una mecanógrafa enferma o a otra a quien le habían robado la cartilla de abastecimiento.

A propósito de robos, en Radio Moscú los había con mucha frecuencia: un bolso de señora (que luego se encontraba vacío en un pasillo, sin el dinero, los documentos o las cartillas), una máquina de escribir, un par de chanclos. A un locutor de nuestra redacción se le llevaron, de noche, su mejor abrigo. Para comprar uno igual en el mercado negro o en el *Univermag*, que en aquel tiempo era —y lo es aún— una tienda de «especulación estatal», necesitaba diez mil rublos. Nosotros le gastábamos bromas al robado, excelente persona con una prole numerosísima, que tenía demasiadas aventuras nocturnas —trabajaba de noche— en las diversas redacciones.

«Esta vez te ha costado cara —le decíamos—. Las mujeres, pronto o tarde, traen desgracia.»

Una vez hubo que hacer una subscripción para una locutora a quien se le había muerto un hijo: no tenía dinero para comprar un ataúd.

Una locutora, sueca, me parece, que recibía un centenar de rublos cada quince días, presentó más de una vez la dimisión, pidiendo regresar a su país. No le fue concedido. Escribió entonces a Molotov, del cual depende directamente Radio Moscú; no tuvo contestación. Se dijo que Molotov

había llamado al presidente de la Radio y que los locutores serían pagados «más que en cualquier otro país». Pasó el tiempo, pero la sueca continuó adelgazando.

En nuestra misma redacción, un hebreo, hombre cultísimo, recibía a menudo 100 ó 150 rublos cada quincena, a veces nada y a veces, incluso, resultaba deudor. Esto sucedía a muchos, especialmente cuando fue reducida la transmisión de trabajos originales. Parece absurdo, pero se explica fácilmente. Si el año anterior había ganado, por ejemplo, una media de 3.000 rublos al mes, al año siguiente había tenido que subscribirse al empréstito por 4.500 rublos (el 15 por 100), que venía descontado de su sueldo de redactor (800 rublos) mes a mes. Añádanse los otros impuestos y se verá qué es lo que podía restarle, si no se le daba la posibilidad de hacer trabajos extraordinarios.

Gente en situación parecida, o peor, había en todas las redacciones y especialmente en las varias oficinas agregadas a la Radio. Solamente los dirigentes —los «jefísimos», como nosotros les llamábamos—, el presidente y los vicepresidentes, vivían magníficamente. Aparte de su sueldo elevado, gozan de privilegios de toda clase: automóviles, vestidos, tabaco, víveres especiales, etc. Los pequeños jefes, en cambio, no están tan bien tratados. Mi jefe de Sección cobró una vez, en mi presencia, un rublo y cuarenta céntimos; era todo su estipendio, aunque es justo decir que esto sucedía cuando le fue impuesta la sanción que ya he explicado.

La sola ventaja que tienen éstos —inferiores a los privilegios de los «jefísimos», se entiende— es la de recibir todos los meses vales para cigarrillos, jabón, manufacturas y otras cosas que después venden en la bolsa negra para... redondear el sueldo.

A los *piscolabis* a domicilio tienen derecho solamente los peces gordos. No había día que no encontrase, dos, tres, cuatro veces, a una de las camareras —vestido negro, cofia y delantal blancos— llevando una gran bandeja a la oficina de uno de ellos. Entre las buenas costumbres de los «jefísimos» es digna de mención ésta: si encuentran a un redactor o a un empleado por el pasillo o por la escalera, bajan la cabeza para no responder al saludo. Excepto uno, Filippov, el único de ellos que me haya parecido correcto y también humano, todos los demás eran de una grosería soberbia.

(Me fue referido que, antes de partir para Italia, Ruggero Griego y otros redactores, quisieron ir en comisión a ver al presidente, Púsin. Éste —que en muchos años no se había dignado visitar la redacción y conocer a su personal—, después de una hora de antecámara, los recibió, echándoles un discurso sobre los deberes de los comunistas en el exterior. Parece ser que el discurso aquel fue de provecho.)

En el invierno del 46-47 se habló de reducción de personal. Efectivamente, habían sido emanadas del Gobierno disposiciones para que el personal fuese reducido en un 20 por 100.

De Radio Moscú deberían haber sido licenciadas cerca de 600 personas; sólo fueron despedidas quince.

En nuestro dormitorio había un armario y una mesa. En el armario, la ropa de todos, la sucia y la limpia; sobre la mesa, un hornillo eléctrico en el que hacíamos la comida. El florentino tenía una sartén y el polaco una olla; eran todos nuestros utensilios de cocina, aparte de las cucharas y algún tenedor. El florentino era dueño de otra olla un poco más grande que tenía encerrada: en ella hervía patatas o fideos —cuando había— así como la ropa sucia. El hornillo era de un español, pero lo utilizábamos todos, así como la olla y la sartén. Ésta, por decisión tomada en común, no se limpiaba nunca después de ser usada, con el fin de «no desperdiciar la grasa» que quedaba. Se freían indistintamente huevos, patatas, carne o pescado.

En Moscú y en Leningrado, por razones evidentes, la distribución de víveres se hacía con más regularidad que en otros sitios, si bien, a menudo, las grasas del mes de mayo, por ejemplo, eran distribuidas a mitad de junio, o, en vez de la carne, daban pescado. En lugar de la consabida *krupá*, a veces daban fideos, o, mejor dicho, trozos de pasta que los rusos llamaban fideos y que nosotros preferíamos a la *krupá*.

El problema era la existencia de un solo hornillo, aunque éste era usado de continuo.

Por la mañana bastaba que uno hiciese hervir agua para que todos tomáramos té. Por la noche, al contrario, la cosa era más complicada; uno debía cocer sus patatas, otro freír huevos. Era preciso esperar el turno y se

terminaba muy tarde. Había quien volvía a casa cuando los otros dormían y, a veces, se ponía a freír bacalao, apestando el dormitorio.

La tienda llamada *commerchiski*, es decir, donde se vendían los géneros a precios de «especulación», se encontraba a dos pasos de nosotros y la visitábamos a menudo, siempre que teníamos la posibilidad.

Durante el día, algunos de nosotros podíamos hacer una comida, en un comedor reservado al personal de la Radio y de la «Oficina Soviética de Información», mediante cartillas especiales distribuídas de mes en mes. También en esto la diferenciación era evidente. Había diversas categorías de cartillas: A, B —las únicas aceptadas en aquel comedor— y otras.

Los que tenían la cartilla A recibían una comida mejor. A algunos se les daba, además de la cartilla para el comedor, otra para retirar productos; a otros, sin embargo, sólo ésta y también de categorías inferiores. Existe diferencia entre un redactor y un empleado cualquiera, pero a menudo sucede que el último tiene la mejor cartilla, mientras algunos de los primeros no reciben siquiera la del comedor. También esto depende de amistades personales, de lazos de otra especie o simplemente del capricho de los jefes.

En invierno, todos los meses se distribuían vales para chanclos, zapatos, calcetines y otras cosas. Se entregaban la mitad, o más, de la cantidad asignada; el resto quedaba en manos de los jefes, de sus secretarias y de sus amigos.

En el otoño de 1946, en Moscú abrieron restaurantes «comerciales», es decir, a precios astronómicos. Íbamos a ellos alguna noche. Se podía comer una sopa por 12 rublos, una albóndiga por 18; una pierna de pollo por 32. Carísimos el vino y el vodka. Un vaso de té costaba 1,50. Así y todo, las mesas estaban llenas. Había también obreros que bebían té y comían el pan que habían llevado consigo.

Fue en uno de estos restaurantes donde un obrero, cuando hube terminado de comer una ración de pollo, me preguntó si podía coger lo que había quedado. Pensé que quería envolver el hueso y llevárselo para el perro... Por el contrario, terminó de roerlo él mismo. Lo miramos, no sorprendidos, pero sí disgustados, porque la cosa nos mortificaba. El obrero se dio cuenta y sonrió.

—Compañeros —dijo—, no os debéis asombrar; soy obrero y desmovilizado.

Sacó del bolsillo de la blusa su documentación que nos puso bajo los ojos. Efectivamente, era un obrero de la fábrica 43 y ex combatiente, desmovilizado desde hacía poco.

—¿Cuánto ganas?

—De cuatrocientos a cuatrocientos cincuenta rublos. ¿Creéis que se puede vivir? Tengo familia...

No hicimos comentarios. La Prensa soviética, en aquel tiempo exaltaba a diario las previsiones del Gobierno a favor de los desmovilizados.

Sé que para muchos comunistas esto es increíble. Me llamarán trotskista, fascista, traidor, etc.

La gran culpa de los dirigentes comunistas que han observado lo que sucede en Rusia no es, después de todo, la de aspirar al poder, aspiración legítima en todo hombre político, sino la de llevar el agua al propio molino mediante el embuste y el engaño.

¡Puede que un día muchos de ellos se arrepientan amargamente!

Contiguo al nuestro había un dormitorio para mujeres y pequeñas habitaciones en las que vivían familias enteras; en el piso de arriba estaban instalados, con cierta comodidad, algunos funcionarios de rango más elevado. A la salida del dormitorio, una pequeña cocina: el local había sido dividido para hacer dos habitaciones; en cada una apenas cabía la cama, una mesita o una silla. Estaban habitadas por dos obreras. Una parte formaba una habitación aislada; la otra, más que una habitación, era un corredor por el cual debíamos pasar todas las veces que queríamos entrar o salir. En este último dormía una barrendera y su hija, muchacha de unos diez años; en el primero, una obrera encargada de la calefacción del piso superior. Las dos trabajaban de noche o de día, indistintamente. La primera, en los turnos de noche, además de barrer la nieve, estaba de guardia. No le gustaba que pasáramos continuamente cruzando su «habitación», pero no había más remedio.

Las dos mujeres recibían un centenar de rublos por quincena. Era increíble, mas ante la realidad era preciso admitirlo. Su salario era de 280

rublos mensuales; descontados 40 rublos por el empréstito al Estado, el impuesto y el alojamiento, cobraban solamente unos cien rublos. A la pequeña le dábamos con frecuencia alguna cosa y el día de fin de año le compramos dulces y algún juguete.

Es difícil que nuestros obreros no puedan comprarles «los reyes» a sus pequeños; en Rusia, los que no pueden hacerlo se cuentan a millares.

En los días que preceden a las fiestas, los pequeños ricos soviéticos visitan el *Univermag* y sus tiendas especiales. Generalmente lo hacen hasta en automóvil: el papá es general, coronel, jefe de División, pez gordo del Partido.

Están bien vestidos, bien calzados y estupendamente nutridos. Vuelven a casa cargados de juguetes y dulces; sonríen felices. Los obreros que pueden permitirse tal lujo son bien pocos. El obrero se sentirá feliz si el primero de año tiene dinero suficiente para comprar una botella de vodka.

Dando nuestro regalo a la hijita de la obrera que, como de costumbre, hervía cabezas de pescado apestando el ambiente, recordé un artículo del escritor Ilia Erenburg, el Vichinsky de la literatura: «Hemos tenido que fabricar cañones; no hemos podido fabricar juguetes para nuestros niños.» No, pensé; habéis fabricado esto y más. Y si los hijos de la gente humilde no pueden comprarlos es porque habéis edificado sobre sus espaldas la insultante riqueza de unos pocos.

Había en el pasillo un lavabo y el retrete; retrete destrozado y sucio, ante el que por la mañana hacíamos cola hombres y mujeres de los dos dormitorios, oyendo y, a veces, viéndolo todo... En el lavabo, con tres grifos, que más parecía un abrevadero, echaban de todo. Nosotros mismos lavábamos nuestra ropa que luego poníamos a secar en el dormitorio; darla a lavar estaba por encima de nuestras posibilidades económicas.

En dos habitaciones de la misma casa vivía una familia numerosísima. La madre —declarada heroína— había criado diez hijos. Uno de ellos, Sima, muchacha de veinte años, con un tipo y una cara bonitos, de día trabajaba y de noche se iba de paseo... La veíamos con unos y otros, marineros u oficiales del Ejército; era sabido que se prostituía. Más de una vez fue a nuestro dormitorio, más que por charlar, para que le ofreciéramos

algo. Su conducta no nos extrañaba: había en su casa muchas bocas que alimentar.

En otra pieza vivían dos familias. Las dos «habitaciones» estaban separadas por una cortina; de un lado dormía una pareja de jóvenes obreros, el hijo y la madre de ella; del otro, dos locutores de Radio Moscú: marido y mujer, el chiquillo y una joven amiga, ella también empleada en la Radio. Estaban muy contentos de haber hallado aquel agujero por el cual habían dado, bajo mano, 500 rublos, pagando cada mes 300 al obrero que les había dejado un poco de sitio. Las condiciones de estos extranjeros eran dignas de lástima. Comían carne tres o cuatro veces al mes; durante los veintiséis días restantes hacían economías para dar de comer al chiquillo. De vez en cuando, el marido, un abogado español, nos pedía prestados a los del dormitorio, «cuatro o seis patatas», un puñado de fideos o cincuenta rublos.

Su habitación era un piso bajo, mejor dicho, un medio sótano, igual que nuestro dormitorio, con una ventanita al nivel de la calle. Con motivo de las fiestas de Octubre, algunos amigos solteros cenamos con ellos, dividiendo los gastos y llevando cada cual su pan. Claro, hubo vodka y cuando surtió sus efectos empezaron los discursos y el canto; luego, más vodka, hasta que se perdió la noción de todo. Hacia las dos de la mañana irrumpió en la habitación la pareja de obreros: la mujer estaba más borracha que el marido. La acogimos con gritos y aplausos, convidándola a beber; se paró en medio de la habitación, nos miró, repiqueteó los dedos, se levantó un poco la falda y empezó a bailar y nosotros a jalearla, hasta que cayó deshecha en la cama donde estábamos sentados algunos de nosotros. Bebimos más, y de lo que ocurrió luego ya no sé nada.

Por Noche Vieja del 1947 nos concedió su piso, para que nos reuniéramos, un escritor amigo al que habían dado un premio Stalin por la letra del himno soviético —un himno de exaltación de la grande Rusia, bastante chovinístico—. En lugar del escritor estuvo con nosotros el suegro, viejo pintor que había recorrido de una a otra punta España e Italia. El piso, en la calle de Gorki, en el edificio de los escritores —escritores oficiales, se entiende— era muy distinto de los míseros cuchitriles obreros... Una entrada, cocina de gas con horno, nevera, dobles servicios, estudio, recibidor, comedor, tres dormitorios, butacas de cuero, divanes, un piano,

muchos *bibelots*. La familia del escritor se componía del marido, la mujer, el hijo y la institutriz... Era uno de aquellos pisos fotografiados y reproducidos en las revistas de propaganda para el extranjero y de los cuales tiene la suerte de disfrutar sólo un pequeño número de privilegiados.

Por doquiera volviese la mirada, notaba una desigualdad que ha ido mucho más allá de cualquier justificación teórica. «¿Y por eso hay todavía gente en la cárcel y otra dispuesta a dar la vida?» Era una pregunta, angustiosa e implacable, que me roía constantemente.

Veía a menudo a O., la extranjera que vivía con el marido en el cuchitril que acabo de describir. Durante siete meses intentó en vano volver a su país —uno de los países satélites de Rusia— y llevarse consigo al marido y al hijo. Tuvo que desistir y no supo nunca explicarse por qué razones no la dejaban volver a su patria. Después de muchos años había recibido una carta de su madre. Pertenecía O. a una familia de la pequeña burguesía; estudiante en S., donde la madre era funcionaria del Estado; pagó con años de sufrimientos y amarguras su locura juvenil. Arrastrada por unos amigos de la Juventud Comunista, se había escapado de casa, yendo a parar a Rusia. Llevaba consigo la maleta con sus vestidos, unos pares de zapatos, guantes de todos los colores y hasta una sombrerera con dos sombreros. Riéronse los rusos al verla con todo aquello. Otros compañeros la reprocharon severamente: «¿Creías venir a un país burgués?»

Esto ocurría en el 36. Hoy, las mujeres de la nueva aristocracia se sienten orgullosas al llevar un sombrerito a la última moda, medias de seda y guantes de piel que parientes o amigos les envían desde los países «liberados».

Para hacer comprender a O. que no había ido a vivir a un país burgués, la enviaron a «proletarizarse», primero en la construcción del Metro, luego a una fábrica en una ciudad del Norte. Sufrimientos, hambre, humillación. Tres veces intentó pasar la frontera; no lo logró. Una noche las compañeras del dormitorio la llevaron a una fiesta de la Juventud Comunista; allí conoció a un oficial del cual fue pronto la amante. Al cabo de unas semanas él fue enviado a Moscú y ella esperó en vano una carta, un saludo. Huyó de la fábrica y se fue a Moscú; de día intentaba encontrar al amigo

preguntando por él en las varias oficinas de policía, de noche dormía en las estaciones.

Al hacerse su situación insostenible, se presentó a sus compatriotas en el Komintern. Uno de ellos la ayudó. Empezaban a organizarse las Colonias de niños españoles y allí O. fue empleada. Más tarde se unió al hombre con quien vive y del que tuvo un hijo. Tenía ella 28 años; de su juventud y de la belleza de un tiempo no quedaba nada: muchas canas, pocos dientes.

Una tarde me leyó una carta de la madre: era una carta doliente de vieja madre que adora y no tiene ya a nadie. El único hermano de O. había sido deportado por los alemanes a un campo en las cercanías de Praga. Cuando el territorio fue liberado, la madre fue a buscarle, haciendo a pie buena parte del camino hasta Praga. La enviaron de un campo a otro y cuando, al fin, se dirigió al hospital, donde le dijeron que encontraría al hijo, éste había ya muerto.

«Ven, vuelve pronto —escribía dolorosamente a la hija—. No tengo más que a ti y a tu pequeño. Le criaré como a un hijo.»

O. perdió días y meses subiendo y bajando escaleras en el Partido, en el Socorro Rojo, en la Embajada de su país. Aquí, finalmente, le dijeron: «No podemos darte el pasaporte sin autorización del Comité Central del Partido Ruso.» En vano pidió dicha autorización; el Gobierno de su país no puede disponer de sus propios ciudadanos. La «Europa liberada» es una provincia rusa, nada más que una provincia rusa.

En el verano, cuando aún tenía por casa la Redacción y por cama el diván en el que me tendía vestido, sin conseguir dormirme a causa de las máquinas de escribir de la redacción francesa, que estaba al lado de la nuestra, y de las gruesas ratas que me obligaban a dejar la luz encendida, conocí en el Hotel «Lux» a una joven, L., hija de comunistas extranjeros. Se había educado en la Unión Soviética desde los cuatro años y de su país no recordaba ni sabía nada. «Mi patria es Rusia —decía—; aquí me he criado, aquí he sufrido, aquí he soñado.» Estaba a punto de repatriar y marchó, en efecto, meses después. Durante estos meses fuimos buenos amigos.

Hasta 1940 L. había frecuentado las escuelas, siendo éstas gratuitas y abiertas a todos. En 1940 —recuerdo un artículo de la *Izvestia* que,

comentando la medida tomada por el Gobierno, afirmaba que *los jóvenes no han sabido apreciar lo que el Socialismo había hecho por ellos y, por lo tanto, el Gobierno cambiaba de método*—; en 1940, repito, para las escuelas medias y superiores fueron establecidas unas matrículas más bien altas y mi amiga, al igual que más de medio millón de estudiantes, viose obligada a dejar los estudios. El Decreto, entre otras cosas, concedía un mes de tiempo para pagar la matrícula. Desde entonces el don de la cultura es para los privilegiados.

Mi amiga vivía en aquel tiempo lejos de Moscú, junto con la madre y una hermana más joven. Un día, la pequeña fue mordida por un perro. Murió, al cabo de un mes, no porque faltaran los necesarios medios para curarla, sino por la incuria y el egoísmo de unos funcionarios, entre éstos algún médico.

L. me puso en guardia acerca de cuanto Robotti tramaba. Él pretendía que yo me quedara definitivamente en Radio Moscú e intentaba impedir a toda costa mi repatriación.

—Ten cuidado —me dijo muchas veces—, ese hombre te odia. Guárdate de él; si se lo propone, no volverás nunca a Italia.

L. quizá tuvo miedo de confesarme que Robotti ya se lo «había propuesto». Me aseguró asimismo que él no *aprobaba* nuestra amistad...

Había transcurrido un mes desde mi llegada a Moscú cuando expuse a Robotti, en su calidad de delegado del Partido italiano, mi deseo de volver a Italia. Quedó sorprendido, aunque al principio consiguió disimular diciéndome que era «una historia demasiado larga»; más tarde me aseguró que iba a «escribir a Roma», y por fin, cuando su irritación llegó al colmo, me declaró que no haría nada para que yo me pudiese marchar. Un día, hacia fines de septiembre, me llamó al teléfono, pidiéndome que fuera a verle al Hotel «Lux», donde vivía.

Sin explicarme de qué se trataba, me dio unas señas y un número de teléfono.

—Mañana, a las once —me dijo—, ve a *Komsomólskoe pereúlok*, al número X.; pregunta a la guardia por la compañera Bogomolskaia.

—¿De qué se trata? —pregunté.

—Mañana lo sabrás.

Fui a las señas indicadas, entré en el portal, hallándome delante de un soldado en uniforme de la N.K.V.D. Di el nombre de la persona a quien buscaba y el soldado me indicó una cabina telefónica.

—¿Tiene usted el número? —preguntó.

—Sí.

—Entonces, llame sin más.

Poco después estaba en presencia de la Bogomolskaia. Sin preámbulos me dijo qué querían de mí. En aquel edificio había una de tantas dependencias camufladas de la N.K.V.D., donde se daban unos cursillos intensivos para funcionarios que debían ir en «misión especial» al extranjero. Estudiaban, como es lógico, el idioma del país donde iban a ser enviados. La Bogomolskaia quería que yo diera clases de italiano cuatro veces a la semana. Segura como estaba de que yo no iba a negarme, me dio a llenar la famosa *anketa* de cuatro páginas, recomendándome entregarla al día siguiente y no «hablar a nadie de ello».

No me fue difícil comprender por qué Robotti me había propuesto para aquel «trabajo especial». Si hubiese concertado un compromiso con aquella organización, me hubiera sido imposible marchar.

—Camarada Bogomolskaia —dije—; le agradezco el haberme escogido. (¡Cuántas lecciones de hipocresía había recibido en aquellos años...!). Trabajaré de buena gana, pero antes tendré que organizar un poco mi trabajo en la Radio para poder tener tiempo disponible. Es difícil, muy difícil; no sé cómo resolverlo, pero déjeme usted pensarlo.

—Muy bien —contestó—. Contamos con usted. Aquí, además del sueldo, tendrá usted *paiok* y *orderá*. Ésta era una enorme ventaja. *Paiok* es un racionamiento extraordinario de productos que hubiera recogido en los almacenes especiales de la N.K.V.D. —productos muy buenos, por lo tanto — y *orderá* son vales para ropa.

No volví a ver a la Bogomolskaia, ni le devolví la *anketa*. Telefoneé a Robotti diciéndole que, prácticamente, no me era posible aceptar. Tragó quina y no hizo objeciones, mas su irritación, según me contaba L., que le veía todos los días, iba en aumento. Quince días después me llamó de nuevo, preguntándome, enfadadísimo, por qué no había devuelto la *anketa*.

—Pero, ¿si ni siquiera la he llenado! Creo que será inútil desde el momento que no voy a trabajar...

—Es lo mismo. Tienes que devolverla así como está. No es cosa para que vaya rodando...

Pasó algún tiempo. Una tarde, estando en la redacción, me llaman al teléfono.

—¿Quién habla? —pregunto.

—Habla un amigo. Soy de Eupatoria (me dijo un nombre).

—No recuerdo. No le conozco, me parece.

—No importa. Tengo una carta para usted.

—¿De quién?

—Por teléfono no puedo decírselo.

Quedé de piedra. ¡De nuevo la N.K.V.D.!

—Entonces, se lo ruego, mándemela usted aquí a la redacción.

—Necesito verle, tengo algo que decirle.

—No tengo un minuto de tiempo.

—¿A qué hora termina usted de trabajar?

—No antes de la media noche, a la una, a menudo más tarde.

—A la una podemos vernos... Le espero en la plaza Sverdlov, junto al «Metropol».

—A esa hora estaré cansadísimo. Podríamos vernos mañana.

—Franz... —dijo una voz en el auricular—, tiene que ser esta noche.

Ya no había dudas. Sólo la N.V.K.D. podía saber aquel nombre.

—¡Ah! —exclamé, esforzándome para dar a mi voz la inflexión más dulce—, ¿por qué no lo dijo en seguida?

—Podía usted comprenderlo... Entonces, hasta la noche... Tendré en mi mano una revista inglesa...

Por la noche, como de costumbre, L. fue a verme. Estábamos a mitad de septiembre y vivía yo entonces en casa de la vieja pitonisa Aquilina Románovna. Una habitación con una cama sin sábanas, una mesa, dos sillas y un armario. En la habitación de al lado vivían la vieja, la hija, mecanógrafa de Radio Moscú y separada del marido, y sus dos infernales chiquillos, que a menudo pegaban a la abuela. En otra habitación vivía la mujer de un viejo ingeniero desterrado, y en otra, más allá, una que había

sido mujer de un alto oficial de la N.K.V.D., del que se había separado. Sus dos chiquillos estaban con los abuelos y ella disfrutaba como podía: todas las noches tenía a alguien en casa. Luego enfermó y se fue con los padres, alquilando la habitación a dos españoles que hacía tiempo se habían casado, pero no podían vivir juntos por no tener casa.

Cuando dije a L. que había sido llamado por las «cuatro sílabas» —así nombrábamos a la N.K.V.D. por no pronunciarlas— se sobresaltó.

—Ten cuidado.

—No comprendo qué quieren de mí.

—Robotti —dijo—. Es él el que trama. Ese hombre será capaz de todo con tal de conseguir que tú no vuelvas a Italia.

A la una de aquella noche fui a la cita. Acababa de llegar ante el Hotel «Metropol» cuando se me acercó un joven con una revista en la mano. Pasó por mi lado, diciendo:

—¿Franz?

—Sí.

—Vamos.

Estaba, en verdad, muy preocupado; entre otras cosas, por ser ya muy de noche.

—Estoy muy cansado —dije.

—No importa; es aquí cerca.

Fuimos hacia la plaza de Gerginski, la cruzamos, seguimos andando. El «amigo» no decía una palabra y mi preocupación aumentaba. Procuré, sin embargo, mantenerme sereno y dueño de mí mismo. En la calle de Ossipenko, a dos pasos de una estación del Metro, cruzamos una verja, un patio oscuro, luego otro portal, subimos unas escaleras. El amigo llamó a una puerta tres veces y esperó; nadie abrió. Llamó por tres veces; ninguna contestación. Entonces él mismo abrió, dio la luz, haciéndome pasar a una pequeña habitación donde había una cama, una mesa y algún otro mueble, como si se tratara de una habitación particular cualquiera. Es uno de los tantos trucos de los servicios de espionaje y es difícil sospechar que un piso en un edificio donde viven centenares de familias sea una oficina de la N.K.V.D.

—Camarada Franz, le necesitamos.

—Dígame, estoy a su disposición.

—¿Qué tal su vida?

—Voy tirando. Mucho trabajo, camarada.

—¿Ha encontrado usted casa?

—Están ustedes al tanto de todo —dije sonriéndome.

Él también sonrió. Tuve en seguida la impresión, por la expresión de su rostro, por sus primeras palabras, de hallarme ante una excelente persona. Me convencí luego de ello.

—Sabe muy bien que no se nos escapa nada —dijo.

—¿Ni siquiera lo que pago por aquella habitación?

—Ni siquiera eso. Es algo cara. ¿Cómo puede usted pagar tanto?

—Esto también tendría que saberlo.

—Sí, sé que trabaja mucho. ¿Cuánto gana?

—Depende, como usted sabe. El sueldo se va en el alquiler; incluso he de añadir algo; pero gano algo más con artículos y algunas traducciones.

—Camarada Franz... El espionaje angloamericano en estos últimos tiempos es más activo; se ha vuelto más peligroso. Tiene usted que ayudarnos...

—No sé cómo. Usted sabe que trabajo en la redacción italiana. No conozco a nadie de la redacción inglesa y, por otra parte, no alcanzo a ver qué podría hacer entre nosotros el espionaje inglés.

—Se equivoca usted. A veces una noticia, una sola frase transmitida...

Comenzó de nuevo el calvario de las citas semanales. Esta vez, sin embargo, era menos incómodo: había medios de transporte para acudir cada jueves a la calle Ossipenko. El funcionario me dio un nombre, Iván Kirilovich, y su teléfono para que le llamara a cualquier hora si hubiese algo urgente.

Mas no era por eso por lo que me habían llamado. Lo imaginaba y lo supe meses después, cuando Robotti se había ya marchado. Lo supe por el mismo oficial de la N.K.V.D. Puesto en plan de perjudicarme —como ya había hecho con otros—, Robotti denunció que, a través de mis artículos, hacía yo un «trabajo de provocación». Por suerte, antes de ser transmitidos, los artículos tenían que ser aprobados y firmados por el subjefe de redacción, por el jefe, por el jefe de la sección, luego por uno de los

vicepresidentes de la Radio, y, en fin, por la oficina de control, sin cuyo visto bueno ninguna noticia ni trabajo son leídos ante el micrófono. A veces es necesario, además, el visado del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Me había dado cuenta, efectivamente, de que se buscaban mil excusas para no admitir mis trabajos, aunque fuesen de la misma calidad de otros que se me habían pagado con la tarifa más alta. No acerté a comprender de qué se trataba hasta que una noche el vicejefe de la redacción, Verdi, hoy en Italia, me lo confesó todo. Otros lo hicieron después. A raíz de la denuncia hecha por Robotti hubo, si mal no recuerdo, tres reuniones en el Comité Central del Partido ruso, donde los artículos «incriminados» fueron examinados uno a uno. No hallaron ninguna «provocación»; sin embargo, quedó la sospecha, y si no se tomó conmigo ninguna medida, como Robotti esperaba, fue porque me defendieron a brazo partido los superiores que habían aceptado y visado mis trabajos y que, por lo tanto, temían ser comprometidos. La policía secreta puso en movimiento a un tropel de confidentes —algunos fieles de verdad—, a fin de saber con quién hablaba yo y de qué, y para descubrir mis pensamientos, mi estado de ánimo, mi humor. Entre éstos había un español, Carmona, un pobre de espíritu que me hacía continuamente preguntas estúpidas e inoportunas. Un día no pude contenerme.

—Haces unas preguntas... —le dije—. Pareces uno de la N.K.V.D.

Se sonrojó, luego palideció, pero no abrió la boca. Al cabo de unos días —se había consultado ciertamente con los esbirros—, me rogó tímidamente:

—Quítate esa idea de la cabeza. No quiero que, si te pasa algo, pienses que ha sido por causa mía.

—No puede pasarme absolutamente nada —repliqué—; yo no soy un enemigo.

Durante uno de nuestros coloquios, el coronel —o sea Iván Kirilovich— hizo recaer la conversación sobre la difícil situación en que vivía la población.

—Sí —le dije—, es muy difícil. Pero, ¿cree usted que esto pueda impresionarme? Yo comprendo perfectamente vuestras dificultades; pasarán. Sea como sea, no se puede culpar de ellas al régimen.

Mentía y, sin embargo, hablaba como si estuviese profundamente convencido de lo que decía. Muy pronto el coronel comprobó que yo no era el «provocador» que Robotti había denunciado.

—Iván Kirilovich —le pregunté una vez—, dígame la verdad: ¿ustedes desean mi *colaboración* o todo esto les sirve para vigilarme?

Iván Kirilovich se puso serio; luego esbozó una sonrisa.

—Ya nos conocemos, Franz. He vivido muchos años en el extranjero; conozco vuestra mentalidad, vuestra cultura, vuestras costumbres... Si su asunto hubiese sido confiado a otro, es probable que hubiera obrado de distinta manera...

—¿Pero qué asunto?

—Franz, dígame la verdad: ¿cuáles han sido sus relaciones con L.?

(L. ya se había marchado.)

—Ahora comprendo —contesté—. Mis relaciones con L. han sido exclusivamente de buena amistad. No le extraña.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—Lo creo; pero aun no siendo así, alguien ha obrado mal. Y lo triste es que con usted, si se hubiesen comprobado algunas cosas, hubiera caído otra gente.

—No sé a quién se refiere usted, camarada. Quizá tan sólo lo imagine. No sé siquiera qué cosas se hubieran tenido que comprobar...

—¡Bah! Somos hombres —dijo el coronel—, llenos de debilidades, pero no habría que llegar a ciertos extremos.

Robotti está hoy en Italia. Igual que en Rusia, continúa vigilando desde el aparato del Partido en el que trabaja, a sus propios camaradas italianos. Sigue haciéndolo por cuenta de la misma «quinta Sección», de la que —es sabido— es funcionario, lo cual le valió el desprecio de los italianos, hecha alguna excepción, residentes en Moscú.

Tal desprecio aumentó al serle confiado el «problema» de los prisioneros.

Yo no sé, ni podría honradamente afirmarlo, cuántos prisioneros italianos hay todavía en Rusia, ni dónde están concentrados. No hay duda,

sin embargo, que los hay y lo que voy a decir podría quizá servir para demostrarlo.

A la redacción de Radio Moscú llegaban centenares de cartas de familiares de prisioneros. Nadie, excepto el jefe de redacción, tenía el derecho de leerlas. Se empaquetaban y se entregaban a Robotti. (Después de su marcha a Italia retiraba periódicamente dichas cartas una funcionaria de la N.K.V.D., lo cual me convenció aún más de que hay prisioneros esparcidos probablemente en los campos de trabajo del Norte o en los de Extremo Oriente, adonde no llegará jamás alma humana.)

Al principio, Robotti se encargaba de preparar las contestaciones a algunas de dichas cartas. La N.K.V.D. tenía la lista de los que habían salido o iban a salir para Italia y la de los que no volverían nunca más. De acuerdo con dichas listas y con la selección hecha entre los prisioneros, eran elaboradas las contestaciones que Robotti enviaba por medio de la Radio. Hay que decir, a tal propósito, que en un primer tiempo no todos los prisioneros eran enviados a los campos especiales, que, por otra parte, no existían. Al principio, según informaciones, que tengo motivos para considerar exactas, en parte se ejecutaba la orden de Stalin: «Destruir el enemigo hasta el último hombre»; en parte se enviaba a los prisioneros a los campos de trabajos forzados en las más remotas regiones de Rusia.

Hay que descartar, de la manera más absoluta, que hayan perecido los 80.000 de los que no se tienen noticias. Noticias precisas podría darlas sólo Robotti; creo que el mismo Togliatti —el «intelectual peligroso»— sabe muy poco de todo este asunto. Aun cuando el Gobierno soviético consintiese el envío de una comisión investigadora, sería muy difícil, si no del todo imposible, alcanzar ningún resultado positivo. Hay allí centenares de campos de trabajos forzados y la N.K.V.D. —aun en el caso de que una comisión lograra llegar hasta ellos— es demasiado experta en la evacuación de enteras regiones en el espacio de pocos días...

La suerte de los prisioneros italianos que se encuentran en Rusia, desde el momento que no han sido repatriados con los demás, está decidida. Gran parte de responsabilidad, sin embargo, la tienen los burócratas «italianos» al servicio de los organismos rusos y principalmente Robotti, que fue el funcionario de mayor confianza de la N.K.V.D.

Cada vez que iba a la «Oficina extranjeros» de la policía, en la calle Petrovka, para el visado del pasaporte —formalidad que hay que cumplir cada tres meses— encontraba allí a muchos españoles, jóvenes y adultos; unos iban a la policía por las mismas razones que yo, otros a pedir el visado de salida de la URSS.

Terminada la guerra, a algunos se les permitió marchar a Francia o a Méjico; los jóvenes, reclamados por los padres, otros por parientes o amigos. Apenas llegados, se preocupaban de reclamar o de hacer reclamar a otros. De tal manera, que ya no se trataba de casos aislados: los españoles deseaban salir de la Unión Soviética. Y, lo que es aún más grave, buena parte de los que llegaban al extranjero hablaban pestes del régimen soviético. «Los hemos acogido, nutrido, educado —se quejaban algunos rusos—; hemos calentado en nuestro seno a víboras que ahora nos muerden.»

Las cosas llegaron a tal extremo que ya no fueron concedidos visados de salida.

Al principio, los dirigentes españoles favorecían el éxodo. No lo fomentaban, pero no oponían ningún obstáculo. Ellos mismos sufrían, si no por otra cosa, por los rigores del clima ruso y no podía extrañarles que sus propios compatriotas buscaran una vida y un clima mejores. Sobre todo por lo que atañe a los jóvenes, se abrigaba la esperanza que, junto a sus padres y en otro ambiente, muchos de ellos pudieran reeducarse y salvarse de una caída más o menos segura.

Pero el Partido ruso intervino: «¿Qué historia es ésta? ¿Cómo es que los españoles quieren marcharse a decenas, a centenares?»

Este solo hecho hablaba elocuentemente: no se renuncia fácilmente a la «felicidad»; no se deja un país donde se vive «feliz».

Una noche, hacia primeros de julio de 1947, todos los españoles fueron convocados a una reunión. En ella, desde luego, no se dijo «se prohíben las salidas de hoy en adelante»; bastó llamar «traidores» a los que pensaban marchar. Particularmente despiadado fue uno de los dirigentes, Santiago Carrillo, llegado entonces de Francia. «Esos traidores —dijo— que dejan el país socialista para ir a vivir entre los capitalistas.» Hubo aplausos

generales, se comprende. Alguien gritó: «¡Hay que darles un tiro por la espalda!» Más aplausos.

En la sala, entre los presentes, había al menos doscientas personas a punto de marchar a Méjico o que esperaban poderlo hacer más o menos pronto; el noventa por ciento de los reunidos aspiraban a hacer lo mismo y, si hubiesen tenido la posibilidad, hubieran salido aquella misma noche hacia cualquier país. Muchos de los jóvenes, hacia la misma España.

Así se intentó frenar la avalancha para que no fueran evidentes en el extranjero los resultados de ocho años de vida entre los obreros y los campesinos del país socialista y los once años de educación dada a los chicos.

Sin duda hay gente que prefiere quedar en Rusia: son los «oficiales» del Ejército soviético que, como tales, viven espléndidamente: buenos sueldos, un piso y otros muchos privilegios. Pero éstos son pocos.

Los comentarios se hicieron luego, en corrillos, terminada la asamblea. Algunos comprendieron con infinita amargura que era mejor desistir: no hubieran logrado marchar. Otros continuaban decididos a todo. Muchos de ellos, habiendo ya conseguido el pasaporte mejicano, esperaban desde hacía cuatro meses el visado de salida de las autoridades soviéticas. Probablemente no lo conseguirían nunca más.

Un joven obrero de 21 años, Florencio Meana, se mató una semana antes de mi marcha. Reclamado por los padres desde Méjico, no pudo reunirse con ellos: las autoridades soviéticas no lo autorizaron. Cuando al cabo de unos meses la policía le negó por última vez el visado, volvió a la fábrica y se bebió el ácido de un acumulador. Murió a las pocas horas. Dejó una carta a los dirigentes del Partido: «Ya que no se me permite salir de la URSS, prefiero morir.» Un hermano suyo, más joven que él, estaba en la cárcel.

A un abogado, Isaías Fernández, traductor de la redacción española de Radio Moscú, enfermo de úlcera gástrica y con la mujer y los hijos tuberculosos, se le prohibió salir de Rusia. No habiéndose doblegado a las presiones del Partido, se le negó el visado.

No se trata de explícitas negativas; esto, los rusos, aparte algunos casos, no lo hacen. Prefieren aplazar de semana en semana, de mes en mes, hasta

que uno acaba por comprender que es inútil insistir y se resigna.

Un médico, mientras esperaba el visado para Méjico, fue llamado al Partido, donde se le preguntó por qué quería marchar.

—Porque sí —contestó—. Aunque en Méjico no me haga una clientela, ganaré más de lo que gano aquí. Además, tendré sol y corridas de toros.

No consiguió el visado, al menos hasta el día de mi marcha; creo que tampoco después.

Una maestra que a los treinta años tenía el pelo blanco y una enfermedad contraída a causa de los sufrimientos, tuvo que renunciar a marchar aun teniendo el pasaporte de la Embajada mejicana. Lo mismo ocurrió a un joven dibujante y a otra mucha gente.

La situación desde entonces debe haber empeorado. Hay demasiadas personas que no dan señales de vida y el hecho de que la Prensa haya publicado una carta de ¡cuarenta y siete! españoles declarando que no quieren salir de Rusia —hay allí centenares y centenares— induce a suponer, al menos a quien conozca las costumbres y los sistemas soviéticos, que algo grave debe haber ocurrido. Personalmente, estoy convencido de que casi todos acabarán mal, como acabaron mal el noventa y cinco por ciento de los comunistas de otros países que fueron a vivir a Rusia. Acabarán mal porque los sufrimientos son demasiados y la amargura infinita; porque han caído las ilusiones y porque la instintiva desconfianza de los rusos y su desprecio hacia los extranjeros aumentan a medida que el espíritu chovinista se desarrolla, fomentado por la política de los dirigentes y por la propaganda oficial.

Acabarán mal, porque si emigración significa esclavitud, en Rusia la emigración es más esclavitud que en cualquier otra parte. Y a la esclavitud, pronto o tarde, el hombre acaba por rebelarse.

En las fábricas de Moscú y en otras de los alrededores viven una vida de fatigas y de privaciones centenares de españoles. Salarios de hambre, dormitorios colectivos, promiscuidad, corrupción. Entre los adultos se comenta cada día tal estado de cosas y no pasa semana que no se sepa de alguna «proeza» cometida por uno u otro joven.

Precisamente en Moscú volví a ver a una chica ex alumna de una de las Colonias. Estaba... en un apuro y no sabía «exactamente» quién la hubiese

podido dejar en tal estado.

Todo lo que se intente hacer para acabar con esta situación, no servirá de nada. Habría que volverles a educar en un ambiente diverso; el ambiente ruso es más fuerte que los consejos, los discursos, las bellas palabras, de los que todos, empezando por los que las pronuncian, conocen ya la falsedad. No se nos puede presentar al pequeño grupo de jóvenes estudiantes como un triunfo del sistema educativo soviético. Si se logra penetrar en sus pensamientos, conocer sus sentimientos, se leerá el mismo odio, el mismo desprecio que se oculta en el corazón de los jóvenes obreros y la misma nostalgia por una patria que apenas han conocido y a la que anhelan volver.

En diciembre de 1946 hubo en Radio Moscú una reunión en la que participaron todos los redactores. Estábamos en vísperas de la Conferencia de los cuatro ministros de Negocios Extranjeros.

El Partido bolchevique había adoptado una nueva táctica a emplear con los occidentales y de esta táctica se informaba ahora al personal de la Radio para que fuese aplicada en las emisiones. Se había hablado mucho hasta entonces de «colaboración entre los grandes países vencedores», de «paz sólida y duradera». De improviso, el lenguaje cambió. Uno de los «jefísimos», N. Cherniavinsky, expuso en aquella reunión el sistema al que el personal debía atenerse. En sustancia, su discurso fue más o menos éste: «Nuestras emisiones, en adelante, tienen que ser *nastupátelni*.» *Nastupátelni* quiere decir ataque, ofensiva.

«Hemos de pasar al ataque contra la burguesía de los países occidentales. Nuestra victoria sobre Alemania ha cambiado la correlación de fuerzas en el campo internacional; media Europa está ya definitivamente perdida para el imperialismo, que sentirá más y más la fuerza de la Unión Soviética. El imperialismo angloamericano aspira a reagrupar las fuerzas de la reacción mundial, a restablecer el equilibrio en Europa y a salir de la crisis que le amenaza por medio de una nueva guerra contra nuestro país. La situación en Europa y en los mismos Estados Unidos, donde los parados alcanzarán este invierno la cifra de trece millones de hombres, es muy seria.» (Eran las previsiones de Eugenio Varga, el oráculo del Kremlin en

materia económica, más tarde desmentido por los hechos y caído en desgracia.)

«Nosotros —continuó el profesor Cherniavinsky— haremos fracasar las tentativas de los reaccionarios angloamericanos desenmascarando sus planes, impidiendo que vuelvan a organizar Europa a su manera, acusándoles de oponerse a la democratización de Alemania y de querer resucitar el fascismo, que hemos destruido.»

La lección duró una hora. Desde aquel día la Prensa y las emisiones radiofónicas emplearon un lenguaje agresivo para los ex aliados. «Nosotros queremos la paz —era el *leit motiv* cotidiano—; los imperialistas angloamericanos preparan la guerra. Nosotros queremos colaboración entre los pueblos; los angloamericanos, en cambio, quieren esclavizarlos.»

Aparte el hecho de que todo lo que se escribe es revisado, corregido, mutilado y modificado, nosotros no teníamos la posibilidad de saber realmente qué ocurría en los otros países. Leíamos tan sólo el material distribuido por el servicio de la Radio, la Prensa soviética y los boletines de la Agencia «Tass». Era imposible leer Prensa extranjera. Llegaban, sí, revistas, y periódicos de otros países, pero su lectura estaba reservada exclusivamente a los jefes. En un tiempo podían hacerlo también algunos de los redactores. Para leer Prensa extranjera y los boletines de la «Tass Blanca», es decir, las noticias reservadas, hay que tener un carnet especial concedido por el presidente de la Radio. Dicho carnet hoy se le da únicamente a los jefes de sección. Así y todo, alguna noticia se escapaba. Se sabía, por ejemplo, que la crisis en Estados Unidos, anunciada como inminente y con mucho ruido por Radio Moscú desde el verano de 1946, no se había producido y que los «trece millones de parados» previstos no habían sido más que una fantasía o un deseo...

Se sabía que América desarmaba y no llegábamos a explicarnos cómo, desarmando, podía preparar una guerra contra Rusia. En el fondo, se tenía la convicción de que la campaña antioccidental desencadenada por Moscú, no era sino un elemento táctico destinado a crear un determinado clima político, sea en el interior o en el extranjero.

En aquellos momentos se acentuaba la exaltación del espíritu ruso, de la fuerza rusa, de la superioridad rusa, fomentando un sentimiento de

desprecio hacia todo lo que fuese extranjero. Radio, Prensa, teatro, cine, tuvieron esta tarea y, de acuerdo con ello, Símónov, por ejemplo, escribió la «Cuestión rusa», que es una «cuestión» netamente antiamericana.

El régimen iba al encuentro de una grave crisis económica y moral, origen de viva inquietud. A la primera se intentó hacer frente con la desvalorización del rublo y engrosando, con los prisioneros de guerra, el ejército de los trabajadores forzados (es decir, producción casi gratuita). A la segunda, con la propaganda.

Tuve ocasión de hablar con varios desmovilizados que habían visto Alemania, Austria, Hungría. Puede afirmarse que el soldado ruso ha vuelto a su patria con un espíritu nuevo y con la evidencia de haber sido engañado durante treinta años. Es ésta una opinión muy difundida y peligrosa que pesará cada vez más en la política del Gobierno soviético. Asoma por doquiera, en los discursos, en las conferencias sobre temas internacionales, un nuevo espíritu de conquista: desesperada tentativa para salir de la crisis mediante la soviétización y la consiguiente explotación de otros países.

Lo que ha ocurrido con Yugoslavia, ocurre con Rumania, Bulgaria y otros países caídos en la órbita soviética, sobre todo Alemania Oriental, sometidos a una expoliación tal que hace palidecer el saqueo cometido por los alemanes en Rusia. Es sabido, para citar un solo caso, que el Kremlin impidió a Yugoslavia concluir un tratado comercial con Inglaterra. Es sabido, además, que más tarde cereales yugoslavos, por ejemplo, fueron vendidos a Inglaterra por la misma Rusia, que se embolsó las correspondientes libras esterlinas. Yugoslavia recibió, en cambio, muchos «técnicos» soviéticos, entre los cuales abundan los funcionarios de la N.K.V.D.

Mas no se trata sólo de esto. En los países soviétizados tienen lugar depuraciones en vasta escala; los depurados van a parar a los campos de trabajos forzados, mano de obra gratuita a beneficio de Rusia. Decenas de miles de rusos van, a su vez, a las zonas balcánicas y centroeuropea, y es éste, quizá, el peligro más serio que amenaza nuestra civilización. Puede ser que los incrédulos se sonrían, pero el que haya visto, por ejemplo, Riga dos años después de la ocupación soviética; quien sepa que —es otro ejemplo— casi el cincuenta por ciento de la población de Costancia ha sido evacuado y

sustituído por población rusa, comprenderá que nos hallamos ante la ejecución de un grandioso plan largamente meditado y que tiende al predominio de la raza eslava.

En el 47 —poco antes de partir—, el órgano de los sindicatos soviéticos, el *Trud*, publicó el artículo de una señora que, en comisión, acababa de visitar Italia. Italia era descrita como un país miserable; por las calles de Roma la buena señora no había visto más que «turbas de niños hambrientos, sucios y desnudos»; no había hallado ni educación, ni cultura, sobre todo porque «no se representan las comedias de Goldini». El artículo en cuestión fue enviado a la redacción italiana para que fuese traducido y transmitido a los italianos que escuchan Radio Moscú. Trabajaba entonces en la redacción, y creo trabaja todavía, la mujer del senador comunista Octavio Pastore, la cual acababa de volver de Italia, despertando en todos nosotros, con sus descripciones, la nostalgia y el deseo de repatriarnos. Después de leer el artículo que le habían dado a traducir, saltó de la silla indignada y con palabras bastante fuertes calificó de mentira todo lo que en él estaba escrito y «estupideces que no pueden ser dichas a los italianos». Sin embargo, fue obligada a traducir el artículo, que se transmitió. Los italianos de Radio Moscú —algunos, al menos— tragaban quina, como lo habían hecho cuando se discutía en París el problema de Trieste.

(El senador comunista Pastore se enfurece cuando hablamos del «terror staliniano». Probablemente su ira se aplacaría si se tomase la molestia de averiguar los efectos de dicho terror en su propia familia. Su mujer anhela volver para siempre a Italia, pero no puede dejar «morir de hambre» a la hija, esposa de un joven ruso, la cual el año pasado tuvo un niño. El yerno del senador Pastore es doctor en Jurisprudencia; pero, siendo hijo de un depurado, no le admiten en la Magistratura soviética. De tal manera, en el mundo socialista, los hijos siguen pagando las culpas de los padres. La joven pareja vive —en una misma habitación con la madre— gracias al trabajo de la señora Pastore que se agota hasta las dos de la madrugada para llevar adelante a su familia. Si esto no es terror, diga el senador comunista qué es.)

Otro ejemplo de «libertad» y de «democracia». Yo estaba en Moscú el día de las últimas elecciones al Soviet Supremo. Siendo ciudadano soviético, el florentino que vivía conmigo en el dormitorio colectivo, tenía «derecho» al voto. En efecto, el día de las elecciones, a las siete de la mañana vino a despertarle una camarada «agitadora».

—¿Duerme usted todavía, compañero? ¡Vamos! ¡A votar! Hoy es nuestra fiesta.

Sarti, que así se llamaba el hombre, murmuró algo asegurando que se iba a levantar, y la agitadora se marchó. Media hora después volvió, indignándose al ver que Sarti estaba aún en la cama. Volvió de nuevo a las ocho y no se fue sin llevarse consigo al elector.

El secreto de la *unanimidad y del 99,99 %* de votantes no es más que esto. Prescindo de las aldeas, donde no cabe ni siquiera hablar de «voto secreto», etc., en las ciudades cada agitadora tiene a su cargo un grupo de electores y la tarea de llevarlos a las urnas. La agitadora quiere disfrutar, al menos en parte, del día de descanso, y a las seis de la mañana empieza a despertar a sus «ovejas». Cuanto antes voten, antes ella estará libre.

Por lo que se refiere al secreto de las urnas, hay, efectivamente, cabinas donde cada elector puede entrar y hacer con la papeleta lo que quiera. Pero los señores de la Mesa toman nota de los que entran en la cabina, y entre éstos serán buscados luego los que hayan votado contra la lista oficial. Por lo tanto, cada cual prefiere presentar la papeleta bien abierta y depositarla en la urna tal como está.

Sería difícil afirmar que esto no es una de las tantas formas de terror en uso en el paraíso soviético.

Al cabo de tantos años, en el otoño de 1946, tuve una carta de mi mujer. Enviada a América, la carta me llegó después de varios meses. Breve, casi lacónica, aumentó mi amargura. Hacía siete años que no sabía nada de ella.

En otra carta, la madre pedía desesperadamente hiciera todo lo posible para salvar a su «pequeña». Hubiera dado la vida, pero estaba muy lejos y en un mundo en el que se es extraño, indiferente, insensible a las tragedias ajenas. Tenía un solo camino: hacer intervenir al Gobierno italiano. Togliatti era entonces ministro, y pensé telegrafiarle; pero no se me autorizó a

hacerlo; tuvo que intervenir un amigo para que, al cabo de una semana, me lo permitieran. Me consta que Togliatti no movió un dedo, y si mi mujer se salvó lo debe a viejas amistades que hicieron intervenir a personalidades del mundo internacional y de la aristocracia. Éste no es un reproche, es una constatación.

En el mundo cínico y calculador del revolucionarismo profesional se acaba por perder todo sentimiento, todo impulso generoso; la Humanidad adquiere un valor abstracto; los hombres, una función concreta de engranajes, de peones, de carne de cañón. Los sufrimientos individuales no interesan; el compañero caído, ha caído y buenas noches: es un engranaje menos, un peón menos en la lucha «científica» y despiadada por la conquista del poder. Las manifestaciones «humanitarias» de los dirigentes asumen formas hipócritas y racionales de propaganda y de agitación, como el retrato de Stalin con una niña en brazos. Reducido a gélidas fórmulas, despojado de lo que presentaba puro a nuestros ojos, el Socialismo se ha enriquecido de mariscales y de uniformes, de gobernantes y de burócratas, de organizadores y policías, pero ha perdido toda belleza, toda generosidad. Y, a menos que no vuelva a la pureza de sus orígenes, vistiéndose de amor y de humildad, podrá conquistar el mundo, pero no regenerarlo.

El «socialismo» ruso podrá levantar más fábricas y ciudades, abrir nuevos canales, calcular cuántas vacas tendrán los koljoses en el año 2000 y el número de zapatos que habrá en las tiendas en 1950, mas ni ha dado ni dará a los hombres una mirada y un corazón serenos, ni plenitud de vida, ni respiros más amplios, por lo que la Historia podría, quizá, mostrarse indulgente ante el horror de los medios empleados para llegar a esta meta.

A nosotros, ilusos de un tiempo, no nos queda más que constatar —¡ay!, con amargura— la inanidad de sacrificios enormes que han conducido a resultados diametralmente opuestos a los que el socialismo aspiraba. Sacrificios que, sin embargo, no serían vanos si Europa quisiera extraer las debidas lecciones y encaminarse hacia un mañana verdaderamente mejor.

Volví a ver, al salir del hospital, a mi «coronel». Sabía de mi enfermedad, que me preparaba a marchar, que había tenido autorización para hacerlo, y me aseguró que se iba a interesar a fin de que me dieran

rápídamente el visado de salida. Estaba también al tanto del tratamiento de que fui objeto en Radio Moscú a raíz de mi enfermedad: no tenía un céntimo y me defendía gracias a la ayuda de algunos compañeros. Cobré un ridículo subsidio de los sindicatos porque mi antigüedad en ellos se calculaba sólo desde el día de mi entrada en la Radio.

El jefe de mi sección intentó muchas veces conseguirme un vale para un sanatorio, teniendo en cuenta sobre todo que había enfermado a raíz de un período de trabajo excesivo. Al cabo de un mes logró me concedieran la tercera parte de la pensión del sanatorio, con el propósito evidente de quedar lo mejor posible conmigo. Se sabía, además, que estaba a punto de regresar a Italia.

—Te vas disgustado —me dijo al oído un amigo, saludándome al marchar.

—Un poco, sí. Pero sabes bien que ciertas cosas las guardaré para mí; no pueden decirse.

—Entonces —atajó—, no eres sincero.

Di otro giro a la conversación; tuve miedo de continuar hablando del tema.

También el coronel me saludó cordialmente.

—Buen viaje —dijo—; le deseo una vida feliz.

Pude hacerme reembolsar las cartillas del empréstito de todos aquellos años. Llegaban a más de 8.000 rublos. Pagué el viaje y compré en la bolsa negra un traje extranjero —completamente nuevo— por 3.500 rublos, es decir, 350.000 liras, o sea 20.000 pesetas. Todo el dinero que me autorizaron a sacar de Rusia fueron 800 rublos en moneda italiana.

En el tren, de Moscú a Odessa, viajaban un funcionario de la embajada argentina y su señora. No recuerdo su nombre, pero sí los duros comentarios que hacía ante los pequeños mendigos —verdaderos racimos humanos— que en cada estación tendían la mano hacia las ventanillas, pidiendo pan.

Como es lógico suponer, yo no aprobaba sus comentarios; antes bien, discutía con él. En Odessa intentó una vez más «convencerme». Salía yo del hotel donde nos hospedábamos en espera del barco, cuando me rogó que

me acercara. Estaba sentado en un banco, al lado de un individuo en uniforme de la flota civil rusa.

—Mire usted —dijo—, este hombre quisiera marchar de Rusia. No puede más.

Me fue suficiente echar una mirada al marinero para reconocer en él una de las típicas caras, tan inconfundibles, de los funcionarios de la N.K.V.D.

—¿Por qué quiere usted marchar? —pregunté—. Rusia es su patria.

—Yo no tengo patria. Reniego de la patria que me tiene esclavo.

—¡Avergüéncese! —le interrumpí.

Él me miró fijo a los ojos y yo le repetí:

—¡Avergüéncese!

¿Cuándo iba a terminar aquella pesadilla? ¿Hasta cuándo la N.K.V.D. iba a estar a mi alrededor recogiendo cada una de mis palabras, cada uno de mis respiros? Pocos días más.

En el barco volvía hacia América un joven ingeniero de Washington. Enviado a Rusia por una Sociedad de construcción de turbinas eléctricas, había pasado siete meses en Dniepropetrovski en la reconstrucción de aquella central.

—He perdido siete meses —decía—. Han estropeado el material; no hay más que desorganización por todas partes. Además, ¿cómo pueden trabajar los obreros si se caen de hambre? Los vi yo mismo comer mondas de patata.

Al cabo de siete meses, vista la imposibilidad de instalar las turbinas, tarea que le había sido encomendada, se marchó.

—Soy joven —afirmaba—. La técnica en mi país avanza día por día y yo no quiero quedarme atrás.

Precisamente unos meses antes la prensa soviética había armado un gran revuelo anunciando que aquella central eléctrica estaba ya reconstruída. «¡*El plan se había cumplido!*»

En Nápoles, al desembarcar, lo hizo conmigo un «italiano», hoy senador, regresado con pasaporte ruso. Nos encontramos al comisario de a bordo. Nos miró, le saludamos, nos estrechó la mano deseándonos «la mar de cosas» y añadió:

—Espero que habrán dejado en su sitio las sábanas de sus literas.

Nos miramos sorprendidos, sin saber qué contestar.
Desembarqué. Después de ocho años, por primera vez volvía a sentirme libre.

Septiembre, 1948.



OceanofPDF.com

Notas

[1] Por razones comprensibles, al referirme a personas, rusas o extranjeras, residentes todavía en la URSS, he utilizado nombres o iniciales supuestos.

<<

[2] Es éste uno de los argumentos de «Los hermanos Caín», libro que publicaré próximamente. <<

[3] Certificado médico que hay que entregar en la fábrica para justificar la ausencia del trabajo. Puede ser concedido de cinco en cinco días, hasta quince. Terminado este plazo hay que presentarse ante una Comisión médica. <<

[4] La pena de muerte ha sido oficialmente abolida en el verano del 47. Quedan, sin embargo, en vigor las supresiones por «vía administrativa» efectuadas por el M.G.B. sin ningún proceso. <<

[5] En Rusia son empleadas máquinas agrícolas en el 95 % de las haciendas.
En los Estados Unidos, en el 25-28 %. <<

OceanofPDF.com